ELIZABETH PETERS

De la autora de **EL SARCÓFAGO DE LA MOMIA**

EL LEÓN EN EL VALLE

"Una escritora tan popular, que las bibliotecas tienen que mantener sus libros bajo llave"
– *Washington Post Book World*

Elizabeth Peters
El león en el valle

Nº 4 Serie Amelia Peabody

Argumento

La temporada 1895-6 promete ser excepcional para Amelia, Emerson y su precoz hijo de ocho años, Ramsés. Finalmente, la muy codiciada cámara de enterramiento de la Pirámide Negra en Dashoor es de ellos para excavarla. Pero hay un gran mal en el viento que irrita las arenas calientes que barre a través de las bulliciosas calles y el mercado de El Cairo. Sin embargo la suerte cambia cuando Ramsés es secuestrado a la luz de la luna. Toda la excavación se complica por la desgracia y la muerte, y Amelia presiente que su némesis, el Maestro del Crimen, notorio saqueador de los vivos y los muertos, es el culpable. Pero ahora no es la riqueza ilícita lo que motiva al genio malvado. Ahora el premio más valioso y evasivo está a su alcance: la arqueóloga metomentodo que ha jurado entregarlo a la justicia, esta vez no estará satisfecho hasta que la haya capturado.

Nota del editor

En éste, el cuarto volumen de las memorias de Amelia Peabody Emerson (la señora de Radcliffe Emerson), el editor estima una vez más oportuno explicar ciertas anomalías y puntos oscuros del texto. La señora Emerson no fue tan cuidadosa como solía ser a la hora de fechar sus entradas. Parece haber cogido el volumen actual de su diario y garabateado hasta que algo sucedió que la distrajo. Sin embargo, por cierta evidencia interna, parece probable que el volumen actual se refiera a los acontecimientos de la temporada 1895-96. (Los egiptólogos tienden a utilizar este método de fechar, dado que el «año» arqueológico transcurre desde el final del otoño hasta el comienzo de la primavera, el clima de Egipto hace las excavaciones de verano muy difíciles).

Como el editor ha tenido la ocasión de mencionar, los nombres de la mayor parte de las personas implicadas han sido cambiados, para preservar los sentimientos de los descendientes de dichos individuos. El lector informado reconocerá algunos nombres como los de arqueólogos muy conocidos, quienes aparecen sólo periféricamente. La señora Emerson parece haber sido bastante exacta a la hora de describir sus actividades; sin embargo, sería un error grave asumir que fue igualmente exacta en informar sobre sus conversaciones con ella, ya que ella, como su prestigioso marido, tenía una decidida tendencia de atribuir a otros sus propias opiniones.

Otra oscuridad en el texto (si el editor puede describir los diarios en sí mismos) surge del hecho de que en algún punto la señora Emerson decidió aparentemente redactarlos para una eventual publicación. Fue tan contradictoria acerca de su revisión como lo

fue acerca de fechar sus páginas, el resultado de ello es a veces una mezcla rara de estilos periodísticos y novelísticos.

En otras palabras, ninguna de las excentricidades del volumen presente es responsabilidad del editor. Éste ha hecho cuanto ha podido y sugeriría que las quejas, críticas y otros comentarios peyorativos se dirijan a los herederos del profesor y la señora Emerson, no a él.

El señor del temor, grande en fama,
en los corazones de todas las tierras.
Grande en admiración, rico en gloria,
como Set sobre su montaña...
Como un león salvaje en un valle de cabras.

Capítulo 1

—Mi querida Peabody —dijo Emerson—, te ruego me corrijas si me equivoco; pero presiento una disminución de ese ardor inquieto por vivir que es una de tus notables características, especialmente en ocasiones como esta. Desde ese feliz día que nos unimos, nunca una nube ha oscurecido el brillante orbe del éxtasis matrimonial, y esa circunstancia notable deriva, estoy seguro, de la comunión perfecta que marca nuestra unión. Confía, te lo suplico, en el hombre afortunado cuyo designado papel es apoyar y protegerte y cuya felicidad más grande es compartir la tuya propia.

Estaba segura de que Emerson debía haber trabajado en este discurso con antelación. Nadie habla así en el curso de una conversación ordinaria.

Supe sin embargo que la formalidad de su discurso fallaba en expresar adecuadamente la devoción sincera que lo había inspirado. Mi querido Emerson y yo hemos sido una mente y un corazón desde el día que nos conocimos en el Museo Egipcio de Boulaq. (En realidad, nuestro primer encuentro fue claramente amargo. Yo era una mera turista en aquel momento, en mi visita inaugural a la tierra de los faraones; y aún así, apenas hube pisado esa tierra fabulosa que la llama brillante del fervor por la egiptología se

encendió en mi pecho, una llama que pronto se convirtió en una conflagración rugiente. Poco sospechaba ese día en el museo, mientras me defendía enérgicamente contra las críticas injustificables lanzadas sobre mí por el extranjero fascinante, que pronto nos encontraríamos otra vez, bajo circunstancias aún más románticas, en una tumba abandonada en El Amarna. El emplazamiento, al menos, fue romántico. Emerson, confieso, no lo fue. Sin embargo, un instinto sutil me dijo que bajo las observaciones cáusticas y los ceños de Emerson su corazón latía sólo por mí, y, como demostraron los acontecimientos, ese fue correcto).

Su tierno discernimiento no tenía la culpa. Un oscuro presentimiento ensombrecía la alegría que normalmente habría inundado mi ser en ese momento. Estábamos en la cubierta del buque que nos había llevado rápidamente a través del ancho mediterráneo; la brisa de la travesía me erizaba el pelo y tironeaba de nuestras prendas de vestir. Adelante podíamos ver la costa egipcia, a donde llegaríamos antes de que el día finalizara. Estábamos a punto de comenzar otra temporada de investigaciones arqueológicas, la más reciente de las muchas que habíamos compartido. Pronto estaríamos explorando los pasadizos angostos e infestados de murciélagos de una pirámide y la cámara de enterramiento fangosa e inundada de otra, escenas que bajo circunstancias ordinarias me habrían inspirado un temblor de delirante anticipación. ¿Cuántas otras mujeres, especialmente en esta década final del siglo XIX, tenían tantas razones para alegrarse?

Emerson, quien prefiere que se dirijan a él por el apellido, dado que considera «Radcliffe» afectado y afeminado (sus palabras), me había escogido como su socio igualitario, no sólo en el matrimonio, sino en la profesión que tenemos el honor de embellecer. Emerson es el mejor excavador de antigüedades egipcias que el mundo ha visto. No dudo que su nombre será reverenciado como «El Padre de la Excavación Científica» durante tanto tiempo como la civilización aguante sobre este globo problemático. Y mi nombre, el nombre de Amelia Peabody Emerson, será consagrado al lado del suyo.

Perdone mi entusiasmo, estimado Lector. La contemplación de las excelentes cualidades de Emerson nunca falla en despertarme la emoción. Tampoco su excelencia está restringida a sus calidades

intelectuales. No siento vergüenza en confesar que sus atributos físicos no fueron el menor de los elementos que me hicieron decidirme aceptar su proposición de matrimonio. Desde el pelo negro y brillante sobre la frente ancha al hoyuelo (que él prefiere llamar grieta) en el mentón, él es un modelo de fuerza y belleza masculinas.

Emerson parece ser igualmente apreciativo de mis atributos físicos. Sinceramente, yo nunca he comprendido completamente esta actitud. La mía no es el tipo de belleza que admiro. Los rasgos más bien poco pronunciados, ojos de un matiz más suave y más pálido, una figura más grande en estatura y más refrenada en la región por encima de la cintura, mechones de dorado brillante en vez de negro azabache, son mis ideales de belleza femenina. Por suerte para mí, Emerson no los comparte.

Su gran mano bronceada estaba colocada junto a la mía en la baranda del buque. No era la mano de un caballero; pero para mí los callos y las cicatrices que marcaban esos miembros bronceados y robustos eran insignias de honor. Recordé las ocasiones en que habían esgrimido armas o instrumentos en el curso de sus trabajos; y otras ocasiones en que habían demostrado una delicadeza en el tacto que inducían la más notables de las sensaciones.

Emerson tiene muchas cualidades admirables, pero la paciencia no es una de ellas. Perdida en mis ensueños, fallé en responder inmediatamente a su pregunta. Él me agarró por los hombros y me dio la vuelta para que lo mirara. Los ojos azules ardían como zafiros, los labios retrocedieron para mostrar los dientes blancos y el hoyuelo en el mentón tembló siniestramente.

—¿Por qué diablos no me contestas? —gritó—. ¿Cómo puedes permanecer impasible bajo tal atracción? ¿Qué te adolece, Peabody? Maldita sea si puedo comprender a las mujeres. Deberías estar de rodillas dando gracias el cielo, y a MÍ, por la felicidad que te aguarda. No fue fácil, ya lo sabes, persuadir a Morgan para que abandonara el sitio a favor de nosotros; requirió todo el tacto sutil del que soy capaz. Nadie excepto yo podría haberlo hecho. Nadie excepto yo, lo habría hecho. ¿Y cómo me lo devuelves? ¡Suspirando y estando melancólica!

Habría sido inmediatamente aparente, para cualquiera familiarizado con las circunstancias que él describía, que Emerson

estaba entrando otra vez en su entrañable hábito del autoengaño. El Director del Servicio de Antigüedades, M. de Morgan, nos había cedido el sitio arqueológico en el cual él mismo había trabajado el año anterior, y que ya había producido varios descubrimientos notables. Sin embargo el tacto sutil de Emerson, una cualidad que sólo existe en su imaginación, no tuvo nada que ver con ello. No estaba precisamente segura de qué había producido el cambio de idea en M. de Morgan. O, para ser más exacto, tenía ciertas sospechas en las que prefería no pensar. Fue una progresión natural de esas sospechas la excusa que ahora pronuncié para justificar mi humor sombrío.

—Estoy distraída por Ramsés, Emerson. Que nuestro hijo se portara tan mal, justo cuando había esperado que podríamos pasar un viaje sin incidente... ¿Cuántos chicos de ocho años, me pregunto, han sido amenazados por el capitán de un buque mercante inglés con pasarlos por debajo de la quilla?

—Eso fue solamente un farol del capitán, una exageración marítima —contestó Emerson con impaciencia—. No se atrevería a hacer tal cosa. No te preocupes por Ramsés, Peabody; hace este tipo de cosas todo el tiempo y deberías estar acostumbrada.

—¿Este tipo de cosas, Emerson? Ramsés ha hecho varias cosas indecibles, pero según todo lo que sé, esta es la primera vez que ha instigado un motín.

—¡Tonterías! Simplemente porque unos pocos marineros ignorantes entendieron mal sus conferencias sobre las teorías de ese compañero Marx...

—No tenía nada que hacer sermoneando a la tripulación, o estando en sus cuartos en primer lugar. Ellos le animaron, Emerson, sé que lo hicieron. Ni siquiera Ramsés habría hablado con el capitán en tales términos si no hubiera sido envenenado.

Emerson pareció que quería protestar, pero dado que compartía obviamente mi opinión se encontró con nada que decir. Seguí:

—Lo que es aún más incomprensible es por qué los miembros de la tripulación soportarían la presencia de Ramsés, mucho menos compartirían su querido grog, como creo que se llama. ¿Qué posible placer podrían encontrar ellos en su compañía?

—Uno de ellos me dijo que disfrutaban oyéndole hablar. El chiquillo tiene una boca afilada, fue la frase exacta.

Una sonrisa reacia le tocó los labios mientras hablaba. Los labios de Emerson están entre sus rasgos más admirables, cincelados y flexibles, formados con delicadeza precisa y todavía sin falta de plenitud. Sentí mis propios labios responder con una sonrisa de respuesta. El marinero indocto había dado en el clavo.

—Olvídate de Ramsés —dijo Emerson—. Insisto, Amelia, dime qué te preocupa.

A pesar de su sonrisa él no estaba de buen humor conmigo, el uso de mi nombre propio lo indicaba. «Peabody», mi apellido de soltera, es el que utiliza en momentos de aprobación marital o profesional. Con un suspiro, me rendí.

—He tenido un extraño presentimiento, Emerson.

Los ojos de Emerson se estrecharon.

—¿De verdad, Amelia?

—Sólo estoy sorprendida de que lo compartas.

—No lo hago. En este momento mi corazón está cubierto de las sensaciones más agradables. Ni una nube...

—Ya has dado tu opinión, Emerson. Y me perdonarás por mencionarlo, pero esa metáfora particular...

—¿Estás criticando mi estilo retórico, Amelia?

—Si vas a ofenderte por la cosa más nimia que diga, Emerson, no puedo confiar en ti. No quiero nublar tu felicidad con mis preocupaciones. ¿Estás seguro de que quieres que te lo cuente?

Emerson ladeó la cabeza y consideró la cuestión.

—No —dijo.

—Quieres decir que no estás seguro o...

—Quiero decir que no quiero que me lo cuentes. No quiero oír nada sobre tu presentimiento.

—Pero has preguntado...

—He cambiado de opinión.

—Entonces compartes mi sensación de desazón.

—No lo hacía hasta este momento —gruñó Emerson—. Maldición, Amelia...

—Qué extraño. Estaba segura de que la comprensión entre nosotros era completa.

La expresión en el guapo semblante de Emerson podría haber guiado a un observador a suponer que no era comprensión sino furia creciente lo que hizo que sus cejas bajaran y sus ojos se

cerraran. Dado que yo misma tenía pocas dudas sobre ese tema, me apresuré a satisfacer la curiosidad que él había expresado algunos minutos antes.

—Naturalmente estoy deseando el trabajo de esta temporada. Conoces mi entusiasmo por las pirámides y uno apenas podría encontrar mejores objetos que los que se localizan en Dahshoor. Yo, particularmente espero con ilusión investigar la cámara de enterramiento de la Pirámide Negra bajo circunstancias más propicias que ésas que rodearon nuestra visita inicial. Las facultades críticas de una no están en su mejor momento después de haber sido arrojada a través de la oscuridad del Estigio a un hoyo subterráneo inundado y abandonada para perecer allí.

Emerson había soltado su agarre sobre mis hombros y se había girado a la baranda. Con los ojos fijos en el horizonte, dijo rápidamente:

—Tendremos que esperar hasta más adelante de la temporada para explorar la Pirámide Negra, después de que la inundación haya retrocedido a su punto más bajo. Si la cámara todavía está inundada, quizás una bomba...

—Yo también he considerado ese problema, mi querido Emerson. Sin embargo, ese no es el asunto actualmente.

—Una bomba hidráulica, con una manga...

—¿Has olvidado, Emerson, las circunstancias bajo las que entramos en contacto por primera vez con el interior de la Pirámide Negra?

—No soy tan mayor que sufro lapsus de memoria —contestó Emerson irasciblemente—. Ni he olvidado tu respuesta cuando expresé mi intención de morir en tus brazos. Confieso que había esperado un poquito más de aprecio.

—Me entendiste mal, Emerson. Como dije en aquel momento, estaría feliz de que ese arreglo prevaleciera a la inevitabilidad del destino tras nosotros. Nunca dudé ni por un momento, querido, que encontrarías un modo de salir. Y tuve bastante razón.

Me acerqué y me recosté contra su hombro.

—Bien —dijo Emerson bruscamente—. Salimos, ¿verdad? Aunque si no hubiera sido por Ramsés...

—No hablemos sobre Ramsés ni sobre las circunstancias de nuestra fuga. Sabes lo que hay en mi mente, Emerson, estoy seguro

que te obsesiona en igual medida. Nunca olvidaré nuestro encuentro final con el canalla responsable de nuestro casi fallecimiento. Todavía puedo ver la sonrisa de burla y oír sus palabras despreciativas. «Esto, entonces, es un adiós. Confío en que no nos encontraremos otra vez».

Las manos de Emerson apretaron la baranda con tal fuerza que los tendones destacaron como trallas. Sin embargo, no habló, así que continué:

—Tampoco puedo olvidar el voto que hice en aquel momento. «Nos encontraremos otra vez, no tema; cazarle y poner fin a sus actividades inicuas será mi objetivo».

Las manos de Emerson se relajaron. En un tono quejumbroso observó:

—Puedes haberlo pensado en aquel momento, Amelia, pero ciertamente no lo dijiste así, no hasta que ese joven mequetrefe del Daily Yell te entrevistó este julio pasado. Deliberadamente me engañaste con esa entrevista, Amelia. Nunca me dijiste que habías invitado a O'Connell a mi casa. Lo pasaste de contrabando y lo sacaste de contrabando, e instruiste a mis propios sirvientes para mantenerme en la oscuridad...

—Sólo trataba de ahorrártelo, querido, sabiendo cómo te disgusta el señor O'Connell. Después de todo, una vez lo pateaste escaleras abajo...

—Yo no hice tal cosa —dijo Emerson, que se lo creía honestamente—. Pero quizás lo habría hecho si le hubiera agarrado en mi salón sonriendo burlonamente, mirando de reojo a mi mujer y preparado para imprimir una bola de mentiras acerca de mí. Su historia era absolutamente vergonzante. Además, era inexacta.

—Ahora, Emerson, debo diferir contigo. Estoy segura que uno de nosotros lanzó ese desafío al Maestro Criminal; quizás fuiste tú quien lo dijo. En la entrevista puedo haber omitido algunas de las actividades de Ramsés, ya que desapruebo completamente dar a los niños una opinión demasiado alta de sí mismos. En todos los otros asuntos el informe fue enteramente exacto y ciertamente no me avergonzó. ¿No puedo alabar a mi marido por su valor y fuerza, y elogiarle por rescatarme de una muerte certera?

—Eh... ummm... —dijo Emerson—. Bien, pero Peabody...

—Recuerda mis palabras, Emerson, no hemos visto lo último de

ese canalla. Logró escaparse, pero frustramos su complot y le privamos de su tesoro ilícito. No es un hombre que acepte la derrota sin una tentativa de vengarse.

—¿Cómo puedes decir eso? No sabes nada sobre ese hombre, ni su nacionalidad.

—Es inglés, Emerson. Estoy convencida de ello.

—Hablaba árabe con tanta fluidez como el inglés —indicó Emerson—. Y nunca viste su cara cuando no estaba envuelta en el pelo. ¡Nunca en mi vida he vista una barba así! ¿Le reconocerías si le vieras otra vez sin barba?

—Ciertamente.

—Bah. —Emerson puso el brazo encima de mis hombros y me atrajo más cerca—. Bien, Peabody, admito que nada me daría un placer más grande que darle un puñetazo a ese cerdo en la nariz, y si se mete en nuestros asuntos trataré con él como se merece. Pero no tengo intención de buscar problemas. Tengo mejores cosas que hacer. Prométeme, Peabody, que irás adecuadamente preparada cuando vayas sola.

—Oh, ciertamente, mi querido Emerson.

—Prométemelo.

—Te prometo que no iré buscando problemas.

—¡Mi querida Peabody! —Emerson me atrajo a un abrazo cariñoso, sin importarle los marineros que miraban.

Tenía toda la intención de cumplir mi palabra. ¿Por qué buscar problemas cuando es seguro que los problemas te buscan a ti?

Después de desembarcar en Alejandría, abordamos el tren para El Cairo. El viaje tarda solamente unas cuatro horas, y es considerado algo tedioso por la mayoría de los viajeros, dado que la ruta cruza las monótonas llanuras aluviales del Delta. Al ojo entrenado de un arqueólogo, sin embargo, cada montículo o «tell» indica la presencia de una ciudad enterrada. Ramsés y Emerson discutían constantemente acerca de la identificación de estos sitios, una discusión en la que no tomé parte ya que no veo el sentido de discutir asuntos respecto a los cuales se conoce tan pocos hechos. Como les dije, sólo la excavación determinará la verdad.

No fue hasta que estuvimos a pocos kilómetros de nuestro destino que la vista se avivó con la vista de las pirámides de Giza allá en la distancia púrpura, encuadradas por las colinas bajas de

Libia. Era siempre en este momento, y no en el muelle lleno de gente de Alejandría, que sentía que había llegado realmente a Egipto.

Emerson me sonrió en silenciosa comprensión antes de volverse para darse un banquete de la gloriosa vista con los ojos. Maldiciendo había consentido en ponerse el nuevo traje gris, y parecía especialmente guapo, aunque confieso que el físico espléndido de Emerson muestra su mejor ventaja con su ropa de trabajo, pantalones andrajosos y una camisa arrugada abierta en la garganta, con las mangas enrolladas desnudando los antebrazos musculosos. No llevaba sombrero porque Emerson se niega constantemente a llevar sombrero incluso al trabajar bajo el sol abrasador, y está más allá de mis dotes de convicción (por extensas que son) vencer ese prejuicio suyo.

La elegancia de su apariencia sólo se estropeaba ligeramente por el gran felino moteado encaramado en su rodilla. La gata Bastet miraba fijamente por la ventanilla del tren con un interés tan agudo como el de Emerson, y me pregunté si ella se daba cuenta de que había regresado a la tierra de su nacimiento. Ramsés habría declarado que lo hacía, pero él tenía una opinión exagerada de la inteligencia de la criatura. Compañera constante desde que se había unido a nuestra familia varios años antes, ahora era una viajera experimentada ya que Ramsés insistía en llevarla con él a dondequiera que fuera. Debo decir que ella era mucho menos problemática que su joven amo.

Ramsés, ¡ah, Ramsés! Mi pluma elocuente vacila cuando procuro en unas pocas palabras transmitir la compleja personalidad contenida en el cuerpo del chico de ocho años que es mi único hijo. Algunos egipcios supersticiosos declaraban que él no era un niño, sino un jinni que había tomado morada en la forma exigua de Ramsés. Hay jinnis buenos y jinnis malos (los últimos son comúnmente llamados afreets), esta clase de seres mitológicos es moralmente neutral en origen, una especie intermedia entre hombres y ángeles. No había escogido preguntar a qué clase se creía normalmente que Ramsés pertenecía.

Ramsés iba sucio y desaliñado, por supuesto. Ramsés casi siempre está sucio y desaliñado. La tierra le atrae como el agua atrae a un cocodrilo. Había estado (para ser Ramsés) relativamente

arreglado cuando subimos al tren. Una hora más o menos después de que dejáramos Alejandría eché una mirada alrededor y no lo encontré en nuestro compartimiento. Esto no me sorprendió, ya que Ramsés tenía una extraña facilidad para desaparecer cuando el espíritu le movía a hacerlo así. Era un talento especialmente desconcertante en un chico cuya progresión normal a través de una estancia estaba marcada por un grado singular de torpeza, debiéndoselo en gran parte a su propensión para emprender tareas más allá de su capacidad.

Ante la insistencia de Emerson fui a buscar al chico y lo encontré en un vagón de tercera clase, agachado en el suelo y en medio de una animada conversación con una mujer cuyo traje diáfano e inmodesto no dejaba lugar a dudas en mi mente sobre su profesión. Aparté a Ramsés y le devolví a nuestro compartimiento, colocándolo en un asiento al lado de la ventana para que no pudiera eludirme otra vez.

Él, también, se había girado para admirar las pirámides. Sólo podía ver su cuello mugriento y la masa desordenada de apretados rizos negros que adornaban su cabeza; pero supe que su semblante saturnino traicionaba la emoción. El semblante de Ramsés es por costumbre impasible. La nariz es bastante grande y el mentón se empareja con la nariz. Su colorido no es del todo inglés; uno fácilmente se equivocaría al tomarlo por un joven egipcio, y era esta semejanza, además de su manera regia, lo que había incitado a Emerson a darle el apodo de Ramsés. (Pero espero que el lector sepa, sin que yo se lo diga, que yo nunca estaría de acuerdo en bautizar a un niño inglés con un nombre tan extraño).

Dado que las cabezas de Ramsés y Emerson, por no mencionar a la gata, bloqueaban mi vista, me recosté y me relajé sin apartar, sin embargo, los ojos de la espalda de la cabeza de mi hijo.

Como era mi costumbre, había reservado habitaciones en el Shepheard. Emerson se quejó amargamente por permanecer allí. Se queja todos los años, así que no puse atención. Parte de los hoteles más nuevos son igual de cómodos, pero además de ofrecer todos los servicios que una persona de refinamiento puede esperar, el Shepheard tiene la ventaja de ser el centro del haut monde de El Cairo. Mis razones para preferir este hotel son las razones por las qué Emerson se queja. Él preferiría alojarse en los cuartos de los

nativos, donde puede revolcarse en la falta afable de saneamiento que distingue a los hoteles de clase baja y pensiones. (Los hombres son por instinto animales desaliñados. Emerson es uno de los pocos que tiene el valor de indicar sus sentimientos en voz alta). Yo ahora puedo «vivir» con las mayores dificultades, pero no veo razón para negarme comodidades cuando están disponibles. Quería unos pocos días para recuperarme del gentío y las condiciones incómodas del buque antes de retirarme al desierto.

Una actitud muy razonable, estoy segura que todos estarán de acuerdo. La declaración de Emerson de que permanezco en el Shepheard para ponerme al día con los chismes, es sólo uno de sus pequeños chistes.

He oído que la gente dice que es difícil conseguir alojamiento en el Shepheard durante la temporada alta, pero yo nunca he tenido el menor problema. Por supuesto éramos clientes antiguos y valorados. El rumor de que el señor Baehler, el director, tiene un terror mortal a Emerson y miedo de negarle cualquier cosa que le pida es, por supuesto, ridículo. El señor Baehler es un caballero sombrío y enérgico y estoy segura que nunca sería intimidado de esa manera.

Estaba en la terraza esperando para saludarnos, y naturalmente a los otros huéspedes que habían llegado en el tren de Alejandría. La espléndida cabeza de canas plateadas destacaba por encima de la multitud. Mientras nos preparábamos para descender de nuestro carruaje, otro transporte se paró detrás. Habría atraído nuestra atención, por ninguna otra razón que por el efecto que tuvo en los huéspedes sentados en las mesas en la terraza. Una clase de tensión universal corrió por todos ellos; todas las cabezas se giraron hacia los recién llegados, y un momento de silencio sin respiración fue seguido por un estallido de siseos y conversaciones susurradas.

El carruaje abierto era tirado por un par de grises perfectamente emparejados. Plumas escarlata adornaban sus arreos y movieron bruscamente las hermosas cabezas y se encabritaron como las bestias aristocráticas que claramente eran.

El conductor saltó de su asiento y entregó las riendas al mozo que había estado montado detrás. Era alto y delgado, ágil como una pantera con el traje de montar y botas pulidas. El pelo negro parecía que había recibido una capa del mismo betún; los estrechos

bigotes negros podrían haber sido dibujados con tinta china. Un monóculo en su ojo derecho captaba la luz del sol con un destello deslumbrador.

Emerson exclamó en voz alta:

—¡Por lord Harry, es ese canalla de Kalenischeff!

Los tonos de Emerson no son conocidos por su suavidad. Todas las cabezas se giraron hacia nosotros, inclusive la de Kalenischeff. La sonrisa cínica se tensó, pero se recuperó casi inmediatamente y se giró para ayudar al otro pasajero del carruaje.

Las joyas brillaban en la garganta y en las esbeltas muñecas. Su vestido de seda verde grisácea era la última moda de París, con mangas globo más grandes que la cintura estrecha. Una corbata inmensa de chiffón blanco estaba sujeta por un broche de diamantes y esmeraldas. Su parasol hacía juego con el vestido. Debajo vislumbré una encantadora cara que sonreía con mejillas y labios más brillantes que lo que la naturaleza había diseñado.

La vistosa pareja subió las escaleras del hotel.

—¡Bien! —Dije—. Me pregunto quién...

—No importa —dijo Emerson, tomándome firmemente por el brazo.

Conseguimos nuestras habitaciones habituales en el tercer piso, con vistas a los Jardines de Ezbekieh. Después de desembalar y cambiarnos de ropa, bajamos para tomar el té en la terraza. Emerson se quejó menos de lo normal por el desempeño de lo que llama «un ritual social absurdo», pero estábamos sedientos después del largo y polvoriento paseo.

El té en la terraza del Shepheard es ciertamente una de las actividades populares de los turistas, pero incluso los veteranos como nosotros nunca nos cansamos de mirar la vivaz procesión de la vida egipcia que pasa por la Calle Ibrahim Pasha. Los alrededores del hotel están llenos de multitud de mendigos, vendedores, chicos de asnos y conductores de carruajes, todos rivalizando por la atención de los huéspedes. Una vez nos hubimos sentado y dado al camarero nuestra orden, saqué una lista del bolsillo y se la leí a Ramsés. Era una lista de cosas que tenía prohibido hacer. Empezaba, según recuerdo, con «no hablarás con los chicos de los asnos«, y terminaba «no repetirás ninguna de las palabras que aprendiste de esos chicos el año pasado». El árabe de Ramsés era

fluido y desafortunadamente bastante coloquial.

Vimos a varios conocidos entrar y salir del hotel, pero ninguno vino a hablar con nosotros, y no había ninguno con quien quisiéramos hablar; ni un egiptólogo en el terreno, como Emerson comentó. Estaba a punto de sugerir que nos retiráramos a nuestras habitaciones cuando otro juramento de mi directo marido me advirtió del acercamiento de alguien que había inspirado su desaprobación. Al girar, percibí a Kalenischeff.

Llevaba la sonrisa fijada como una máscara.

—Buenas tardes, madame, Profesor, señorito Ramsés. Bienvenidos de vuelta a El Cairo. ¿Puedo...?

—No —dijo Emerson, arrebatando la silla fuera del alcance de Kalenischeff—. ¿Cómo osa dirigirse a la señora Emerson? Su presencia es un insulto para cualquier mujer respetable.

—Ya, Emerson. —Levanté mi parasol para indicar otra silla. Kalenischeff se estremeció; estaba recordando, sin duda, otra ocasión en que me había visto forzada a pinchar un punto de su anatomía para evitar una violación grosera sobre mis miembros inferiores. Continué—: permítanos oír lo que tiene que decir.

—No me llevará mucho de su tiempo. —Kalenischeff decidió no sentarse después de todo. Bajó la voz—. Me gustaría llegar a un acuerdo con ustedes. Un trato...

—¿Qué? —gritó Emerson—. ¿Un trato? Yo no entro en acuerdos con asesinos, ladrones...

—Silencio, Emerson —supliqué. Las personas en las mesas adyacentes habían abandonado toda pretensión de buenas maneras y escuchaban a escondidas tanto como podían—. Escúchale.

La sonrisa de Kalenischeff permaneció pegada en el lugar, pero gotas de sudor se destacaron en su frente.

—Conozco su opinión sobre mí —siseó—. Ningún trato, entonces, sólo una promesa. Estoy a punto de salir de El Cairo, dejar Egipto de hecho. Sólo déme unos pocos días para acabar mis asuntos, no interfiera conmigo y le juro que nunca me verá ni oirá de mí otra vez.

—¿Adónde va? —Pregunté con curiosidad.

—Eso no debe preocuparla, señora Emerson.

—Tendrá que viajar a los confines de la tierra para escapar del largo brazo de su antiguo maestro —dije significativamente.

La cara flaca del hombre palideció visiblemente.

—¿Por qué menciona...? ¿Qué le hace suponer...?

—Venga, venga, Kalenischeff. Es demasiado obvio. Algo, o alguien, le ha asustado lo bastante para inducirlo a huir. ¿Quién más puede ser sino ese genio del crimen, ese Maestro Criminal diabólico? No pudimos probar que usted fuera un miembro de su banda, pero sabíamos que era así. Si quiere traicionar todo lo que ha visto, todo lo que sabe, haría mejor en lanzarse a los brazos de la policía, o mejor aún, a nuestros brazos. Hablo en sentido figurado, por supuesto.

—Se equivoca —murmuró Kalenischeff—. Mucho. Yo nunca... nunca he estado implicado con...

Emerson juntó las cejas. Habló con un gruñido suave que era, como Kalenischeff sabía, más amenazador que cualquier grito.

—Es usted quien se equivoca, canalla. Sus alegaciones de inocencia no me convencen en lo más mínimo. Dígale a su maestro, la próxima vez que hable con él, que permanezca fuera de mi camino. Lo mismo va para usted. No quiero tener nada que ver con ninguno de los dos, pero si interfiere conmigo, lo aplastaré como a un escarabajo. ¿Me he explicado claramente?

Ese no era en absoluto el enfoque que quería tomar yo. Dije rápidamente:

—Piense en lo que está haciendo, Kalenischeff. Confíe en nosotros y permítanos salvarlo. Corre un riesgo espantoso simplemente por hablar con nosotros. Los espías de su maestro del terror están por todas partes; si uno le viera...

Mi enfoque no fue más exitoso que el de Emerson; Kalenischeff palideció con horror.

—Tiene razón —murmuró. Y sin más discurso adicional, se fue tropezando hacia la puerta del hotel.

—Ja —dijo Emerson, con voz satisfecha—. Buen trabajo, Peabody. Con eso nos hemos deshecho del hombre.

—Esa no era mi intención. ¡Emerson, no podemos permitir que ese bribón huya, no podemos permitir que engañe a la señorita que es obviamente su última víctima!

Emerson agarró mi brazo cuando comencé a levantarme y me devolvió a la silla con una fuerza que me sacó el aliento de los pulmones. Cuando me liberé, el carruaje con la pareja de grises se

había detenido ante los escalones y la señorita había salido a la terraza.

Kalenischeff se apresuró a llevarla al carruaje. Los mirones fueron agraciados con la vista de botas delicadamente abotonadas y el destello de unas enaguas cuando la señora subió los escalones. Kalenischeff se columpió en el asiento del conductor, arrebató el látigo del mozo y lo sacudió. Los caballos salieron a todo galope. Los peatones y los vendedores ambulantes se dispersaron. Un viejo vendedor de fruta fue un poco lento; la acera le salvó de que sus viejos huesos sufrieran heridas, pero las naranjas y limones salieron volando.

Sacudí la cabeza cuando Ramsés empezó a levantarse.

—Pero, mamá, esperaba poder ayudar al viejo caballero. Como ves, sus naranjas...

—No cuestiono la pureza de tus intenciones, Ramsés. Te dan crédito, pero casi siempre terminan en desastre, no sólo para ti sino para el objeto de tu buena voluntad.

—Pero, mamá, eze hombre de ahí...

Su gesto indicó a uno de los espectadores harapientos, que había acudido en ayuda del vendedor, un hombre alto y bien formado con una túnica harapienta y un turbante azafranado. Había recogido tres de las naranjas y las había lanzado al aire en un malabarismo bastante digno de crédito. En el momento que me fijé en él, se giró; dos de las naranjas cayeron pulcramente a los pies del vendedor que se lamentaba, y la otra desapareció, presumiblemente entre los pliegues de la bata túnica del malabarista.

—Estás ceceando otra vez, Ramsés —dije severamente—. ¿Con qué frecuencia te he dicho que no toleraré tu mala pronunciación?

—Bastantes veces, mamá. Estoy desilusionado por haber errado en esa dirección; pero como puedes haber observado, me inclino a olvidarme cuando estoy bajo el efecto de alguna emoción fuerte o cuando me cogen por sorpresa, como en...

—Muy bien, muy bien. Se más cuidadoso en el futuro.

El vendedor había cambiado el tono de su lamento al reconocer a Emerson, que se inclinaba sobre la baranda.

—Es Emerson Effendi —gritó—. ¡O, Padre de Maldiciones, mira lo que han hecho a un pobre anciano! Me han arruinado; mis mujeres morirán de hambre, mis niños no tendrán hogar, mi

anciana madre...

—No menciones a tu extremadamente anciana abuela —dijo Emerson, en un árabe muy coloquial. Los adjetivos que utilizó llevaban una implicación que hizo que los oyentes estallaran en rugidos de risa.

Emerson sonrió. Disfruta cuando sus agudezas son apreciadas. Dejando caer un puñado de monedas en la bandeja del vendedor, continuó:

—Compra un nuevo gibbeh (vestido) para tu bisabuela, que pueda prosperar en su profesión.

Una risa masculina más ronca siguió a esta observación impropia. Emerson volvió a su asiento. Viendo mi mirada, se apresuró a ponerse serio y exclamó:

—Te dije que no deberíamos haber venido aquí, Amelia. ¿Qué tipo de hotel es este, que permite a un criminal como Kalenischeff en el local? Tengo medio en mente salir inmediatamente. ¡Baehler! ¡Herr Baehler!

Se dice que un buen hotelero tiene un sexto sentido para los problemas inminentes. También es dicho por personas desagradables que Baehler espera problemas de Emerson y está constantemente vigilando. Sea como fuere, el director apareció como ligero aire y avanzó sorteando sutilmente hasta nuestra mesa.

—¿Me ha llamado, profesor Emerson? —murmuró.

—¿Qué está susurrando? —preguntó Emerson curiosamente.

—Está intentando, por ejemplo, persuadirte de que moderes tu voz —dije.

Baehler me miró con agradecido reconocimiento, Emerson con una mirada ultrajada.

—¿Qué diablos insinúas, Peabody? Yo nunca levanto la voz. Me gustaría saber, Herr Baehler, lo que pretende permitiendo a un malvado bribón como ése en su hotel. Es una atrocidad.

—¿Se refiere al Príncipe Kalenischeff?

—¿Príncipe? ¡Ja! —estalló Emerson—. Él no tiene derecho al título, ni al de arqueólogo. Es un ladrón y un canalla, un miembro de la banda de ladrones de antigüedades que la señora Emerson y yo desenmascaramos el año pasado...

—Por favor, Profesor. —Baehler se retorció las manos—. La gente está mirando. Le están oyendo sin querer.

—Bien, quiero ser oído por casualidad —declaró Emerson—. Esa es la función de hablar, Baehler, ser oído.

—Es igual, Herr Baehler tiene razón, Emerson —dije—. Tú y yo sabemos que el hombre es culpable, pero no pudimos encontrar evidencia legal. No podemos esperar que Herr Baehler le desahucie por esos motivos. Lo que yo querría saber es la identidad de la infortunada joven a la que acompañaba. Parece ser muy joven. ¿En qué piensa su madre, para permitirle aparecer sola en público con ese hombre?

Baehler vaciló. Por la frente tranquila y la medio sonrisa agradable uno habría supuesto que no estaba preocupado; pero yo sabía que anhelaba confiar en una persona compasiva y comprensiva. Empezó cuidadosamente:

—La dama es huérfana. Quizás ha oído hablar de ella. Es una compatriota suya, la señorita Debenham. La Honorable Señorita Debenham, para ser preciso. Su padre era el Barón Piccadilly, y ella es su única heredera.

—Una heredera —dije de manera significativa.

Emerson gruñó.

—Eso explica el interés de Kalenischeff. No, Baehler, no estamos informados de la joven; no nos preocupamos por la clase alta de cabezas vacías. No quiero oír nada más acerca de esta señorita Devonshire, ni acerca de lo que su nombre podría ser. La señora Emerson no quiere oír nada sobre ella tampoco. La señora Emerson no tiene tiempo para tales personas.

—Cállate, Emerson. El señor Baehler sabe que yo nunca intervengo en los asuntos de otras personas; pero siento una obligación en este caso, sabiendo lo que sé del verdadero carácter de Kalenischeff. La señorita debe ser advertida. Si puedo ser de cualquier ayuda...

Baehler sólo esperaba la oportunidad de hablar francamente.

—Confieso, señora Emerson, que la situación es... ejem... incómoda. La señorita Debenham llegó a El Cairo sin acompañante, ni siquiera por un sirviente personal. Ella pronto se unió al príncipe, y su conducta ha llegado a ser un escándalo abierto. Usted no es la primera en mencionármelo. Reacio como soy a ofender a un miembro de la clase alta inglesa, puedo ser forzado a pedir que la señorita Debenham deje el hotel.

Yo también bajé mi voz.

—Quiere decir que ellos... que ellos son...

Baehler se inclinó hacia delante.

—Ruego su perdón, señora Emerson. No puedo oír lo que dice.

—Quizá eso está bien. —Miré a Ramsés, quien me miró fijamente con la mirada de búho que indicaba un intenso interés en la conversación. Hacía mucho que había abandonado la esperanza de que Ramsés fuera ignorante sobre asuntos por los que ningún chico de ocho años debería preocuparse, pero trataba de mantener la apariencia, por lo menos, de decoro.

—Emerson —dije—, lleva a Ramsés arriba y lávalo.

—No necesita lavarse —dijo Emerson.

—Siempre necesita lavarse. Sabes que cenamos en Mena House esta tarde, para ver la luna llena sobre las pirámides. Me gustaría llegar temprano.

—Oh, muy bien. —Emerson se levantó—. No pienses que ignoro lo que estás planeando, Peabody. Vigílate.

Cuando se fueron, me volví hacia Baehler.

—Hable sinceramente, amigo mío. ¿Comparte Kalenischeff el cuarto de la señorita Debenham? No puede escandalizarme.

Había escandalizado a Herr Baehler.

—Señora Emerson, ¿cómo puede suponer usted que permitiría tal cosa en mi hotel? El príncipe tiene su propia habitación, a alguna distancia de la suite de la señorita Debenham.

Yo me permití una pequeña sonrisa irónica, que Baehler fingió no ver.

—Sea como fuere eso, no puedo mirar impasible la caída precipitada de un prójimo hacia la destrucción, especialmente cuando el prójimo es un miembro de mi propio sexo oprimido. Los hombres se aprovechan constantemente de nosotras, las mujeres, excepto mi marido, por supuesto, y tenemos la obligación moral de apoyarnos las unas a las otras. Hablaré con la señorita Debenham.

El señor Baehler parecía haber cambiado de idea. Eso es tan típico de los hombres; siempre piden algo y luego deciden que no lo desean después de todo.

—No estoy seguro —empezó.

—Pero yo sí. —Sonreí y le pinché con mi parasol—. No tema, Herr Baehler. Me acercaré al tema con delicadeza suprema. Indicaré

simplemente que Kalenischeff es un canalla, un ladrón y posiblemente un asesino. Me imagino que eso convencerá a la señorita Debenham.

Los labios de Baehler temblaron.

—¿Lo ha decidido? ¿Podría decir algo para disuadirla?

—Nada —le aseguré.

Baehler se fue, sacudiendo la cabeza, y yo terminé mi té. No me llevó mucho tiempo, ya que Ramsés se había comido todos los sándwiches.

Cuando volví a nuestras habitaciones, preparada para ayudar a Emerson con su toilette, un proceso que a menudo es innecesariamente prolongado a causa de su desgana extrema para ponerse el traje de etiqueta, me encontré para mi disgusto que él y Ramsés se habían ido. También la gata. No podía imaginarme cómo me habían eludido, debieron arrastrarse por la entrada trasera.

No regresaron durante más de una hora. Emerson llevaba el abrigo y el cuello desabrochados y la gata Bastet, encaramada sobre su hombro, mordisqueaba desinteresadamente las puntas colgantes de su corbata. Los desordenados rizos de Ramsés estaban grises de polvo, las botas dejaron huellas verdes en el suelo.

—Habéis estado en el bazar de los tejedores y teñidores —exclamé—. ¿Por qué, en nombre del cielo?

—Ramsés tenía el capricho de un fez —explicó Emerson, agachándose para que la gata pudiera bajar a la cama.

—¿Dónde está?

Ramsés miró alrededor del cuarto como si esperara encontrar que el tocado en cuestión hubiera venido por sí mismo y llegado antes que él.

—Parece haberse perdido —dijo por último.

Busqué las palabras con cuidado.

—Lavado —dije.

—Sí, mamá.

Seguido por la gata, Ramsés fue a su habitación, contigua a la nuestra. Le siguieron unos sonidos de salpicaduras, acompañados del tararear poco melodioso con que Ramsés avivaba sus abluciones. Aprovechando ese sonido me dirigí a mi marido.

—¿Bien, Emerson?

—Bien, Peabody. Debemos apresurarnos; no tenía intención de

permanecer tanto tiempo en el suk, pero ya sabes cómo son estas negociaciones, hablando, bebiendo café e intercambiando cumplidos... —Se quitó el abrigo, la corbata y la camisa mientras hablaba, lanzándolos en dirección a la cama. Recogí cada artículo mientras caía al suelo y los colgué en una percha.

—Lo sé, había planeado pasar el día de mañana haciendo justo eso.

—Ahora no tendrás que hacerlo. —Emerson se giró hacia el lavabo—. Me he ocupado de todo. Podemos salir para Dahshoor a primera hora de la mañana.

—¿Mañana por la mañana?

Emerson salpicó, farfulló y se sacudió como un perro grande.

—Ah, qué refrescante. ¿No será maravilloso regresar al desierto, Peabody? La arena y las estrellas, la paz y la calma, la soledad, ninguna distracción...

Estaba muy enfadada con él, pero la diversión templó mi disgusto. Emerson es tan transparente como un niño. Además, la ondulación de músculos de su espalda me distrajo. Recogí la toalla y lo ayudé a secarse.

—Veo tu plan, Emerson. Quieres alejarme de El Cairo. Muy bien. Naturalmente comparto tu entusiasmo por la arena y las estrellas, la soledad, etcétera. Pero hay numerosas cosas de las que debo ocuparme antes...

—Nada en absoluto, Peabody. Abdullah y nuestros hombres han estado en Dahshoor todo el verano; decidimos que era desaconsejable dejar el sitio indefenso, si recuerdas. No dudo que por esta vez, hayan seleccionado una casa apropiada y la hayan arreglado para nosotros, llevando todas las posesiones que dejamos en Dronkeh la última primavera.

—La idea de Abdullah de una casa apropiada no es la mía. Necesitaré...

—Lo que necesitas puedes conseguirlo después de que averigües qué necesitas.

Las palabras fueron una nadería mal pronunciada y al discurso le faltaba la precisión de sintaxis habitual de Emerson. Vi que me miraba por el espejo con una expresión que conocía bien.

—¿Debo afeitarme, Peabody? —preguntó.

—Por supuesto, Emerson. Tu barba es tupida y...

Se giró y envolvió los brazos a mi alrededor, apretándome a mí y a la toalla contra el pecho. Su mejilla rozó la mía.

—¿Debo afeitarme, Peabody? —repitió en voz ronca.

—Emerson —empecé, pero no tuve más razones que las que deberían ser aparentes para cualquier lector sensible. Dado que mi inteligencia normal se vuelve un poco desordenada en esas circunstancias que entonces prevalecían, no sé cuánto tiempo pasó antes de que me picara la nuca con una sensación incómoda. Liberándome del agarre de Emerson, me giré para ver a Ramsés parado en la puerta. Tenía la gata en los brazos y ambos me miraban descaradamente.

—Ramsés —exclamé algo jadeantemente—. ¿Estás sonriendo?

—Mi expresión era una de afable aprobación —protestó Ramsés —. Me complace veros a ti y a papá involucrados en demostraciones de esa naturaleza. No puedo explicar todavía por qué debería ser el caso, pero sospecho que puede indicar alguna necesidad profundamente arraigada de...

—¡Ramsés! —Emerson había recobrado el aliento—. Vuelve a tu cuarto inmediatamente. Y cierra la puerta.

Ramsés desapareció inmediatamente, sin mucho más que un «sí, papá». Pero el humor había sido roto. Con una tos avergonzada Emerson hizo gesto de afeitarse.

—Debemos hacer algo acerca de un guardaespaldas para Ramsés —dijo—. O más bien, un compañero, una escolta...

—La primera palabra fue apropiada —contesté, procurando alisar mi pelo despeinado. Fue inútil, los mechones estaban adheridos a mis dedos con alguna clase de electricidad física, inducida, sin duda, por el calor seco. Me senté en el tocador para volver a dar forma a mi peinado nocturno—. Yo quise traer un criado con nosotros —continué—. Pero tú dijiste que no.

—Apenas podíamos pedir al pobre John que abandonara a su nueva novia —dijo Emerson, sacando vigorosamente espuma del jabón—. Una vez alcancemos Dahshoor, Selim puede retomar los deberes que realizó la última temporada.

—Selim fue perfectamente inútil, Emerson. No lo mencioné para no herir los sentimientos del muchacho ante todo el mundo, pero se demostró incapaz de evitar que Ramsés hiciera cualquier cosa. Verdaderamente, llegó a ser cómplice de Ramsés en el crimen en

vez de su guardián.

»Lo que necesita realmente es un tutor —continué—. Su educación ha sido sumamente parcial, por no decir más. Puede traducir jeroglíficos egipcios tan fácilmente como la mayoría de los niños de su edad pueden leer inglés, pero sólo tiene débiles conocimientos de ciencias y ninguno de la historia de su gran nación.

—Tiene un buen conocimiento de zoología, Peabody. Siempre está recogiendo animales perdidos.

—Física, astronomía...

Emerson bufó tan vigorosamente que la espuma voló por todo el espejo. La quitó con el brazo.

—¿Qué diferencia hay si la tierra va alrededor del sol o viceversa? Es un dato de poca importancia.

—Me parece a mí, Emerson, que ese sentimiento ha sido expresado por otra persona.

—Sin duda. Es el sentimiento de cualquier individuo razonable. No importa la educación de Ramsés, Peabody. Lo hará bastante bien.

Se calló cuando se pasó la hoja brillante de la navaja a través de la mejilla. Aunque escéptica, me abstuve de hacer comentarios adicionales por temor a causar un grave accidente. Cuando completó la delicada operación, me sentí segura para referirme a otra queja.

—¿Entonces vamos a salir por la mañana?

—Si te agrada, querida.

—No me agrada en absoluto. Hay varias tareas que tenía intención de completar...

Emerson giró, blandiendo la navaja.

—Como intervenir en los asuntos privados de esa señorita Devonshire.

—Debenham, Emerson. El nombre de la señorita es Debenham. Tenía la intención de intercambiar una palabra bondadosa o dos, el consejo que su madre le daría, si todavía viviera. Simplemente tendré que encontrar una oportunidad esta noche, eso es todo.

—Maldición —dijo Emerson.

—Deprisa, Emerson. Mena House estará llena; las pirámides a la luz de la luna son una excursión popular. No —continué, enrollando

mi cabello trenzado en un moño pulcro—, las tareas a las que me refería eran las de comprar. Estoy segura de que no has conseguido todos los artículos que necesito.

—Sí, lo he hecho. Incluso he comprado una carga de esas malditas medicinas con las que siempre castigas a las personas. Ipecacuana, ruibarbo, calomel, yeso para escayola...

—¿Conseguiste un conjunto de vasijas de comunión, supongo?

—Comunión... Peabody, no me opuse cuando te instalaste como médico, pero me veré forzado a protestar si empiezas a administrar los sacramentos. No sólo ofende mis principios, ya que considero tales actividades la clase más grosera de superstición, pero es seguro que tendrás problemas con las autoridades de la Iglesia anglicana.

—Presumo que bromeas, Emerson. Sabes perfectamente bien por qué deseo las vasijas. Son para reemplazar los que el Maestro Criminal robó de la iglesia en Dronkeh el año pasado. La pena del pobre jeque El Beled me llegó al corazón; no podemos restaurar los originales, así que pensé en conseguirle otro conjunto. Supongo que no has buscado ninguno.

—Los antiguos objetos religiosos coptos no son fáciles de encontrar, ni siquiera en los bazares de El Cairo —replicó Emerson —. Es todo una ridícula pérdida de tiempo de todos modos. ¿Por qué no trajiste un conjunto de útiles de baño de Penny Bazar?

Ignoré esta observación grosera, al estar acostumbrada a los pocos ortodoxos puntos de vista de Emerson sobre religión. Sin embargo, cuando se estiró para alcanzar los pantalones, me vi empujada a protestar.

—Esos pantalones no, Emerson. He preparado tu ropa de noche. Un traje de lana es...

—El único traje apropiado para subir a la Gran Pirámide, Peabody. No querrás que estropee mi único conjunto de ropa de noche, ¿verdad?

—¿Subir a la pirámide? ¿En la oscuridad?

—La luna está llena, ya lo sabes. Habrá luz adecuada, te lo aseguro, y la vista desde la cima de la Pirámide de Keops es una experiencia que no nos podemos perder. Lo había planeado como un placer para ti, querida, pero si prefieres engalanarte con ropajes como los que esa joven llevaba hoy... En mi opinión, se parecía a una paloma haciendo pucheros y estuve esperando que saliera

volando.

Habiendo reconocido la lógica de su argumento, me preparé para vestirme con uno de mis trajes de trabajo, un conjunto de buen gusto de pantalones de lana púrpura y una chaqueta a cuadros lavanda y blanca, con una sombrilla a juego. Rara vez voy sin parasol. Es uno de los objetos más útiles que un individuo puede poseer, y sabía que me alegraría de su capacidad como bastón esa noche, ya que el terreno que rodea las pirámides es bastante desigual. Sin embargo, me sentí obligada a protestar la evaluación de Emerson del vestido de la señorita Debenham.

—Como todos los hombres, Emerson, no tienes sentido del estilo, admito que el vestido era una bagatela, pero era encantador, debo preguntar a la señorita Debenham...

Emerson interrumpió mi discurso plantando los labios firmemente sobre los míos, apartándolos para murmurar.

—Tú no requieres de tales adornos artificiales, Peabody. Nunca me pareces más encantadora que con tus pantalones y la blusa de trabajo, con una franja en la nariz quemada por el sol y tu cabello saliendo en desorden de la redecilla. No, permíteme revisar eso. Eres aún más encantadora cuando no llevas...

Coloqué mi mano sobre su boca para que no completara la frase, ya que sentí otra vez el hormigueo que precedía a la llegada de Ramsés. Enseguida, oí la voz familiar:

—¿Puedo entrar ahora, papá?

—Sí, entra —contesté, alejándome un paso de Emerson.

—Desearía preguntar, mamá, qué debo llevar —dijo Ramsés.

—Había pensado que llevaras el traje negro de terciopelo.

El semblante de Ramsés, que rara vez mostraba emoción de algún tipo, se oscureció visiblemente. Llevar el traje negro de terciopelo era una de las pocas cosas que le revolvía en abierta rebelión. No podía imaginarme por qué el chico se sentía tan firmemente de esa manera, con su bonito cuello de encaje y la camisa de volantes era un traje perfectamente apropiado para un muchacho de su edad. (Aunque debo admitir que no le iba bien al rostro atezado y aguileño de Ramsés y a sus rizos negros, como lo habría hecho si su tez hubiera sido más típicamente inglesa).

Fui forzada a ceder en esta ocasión, dado que el caos que sería infligido sobre el terciopelo negro con una subida a la pirámide

arruinaría el traje. Una expresión pensativa cruzó la cara de Ramsés cuando expresé esta opinión, pero él no se ofreció, como yo medio esperaba, a llevar el traje después de todo.

Capítulo 2

El Mena House, al pie de la meseta de Giza, llevaba abierto sólo algunos años, pero su situación excepcional lo había convertido en uno de los hoteles más populares en los alrededores de El Cairo. Fue diseñado para parecer una antigua casa solariega inglesa por fuera, pero el estilo oriental prevalecía en el interior. Un entramado de luces suaves, suspendidas del alto techo en forma de cúpula del salón comedor, creaba un aura de misterio y magia. El señor y la señora Locke, los dueños, había comprado varias hermosas y antiguas pantallas mashrabiya, que acrecentaban sensiblemente el encanto del salón.

Éramos los únicos invitados que no vestían totalmente de etiqueta y varias personas nos miraron groseramente mientras nos escoltaba hasta nuestra mesa el mismo señor Locke.

—Buen Dios, cuánta gente boquiabierta —comentó Emerson—. No sé qué ha ocurrido con los buenos modales de siempre. Uno pensaría que hay algo peculiar en nuestra apariencia.

—Usted y la señora Emerson son bien conocidos —dijo el señor Locke con tacto—. Las personas se quedan mirando a las celebridades.

—Ja —dijo Emerson—. Sin duda tiene razón, Locke. Pero aún así es de mala educación.

Había esperado que pudiéramos encontrarnos con algunos de nuestros amigos arqueólogos, pero no vi a nadie que conociéramos. No fue hasta que estudiaba el menú para seleccionar un dulce para Ramsés, que oí una voz apocada murmurar mi nombre. Me sorprendió ver una cara familiar sonriéndome. Era el joven Howard Carter quien estuvo encantado de aceptar mi invitación de unirse a

nosotros para el café. Después de saludar a Ramsés y presentar su respetuoso homenaje a Emerson, explicó que había venido a El Cairo por negocios, y había aprovechado esta oportunidad para hacer una escapada a Giza y disfrutar de la luz de la luna sobre las pirámides.

—No se lo digan al profesor Naville —añadió, con su amable sonrisa—. Se supone que estoy trabajando.

—¿Aún está en Tebas con Naville? —Pregunté—. Pensé que las excavaciones en el templo de Hatasu habían acabado.

—Las excavaciones sí. Pero aún tenemos una gran cantidad de informes y restauraciones por hacer.

—Eso puedo creerlo —dijo Emerson—. Cuando Naville termina una excavación, se requiere un psíquico para encontrarle sentido al desorden.

—Suena usted como Petrie, mi viejo mentor —dijo Carter con una sonrisa.

Por la desazón en la cara de Emerson pude ver que había olvidado las desavenencias entre Naville y Petrie. Emerson había estado en un dilema en lo que se refiere a qué partido tomar (iría en contra de su naturaleza permanecer neutral). Compartía la opinión de Petrie sobre la escasez de aptitudes de Naville, pero odiaba estar de acuerdo con su principal rival. Se reclinó, ceñudo, mientras el joven inglés parloteaba alegremente.

—Petrie es un maestro espléndido y siempre le estaré agradecido, pero es demasiado duro con monsieur Naville. Sus últimas técnicas son a veces un poquito precipitadas...

Emerson ya no pudo contenerse.

—¡Precipitadas! —gritó—. ¿Es cierto eso de que ha usado la vieja cantera como su escombrera? Bien, es un gil... er... completo idiota entonces, puesto que indudablemente hay tumbas en la cantera que él ha enterrado bajo toneladas de cascotes.

El señor Carter pensó que era aconsejable cambiar de tema, una decisión con la que coincidí de buena gana.

—Mis felicitaciones por obtener la concesión para Dahshoor —dijo—. Fue la comidilla de la comunidad arqueológica cuando Morgan se la concedió. Petrie ha especulado interminablemente sobre cómo lo logró usted; trató varias veces de conseguir Dahshoor, pero no tuvo éxito.

Evité cuidadosamente mirar a Ramsés. Emerson se acarició la barbilla y sonrió satisfecho.

—Sólo se requirió la aplicación de un poco de tacto, hijo mío. Petrie es un tipo admirable en algunas cosas, pero carece de tacto. ¿Está en Sakkara este año?

—Su asistente, Quibell, está allí copiando inscripciones de las tumbas —dijo Carter. Me sonrió—. Hay varias señoritas entre sus empleados este año. Tendrá que compartir sus laureles con otros miembros de su encantador sexo, señora Emerson. Las damas obtienen fama por fin.

—¡Bravo! —exclamé calurosamente—. O, para ser más preciso, ¡Brava!

—Así es —dijo Carter—. Petrie mismo ha seguido hacia Karnak, donde los demás se le unirán más tarde. Lo vi antes de que saliera; y estoy seguro de que habría enviado sus afectuosos saludos si hubiese sabido que tendría el placer de encontrarles.

Esta declaración educada era tan manifiestamente falsa, que ni siquiera convenció al orador. Cambió de tema rápidamente,

—Y el señor Cyrus Vandergelt... él es otro de nuestros vecinos. Habla de usted a menudo, Profesor, y de la señora Emerson.

—Estoy seguro de que lo hace. —Emerson me dirigió una mirada suspicaz. La tosca aunque sincera caballerosidad americana de Vandergelt hacia los miembros del sexo opuesto (opuestos al suyo, quiero decir) siempre había molestado a Emerson. Sospecha que cada hombre que me dedica un cumplido tiene propósitos románticos hacia mí. No puedo disuadirlo de esta idea, que tiene, lo admito, sus aspectos atractivos

—Quizá deba usted considerar trabajar para el señor Vandergelt, Howard —sugerí—. Es un patrón generoso.

—Se acercó a mí —admitió Carter—. Pero no sé si me gustaría trabajar para un aficionado rico, por muy entusiasta que sea su interés en la egiptología. Estos tipos sólo quieren encontrar tesoros y tumbas perdidas.

Carter rehusó nuestra invitación de unirse a nosotros para escalar la pirámide, afirmando que tenía trabajo que hacer antes de retirarse. Así que le dimos las buenas noches y, dejando atrás los agradables jardines del Mena House, nos dirigimos hacia la ladera que llevaba a las pirámides.

Las palabras me fallan cuando intento describir la grandeza de la escena. El hinchado orbe de la luna llena, colgada en el cielo, parecía uno de los discos de oro batido que habían coronado a las reinas de esta antigua tierra. Su brillo inundaba el paisaje, plateando las poderosas pirámides y lanzando sombras extrañas sobre las facciones enigmáticas de la Esfinge, de forma que parecía sonreír cínicamente a las insignificantes criaturas humanas que se arrastraban alrededor de su base. La arena era blanca como la nieve, alterada sólo por las negras sombras que indicaban la presencia de una tumba saqueada o un santuario hundido.

Desafortunadamente, este magnífico espectáculo quedaba arruinado por la presencia del insecto humano. Antorchas flameantes y cuerpos humanos arrastrándose manchaban los pálidos costados de la Gran Pirámide, y la noche resonaba con los gritos de los viajeros que deberían haber permanecido respetuosamente silenciosos en presencia de tales maravillas. La voz de un visitante bendecido con un poderoso par de cuerdas vocales se oía por encima del resto:

—¡Hey, Mabel, mírame!

La respuesta de Mabel, si la hubo, se perdió en la noche, aunque cerca se oyó un repiqueteo de risa desdeñosa. Un carruaje se había detenido: el mismo carruaje abierto que había visto antes saliendo del Shepheard. La señorita Debenham había cambiado a un vestido de noche de satén blanco. Sus brazos desnudos y su pecho resplandecían como el marfil a la luz de la luna, y mientras se volvía para dirigirse a su compañero los diamantes resplandecieron en la oscuridad de ébano de su pelo. Kalenischeff era un estudio en blanco y negro. Un lazo de alguna clase (probablemente apócrifo), atravesando el frente de su camisa, había sido despojado de su color por la luz de la luna y parecía una barra siniestra.

Impulsivamente me dirigí hacia ellos, pero antes de que hubiera dado más de algunos pasos, Kalenischeff azuzó a los caballos y el carruaje continuó a lo largo de la carretera polvorienta hacia la parte superior de la meseta.

—Imbéciles —dijo Emerson—. Siento haber venido, Peabody. Debería haber sabido que cada turista ignorante de El Cairo estaría aquí esta noche. ¿Hacemos un intento, o regresaremos al hotel?

—Bien podemos seguir ahora que estamos aquí —contesté—.

Ramsés, debes quedarte con nosotros. No te apartes más de un paso de mi lado.

Los auto-denominados guías, los vendedores ambulantes de antigüedades y los variopintos mendigos habían salido a mares. Caían sobre nosotros con ofertas de asistencia y de dudosos escarabajos. La proporción usual de asistentes es de tres para cada turista, dos tiran desde arriba y uno empuja desde abajo. Es un procedimiento embarazoso y muy innecesario, puesto que pocos de los bloques a escalar son más altos de un metro quince.

El asalto se detuvo tan pronto como el jeque a cargo de la horda reconoció a Emerson, a quién saludó con el *«Essaldmu aleikum»* generalmente reservado por los musulmanes para otros de su misma fe, Emerson contestó del mismo modo, pero rehusó la oferta de Sheikh Abu de hombres para subirlo por la pirámide. Él era muy capaz de echarme una mano cuando fuera necesario, pero contratamos a dos hombres para alzar a Ramsés de escalón a escalón, sus cortas piernas parecían hacerlo aconsejable.

Después de un verano de inactividad haciendo poco más salvo ir en coche, trabajar en el jardín, dar largos paseos e ir en bicicleta, estaba algo baja de forma y disfruté de las fuertes manos de Emerson de vez en cuando. Aunque había parecido desde abajo que la cuesta estaba atestada de gente, no era realmente una avenida populosa. Pasamos junto a uno o dos grupos más, alguno de cuales había hecho una pausa para descansar junto al camino. De vez en cuando oía la voz de Ramsés, manteniendo una interminable, aunque jadeante, conversación con sus guías.

El piramidión y las zonas superiores del monumento habían sido desmontadas, dejando en la cima una superficie plana de unos diez metros cuadrados. Sobre los bloques esparcidos aquí y allá, varios de los escaladores que habían conseguido el éxito estaban tumbados desgarbadamente en diversas posiciones de colapso. Evitándolos instintivamente, nos hicimos a un lado.

Había escalado la pirámide antes, pero nunca de noche. La vista, espectacular en cualquier momento, es simplemente mágica bajo el hechizo de la luz de la luna. Hacia el este el Nilo brillaba con una luz tenue, como una cinta de cristal oscuro más allá de los prados tranquilos, donde las siluetas de las palmeras destacaban en negro en contra el cielo. Mucho más allá centelleando y titilando, las

innumerables luces de El Cairo. Pero fue hacia el sur donde nuestros ojos se volvieron para ver, más allá de la superficie nevada de arena silenciosa, los restos de los antiguos cementerios de la una vez poderosa capital de Memphis. Allí estaba el destino de nuestra temporada: dos puntos diminutos de piedras pálidas marcando las pirámides de Dahshoor.

Me embargaba tal emoción que era incapaz de hablar, una condición ayudada por una aparente falta de aliento, y el brazo fuerte de Emerson me estrechó con fuerza. Nos quedamos quietos y callados, fascinados por la magia de la noche.

Perdí toda la noción del tiempo durante la contemplación. Podrían haber pasado diez segundos o diez minutos antes de que dejara salir mi aliento en un largo suspiro y me volviera para hablar con Ramsés.

No estaba.

Mi primera reacción fue dudar de la evidencia de mis sentidos. Ramsés es ducho en perderse, pero apenas parecía posible que hubiera desaparecido de una pequeña plataforma a ciento cincuenta metros de altura sin alguna clase de conmoción. Emerson notó su ausencia al mismo tiempo y fue incapaz —o más probablemente poco dispuesto— de reprimir un bramido de alarma.

—¡Peabody! ¿Dónde está Ramsés?

—Debe de estar aquí, en algún lado —comencé.

—Creía que tú le vigilabas. ¡Oh, buen Dios! —Arrojó hacia atrás su cabeza y gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Ramsés! Ramsés, ¿dónde estás?

Pronunciado en semejante tono perentorio, el nombre de Ramsés nunca deja de atraer la atención, en particular en Egipto, donde inevitablemente sugiere la invocación, no de un niño inglés desobediente, sino del fantasma del más famoso de los antiguos faraones egipcios. Una de las señoras más corpulentas se cayó del bloque en el que estaba sentada y varios otros se levantaron de un salto con gritos de alarma y ultraje. Emerson comenzó precipitarse alrededor de la plataforma, mirando detrás de los bloques de piedra y las faldas de las señoras, para molestia creciente de las personas afectadas.

Un caballero tuvo la cortesía de acercarse a mí y ofrecer asistencia. Era un americano corpulento y mofletudo, con un

erizado bigote blanco y pelo del mismo tono, tal como reveló la pronta remoción de su sombrero.

—Realmente no puedo comprender lo que están buscando, señora —dijo atentamente—. Pero si Caleb T. Clausheimer puede ser de cualquier asistencia...

—Lo que estoy buscando, señor, es un niño pequeño.

—¿Un niño pequeño de nombre Ramsés? ¡Truenos y relámpagos, señora, sí que es un nombre curioso para un jovencito! Me pareció ver a un niño aquí hace un rato....

Le di las gracias distraídamente y me apresuré a ir hacia Emerson, que miraba con atención sobre el borde de la plataforma.

—Se ha caído, Peabody. ¡Maldición! ¡Maldición! Nunca me perdonaré. Debería haberlo amarrado a mí con una cuerda como usualmente hago; debería haber...

—Emerson, cálmate. No ha podido caerse. No es una caída directa; le habríamos oído ir dando tumbos escalón tras escalón, y seguramente incluso Ramsés hubiera lanzado un grito al encontrarse cayendo. No, ha empezado a bajar él solo, únicamente el cielo sabe por qué. Le prohibí específicamente que nos deja...

Emerson corrió al lado del norte de la plataforma y miró hacia abajo por esa cara de la pirámide. Estaba sumida en sombras, pero los ojos de Emerson, agudos como los de un águila, estaban además reforzados por la desesperación del afecto paternal. Dejó escapar un chillido ronco.

—Allí, Peabody... allí, ¿lo ves? A dos terceras partes del camino de bajada, a la izquierda. ¿No son ésos los guías de Ramsés? ¿Y uno de ellos no parece estar extrañamente jorobado?

Sólo pude distinguir el reflejo de las blancas túnicas que vestían los egipcios. Parecían un parche de luz de luna que se deslizaba bajando por las piedras erosionadas. Ciertamente había un grupo de gente allí —cuántos, no sabría decirlo— y eran los únicos escaladores a ese lado de la pirámide, por razones obvias, los demás prefirieron los lados iluminados.

—No podría decirte quiénes son, Emerson, ni puedo determinar...

Pero me dirigía al vacío. Emerson se había precipitado por el borde y saltaba por la gigantesca escalera como un hombre poseído. Inmediatamente me apresuré a seguirlo, aunque a un paso más

discreto.

Para cuando alcancé la base y me encontré atascada hasta los tobillos en la arena, Emerson no se veía por ninguna parte. Me consolé con el hecho de que su cuerpo no se veía tampoco por ninguna parte, así que podía asumir que había alcanzado la base ileso.

Puede parecerle al lector que estaba más preocupada por mi esposo que por mi hijo y heredero. Éste era ciertamente el caso. Desde hace mucho tiempo había dejado de preocuparme por Ramsés, no por falta de cariño (mis sentimientos hacia el niño eran los de cualquier madre de un hijo de ocho años), sino porque había agotado mis reservas de preocupación en ese tema. Para cuando tenía cinco años, Ramsés había estado en más apuros de los que la mayoría de la gente encuentra en una larga vida, y yo había gastado más energía nerviosa con él que la mayoría de las madres gasta en una familia de doce miembros. No tenía nada más que dar. Además, aunque me daría vergüenza confesar tales pensamientos irracionales excepto en las páginas de mi diario privado, había desarrollado una confianza casi supersticiosa en la habilidad de Ramsés no sólo para sobrevivir a desastres de proporciones verdaderamente horrendas, sino para emerger de ellos sano y salvo.

No sabiendo qué dirección había tomado Emerson, me encaminé hacia la esquina noreste de la pirámide. No había nadie en los alrededores; los turistas y los guías también prefieren las áreas iluminadas. Casi había alcanzado la esquina cuando un grito, apenas perceptible pero penetrante, resonó en la noche:

—¡Ra-a-a-msés!

—Maldita sea —pensé—. Ha ido por el otro lado.

En lugar de cambiar de dirección, continué por el mismo camino, pues inevitablemente nos encontraríamos con el transcurso del tiempo, y durante el proceso habríamos rodeado (si tal palabra puede ser usada con una estructura cuya base forma un cuadrado perfecto) la pirámide.

Las pirámides de Giza son sólo las más llamativas de las tumbas antiguas que salpicaban la superficie de la meseta. La arena a mi alrededor estaba horadada y llena de cicatrices debidas a las huellas de las estructuras subyacentes. Era necesario escoger el camino cuidadosamente por miedo a tropezar con la cámara abierta de una

tumba o con un bloque de piedra caído, así que mi avance era algo pausado. Mientras avanzaba y repasaba en mi mente las cosas que le diría a Ramsés cuando lo encontrara y no tenía dudas de que finalmente lo haría, oí los sonidos de un altercado. Al principio no pude discernir de dónde venían los golpes, los gruñidos y los gritos amortiguados, pues tales ruidos atraviesan una gran distancia en pleno desierto. No fue hasta que volví la mirada atrás que vi un revoloteo de ropajes. Los que los vestían parecían estar en rápida retirada y pronto desaparecieron detrás de una de las pequeñas pirámides secundarias: los anexos de la Gran Pirámide cerca de la cual están situadas.

Me dispuse a perseguirlos con mi parasol listo para usar, aunque temí tener pocas posibilidades de alcanzar a los guías, si ciertamente eran ellos. Ni estaba del todo segura de que Ramsés estuviera con ellos. Sin embargo, la hipótesis más lógica era que, por razones que sólo él sabía, había persuadido a los hombres de llevarlo de nuevo pirámide abajo siguiendo sólo el cielo sabía qué objetivo. Ramsés siempre tenía motivos para sus acciones, pero rara vez eran fácilmente perceptibles para las personas racionales.

Mi progreso fue impedido por frecuentes caídas, pues estaba todavía entre las sombras y no podía distinguir los contornos de los objetos dispersados a mi alrededor. Levantándome después de una de tales caídas, contemplé una escena alarmante, asombrosa e incluso nada tranquilizadora. La silueta de una túnica blanca a poca distancia delante de mí se veía espectral en ese ambiente extraño, pero supe que debía de ser uno de los guías. En sus brazos, mantenido muy cerca de su pecho, había una forma pequeña, más oscura. Las extremidades de este último ser se agitaban con un movimiento inquieto y mis oídos captaron la voz inconfundible de Ramsés, exigiendo, con su habitual discurso prolijo, ser puesto en el suelo.

Con la instantánea agilidad mental de la que me enorgullezco, revisé mi anterior teoría de la razón por la que Ramsés falló en obedecer mis órdenes. Ahora parecía claro que estaba siendo sujetado contra su voluntad. Quizá esa condición había prevalecido desde el principio; aunque cómo los guías le habían hecho desaparecer sin causar algún comentario de Ramsés o de los turistas, no podía imaginarlo. Sin embargo, ése era un asunto que

sería mejor dejar para una posterior investigación. La liberación de Ramsés era lo primero que debía ser atendido y procedí a atenderlo, poniéndome en pie y corriendo hacia delante a una velocidad considerable.

El hombre que sujetaba a Ramsés se quedó, como suponía, inmóvil por el terror al verme. No hizo ningún intento de escapar. Dejé caer mi parasol sobre su cabeza tan fuerte como pude.

El secuestrador dio un grito angustiado y se cubrió la cabeza con ambas manos, dejando caer a Ramsés, que cayó boca abajo en la arena. Notando que los pliegues del turbante habían reducido el efecto del golpe que yo pretendía, rápidamente desvié mi agarre sobre el mango del parasol y golpeé duramente en el abdomen del tipo. Cayó de espaldas. Avanzaba un paso para administrarle el golpe de gracia cuando dos pequeñas manos envolvieron mi tobillo e hicieron que me tambaleara. Sólo un hábil giro del parasol y su empuje contra una roca sobresaliente me mantuvieron sobre mis pies.

Me volví contra Ramsés con un grito reprobador.

—Maldita sea, Ramsés, ¿qué haces? Este miserable te secuestró... al menos espero por tu bien que lo hiciera, porque si te fuiste con él por propia voluntad...

—Trataba de impedirte una acción que seguramente lamentarías, mamá —dijo Ramsés. Hizo una pausa para escupir arena antes de continuar—, ezte hombre...

—Cuidado con tu ceceo, Ramsés. —Su adversario parecía haber quedado inconsciente, pues aún yacía en el suelo. Mantuve un ojo vigilante sobre él, parasol en alto, mientras Ramsés continuaba con su explicación.

—Sí, mamá. Este hombre no fue mi secuestrador sino mi rescatador. Fue él quien me salvó de las personas que me llevaron a la fuerza de la parte superior y por el costado de la pirámide con, se podría añadir, algún riesgo de sí mismo, puesto que ambos de mis asaltantes estaban armados, uno con el largo cuchillo que es localmente conocido como un *sikkineh,* y el otro...

—Todo eso no importa. Mmmm. ¿Estás seguro de que...? aunque supongo que difícilmente puedes estar equivocado. ¿Por qué estabas luchando entonces? No me habría precipitado tanto si no temiese por tu seguridad, porque ciertamente parecía que tratabas de

librarte del agarre de un secuestrador.

—Quería que me pusiera en el suelo —dijo Ramsés.

—Ya veo. Bien, eso tiene sentido. —Me detuve a ver más de cerca al hombre recostado. No podía apreciar sus facciones en la oscuridad, pero las ventanas de mi nariz atraparon rastros de un olor extraño, dulce y empalagoso. Di un paso atrás con repugnancia instintiva—. ¡Opio! ¡El tipo es un adicto a las drogas!

—Se podría extraer razonablemente esa conclusión. —Dijo Ramsés juiciosamente—. ¿Está muerto?

—Seguramente no.

—Me alegro de ello —comentó Ramsés—. Sería una pobre recompensa por sus servicios hacia mí; y sus hábitos personales no son algo que nos concierna, en particular a la vista de...

—Cállate por un momento, Ramsés. Oigo a tu padre acercándose. ¡Ciertamente viene a paso rápido! Llámalo, por favor, o seguirá circunvalando la pirámide indefinidamente.

Ramsés obedeció. Los lejanos gemidos de Emerson, repitiendo el nombre de Ramsés en tono triste, cobraron nueva intensidad. Ramsés llamó de nuevo. Ambos intercambiaron gritos hasta que Emerson cayó como una bomba sobre la escena y se arrojó sobre su hijo. Oí el aliento salir de los pulmones de Ramsés en un explosivo jadeo cuando su padre lo agarró, y sabiendo que Emerson sería incapaz de un discurso razonable durante algunos momentos, devolví mi atención al presunto rescatador de Ramsés.

El repugnante olor a opio atacó de nuevo las ventanas de mi nariz cuando me incliné sobre él, pero vencí mi repugnancia y me agaché a quitarle el turbante para indagar mejor la extensión del daño hecho a la cabeza del tipo. Cuando alargué la mano, el hombre empezó a agitarse, arrojando los brazos sobre su cara.

— *Matekhafsh, habib* —dije de modo tranquilizador—. No tenga miedo. Me equivoqué al golpearle; el niño me ha hablado de su coraje.

Al principio no hubo respuesta. Luego, bajo los pliegues harapientos de tela se oyó una voz amortiguada.

—Déjeme ir, sitt. No hice nada. Sólo quiero que me deje solo.

—Wallahi-el azim, por el gran Dios, no voy a hacerle ningún daño. Al contrario, quisiera recompensarlo. Salga a la luz de la luna para que pueda ver si está herido. —El hombre no se movió y seguí

impaciente—. Vamos, está a salvo con nosotros. Éste es el gran, el famoso Emerson Effendi, el Padre de las Maldiciones, y yo soy su esposa, a veces me llaman Sitt Hakim.

—La conozco, sitt —fue la respuesta.

—¿Entonces de qué tienes tanto miedo? Si conoces mi nombre, conoces su significado; tengo alguna experiencia en el arte de medicina...

Como había esperado, esta declaración captó la atención de Emerson, quien rara vez pierde una oportunidad de mofarse de mis aptitudes médicas. Sin embargo, en esta ocasión reprimió su cáustico comentario de costumbre; Ramsés evidentemente le había explicado la situación, y la gratitud prevaleció sobre la ironía. Agarrando al hombre caído del brazo, lo puso en pie vigorosamente y empezó a estrechar con fuerza su mano.

—La bendición de un Padre sea en ti —comenzó en un árabe sonoro, pero antes de que hubiera ido más allá, el salvador le distrajo cayendo sobre sus rodillas, con la cabeza inclinada.

—No necesitas arrodillarte, buen hombre —dijo Emerson amablemente.

—Creo, papá, que no está ofreciendo sus respetos sino desmayándose —dijo Ramsés con serenidad—. Como te informé, uno de los hombres tenía un cuchillo, del tipo que es conocido como...

—Que Dios me bendiga —dijo Emerson con una ligera sorpresa —. Creo tienes razón, Ramsés. Sí, esta sustancia pegajosa en sus dedos parece ser sangre.

—Ya que lo tienes sujeto, Emerson, bien podrías sacarlo a la luz de la luna —sugerí—. Aunque con un agarre menos doloroso, que no suponga tanta tensión en su presunta herida...

—Umm, sí, perfectamente, mi amor —dijo Emerson. Transfirió su agarre a los hombros del hombre, y con un empujón de sus poderosos brazos lo llevó a través de la arena hasta que los rayos brillantes de la luna iluminaron su cuerpo.

Una multitud de buscadores de curiosidades se había congregado. Los escasos árabes entre ellos pronto se apartaron asqueados al ver que el objeto de atención era sólo un mendigo harapiento. Los egipcios reconocieron a Emerson y prontamente se pusieron en cuclillas en círculo, esperando a ver qué acontecía

puesto que, como uno de ellos comentó a un amigo:

—El Padre de Maldiciones es un gran mago. Quizá traerá a la vida a este hombre muerto.

Algunos de los mirones llevaban antorchas y linternas. Entre ellos estaba Sheikh Abu, que se abalanzó hacia Emerson con exclamaciones de alivio y felicitación.

—Tu hijo ha sido recuperado. ¡Alá sea loado!

—Sí, por supuesto —contestó Emerson—. No fue gracias a los guías que nos asignaste. Mira, Abu...

—Vayamos por partes, Emerson —interrumpí—. Abu, por favor, pon más cerca la linterna. Y préstame tu cuchillo.

Bajo el cálido resplandor amarillo de la linterna las manchas oscuras en la manga del hombre cobraron siniestra vida. Agarré el cuchillo de Abu y me dispuse a rasgar la tela. El gentío que se asemejaba a un surtido de bultos de lavandería caídos fortuitamente desde la parte trasera de una carreta, se retorcieron aún más cerca, y el mismo comentarista comentó:

—Es Sitt Hakim. Sin duda cortará el brazo del hombre —a lo cual su compañero contestó ansiosamente—. Échate hacia atrás para que pueda ver mejor.

La herida de cuchillo estaba en el exterior del brazo del hombre, desde justo por encima de la muñeca hasta casi el codo. Afortunadamente no había tocado ninguno de los músculos principales o los vasos sanguíneos, pero todavía exudaba el rosado fluido de la vida, así que lo vendé lo mejor que pude. Mi paciente yacía inmóvil con los ojos cerrados, pero sospeché que había recobrado la conciencia, y esta sospecha fue confirmada cuando, en mi nuevo intento de quitarle el turbante, mi mano fue apartada.

Repetí mi petición de tranquilidad, añadiendo:

—Debo ver tu cabeza, amigo, para determinar si sufres... Maldita sea —añadí en inglés—, ¿cuál es la palabra árabe para conmoción?

—Si tal palabra existe, no tengo conocimiento de ella —dijo Ramsés, en cuclillas a mi lado con las misma elástica facilidad que los egipcios demuestran al asumir esa mala postura—. Pero no necesitas exprimir tus conocimientos de árabe, mamá. El caballero es inglés.

—La cortesía es una cualidad que siempre alabo, Ramsés —dije

—. Pero la palabra «caballero» cuando se aplica a éste sin duda honesto aunque algo reprochable... ¿Qué dijiste? ¿Inglés?

—Incuestionablemente —dijo Ramsés—. Ya lo pensé ayer, cuando lo vi maniobrando las naranjas que el vendedor de fruta había dejado caer. Hay ciertas estructuras idiosincrásicas de cara y cuerpo que se encuentran sólo en los miembros de la sub-raza celta, y el rastro de barba en su cara, aunque oscurecida por la abstinencia prolongada de medios de ablución, tenía un tinte rojizo. No debería haber ninguna duda en tu mente, mamá, en lo que se refiere a la extensión de mis conocimientos anatómicos o la exactitud de mis observaciones, déjame añadir que claramente oí de sus labios, cuando uno de sus asaltantes atacó, la palabra «maldito».

La palabra fue repetida, igual de claramente, por los mismos labios. Los ojos cerrados se abrieron de golpe. Los iris eran de un azul brillante y ardiente, no el zafiro profundo de los ojos de Emerson, sino con el tono idéntico a la turquesa usada tantas veces en la antigua joyería egipcia.

Me senté sobre mis talones.

—Tonterías —dije—. Encontrarás pómulos altos y ojos azules entre los miembros de una tribu berebere del norte. Una espléndida raza de hombres, verdaderos hijos del desierto; es una lástima encontrar a uno de ellos en tal estado de degradación...

—¿Pero sería una lástima aún mayor, o no, encontrar a un miembro de la superior raza británica en esas condiciones? —Las palabras, pronunciadas en el más puro inglés, provinieron del hombre caído. Sus labios se curvaron en una risa sardónica y continuó—, siento decepcionarla, señora. Agradezco sus atenciones. Le suplico que me permita regresar a mi cuneta en paz.

Trató de levantarse, pero se hundió de nuevo desmayándose. Me aproveché de su indefenso estado para arrancar el asqueroso turbante y el color moreno subyacente parecía un *libdeh* (gorra) en su cabeza. ¡No es extraño que se hubiera resistido a mis intentos de quitárselo! Había conocido a bereberes con ojos azules o grises, pero nunca con el pelo de ese peculiar rojo dorado que es el sello de las personas del norte. Hebras de plata se entremezclaban con el oro. No obstante, cuando examiné el bronceado semblante, aún más oscurecido (como había dicho Ramsés) por una capa de mugre, me percaté que era el de un joven. ¿Qué terrible tragedia le había

hecho encanecer prematuramente? ¿O era el resultado de la disipación y las drogas?

Mis cavilaciones fueron interrumpidas groseramente por Emerson, que había concluido su debate con Abu y parecía de un humor excelente. Éste es a menudo el caso con Emerson después de haber regañado a alguien.

—¿Así que el héroe de Ramsés es un inglés? Un escocés, más bien, creo. No te dará las gracias por el error, Ramsés.

Se inclinó sobre el joven.

—Debería regresar con nosotros al hotel, amigo mío.

El caballero, o algo parecido por su acento educado, nos miró encolerizado y sin interés a todos nosotros.

—Si desean recompensarme por cualquier servicio imaginario, pueden hacerlo dejándome en libertad para hacer lo que guste.

—Simpatizo completamente con su deseo de privacidad e independencia —dijo Emerson—. No deseo recompensarle, deseo ofrecerle una ocupación.

—¿Qué?

El asombro alisó el ceño de la frente del joven y le dio a su semblante una apariencia tan ingenua que me impulsó a ayudarlo. Lo que él necesitaba era los cuidados firmes y compasivos de una mujer, y estaba a punto de decirlo cuando Emerson me dio un codazo con tal fuerza que me desequilibró, estar en cuclillas es una posición que nunca asumo con facilidad y caí graciosamente de lado. Mientras me esforzaba en reasumir una posición erguida, Emerson continuó.

—He estado buscando una persona musculosa y responsable que se haga cargo de mi hijo. Mi nombre es Emerson, y esta señora...

—Sé quién es, señor.

—Entonces también debe saber que la señora Emerson es mi socia profesional así como mi esposa. (Levántate, Amelia, te ves muy poco profesional retorciéndote en el suelo como un escarabajo boca arriba.) Ella no tiene tiempo de prestarle a Ramsés la atención que requiere...

—Diría que el señorito Ramsés requiere una gran cantidad de atención, si los acontecimientos de esta tarde son típicos. —Una sonrisa apenas perceptible acompañó a este comentario.

—Los acontecimientos de esta tarde no son... —Emerson se

detuvo—. Er... sea como fuere, salimos mañana por la mañana hacia Dahshoor, para comenzar nuestras excavaciones. Nos haría un favor si estuviera de acuerdo en aceptar la colocación, para la que ya ha demostrado estar tan admirablemente capacitado.

Supongo que la sorpresa del joven ante esta oferta no fue menor que la mía. Su respuesta fue una risa sardónica.

—Ha perdido la cabeza, Profesor. ¿Le confiaría su hijo a un renegado, un mendigo, un fumador de opio, un adicto al hashish?

—En lo que se refiere a eso —comencé, pero no terminé la frase porque vi acercarse el codo de Emerson y mi balance era todavía precario.

—Siempre que se abstenga de involucrarse con drogas mientras esté de servicio, sus hábitos no me conciernen —dijo Emerson.

—Bueno... ¿por qué no? Sería una experiencia nueva, de todos modos.

—Entonces regresemos al hotel —dije, levantándome.

—No iré con ustedes —dijo el joven con firmeza.

—En el nombre de cielo, ¿por qué no?

—Porque... elijo no hacerlo —fue la taciturna respuesta.

—Puede elegir entre ir al Shepheard o al diablo —saltó Emerson, cuya paciencia estaba en las últimas—. Debo entender que rehúsa mi oferta, señor...

—Llámeme Nemo.

Emerson arqueó las cejas. Antes de que pudiera hacer comentarios, el joven continuó.

—No me niego. Pero tengo ciertos asuntos personales que atender antes de dejar El Cairo. Estaré en el hotel mañana... ¿a qué hora?

—Siete de la mañana.

—Siete —repitió Nemo—. Hasta entonces, Profesor.

Desdeñando mi oferta de una mano de apoyo, se levantó y se marchó dando media vuelta sin una mirada atrás.

Regresamos a nuestro carruaje, que nos estaba esperando. Otros vehículos también esperaban; el que Kalenischeff había conducido no estaba entre ellos. Cuando nuestro vehículo estuvo en marcha, Emerson dijo:

—¿Y bien, Peabody?

—¿Y bien, Emerson?

—Espero tus comentarios respecto a nuestro nuevo criado. Estoy sorprendido de que no hayas expresado tu opinión antes de ahora.

—¿Por qué? de verdad, Emerson, lo considero una idea excelente. Habría sugerido lo mismo si no te hubieses anticipado.

—Oh, ciertamente —dijo Emerson.

—Tenemos la obligación —continué—, de ayudar al prójimo desafortunado, en particular a los de nuestra misma nación. No dudo que el joven haya sufrido alguna decepción aplastante, amorosa lo más probable, que lo ha reducido a su presente infortunio. Espero que no pensarás que soy jactanciosa si afirmo que mi consejo y mi experiencia a menudo han resultado ser beneficiosos en tales casos.

—Bah —dijo Emerson—. Mis motivos son menos altruistas, Amelia; Simplemente quiero que alguien vele por Ramsés mientras estamos... mientras estamos ocupados en otras cosas. Conozco muy bien la futilidad de pedirte que no trates de reformar los hábitos del joven, pero te suplico que no lo irrites hasta tal punto que abandone nuestro servicio. Eso es todo lo que tengo que decir sobre el tema, y no hay necesidad de que hagas comentarios. Bien, Ramsés, estás extraordinariamente silencioso; ¿en qué piensas?

Ramsés se aclaró la voz.

—Gracias, papá. Estaba esperando a que alguien preguntara mi opinión, pues al fin y al cabo soy el más inmediatamente afectado. Aparte del hecho de que no siento que necesite una niñera de ningún sexo...

—Necesitaste a alguien o a algo esta noche —dije críticamente— ¿cómo pudiste ser tan descuidado como para permitir ser secuestrado prácticamente bajo nuestras narices?

Ramsés abrió la boca para contestar; Emerson, que conocía la tendencia de su hijo hacia la locuacidad innecesaria tan bien como yo, contestó por él.

—Por lo que he podido averiguar, por el mismo Ramsés y por Abu, la cosa se hizo bastante pulcramente. No fueron los guías originalmente asignados a Ramsés quienes se lo llevaron a la fuerza. Abu interrogó a esos tipos después de que le informase que faltaba Ramsés y le dijeron que habían sido despedidos por un caballero americano que dijo formar parte de nuestra partida. Una cantidad extravagante de baksheesh descartó cualquier duda que pudieran

haber tenido, incluso si estuvieran dispuestos a cuestionar la orden de un efendi.

—Pero ése es un plan asombroso, Emerson —exclamé—. Yo había asumido que era un intento simple y vulgar para conseguir dinero, o posiblemente un truco de Kalenischeff para dejarnos fuera de juego mientras él lleva a cabo el demoníaco plan en el que esté actualmente comprometido... sea el que sea.

—Ni lo uno ni lo otro es probable, Peabody. Kalenischeff tiene mejor criterio que interferir conmigo.

Sus blancos dientes se cerraron en la última palabra como si los estuviera clavando en la yugular de Kalenischeff, y me vi forzada a admitir que su razonamiento era convincente.

—¿Entonces quién pudo ser? ¿Quién tendría sus miras puestas en Ramsés, o en...? ¡Buen Dios, Emerson!

Emerson levantó la mano.

—Por favor, Peabody. No lo digas.

—¿Quién más podría ser? —grité— ¿Quién más sino ese genio criminal, el Maestro del Crimen?

No veo el sentido de repetir la conversación que tuvo lugar. Los comentarios de Emerson fueron incoherentes en grado sumo, y no me permitió completar ni una frase. Supongo que Ramsés trató de proferir sus opiniones, como normalmente hacía, pero no hizo ningún avance. Emerson estaba todavía furioso cuando el carruaje se detuvo frente al hotel y abandoné el debate, puesto que habría sido de mal gusto seguir gritándonos el uno al otro mientras atravesábamos el vestíbulo.

El safragi de servicio en el pasillo de nuestras habitaciones nos informó de que varios paquetes habían sido entregados durante nuestra ausencia. Emerson asintió y le lanzó al tipo una moneda.

—Será la mercancía que encargué esta tarde —dijo—. Al menos una cosa ha salido bien hoy.

Los paquetes estaban apilados en un rincón. Encima del montón estaba sentada la gata Bastet, tensa y alerta, como si estuviera de guardia. De hecho, esa actitud suya nos era útil, puesto que los sirvientes del hotel estaban decididamente atemorizados por ella. Su parecido con los gatos cazadores bosquejados en las antiguas pinturas de las tumbas y su devoción casi canina hacia su joven amo, había convencido a los supersticiosos de que no era un felino

común.

Ella y Ramsés se saludaron el uno al otro cariñosamente, pero cuando él le ofreció unos trocitos de pollo que había traído, ella rehusó el regalo, educada aunque decididamente.

—Curioso —dijo Ramsés—. Muy curioso.

Me vi forzada a estar de acuerdo. Ordinariamente a la gata Bastet le apasionaba el pollo.

—¿Podría haber algo malo en el pollo? —Pregunté ansiosamente —. ¿Envenenado, o drogado?

—Si hubiese habido algo malo, todos nos retorceríamos de agonía o estaríamos en coma a estas alturas —gruñó Emerson—. He tenido suficiente melodrama por esta noche, no puedo aguantar más. Ramsés, vete a la cama. Amelia...

—Sí, Ramsés debería retirarse de inmediato, dado que debemos salir temprano. En vista de lo que ha ocurrido esta tarde, Ramsés, deberías dejar tu puerta abierta.

Emerson se giró con una mirada de reproche hacia mí.

—Mi querida Peabody —comenzó.

—No veo forma de evitarlo, Emerson.

—Bah —dijo Emerson—. Sí, muy bien. Deberías dormir profundamente esta noche, Ramsés, después de tus aventuras. Muy profundamente. Si te despiertas y oyes... er... oyes cualquier cosa, no le prestes atención.

—¿Cualquier cosa, papá?

—Cualquier cosa, hijo mío. Er... Papá se ocupará de eso, de lo que sea.

—Sí, papá. Pero si os oyera a ti o a mamá pidiendo ayuda...

Esta pregunta inocente sonrojó a Emerson como a un escolar. Me divertía, pero no me sentía inclinada a intervenir; como establecen las Sagradas Escrituras tan elocuentemente, él mismo había cavado el hoyo en el que había caído y era problema suyo salir de él.

—Papá te lo explicará —dije—. Tengo que salir un momento fuera. Hay un asunto que debo atender.

El rubor en las mejillas bronceadas de Emerson pasó del escarlata de la vergüenza al carmesí de la incipiente sospecha.

—¿Qué asunto? —Exigió.

—Estaré de regreso enseguida.

—Peabody, lo prohíbo absolutamente... —Mi expresión advirtió a Emerson del error de este acercamiento—. *Te suplico que* te abstengas de interferir en asuntos que no son en absoluto de tu incumbencia. Es tarde. No puedes despertar a la gente en mitad de la noche para sermonearlas acerca de sus asuntos personales.

—Tenía intención de hablar con la señorita Debenham por la mañana, Emerson. Fue tu decisión salir de El Cairo de inmediato, de hecho podría añadir sin haber tenido la cortesía de consultarme, lo que me obliga a esto.

Me deslicé fuera antes de que él pudiera contestar.

El safragi que había fuera de la suite de la señorita Debenham me informó que ella aún no había regresado, así que bajé la escalera para ir a buscarla al vestíbulo y la terraza. No era tan de noche como había supuesto; nuestra tarde había estado tan cargada de incidentes interesantes que parecía haber durado más de lo que era el caso. La terraza estaba abarrotada de huéspedes sorbiendo refrescos y observando a los malabaristas y los encantadores de serpientes actuando en la calle, pero la señorita Debenham no estaba entre ellos. Creí ver un revoloteo de tela color azafrán entre los comediantes, pero cuando miré sobre la barandilla, no había rastro del inglés renegado. Concluí que mis ojos me habían engañado. Los turbantes color azafrán, aunque raros, no era exclusivos de ese individuo.

Tenía una profunda sensación de frustración que finalmente me decidió a abandonar la búsqueda por el momento. No había forma de saber cuándo regresaría la pareja, o si realmente regresarían esa noche. Kalenischeff me había dicho una vez en el transcurso de ese brusco encuentro que mencioné antes, que tenía una casita en El Cairo. Podría haber llevado a la chica allí.

Este pensamiento me decidió aún más a advertir a la señorita Debenham de los peligros morales y espirituales que la amenazaban. Estaba igualmente decidida a tener una tranquila conversación con Kalenischeff. Estaba segura de que la mezcla correcta de persuasión e intimidación lo convencería de confiar en mí, y los acontecimientos de la tarde habían hecho imperativo que aprendiera todo lo que pudiera acerca del individuo misterioso que era el patrón de Kalenischeff. Había dejado Egipto el año anterior con la firme determinación de llevar ante la ley a este bribón. Su

intento de secuestrar a Ramsés dejaba fuera de toda duda que él estaba igualmente decidido a vengarse de mí y mi familia. No era ya sólo una cuestión de justicia; era cuestión de autodefensa. Por qué Emerson no lo veía, era algo que no podía imaginar.

Me dirigí hacia el cuarto de escritura, dónde redacté dos cartas. La primera, para Kalenischeff, era breve. Simplemente le pedía el placer de una entrevista a la mayor brevedad posible, añadiendo que sería inútil negar mi petición, puesto que estaba decidida a verlo. La carta para la señorita Debenham llevó más tiempo, puesto que tuve que identificarme y exponer mis motivos para osar dirigirme a ella. Añadí un breve resumen de la desabrida historia de Kalenischeff, reiteré a la señorita Debenham mi voluntad (y la de Emerson) de ayudarla, y acabé con una enérgica y conmovedora súplica para que reconsiderara sus acciones y detuviera su caída en el camino que sólo podría inducir a la vergüenza y la aflicción.

Después de dejar las cartas a los safragis, busqué mi propia habitación con la satisfactoria sensación del deber cumplido. Había hecho todo lo que podía; no podía hacer más. No por el momento, en cualquier caso.

Emerson había dejado una lamparilla encendida. Se había convertido en un hábito nuestro, desde que éramos tan frecuentemente molestados por ladrones y asesinos. Él estaba en la cama. La artificial uniformidad de su respiración indicaba que estaba despierto, aunque fingiendo no estarlo. No se movió ni habló siquiera cuando me uní a él en la cama conyugal, así que concluí que estaba en desgracia. Muy bien, pensé. Ramsés estaría alerta ante el más leve sonido en nuestra habitación.

Si la señorita Debenham regresaba al hotel y leía mi carta, indudablemente trataría de hablarme por la mañana. Le había informado de la hora de nuestra partida. La oportunidad de razonar con ella no estaba perdida, sólo pospuesta, y cuando el sueño me pasó rozando con sus alas oscuras me prometí a mí misma la satisfacción de una entrevista útil a la mañana siguiente.

Cosas del destino, no pudo ser. Fuimos despertados al amanecer por los chillidos de los sirvientes del hotel. El safragi había descubierto el cuerpo de Kalenischeff descansando sobre la cama de la señorita Debenham en un revoltijo de sábanas ensangrentadas. Lo habían apuñalado en el corazón; la señorita Debenham había

desaparecido del cuarto, y del hotel.

Capítulo 3

El sol se acercaba al cenit antes de que abordáramos el tren que debía llevarnos a Dahshoor. Emerson refunfuñaba como un volcán en peligro de erupción, pero como yo había indicado, a duras penas podía culparme del retraso de nuestra partida. Todos los huéspedes habían sido retrasados por el trastorno y estábamos entre los muchos a quién la policía había interrogado.

—No necesitabas ofrecerte para ser interrogada —insistió Emerson—. Preguntar a los huéspedes fue una pérdida de tiempo, ya que el asesino indudablemente dejó el hotel mucho antes de que el cuerpo fuera descubierto.

—Si te refieres a la señorita Debenham, Emerson, ella no cometió el delito. Sentí que era mi deber explicar eso al oficial responsable.

—Ha desaparecido, Peabody. ¿Si es inocente, por qué huyó?

—¿Emerson, cómo puedes ser tan denso? No huyó, fue secuestrada por la misma persona o personas que asesinaron a Kalenischeff.

Emerson se sentó más cómodamente en el asiento de cuero rajado del vagón. Las pirámides eran visibles a la derecha, pero por una vez Emerson no fue distraído por objetos arqueológicos. Pretendía molestarse por las interrupciones de naturaleza criminal que a menudo han caracterizado nuestras excavaciones, pero la intuición de esposa me asegura que él es tan buen sabueso como cualquier detective. Ésta era la primera oportunidad que teníamos para hablar del asesinato; pero podía afirmar por el destello en sus ojos azules brillantes que él estaba tan interesado como yo.

—Si tu teoría es correcta, Peabody, significaría que Kalenischeff

fue asesinado en un intento de defender a su amada. El papel heroico no es uno que habría esperado de él.

—Ese es un punto en contra —admití—. Fuera lo que fuera, Kalenischeff no era ningún héroe.

—Pero puede haber sido un miembro de una intriga dirigida contra la dama —dijo Ramsés desde su asiento junto a la ventana, cerca de Emerson—. Asumiendo, por ende, que el objeto de ese complot fuera la sustracción de dinero por algún motivo u otro, Kalenischeff puede haber decidido engañar a sus cómplices casándose con la dama en vez de atenerse al plan original. Ganaría el exclusivo control de la fortuna de la damisela por ese medio en vez de...

—Estaba a punto de proponer esa teoría, Ramsés —dije con severidad—. Mira por la ventana. Allí está la Pirámide Escalonada de Sakkara.

—Lo hago —dijo Ramsés—. Bastet también parece apreciar las cualidades estéticas de la vista, pero te aseguro que esto no interfiere en lo más mínimo con mi capacidad de unirme contigo en...

—La señorita Debenham debe haber sido raptada —insistí—. Ninguna mujer inglesa correctamente criada huiría lejos...

—Su conducta hace evidente que no fue correctamente criada —dijo Emerson.

Hice caso omiso a ese comentario.

—Ella se habría quedado, con la barbilla en alto y cuadrando los hombros, para afrontar las consecuencias. Y siento que tengo la razón en asegurar, Emerson, que habría acudido a mí. Había recibido mi carta; ésta fue encontrada, abierta, en su tocador.

—Eso es un punto contra la dama —dijo Emerson tercamente—. Demuestra que anoche regresó a su habitación. Esto la coloca en la escena del crimen, Peabody, una escena de la que ha desaparecido. Según la policía, ella también se cambió de ropa.

—Pero no saben qué ropa falta de su guardarropa. Puede haber sido arrastrada llevando su ropa de dormir, Emerson. ¡Me horrorizo de pensarlo!

—¿A lo largo de los pasillos del hotel, al bajar la escalera y por la calle? —Emerson se rió con desagrado—. No, Amelia; ni siquiera tu predilecto Maestro...

Se detuvo, apretó los labios y me frunció el ceño.

—Ahora que lo mencionas —exclamé—. No quise acusarte injustamente, Emerson, pero me obligas a ser franca. Estás decidido a culpar a la pobre señorita Debenham de un delito que no cometió debido a tu renuencia inexplicable para encarar la verdad. Cómo puedes ser tan obstinado, después de tus propios encuentros con el hombre...

—Ten cuidado, Peabody —gruñó Emerson.

—¿Quién nos atacó y acosó en Mazghunah el año pasado? ¿Quién organizó a los noveles e incompetentes ladrones de tumbas de Egipto en una gran conspiración profesional? ¿Quién es un maestro del disfraz, como fue probado por su aspecto en el papel del Padre Girgis, el sacerdote de la iglesia de Mazghunah? ¿Quién, Emerson?

Emerson, respirando furiosamente por la nariz, no contestó.

—El Maestro Criminal —siseó Ramsés.

Emerson lanzó una terrible mirada sobre su hijo. Impasible, Ramsés continuó:

—Comparto tu aversión por esa denominación sensacionalista y ambigua, papá, pero estoy obligado a concordar con mamá en que ningún nombre más apropiado me viene rápidamente a la mente. Tenemos buenas razones para sospechar que el Príncipe Kalenischeff se haya enemistado con su líder; su decisión de dejar Egipto, de repente y en secreto, lo sugiere en desmedida. Y me inclino a coincidir con la creencia de mamá de que este personaje misterioso era quien estuvo anoche detrás de la intentona contra mí. La mente criminal es un estudio fascinante; muy bien puede que la persona de quién hablamos abrigue algún resentimiento hacia mí porque yo... con vuestra ayuda, por supuesto, frustramos su intento de robar el tesoro de Dahshoor.

Emerson reconoció el razonamiento de esta evaluación con un sordo «maldita sea». No dijo más, porque yo hablé antes.

—Ramsés tiene razón, Emerson. Los guías que estaban con él dijeron que fueron despedidos por un caballero americano. Había varios turistas en lo alto de la pirámide anoche. De hecho... de hecho, ¡puedo haber hablado con el hombre! ¿De quién más podría ser cómplice salvo del Maestro Criminal?

—¿Por qué no el Maestro Criminal en persona? —Emerson

intentó hablar sarcásticamente, pero estaba medio convencido por mi irrefutable lógica, y la duda se mostró en su voz.

—¡Porque el Maestro Criminal estaría esperando al pie de la pirámide! Y sé quién es. Creemos que podría ser un inglés...

—Ah, vamos, Amelia, esto va demasiado lejos, incluso para ti —gritó Emerson—. ¿No es el salvador de Ramsés? ¿Por qué ordenaría que el chico fuera secuestrado, y luego lo salvaría?

—No olvides que fue mi intervención la que salvó a Ramsés. Mi primera impresión, la de que el hombre se lo llevaba, era indudablemente correcta. Una vez atrapado por mí, se escapó de la situación hablando con el ingenio que uno podría esperar de un hombre tan inteligente. Y la prueba, Emerson... la prueba es que no apareció esta mañana, como prometió que haría.

El fallo de Nemo en acudir a su cita era un motivo extra del mal humor de Emerson. Está acostumbrado a que las personas hicieran lo que él dice.

—Se sintió alarmado por la presencia de la policía, espero. Un hombre de sus antecedentes...

—Mi querido Emerson —dije con suaves maneras—, semejante razonamiento absurdo es indigno de ti. Cada hecho lleva a la misma conclusión... a mi conclusión.

Emerson no contestó. Fue Ramsés quién carraspeó y comentó:

—Me perdonaras que lo mencione, mamá, pero eso no es estrictamente cierto. Varios hechos contradicen tu suposición, y uno, me temo, es insuperable.

Emerson miró con esperanza a su hijo.

—¿Y cuál es, mi muchacho? ¿Algo que observaste mientras estuviste a solas con el hombre?

—No, papá, tú y mamá también lo observaron. No me refiero a la lucha del señor Nemo con los hombres que me llevaban, la cual podría haber sido escenificada... aunque debo decir que fue hecha con un grado de verosimilitud que pocos actores podrían haber conseguido, puedo pensar en varios motivos para que el Maestro Criminal haya arreglado una interpretación tan embustera, a fin de...

—Ramsés —dije.

—Sí, mamá. Lo que hecha por los suelos tu teoría por otro lado intrigante es que los atributos físicos de mi salvador no concuerdan

con los del hombre que conocimos como el Padre Girgis.

—Él es un maestro del disfraz, Ramsés —dije—. La barba negra y la peluca que usaba eran falsas...

—Pero los ojos negros no lo eran —dijo Ramsés—. Tuvimos una amplia oportunidad para observar su color, ¿no es así? Los ojos del inglés... o, como papá observó, del escocés... son azules.

Fue un golpe cruel. Traté de reponerme.

—Los logros científicos de los criminales maestros a menudo exceden a la de los eruditos. Un método para cambiar el color de los ojos...

—Eso existe, me temo, sólo en la ficción —dijo Ramsés—. He estudiado un poco el asunto, mamá, y no sé de ningún método para extraer los iris...

Emerson comenzó a reírse.

—¡Un golpe, Peabody... un golpe contudente! A ver qué dices para contradecirlo.

No me digné en contestar. Debo admitir que puedo haber estado equivocada en un pequeño punto, pero no podía ver cómo la declaración de Ramsés afectaba la cuestión esencial. La pobre dama inglesa era inocente; y si el inglés renegado no era el Maestro Criminal, con seguridad era uno de sus secuaces. Estaba segura de que estaba implicado en el rapto de Ramsés y que nunca lo veríamos otra vez.

No existe ninguna estación de ferrocarril en Dahshoor, la cual está casi equidistante entre Medrashein y Mazghunah. En lugar de transportar nuestro extenso equipaje a lomos de asnos desde aquellas localidades, Emerson había solicitado que el tren se detuviera brevemente en el punto más cercano al sitio. Supongo que este favor no sería concedido a nadie más; pero la reputación de Emerson es tan conocida y sus poderes de persuasión, de una particular variedad vocal, son tan enfáticos que el ingeniero del tren hizo como se le pidió, y las quejas de los otros pasajeros fueron ignoradas por los maleteros.

Una partida de nuestros leales hombres nos esperaba. Estuvieron allí durante cinco horas, ya que fuimos incapaces de avisarles que habíamos perdido el tren anterior. No estaban molestos, o preocupados por la tardanza; cuando captamos la primera imagen de ellos estaban tumbados en un retazo de sombra, fumando y

fahddling (cotilleando). El temperamento egipcio acepta las demoras con un encogimiento de hombros y una referencia murmurada a la voluntad de Alá. Esta actitud exaspera a los europeos y americanos (sobre todo a estos últimos), quiénes se quejan de que la palabra que con más frecuencia se usa en el vocabulario árabe es bokra (mañana). Emerson dice que la perspectiva egipcia es mucho más inteligente que nuestro propio constante ajetreo y alboroto, pero aunque tenga razón en su juicio, él es el primero en hacer una rabieta cuando sus proyectos son frustrados.

Sea como fuere, tan pronto como el tren redujo la marcha los bravos compañeros se pusieron de pie, y cuando uno de ellos vio a Emerson descender del vagón, el grupo entero estalló en salvajes gesticulaciones de bienvenida. Excepcional entre sus hombres por su estatura física como en dignidad era el reis, Abdullah, quien había sido nuestro cualificado capataz durante muchas temporadas. Inmediatamente envolvió a Emerson en un abrazo fraternal, los voluminosos pliegues de su túnica ondearon alrededor de mi marido como una tormenta de nieve repentina. Emerson sufrió este gesto estoicamente, y envió al resto de los hombres a que fueran corriendo a ayudar con la descarga de nuestro equipaje.

Recibí el saludo respetuoso y afectuoso de Abdullah algo distraída, ya que para mi asombro total, allí frente a mí estaba el hombre que se hacía llamar a sí mismo Nemo.

Él no hizo ningún intento de ocultar su presencia. Estaba de pie a distancia de los otros hombres, con los brazos doblados sobre el pecho de su harapienta túnica. Iba con la cabeza descubierta, y el sol del mediodía tornaba su pelo rubio rojizo en llamas.

Los ojos de Abdullah siguieron la dirección de mi mirada.

—Espero no haberme equivocado en permitirle que se quedara, sitt. Está vestido como el mendigo más bajo, pero dijo que Emerson lo había contratado, y cuando vimos que era un Inglizi...

—Sí, está bien Abdullah. —Por eso el hombre había abandonado su disfraz. Nuestros leales hombres le habrían ahuyentado de no ser así.

Nemo se dirigió hacia mí.

—Buenos días, señora Emerson. ¿O debería ser buenas tardes? Estoy fuera de práctica con las usuales expresiones de cortesía.

El hombre tenía el descaro de ser sarcástico. Su voz arrastraba las palabras y tenía un acento educado, la cortés inclinación de su cabeza (en vez de quitarse el sombrero, del cual carecía) fue exquisita. Incluso se había afeitado. Debo admitir que el semblante así mostrado me habría inclinado en su favor si yo no tuviera motivos para sospechar que era culpable de la más terrible duplicidad. No era sorprendente que lo hubiera tomado por un bereber. Sus pómulos altos y nariz aguileña, sus amplias cejas y labios delgados eran característicos de aquella raza.

—¿Cómo se encuentra su brazo? —pregunté.

—Le pido no lo mencione. —El ceño que acompañó a ésta cortés renuencia convirtió su declaración en una demanda.

—Me siento obligada a mencionarlo a fin de averiguar si se encuentra apto para los deberes para los que ha sido empleado —declaré—. No permito que nadie en mis expediciones sufra de una dolencia que yo puedo aliviar. Eso incluye a los asnos. Abdullah...

—Sí, sitt —dijo Abdullah con resignación—. Los asnos han sido lavados.

—Bien. Ya ve, señor Nemo, le muestro la misma preocupación que le mostraría a un asno... un animal con el que desde muchos puntos de vista se parece. Si no está listo para aceptar eso, puede irse.

Una chispa de emoción que podría haber sido diversión o cólera calentó las profundidades azul marino de los ojos de Nemo. Estaban despejados; por lo visto no se había permitido drogarse recientemente.

—Muy bien, señora Emerson. Demostraré mi capacidad para cumplir mis deberes, y creo que debería comenzar inmediatamente. El joven Ramsés está a punto de ser aplastado por esa caja de embalaje, que es demasiado pesada para él.

Diciendo eso, Nemo se marchó. Su pausado andar era engañoso; cubrió la distancia en un rápido paso, llegando a la escena que había descrito justo a tiempo para levantar la caja por cuyo peso las rodillas de Ramsés se hundían lentamente.

—Bien, Abdullah —dije—. ¿Qué piensas?

Yo tenía el mayor respeto a Abdullah, a quien conocía hacía muchos años. Era un espléndido espécimen de virilidad, casi tan alto como Emerson; y aunque su cabello y barba eran de un níveo

blanco, tenía la fuerza de un hombre de la mitad de su edad. Él y su grupo de hombres habían sido entrenados por Emerson en métodos adecuados de excavación, de modo que muchos de ellos estaban mejor calificados que la mayoría de arqueólogos europeos. Eran muy requeridos por otros excavadores, pero su lealtad a Emerson, y, creo que puedo afirmar hacía mí, era suprema. Mientras que yo le habría confiado mi vida a Abdullah; Emerson le confiaba sus excavaciones, lo cual era la más alta señal de su estima. En efecto, la única debilidad de Abdullah (aparte de su extensa colección de mujeres) era una inextirpable y profundamente arraigada superstición. Nunca había abandonado su creencia en efreets y demonios, aunque en innumerables ocasiones nos hubiera visto desgarrar el velo de aparentes terrores sobrenaturales y exponer a los bandidos y ordinarios humanos detrás del misterio.

Abdullah también estaba orgulloso de la imperturbabilidad de su semblante. Esta característica parecía más marcada que de costumbre ese día; sus labios delgados apenas se movieron cuando contestó rígidamente:

—¿Pensar, honorable sitt? No me permito pensar, a menos que me lo ordene usted o Emerson.

Entendí la razón de su mal humor.

—No es la insatisfacción por tu hijo Selim el que hayamos empleado al Inglizi para que sea el guardián de Ramsés —le aseguré —. Como todos tus hombres, Selim es demasiado valioso para ser desperdiciado como niñera. Además, esperamos hacer una acción caritativa al ayudar al inglés.

La cara rígida de Abdullah se relajó.

—Oh. Entiendo, sitt. La caridad complace a Alá, y la amabilidad de vuestro corazón es conocida. ¿Pero, sitt, sabe que el hombre es un fumador del opio?

—Tengo la intención de romper en él ese vil hábito, Abdullah.

—Oh —dijo Abdullah otra vez, acariciando su barba sedosa—. No es fácil hacer eso. Pero si alguien puede romper el hábito de un hombre, es usted, Sitt Hakim.

—Gracias, Abdullah. Por favor explícaselo a Selim, ¿entonces no estará decepcionado?

—Decepcionado —repitió Abdullah pensativamente—. No, sitt, no creo que Selim se sienta decepcionado.

—Bueno. Abdullah, lo que quise decir con mi pregunta es si el inglés te pareció familiar. Piensa con cuidado, Abdullah. ¿Lo has visto alguna vez antes?

Abdullah no se detuvo en absoluto para pensarlo.

—No, sitt. Nunca.

Recordando los acontecimientos del pasado no tan distante, me di cuenta que Abdullah no había contemplado al Maestro Criminal en su apoteosis final, ya que había sido drogado un poco antes en los establos y había dormido durante todo el emocionante desenlace. Sin embargo, él había visto al Maestro Criminal en su papel como el Padre Girgis en un sinfín de ocasiones.

—¿Estás seguro, Abdullah? ¿Recuerdas al sacerdote de Dronkeh?

—Sí, ¿cómo podría olvidarlo? Él... —La boca de Abdullah permaneció abierta; sus ojos emularon a su boca, ensanchándose hasta que el blanco predominó a los oscuros centros. En ese momento sus hombros comenzaron a moverse nerviosamente y ruidos estrangulados escaparon de sus labios separados. Un observador ocasional podría haber confundido su reacción por diversión; pero por supuesto yo lo sabía mejor.

Me apresuré a tranquilizarlo.

—No hay nada porque alarmase, Abdullah. Tengo el asunto bajo control. Estoy contenta de que seas lo bastante agudo para atravesar el disfraz del bandido...

—No, sitt, no. —Abdullah recobró el control—. Me confunde, sitt. Un ligero ahogamiento... el polvo en mi garganta... quizás mis oídos me engañaron, o mi cerebro envejecido falló en entender lo que me quiso decir. Dice que este Inglizi es... la misma persona que el... el...

—Debes dejarme darte un poco de medicina para tu dolor de garganta —dije—. Tus oídos no te engañaron, Abdullah, y tu cerebro está tan bien como siempre. Mejor que el cerebro de cierta persona que debería ser más sabia. No menciono ningún nombre, Abdullah.

—No, sitt, por supuesto que no. Pero, sitt, eso no puede ser. Este no es el mismo hombre.

—La gran barba negra y el largo pelo negro eran falsos...

—El sacerdote tenía ojos negros, sitt. Los ojos de este hombre son azules.

Debí pensármelo mejor en vez de depender de Abdullah. Él era, después de todo, un hombre.

—No tengo tiempo de explicarlo —dije—. Sólo observa al hombre, Abdullah. Es mejor tenerle con nosotros, bajo nuestra vigilancia, que al acecho en el desierto conspirando contra nosotros. Pero no confíes en él.

—Oigo y obedezco —dijo Abdullah, sus labios se movieron nerviosamente.

—Tengo la confianza más absoluta en ti, Abdullah. Pero no puedo seguir charlando por más tiempo. Debemos ponernos en marcha.

Los asnos habían sido cargados, pero era necesario que saludara a cada hombre individualmente, de no ser así habría herido sus sentimientos. Todos eran viejos amigos, y la mayoría eran hijos de Abdullah (ya me he referido a su propensión hacia la procreación). Selim era el más joven de sus descendientes, un mozuelo de quince años con una belleza casi griega en sus rasgos. Lo felicité por su reciente matrimonio, ya que las buenas maneras debían ser observadas, aunque yo deploraba la horrorosa costumbre del este de adentrar a muchachos y muchachas en las peripecias del matrimonio a tan temprana edad. Así que le expliqué, como había hecho con su padre, el porqué habíamos encontrado a alguien más para cuidar de Ramsés.

Selim me aseguró que no estaba en absoluto afligido por ser sustituido, y debo decir que ocultó muy bien su desilusión. Me ayudó a montar y caminó a mi lado cuando comenzamos la marcha, nos reímos y charlamos alegremente sobre John, nuestro lacayo, quien nos había acompañado el año anterior. John se había hecho completamente popular entre los hombres, y Selim se alegró al saber que su amigo también había tomado una esposa en el intervalo.

Nuestra pequeña caravana siguió a lo largo del camino principal del oeste. La inundación había retrocedido de los campos después de depositar su capa anual de fértil y rico sedimento, y los brotes verdes de las nuevas cosechas podían verse contra la tierra negra. Nuestro camino nos llevaba a lo largo de uno de los diques levantados sobre los campos, hacia el pueblo de Menyat Dahshoor, el cual se erigía al borde de la tierra de cultivo justo en el punto

donde la tierra se convertía abruptamente en arena del desierto.

Emerson guiaba la marcha como era su costumbre, montando un diminuto asno. Si él hubiera enderezado sus piernas y se hubiera levantado, el asno podría haber avanzando por ellas, pero Emerson se imaginaba en tales ocasiones como si montara un fiero corcel mientras dirigía a sus tropas hacia la batalla. Yo no iba por nada del mundo a estropearle su placer inocente indicándole que un hombre de un metro ochenta se veía ridículo a lomos de un asno.

Ramsés montaba detrás de él, ocupado en una animada conversación con Nemo, que había rechazado una montura y caminaba junto al muchacho, sus largos pasos fácilmente se emparejaban al lento andar del asno. Me pregunté sobre qué hablaban. No es que hubiera algo extraño en que Ramsés conversara.

Mi atención no se mantuvo durante mucho tiempo en mis inmediatos vecinos, ya que mis ojos fueron atraídos por el esplendor de la vista en la lejanía. Las dos pirámides de piedra de Dahshoor surgieron en el horizonte. La brillantez del sol del mediodía era reflejada por los blancos bloques de piedra caliza de sus lados y brillaban como si fueran plata. Éstas se encuentran entre las estructuras funerarias más antiguas en Egipto, precediendo incluso a las macizas tumbas de Giza. La más grande de las dos sólo es excedida en altura por la Gran Pirámide. Las excavaciones de M. de Morgan habían demostrado que fue construida por el Rey Sneferu, de la Cuarta Dinastía. (Emerson y yo habíamos sospechado esto desde el principio, por supuesto.)

El nombre del constructor de la segunda pirámide de piedra aún se desconocía. Era uno de los misterios que esperábamos solucionar esa temporada. Pero uno de los misterios de ésta segunda estructura de piedra es que tiene varias características curiosas que no se encuentran en otras pirámides. La más notoria es su forma. Un repentino cambio en el ángulo de la pendiente, de aproximadamente cincuenta y cuatro grados en la sección inferior, a unos abruptos cuarenta y dos grados y cincuenta y nueve minutos (si la memoria no me falla) en la sección superior le ha otorgado la denominación de Pirámide Acodada o Romboidal. ¿Por qué esta anomalía? ¿Y, aún más emocionante en sus implicaciones, cuál era la causa de los vientos extraños que de vez en cuando barrían por

sus interiores oscuros y sofocantes pasadizos?

Particularmente adoro los interiores de las pirámides. Hay alguna extraña fascinación en la imponente oscuridad, el sofocante silencio, y el aleteo de las alas de los murciélagos. Aunque me había prometido muchas horas de deliciosa exploración dentro de la Pirámide Acodada, buscando la fuente de los extraños e intermitentes vientos, sabía que no podría contar con mucha ayuda de Emerson. Él comprende mi pasión por las pirámides, pero no la comparte, y siempre ha mostrado desdén a la teoría de la existencia de aperturas escondidas y cámaras dentro de la Pirámide Acodada, aunque yo hubiera sentido esos vientos misteriosos.

—Murciélagos, Peabody. Docenas de murciélagos agitando las alas correosas y apagando tu antorcha. No deploro tu imaginación, mi querida, en efecto es una de tus cualidades más encantadoras. Pero...

Es una pérdida de tiempo hablarle a Emerson cuando se ha decidido en temas de egiptología; pero confidencialmente juré que él experimentaría el fenómeno por sí mismo, aunque tuviera que mantenerlo preso en su interior hasta que esto sucediera.

Su principal preocupación esa temporada era identificar al propietario de la Pirámide Acodada. Las cámaras funerarias de las pirámides de la Sexta Dinastía están cubiertas de textos que identifican a sus dueños, pero, por extraño como puede parecer, ninguna de las tumbas más tempranas tiene una sólo inscripción en el interior o en ella. La única forma de averiguar los nombres de los reyes a quienes pertenecieron son las estructuras asociadas, templos y tumbas subsidiarias, paredes de recintos y carreteras elevadas.

(En la revisión de estos diarios para su eventual publicación, he añadido unos párrafos sobre la edificación para los lectores que no comparten mi experto conocimiento. La educación, no la diversión, es mi objetivo, como debería ser el objetivo de cualquier lector inteligente. No tengo ninguna intención de sucumbir a las numerosas peticiones que he recibido de permitir que mis diarios personales sean publicados en vida mía, pero mi alto respeto a la ciencia exige que la información interesante y útil contenida en estas páginas sea revelada un día al mundo. El deseo de ahorrar a mis herederos el enconoso trabajo de la revisión, y también deseando hacerme justicia, lo cual nadie más puede hacer tan bien,

he realizado unos modestos cambios).

Nuestro camino nos llevó a través del pueblo, cuyas pequeñas casas con techo plano y el minarete de la mezquita, podíamos ver entre las palmas y árboles de tamarisco. Me pregunté qué clase de casa había encontrado Abdullah para nosotros. Mis expectativas eran pocas. Cuando conocí a Emerson por primera vez, él había establecido el gobierno de la casa en una tumba, y la experiencia me ha enseñado que los miembros del sexo masculino poseen estándares muy peculiares de comodidad y limpieza. Lamenté que no pudiéramos haber regresado a nuestros cuarteles de la temporada anterior. El monasterio abandonado había resultado ser una residencia espaciosa y cómoda, una vez que lo hice remodelar para satisfacer mis exigencias. Pero aunque Mazghunah estuviera a unos cuantos kilómetros al sur, habría sido un desperdicio de tiempo valioso transportar diariamente esa distancia a nuestro equipo y personas.

Modestas como eran mis esperanzas, sentí una sensación diferente de depresión cuando alcanzamos nuestro destino. Se encontraba a las afueras del pueblo, en el extremo oeste, el más cercano al desierto. Una pared de adobe rodeaba un patio de tierra apisonada. Dentro del complejo habían varias estructuras, algunas no eran más que chozas de una sola habitación o cobertizos. Una era una casa, usando esa palabra sin excesivo rigor. Estaba construida del omnipresente ladrillo sin cocer cubierto de yeso, y eso era lo mejor de la historia; en la plana azotea habían algunas formas variopintas que podrían haber sido mamparas podridas. Se habían efectuado algunos esfuerzos precipitados por reparar las paredes derruidas, y esto recientemente; los toscos remiendos de yeso aún estaban húmedos.

Abdullah se me había adelantado. Cuando desmonté se encontraba profundamente ensimismado en una conversación con Emerson, y pretendió no verme hasta que le toqué el hombro.

—Ah, sitt, está aquí —exclamó él, como si hubiera esperado que me hubiera perdido por el camino—. Es una casa exquisita, ya ve. He hecho barrer todas las habitaciones.

No le llamé la atención. Él había hecho todo lo posible, según su entender; Emerson no lo habría hecho mejor.

Yo había venido preparada. Enrollando mis mangas,

literalmente, puse a todos a trabajar. El agua fue traída del pozo próximo, confieso que éste era un punto a favor de la posición, y algunos hombres comenzaron a mezclar más yeso, mientras los otros rociaban el interior de la casa con desinfectante. (He descubierto que el polvo de Keating es uno de los más eficaces). La casa tenía cuatro pequeñas habitaciones. Después de una mirada a las altas y estrechas ventanas y suelos llenos de suciedad, decidí que Emerson y yo dormiríamos en la azotea. Los escombros que había observado eran restos de mamparas trenzadas; una vez que fueron sustituidas, la plana superficie serviría de cámara extra, como a menudo se usaba. Adjudiqué dos de las habitaciones de la casa a Ramsés y al señor Nemo. La sonrisa arrogante de éste desapareció cuando le di una escoba.

Antes del anochecer, el lugar era adecuado como residencia humana. Una visita rápida al mercado del pueblo consiguió las mamparas para la azotea y otros artículos necesarios. Mientras el día avanzaba, tuvimos una corriente constante de invitados que ofrecían «regalos» de comida —huevos, leche, pan, pollos— los que se esperaba, por supuesto, que pagáramos. Al anochecer ordené que se cerraran las sólidas puertas de madera. Naturalmente éramos objeto de la curiosidad de los habitantes del pueblo, pero no podíamos tenerlos vagando dentro y fuera, sobre todo si tuviéramos la suficiente suerte de descubrir valiosas antigüedades.

Gracias a nuestra posición al oeste del pueblo, teníamos una vista espléndida de las pirámides desde nuestro umbral, y cuando nos sentamos a cenar vimos las siluetas contra una de las gloriosas puestas de sol por las que la región es famosa. Cenamos al aire libre; aunque el olor de asno era algo penetrante, era preferible al olor aún más penetrante del polvo de Keating que impregnaba el interior de la casa.

Nemo había aceptado mi invitación de cenar con nosotros, no tanto porque disfrutara de nuestra compañía sino porque los hombres habían señalado que no disfrutaban de la de él. Rechazó una silla; ubicándose en el suelo con su sucia túnica en un montón bajo él, comió con los dedos y luego se limpió la grasa en sus faldones. Estaba segura de que lo había hecho para molestarme, así que no dije nada.

La conversación fue aislada al principio. Emerson estaba

preocupado por el trabajo del día siguiente, Nemo estaba decidido a no ser afable, e incluso yo me sentía ligeramente cansada. Pero Ramsés nunca se sentía demasiado cansado para hablar, y el monólogo era su forma favorita de discurso. Primero nos puso al corriente de las actividades de los hombres. Nos enteramos de todos los pormenores sobre la boda de Selim, el divorcio de Abdul, los gemelos de Yusuf y la cabra de tres cabezas que había nacido en un pueblo vecino. (Tales maravillas siempre pueden ser encontradas en un pueblo vecino, y sólo son conocidas por los confiables informes de personas que nadie resulta conocer personalmente).

Moviéndose de lo específico a lo general, Ramsés continuó resumiendo el informe de Abdullah sobre lo sucedido durante el verano en Dahshoor. Aunque no animara por regla general a que Ramsés hablara, no lo interrumpí en esta ocasión, ya que las exigencias domésticas me habían impedido oír estas noticias de primera mano. Habíamos esperado que hubiera problemas en el sitio de las excavaciones. Durante la temporada anterior una cuadrilla de ladrones profesionales, bajo la dirección de esa persona desesperante y enigmática que he mencionado, habían intentado saquear las tumbas alrededor de las pirámides. Habíamos frustrado su cobarde acción, pero temía que pudieran sentirse tentados a intentarlo otra vez durante nuestra ausencia, y había aficionados en el pueblo para competir con ellos, si se puede decir que algún ladrón de tumbas en Egipto es un aficionado. Los fellahin han realizado esta actividad durante generaciones, incluso desde el tiempo de los faraones, y muchos de ellos son más expertos en descubrir tumbas ocultas que muchos arqueólogos profesionales. Desgraciadamente pobres y carentes de cualquier orgullo nacional después de siglos de dominio turco, no ven ninguna razón del porqué no deberían sacar ganancias de la riqueza de sus antepasados.

Sin embargo, según Abdullah, no hubo ninguna señal de excavaciones ilícitas. Él y sus hijos habían hecho turnos para guardar el sitio, viajando de acá para allá desde su pueblo al sur de El Cairo.

Cuando Ramsés divagó sin parar sobre esto, noté que Nemo escuchaba con un interés que las vidas personales de los hombres habían fallado en inspirar. Interrumpí el discurso de Ramsés.

—Parece intrigado, señor Nemo. ¿No está familiarizado con el predominante robo de tumbas en Egipto?

—Uno apenas puede permanecer ignorante de la práctica si se vive algún tiempo en El Cairo —fue su suave respuesta—. Cada comerciante de antigüedades en la ciudad vende tal mercancía.

—¿Nunca se ha sentido tentado en participar en ese comercio?

Nemo sonrió insolentemente.

—Cavar requiere esfuerzo, señora Emerson. Me opongo al esfuerzo físico. En cambio la falsificación... Hay un tipo en el Sharia Kamel que fabrica antigüedades falsas, y yo he vendido mi porción de escarabajos de imitación a turistas no muy bien enterados.

La palabra «escarabajo» despertó a Emerson de sus meditaciones. En vez de manifestar indignación antes ese discurso insensible, se rió entre dientes.

—No intente colocarlos en la excavación, Nemo. No me engañaría.

—Tengo mejor sentido que eso, Profesor.

—Espero que así sea. Ehh... hablando del sitio, creo que podría dar un paseo y refrescar mi memoria de... ehh... el sitio. ¿Te gustaría acompañarme, Peabody?

Estaba profundamente tentada por varias razones, una de ellas era la significativa sonrisa de Emerson. Dentro de poco el plateado globo de la luna estaría sobre las colinas libias, y como Shakespeare, nuestro poeta nacional, tan amablemente dice: «semejantes noches a esta están hechas para interludios amorosos». Sin embargo, yo sabía que no debía ceder.

Ramsés querría ir con nosotros, y no tenía ninguna excusa para rechazar tal petición, ya que todavía era temprano; pero si Ramsés iba con nosotros, no habría ninguna razón para ir. (Si el Lector me sigue, que estoy segura que lo hace, suponiendo que tenga el rastro más leve de sensibilidad romántica). Naturalmente no podía explicar mi razonamiento en voz alta, así que busqué una salida en una (completamente válida) excusa.

—¿Cómo puedes sugerir algo así, Emerson, cuando tenemos muchas horas de trabajo? Hay cajas que desempaquetar, tus notas deben ser puestas en orden, mi botiquín debe ser ubicado...

—Maldita sea —dijo Emerson—. Ah, muy bien, no creo que me necesites...

—Podría ciertamente usar...

—En ese caso, me marcharé. ¿Ramsés?

—Gracias, papá. Estaba esperanzado de que me extendieras la invitación y de hecho había decidido que te pediría permiso para acompañarte si no te molesta...

—Claro que no —dijo Emerson—. Entonces vamos.

Nemo se puso de pie.

—No tiene que venir —dijo Emerson amablemente—. Puedo cuidar de Ramsés.

—Aún así... —comenzó a decir Nemo.

—Requiero su ayuda —dije.

—Pero, Profesor...

—No, no, joven, no lo necesito y la señora Emerson lo hace. El deber antes que el placer, ya sabe, el deber antes que el placer.

Nemo se sentó otra vez, con el ceño fruncido. Esperé hasta que Emerson y Ramsés se hubieran marchado antes de hablar.

—Creo que me gustaría un whisky —dije pensativamente—. ¿Me acompañaría, señor Nemo?

Nemo se quedó boquiabierto.

—¿Perdón, señora?

—Encontrará la botella y las copas en la mesa del salón. Si es tan amable de traerlos...

Él hizo como le pedí, y observó con curiosidad mientras yo llenaba las copas.

—Por Su Majestad —dije, levantando mi copa—. Dios la bendiga.

—Uh... er... a su salud —dijo el señor Nemo, levantando la suya.

El apetito de un fumador de opio es por lo general pobre. Él había comido muy poco, y la bebida le hizo efecto rápidamente. Como había esperado, el ritual familiar, tan estimado por todos los leales ingleses (e inglesas) también tenía un efecto calmante. Nemo se sentó una silla en vez de en el suelo.

—Es el primer whisky que he tomado... en muchos meses —dijo él, medio para sí mismo.

—Soy una gran creyente en los efectos medicinales del buen whisky —expliqué—. En particular en el tratamiento de la fatiga y desórdenes nerviosos menores. Naturalmente nunca consentiría una dependencia excesiva de éste, pero ninguna persona razonable

podrá oponerse a una civilizada y moderara aplicación. Ya que comparado, por ejemplo, al opio...

Nemo se desplomó hacia adelante, con la cabeza gacha.

—Lo sabía —refunfuñó él—. Por favor ahórreme el sermón, señora Emerson. Pierde su tiempo y el mío.

—Aún tenemos que hablar los términos de su empleo, señor Nemo. Como puede suponer, no permitiré que consuma alucinógenos de cualquier clase mientras esté de servicio. Vigilar a Ramsés requiere de cada gramo de lucidez y energía que un hombre pueda reunir.

La despeinada cabeza del joven se hundió aún más.

—No me queda ninguna de esas cualidades.

—Tonterías. Estaba lo suficiente lucido la otra noche, puede reunir la energía suficiente cuando es necesario. No le pido que abandone del todo su vergonzoso hábito, señor Nemo, sólo abstenerse el tiempo en que es responsable de Ramsés. ¿Es demasiado pedir eso?

Nemo no contestó, pero creí descubrir una fortaleza en su forma. Continué de modo persuasivo:

—Le daré un día a la semana. Es en exceso generoso, pero la generosidad es una de mis virtudes favoritas. Húndase en su degradante estupor durante ese día, si debe hacerlo, pero permanezca consciente el resto del tiempo. Estaré contenta de dispensarle una razonable cantidad de whisky siempre que...

Me interrumpí, ya que sus hombros subían y bajaban convulsivamente y sonaba como si ahogados sollozos escaparan de sus labios. Había tocado alguna cuerda sensible; ¡había despertado alguna chispa olvidada de virilidad! Él no había caído tan bajo como temía. Aún podría ser redimido, no sólo de su hábito repugnante, sino de la despreciable red del Maestro Criminal. ¡Qué triunfo sería ese!

Nemo se sentó derecho y alzó la cabeza. Los rayos del sol al ocultarse perfilaron sus facciones en un contorno agudo e hicieron brillar las lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Señora Emerson... —Pero él no podía dominar su emoción; su voz falló, su pecho subió y bajó con suspiros que no podía contener.

—Entiendo, señor Nemo. No diga más. O mejor, sólo diga que lo intentará.

Él asintió calladamente.

—¿Desea otro whisky? —pregunté, alcanzando la botella.

El gesto amable fue demasiado para el joven. Con un grito ahogado se levantó y huyó de la casa.

Yo tomé otro pequeño trago de whisky. Sentía que lo merecía. La entrevista había ido mucho mejor de lo que había esperado. Al juzgar al joven me había olvidado de considerar los bien conocidos hábitos del criminal maestro. Sus malévolas redes atrapan con fuerza al rico y al pobre, al culpable y al inocente, en sus enrevesados hilos (como había dicho una vez, con esmero, en mi opinión). En el caso del joven señor Nemo, alguna aventura relativamente inocua podría haberlo hecho vulnerable al chantaje y permitió que el M.C. (si pueden permitirme usar esta abreviatura más conveniente) lo enredara en su red. Quizás él (el señor Nemo) anhelaba liberarse y volver a la sociedad decente.

Perdida en esos pensamientos placenteros, reflexioné hasta que la repentina noche de Egipto eclipsó al sol agonizante y la luz de la luna se arrastró crepuscularmente a través del patio. La luz de la lámpara y el sonido de voces risueñas llegaron desde la choza en la que nuestros hombres habían hecho su morada.

De mala gana me levanté para regresar a los deberes que había mencionado.

Había seleccionado la más amplia habitación de las dos del frente para que nos sirviera de salón y oficina. Nuestras sillas de campamento y pequeña estufa habían sido instaladas, y unas alfombras orientales sobre el suelo añadían una nota vistosa; pero aún había media docena de cajas que desempaquetar. Me puse a trabajar arreglando mis provisiones médicas, ya que sabía que las primeras luces del alba traerían a nuestra puerta las habituales y lastimosas víctimas. Los doctores, mucho menos los hospitales, eran algo casi desconocido fuera de las grandes ciudades, y los aldeanos ingenuamente suponían que todos los europeos eran médicos. En mi caso, por lo menos, sus esperanzas no se verían decepcionadas.

Ramsés y Emerson finalmente llegaron, ambos estaban deseosos de contarme sobre el sitio. Interrumpí su éxtasis, ya que nada se podía sacar en claro de ellos, y mandé a Ramsés a acostarse. Bastet parecía reticente a unírsele, pero cuando Ramsés la levantó del cajón de embalaje que estaba olfateando y se la llevó, no se resistió.

—Bebiendo otra vez, por lo que veo, Peabody —dijo Emerson, inspeccionando los restos de mi whisky—. ¿Con qué frecuencia te he advertido sobre los males del maléfico ron?

—Continúa con tu pequeña broma, Emerson. De hecho, fue un experimento y uno que tuvo un éxito glorioso. ¡El señor Nemo es un oficial destituido del ejército! Una vez estuvo al servicio de Su Majestad...

—Calma, Peabody, por favor. ¿Qué hiciste, hacerlo beber y conseguir su confesión?

Como expliqué. Emerson estaba de un humor excelente; por una vez escuchó sin interrumpirme. Entonces dijo:

—¿Dedujiste toda la historia militar del señor Nemo únicamente por su respuesta a tu brindis?

—No, no, simplemente fue la prueba final. Todo lo indica, Emerson, su porte, sus maneras, su forma de hablar.

—Bien, puede que tengas razón, Peabody. Yo mismo había comenzado a preguntarme eso.

—Ah —exclamé.

Emerson sonrió abiertamente.

—Lo sé, lo sé; siempre afirmo haberme anticipado a tus deducciones... tú haces lo mismo conmigo, Peabody, admito eso. Pero esta vez no intentaba incordiarte. Era la conclusión más obvia. Tales casos son, lamentablemente, bastante frecuentes. ¡Y no me extraña! ¡Toma a un jovenzuelo sin experiencia del mundo, empújalo a una tierra extraña llena de exóticas tentaciones, llénalo hasta el tope de tu supuesta superioridad sobre los inferiores hombres... y todas esas mujeres!... Los separan de todos excepto de los miembros de su propio género y clase social...

Continuó durante algún tiempo. Le dejé desahogarse... por el momento. Era uno de los principales agravios de Emerson y el tema seguramente se mencionaría otra vez, como a menudo había hecho antes. Él había rechazado permitir que Ramsés asistiera a la escuela, y en ese caso tuve que estar de acuerdo con él. Cualquier sistema educativo que separa a los sexos y niega a las mujeres las mismas oportunidades intelectuales es obviamente un sistema lamentable.

Finalmente Emerson se detuvo. Movió la cabeza y se secó la transpiración.

—Por lo menos, Peabody, estoy contento de que hayas dejado

tus nociones absurdas sobre las asociaciones criminales... del señor Nemo con... su líder.

Sonreí para mí misma, pero no contesté. Emerson disfruta de nuestras pequeñas discusiones tanto como yo; éstas son, si puedo inventar una metáfora llamativa, la pimienta en la sopa del matrimonio. Sin embargo, sentí que él había tenido suficiente entusiasmo para una noche y estaba ansiosa por terminar la velada e irme a acostar.

Los pensamientos de Emerson se habían tornado hacia el mismo tema. Después de un momento dijo:

—Encontré una pequeña y muy agradable cantera en la roca, Peabody. Con algo de la lona para la azotea y una pizca del barrido y fregado que vosotras las mujeres consideráis necesario, la convertiré en una muy agradable cámara de descanso.

—¿Para quién, Emerson?

Me giré, pero oí el crujido de su silla y el paso mastodóntico de Emerson intentando avanzar de puntillas. Sus brazos rodearon furtivamente mi cintura.

—¿En quién piensas, Peabody?

Sentí un húmedo y caliente toque en mi cuello, justo bajo mi oreja. Tanto como me habría gustado que Emerson continuara ese curso interesante, me obligué a ser firme.

—Todo a su debido tiempo, Emerson. Tengo dos cajas más que desempaquetar.

—Déjalas hasta la mañana.

—Pueden contener artículos que necesitaremos a primera hora mañana. Aún no he encontrado el hervidor... Detente, Emerson. No puedo concentrarme cuando tú... ¡Oh, Emerson! Ahora, Emerson...

Durante algún tiempo nada más se dijo. Finalmente un sonido persistente, como un fichero raspando la madera, penetró mi ensimismamiento. Emerson lo oyó también; su asimiento sobre mi persona se soltó, e intenté, sin mucho éxito, enderezar mi apariencia desaliñada antes de darme la vuelta hacia la puerta. Nadie estaba allí. Sin embargo estaba segura de que Ramsés había estado mirando. El ronroneo de su compañera felina lo había delatado y lo había obligado a realizar una retirada precipitada.

Parecía inútil perseguir al asunto, o a Ramsés. Silenciosamente regresé a las labores que la afectuosa demostración de Emerson

había interrumpido. Como en ocasiones es su hábito, Emerson tornó su molestia por la interrupción, no en el autor de esta, sino en el objeto más cercano... yo.

—Te ha tomado un maldito tiempo desempaquetar —se quejó él.

—Si te hubieras dignado a quedarte y ayudar, ya habría acabado.

—¿Entonces por qué no lo dijiste? ¡Mujeres! Siempre esperan que un hombre les lea el pensamiento...

—El más rudimentario razonamiento lo habría hecho evidente...

—Y luego lloriquean y se quejan cuando...

—¡Lloriquean, ja! Cuándo me has oído...

—Confieso que la palabra es inadecuada. Gritar sería más...

—Cómo puedes tú...

—Cómo puedes tú...

Ambos estábamos sin aliento para ese momento y nos vimos obligados a hacer una pausa para tomar aire. Entonces Emerson dijo alegremente:

—Tienes toda la razón, Peabody; este paquete es uno que recuerdo y en efecto contiene un nuevo hervidor, que compré en el suk. Creo recordar que la tetera de la temporada anterior fue tristemente abollada después de que la usé para matar a una cobra.

—Fuiste listo en pensarlo, Emerson. Admito que el incidente de la cobra se había escapado de mi mente. ¿Qué hay en este último paquete?

—No tengo ni idea. Quizás contiene algunas cosas que dejamos que embalara Abdullah y que trajera aquí desde Mazghunah.

Había sacado su navaja de bolsillo y cortaba las cuerdas que ataban al paquete que contenía la tetera. Los comerciantes en el bazar conocían sólo dos estilos de embalar, uno que no usaba cuerdas en absoluto, de modo que el paquete se deshacía en el camino; la otra empleaba cantidades enormes de gruesas cuerdas aunque el paquete fuera transportado apenas unos metros. El paquete que yo inspeccionaba era de la segunda variedad, y tuve que tomar prestada la navaja de Emerson para deshacerlo.

Él desempaquetó la tetera y algunos cacharros de cocina, y se giró para ponerlos sobre la mesa.

—Emerson —dije—. Mira aquí.

En un segundo Emerson estuvo a mi lado. Él conoce cada tono de mi voz, y en esta ocasión las sencillas y pocas palabras temblaron por la intensidad de las inexpresables sensaciones que me embargaron.

—¿Qué es eso, Peabody? —Examinó la caja. Yo había apartado la capa superior de paja. Los lados curvos de la vasija en el interior brillaban a la luz de lámpara con un suave lustre.

Emerson lo alcanzó. Con un chillido agarré su brazo y me aferré a él.

—¡No, Emerson! ¡Cuidado!

—Qué demonios, Peabody, sólo es un viejo pote. Un pote hecho de... —Su respiración se trabó—. ¿Plata?

—No es la vasija en sí misma por lo que temo, sino por lo que puede estar oculto bajo la paja. Un Escorpión, una serpiente, una araña venenosa... ¿Dónde están tus guantes... los gruesos guantes de trabajo?

Por un milagro éstos estaban donde se suponía que debían, en el bolsillo de su abrigo. Cuando empecé a ponerme los guantes, él me que los quitó, y realizó por sí mismo la tarea. Temblé por la aprehensión hasta que sacó el último de los objetos del contenedor. Entonces lo volcó, derramando el material de embalaje en el suelo.

—Ni arañas, ni serpientes —comentó él, empujando la paja con la punta de su bota—. Obviamente posees información que yo no, Peabody. Te molestaría explicarme porqué esperabas un envío de animales venenosos, y cómo entraste en posesión de lo que parecen ser vasijas antiguas de... vasijas antiguas... No. ¡No! No lo creo. No me digas...

—Obviamente no necesito decírtelo —contesté. Normalmente soy tolerante con el carácter un poco estentóreo de Emerson, ya que alivia la inflamación del bazo; pero esta situación era demasiado seria para el histrionismo. Un sentido, no de miedo sino de temor, como ante la presencia de algo más grande y más poderoso que yo, me embargó—. Éstos en efecto son las vasijas de comunión robados de la iglesia de Sitt Miriam en Dronkeh. Robados por ese bandido, ese desgraciado, ese maestro consumado del mal, ese genio del delito...

Esperé a que expresara una objeción a las palabras que él sabía estaba a punto de pronunciar, pero fue incapaz de hablar. Con el

semblante rojo, con los ojos saltones, continuó contemplándome en silencio, y yo concluí:

—¡Nadie más que... el Maestro Criminal!

Capítulo 4

Emerson nunca había visto las famosas vasijas de comunión, dado que tiene una aversión constitucional a la religión organizada y se niega a entrar en una iglesia, mezquita o sinagoga. Tuvo que aceptar mi palabra, pero aún así si hubiera presumido de dudar de mi identificación, la conclusión habría sido forzada sobre él. Las vasijas robadas de la iglesia de Dronkeh habían sido antigüedades valiosas, de siglos de antigüedad. No podía haber muchos conjuntos de objetos así rondando por ahí, como Emerson lo expresó sombría y vulgarmente.

—¿Pero por qué devolverlos? —preguntó. Entonces su expresión se iluminó—. Espera... espera, Peabody, ya lo tengo. El ladrón no fue tu maldito Maestro Criminal, sino un aficionado que se rindió a la repentina tentación, esperando que culparían del robo al Maestro Criminal. Se ha arrepentido y los ha devuelto.

—¿A nosotros? Si ese fuera el caso, Emerson, el ladrón arrepentido habría devuelto los objetos a la iglesia. Es un desafío de nuestro viejo adversario, Emerson; no puede ser nada más.

—Peabody, me disgusta completamente tu artimaña de seleccionar una teoría entre una plétora de ellas y proclamar en voz alta que es la única solución posible. Mi explicación tiene tanto sentido como la tuya.

Después de discutir aún más, Emerson se vio obligado a aceptar que el paquete debía haber estado entre los que habíamos traído con nosotros desde El Cairo. Su estilo ordenado de envolver habría destacado como un pulgar adolorido en las cosas que Abdullah había hecho trasportar desde Mazghunah, ya que la noción de Abdullah de empacar era tirar todo a un saco y echarlo sobre la

espalda de un asno.

Estuvimos de acuerdo en que sería la cosa más sencilla del mundo que alguien deslizara el paquete entre los otros que Emerson había ordenado en el bazar. Uno de los deberes del safragi del hotel era el de coger las entregas y llevarlas a nuestro cuarto, y no había ningún motivo para que hubiera tomado nota de algún paquete particular.

—Bastante cierto —dije pensativamente—. Y aún así, Emerson, tengo un extraño presentimiento acerca de ese paquete. No puedo decirte cómo lo sé, pero estoy convencida de que el Maestro Criminal lo entregó él mismo. Que estuvimos bajo vigilancia todo ese día; que nuestra salida del hotel fue notada; que si hubiéramos estado presentes, habríamos visto a un hombre caminando con calma por el pasillo, el paquete en la mano, eludiendo al safragi, quien está, como sabes, dormido gran parte del tiempo, entrando en nuestro cuarto, colocando su paquete entre los otros, deteniéndose para saborear nuestra frustración y nuestra perplejidad.

—Tu intuición te lo dice, presumo —dijo Emerson, con un visaje de burla desganado.

—Algo aparte de la intuición. Lo que es, no puedo decirlo... ¡Ah, lo tengo! —Agarré el envoltorio descartado y lo giré sobre mi mano. Sí, allí estaba; no me lo había imaginado, un mancha de lo que parecía ser grasa o aceite, tan grande como la palma de mi mano. Lo levanté hasta la nariz y lo olí—. ¡Lo sabía! —Grité triunfalmente —. Aquí, Emerson, huélelo tú mismo.

Emerson retrocedió cuando sostuve el papel contra su cara.

—Buen Dios, Amelia...

—Huele. Aquí mismo, la mancha de grasa. ¿Bien?

—Bien, es grasa animal de alguna clase —se quejó Emerson—. Cordero o pollo. ¿Por qué es tan significativo? Estas personas no son dadas al uso de cuchillos y tenedores, comen con los dedos y... — Entonces su cara cambió, y supe que su inteligencia, igual a la mía, había llegado a la misma conclusión. También supe que era demasiado terco para admitirlo.

—Grasa de pollo —dije—. No es de extrañar que la gata Bastet rehusara la carne que Ramsés trajo de Mena House. La habían alimentado con pollo. Emerson, ese canalla, ese desgraciado notable y listo, ¡ha seducido a nuestra gata!

Emerson no discutió mi deducción. La ridiculizó, se mofó de ella, se burló. Siguió haciéndolo incluso después de que nos hubiéramos retirado. Nuestros colchones habían sido colocados lado a lado encima del techo. La brisa fresca, la suave luz de la luna, el olor exquisito pero indescriptible del desierto, incluso el olor a excremento de asno llevado desde el patio de abajo, debería haber inducido un estado de ánimo conducente al cariño connubial de la clase más fuerte; pero casi por primera vez en nuestro matrimonio, las demostraciones de Emerson fueron inadecuadas al propósito. Estaba absurdamente molesto acerca de ello.

—Sigo esperando ver asomar la cabeza de Ramsés por encima del borde del biombo —gimió—. No puedo concentrarme, Amelia. Mañana por la noche nos mudaremos al foso. Ramsés estará perfectamente seguro aquí con Nemo en el cuarto de al lado y nuestros hombres protegiendo el complejo.

—Por mucho como disfrutaría durmiendo en el lugar que describes, Emerson, no creo que sea sabio. No después del recordatorio que acabamos de recibir sobre la impresionante maldad y los poderes del Maestro Criminal. Apenas hemos estado en Egipto tres días, y él ya nos ha desafiado dos veces. Estamos en aguas profundas, Emerson, muy profundas en verdad. ¿Fue el intento sobre Ramsés algo serio o fue sólo una demostración de lo que el hombre puede hacer si decide hacerlo? Un resultado de esa aventura, si recuerdas, fue la llegada del señor Nemo entre nosotros.

A medio camino de este discurso Emerson se había tirado la manta sobre la cabeza y fingía roncar. Sin embargo, supe que todavía tenía su atención porque la parte de su cuerpo que estaba contiguo a mí estaba tan rígida como una tabla.

—¿Fue quizás un intento del Maestro Criminal? —continué pensativamente—. ¿Introducir un aliado en nuestra confianza? Y la devolución de las vasijas de comunión es otro enigma. ¿Por qué debería renunciar a su botín? Te digo, Emerson, las maquinaciones sutiles de ese gran cerebro criminal...

Emerson se incorporó con un rugido cuyos retumbos resonaron por la noche silenciosa. Como en respuesta llegó el raro grito de resoplido de un chacal rondando el páramo del desierto.

—Silencio, Emerson —supliqué—. Despertarás a la aldea entera,

por no mencionar a Ramsés. ¿Qué demonios te pasa? Hablaba del Maestro Criminal...

—Te he oído —Emerson bajó su voz. La manta había caído lejos, descubriendo su cuerpo hasta la cintura y exponiendo más del mío de lo que era estrictamente apropiado. Hipnotizada por la ondulación de músculo en el ancho pecho de Emerson mientras luchaba por respirar, no la coloqué en su sitio. Emerson pasó a un cuchicheo siseante.

—¿Gran mente, has dicho? ¿Cómo puedes divagar sobre esa... esa... criatura de esta manera? ¡Y en tales términos casi de respeto! ¡El diablo se lo lleve, Amelia, uno podría suponer que piensas que soy incapaz de tratar con ese sinvergüenza! ¡Maldición! Si crees que no soy lo bastante hombre...

—Mi querido Emerson...

—Cállate, Peabody. Si tienes alguna duda en cuanto a mi fortaleza, te demostraré que estás equivocada.

Y lo hizo, con tal determinación y afán que cuando, más tarde, solicitó mi evaluación de la situación, pude contestar con total sinceridad que sus argumentos habían sido enteramente convincentes.

Desperté al amanecer, como acostumbro en Egipto, sin importar qué distracciones pueda traer la noche. Nuestra situación en lo alto me presentó una vista sin precedente del glorioso amanecer y yací somnolientamente contenta durante un rato, mirando como las suaves sombras de oro y rosa se intensificaban en el cielo oriental. La respiración regular de Emerson me erizaba el pelo de la frente. Después de un tiempo, un sentido de vaga intranquilidad penetró la pereza agradable de mi mente y levanté la cabeza. Afortunadamente no levanté ninguna otra parte de mi cuerpo, ya que la primera cosa que vi fue la cara de Ramsés, aparentemente separada del resto de él, mirándome solemnemente. Era una aparición extraña y me sobresalté hasta que se me ocurrió que todo excepto la cabeza estaba fuera de la vista en la escalera que llevaba a la azotea.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Cuchicheé.

—Vine a ver si papá y tú estabais despiertos. Como veo que lo estás, te he traído una taza de té. Traté de traer dos tazas, pero desafortunadamente dejé caer una, al ser las escaleras muy

escarpadas y mis...

Me puse el dedo en los labios y señalé a Emerson, que se retorcía inquietamente.

El cuello de Ramsés y los hombros estrechos subieron por el hueco de la escalera, y vi que tenía verdaderamente una taza. Si tenía o no té, no era la cuestión. Más bien, dudé que tuviera. Comencé a incorporarme y entonces recordé que en la fatiga extrema que siguió a la conclusión de mi discusión con Emerson, había descuidado algo.

Despedí a Ramsés y tanteé en busca de mi ropa. Agarrar las prendas de vestir de debajo de la manta sin despertar a Emerson no fue tarea fácil. Cuando terminé, estaba bastante de acuerdo con mi marido con que deberíamos transferir nuestro dormitorio al lugar que había sugerido. Ramsés era aún más desconcertante cuando no estaba presente que cuando lo estaba, porque uno nunca sabía cuándo aparecería.

Había aproximadamente una octava parte de una taza de té en el fondo de la taza. El resto había sido derramado en los escalones, como descubrí cuando comencé a descender.

Sin embargo había sido un pensamiento bondadoso, y le agradecí a Ramsés cuando le encontré quemando afanosamente tostadas sobre el hornillo portátil.

—¿Dónde está el señor Nemo? —Pregunté.

—Afuera. Me ofrecí a preparar una comida ligera para él, pero dijo que no deseaba ningún maldito té ni tostadas y...

Salí por la puerta, dejando a Ramsés todavía hablando. Nemo estaba agachado en el banco de mastaba. Se había vuelto a colocar el turbante mugriento y una vez más se parecía a un egipcio de la clase más baja. Yo nunca podía cometer el error de tomarle por uno de nuestros hombres, puesto que estos se preciaban de la elegancia de sus ropas y sus túnicas eran tan melindrosas como las circunstancias lo permitían. Habían terminado su comida de la mañana y había una ocupada ondulación de algodón a rayas azules y blancas en torno al fuego de cocinar. Abdullah, pareciéndose a uno de los patriarcas Bíblicos más nobles con la blancura de nieve que prefería, me gritó un saludo y contesté del mismo modo, agregando que Emerson pronto estaría listo para salir para el sitio.

Nemo no se había movido ni había hablado.

—Debe comer algo —dije.

—Estoy bastante bien como estoy.

Habría continuado la discusión, pero una mano me agarró y me atrajo de vuelta a la casa. Era Emerson, completamente vestido y alerta; en la otra mano sostenía un pedazo de pan achicharrado, que masticaba.

—Déjalo solo —dijo, después de tragar el bocado y hacer muecas desagradables—. Se arrepiente obviamente de su trato y lucha con el deseo por sucumbir a la tentación de la droga. Debe luchar por él mismo.

—Si ese es el caso, Emerson, su necesidad de alimentarse es más grande. El uso del opio y el hachís cuando son llevados al exceso...

—Él no lo ha llevado al exceso. —Emerson me entregó el tenedor de tostar. Tomé la insinuación y el tenedor; como me entretuve con la preparación de una rebanada fresca de pan, Emerson continuó—: de hecho, estoy seguro que no es físicamente adicto ni al opio ni al hachís. Se da el gusto como algunos hombres beben en exceso, para olvidarse de sus problemas, y porque a los jóvenes e insensatos las drogas les parecen una forma romántica de escapar de la realidad. Su estado físico dice claramente que no se ha dado el gusto mucho ni a menudo. Los que lo han hecho exhiben una palidez plomiza típica y una delgadez esquelética, junto con letargo y resistencia hacia el esfuerzo. Todas las variedades de esfuerzo —agregó, con una de esas sonrisas masculinas.

—Umm —dije—. Bien, yo no sabía de eso, Emerson, pero él ciertamente se ejercitó la noche que rescató a Ramsés.

—Estaba probablemente bajo la influencia del opio en aquel momento —contestó Emerson fríamente—. Usado moderadamente, actúa como un estimulante.

—Pareces saber mucho acerca de ello. —Miré por el cuarto y estuve aliviada de ver que Ramsés se había ido—. Emerson, ¿alguna vez has...?

—Oh sí. Sólo como experimento —agregó Emerson—. No disfruto de la sensación ni de los efectos secundarios. Cuando se usa con moderación sin embargo, el opio parece ser no más perjudicial que el tabaco o el alcohol.

—Creo que he oído que ese es el caso; también que la adicción sucede principalmente en individuos con fuerza de voluntad débil

que se convertirían fácilmente en víctimas de bebidas intoxicantes y que son prácticamente imbéciles morales, a menudo adictos a otras formas de depravación.

Emerson había devorado la tostada tan rápidamente como la hice. Ahora vació su tercera taza de té y se levantó de un salto.

—No quiero criticar, Peabody, pero te estás tomando un tiempo muy largo para desayunar. Tenemos trabajo que hacer, ya lo sabes.

A petición de Emerson, Abdullah ya había contratado el número necesario de trabajadores. Emerson odia esta tarea, como aborrece todos los deberes que le impiden excavar. Cuando abrimos las puertas encontramos un grupo grande esperándonos, agachados pacientemente en el suelo. Algunos eran hombres que habían trabajado para nosotros en Mazghunah el año anterior, las túnicas y los turbantes añil sombrío, la marca de los coptos, o de egipcios cristianos, destacaban en agudo contraste con las más pálidas, las desteñidas a rayas azules y blancas de las vestimentas musulmanas. En las afueras de la masa de adultos, los niños corrían de aquí para allá con la energía espléndida de la juventud, jugando y gritando con voces chillonas.

Mientras Emerson saludaba e inspeccionaba a los hombres que Abdullah había seleccionado, dispuse mis suministros médicos sobre una mesa plegable y atendí a las víctimas que aguardaban mi llegada, distribuyendo sulfato de cobre para la oftalmía siempre presente e ipecacuana para los problemas de intestino. Emerson concluyó sus asuntos primero y paseó de arriba y abajo hasta que yo terminé, sin quejarse sin embargo por la demora; debajo de su exterior brusco Emerson tiene el corazón más amable del mundo y nunca es impasible al sufrimiento del menos afortunado. En el momento que el último paciente fue despedido, sin embargo, me agarró de la mano y se embarcó hacia la excavación, llamando a los hombres para que le siguieran.

—Hace que uno se sienta como un general, ¿verdad, Peabody? —dijo, con buen humor.

Miré atrás, a la multitud harapienta que se rezagaba detrás de nosotros.

—Más bien como el líder de una de las cruzadas más locas. ¿Dónde está Nemo?

—Sobre la pista de Ramsés. —Emerson sonrió—. Me imagino

que el chico no encontrará tan fácil eludirlo o corromperlo como hizo con Selim. Espero llevar a cabo un gran trabajo esta temporada, Peabody. ¡Sin interrupción, Peabody!

Supe que el pobre hombre se engañaba, pero no expresé mis dudas en voz alta. Era difícil pensar en asesinatos, secuestros y asaltos en esta mañana. El aire era fresco y la pureza de la atmósfera reforzaba cada sentido. Los sonidos vagaban a lo lejos, la visión parecía aumentada y la superficie de la piel hormigueaba al menor toque. Respiré profundamente el aire salobre, y aunque Emerson impuso un ritmo rápido, no tuve dificultad en seguirlo.

Nuestra marcha estuvo acompañada del retintín musical de los avíos que se balanceaban en mi cinturón, todos ellos objetos que encuentro esenciales en una excavación, como cerillas en una caja impermeable, pequeños frascos de agua y brandy, útiles de escribir, un cuchillo de bolsillo, etcétera. Emerson no era muy aficionado a que llevara esas cosas, ya que se quejaba de que los bordes agudos eran un estorbo para los abrazos impulsivos a los que era propenso, pero por lo menos, en alguna ocasión mi cadena, como la llamaba en broma, había sido el instrumento que había salvado nuestras vidas. Sus opiniones no se habían alterado, pero ahora las guardaba para sí.

Desde mi primera temporada en Egipto, cuando me encontré a veces incómodamente, por no decir peligrosamente estorbada por las absurdas modas forzadas sobre la impotente forma femenina, había estado refinando y mejorando mi traje de trabajo. Aunque nunca he recibido crédito por mis innovaciones por parte de los establecimientos de modistas de París, y probablemente nunca recibiré, ya que la envidia es una característica de tales personas, estoy convencida de que mis ideas valientes han tenido su efecto en personas como Worth y Lanvin. Sólo este pasado año me había topado con un conjunto conocido como vestido para bicicleta que integraba muchas de mis invenciones, y que era la última moda de París. Yo ya había arreglado varias versiones de ese traje para mí misma, no en la pana marrón poco práctica del original, sino en sarga y franela ligera. Los colores más oscuros que son más convenientes en Inglaterra y en Europa, al fundirse como lo hacen con los tonos naturales del desagradable barro francés y la saludable tierra inglesa, no son apropiados para Egipto, así que me

había dado el capricho de usar tonos alegres que no mostrarían la arena y el polvo. En honor a nuestro primer día, me había puesto el más alegre de la colección. Los pantalones turcos anchos, que se juntaban en la rodilla, eran tan anchos que cuando permanecía erguida e inmóvil, la división desaparecía. Las fuertes botas negras y las polainas completaban la parte inferior del traje. Una corta chaqueta cruzada se abotonaba sobre una blusa blanca, la corbata y el cinturón ancho de cuero adornado con los útiles que he mencionado anteriormente (y por supuesto una pistola en una funda a juego de cuero) apoyada en los pantalones. El tejido era de un carmesí brillante, el tono favorito de Emerson. Aunque algunos quizás lo habrían considerado demasiado rimbombante para una expedición arqueológica, yo sentía que agregaba un toque colorido.

Aunque la preocupación por mi aspecto nunca ha sido un asunto de suma importancia, admitiré sinceramente que mis ánimos se elevan cuando sé que luzco de la mejor manera posible. Imagino que no hay nada malo en eso. Demuestra una apropiada dignidad sin la cual ningún individuo, hombre o mujer, pueden lograr grandes cosas. Era consciente de que esa mañana lucía mejor que nunca. Añada a eso la promesa gloriosa de las pirámides de pálido dorado a la luz de la mañana, y la presencia del hombre a mi lado remolcándome con precipitación campechana, y supe que no había una mujer en el universo más feliz que yo.

Me di cuenta de que no podría penetrar en el interior de la pirámide ese día. Verdaderamente, ese placer sería una diversión para mis horas de ocio en vez de un deber, dado que Emerson había decidido empezar con los restos de las estructuras subsidiarias al lado del monumento mayor.

En ésas había un embarras de richesse, como decía. Al norte había una pila de piedras caídas que una vez había sido una tumba de la misma forma, aunque considerablemente más pequeña. También esperábamos encontrar junto a la pirámide los restos del templo funerario. Desde este edificio, una larga terraza elevada se dirigía a través del desierto hasta la orilla de los cultivos. Además, la tierra cerca de la tumba real estaba llena de enterramientos de cortesanos y miembros de la familia, como la gente de la era cristiana había excavado sus tumbas cerca de la tumba de algún santo célebre, con la esperanza, presume cualquiera, de que la

santidad del cadáver se filtraría sobre el menos digno. La superstición, ay, es una debilidad humana básica, y no restringida a los paganos.

Deteniéndose encima de un risco, Emerson se protegió los ojos con la mano y miró la escena. La brisa le erizó el pelo oscuro y apretó la franela de la camisa contra el pecho musculoso. Un estremecimiento de (principalmente) placer estético me recorrió mientras le miraba.

—Bien, Peabody, ¿qué va a ser? —preguntó.

—Estoy segura que ya lo has decidido —contesté—. Hemos debatido el asunto indefinidamente, sin llegar a ningún acuerdo, y sé que irás adelante con tu plan sin importar lo que yo diga.

—Peabody, ya te he explicado en varias ocasiones mis razones para aplazar cualquier investigación de la pequeña pirámide subsidiaria. Supongo, dado tu particular entusiasmo, que incluso una pequeña pirámide es mejor que ninguna pirámide, pero creo que deberíamos examinar en busca de tumbas privadas y el templo.

Antes de que pudiera contestar, una voz alta y penetrante dijo:

—Si se me permite hablar para votar en este asunto, yo sugeriría que empezáramos con el paso elevado. Esa línea a través del desierto, la cual es fácilmente discernible desde esta leve elevación, marca sin duda su curso original y podríamos seguirla a su última...

Emerson y yo hablamos a la vez. Emerson dijo:

—Sí, sí, hijo.

Yo dije:

—Ramsés, cállate.

El señor Nemo rió.

—¿Es así como se hace?

Complacida de verle más alegre, pregunté:

—¿Y cual es su opinión, señor Nemo?

Nemo se rascó un lado. El gesto despertó mis sospechas directas; me prometí que tan pronto como volviéramos a casa esa noche, le trataría como trataba a los asnos. Necesitaba un traje más conveniente también.

—No puede esperar una respuesta sensata por mi parte, señora Emerson —dijo—. Yo no sé nada de arqueología; como todos los ignorantes, me gustaría verla desenterrar joyas y oro. La mejor oportunidad de encontrar tales cosas, creo yo, estaría en las tumbas

privadas cercanas.

Le lancé a Emerson una mirada significativa, o por lo menos lo intenté. Él no me estaba mirando.

—Es usted demasiado modesto, señor Nemo —dije—. Su observación traiciona un conocimiento más grande de arqueología del que declara.

—Oh, todo eso lo he conseguido del señorito Ramsés —contestó Nemo con calma—. Mientras andábamos me ha dado una conferencia sobre los principios de excavación. Bien, Profesor y señora Emerson, ¿cuál es su decisión? ¿Y qué puede hacer un mero principiante para ayudar? Puedo esgrimir un pico o una pala como el mejor de ellos.

Emerson se toqueteó el hoyuelo del mentón, como acostumbra a hacer cuando piensa en profundidad. Por último dijo:

—Ramsés, tú y Abdullah podéis empezar en el paso elevado. Detente inmediatamente si te topas con piedra o enladrillado. Debo hacer una inspección preliminar antes de que apartemos cualquier objeto de su lugar, pero como tienes varias toneladas de arena para mover, debería poder terminar antes de que logres acabar.

Ramsés frunció el entrecejo.

—No es necesario que Abdullah comparta el papel de supervisión, papá, soy enteramente capaz de manejarme yo mismo, y él estaría mejor empleado...

—Cállate, Ramsés —dije.

—Sí, sí, hijo —agregó Emerson—. Nemo, acompañe a Ramsés. Él le dirá qué hacer.

—No dudo que lo haga —dijo Nemo.

Nos dispersamos a nuestras tareas designadas. La mía era la de ayudar a Emerson con la inspección. Para estar seguro, Morgan ya había inspeccionado el sitio, pero Emerson no tenía confianza en cualesquiera fueran las capacidades del Director del Servicio de Antigüedades.

—Estos franceses no pueden ni contar apropiadamente, Peabody. No es de extrañar, con ese sistema métrico ridículo que tienen.

Los asuntos continuaron suavemente. Como he dicho, Abdullah era tan capaz como la mayoría de los arqueólogos entrenados, y cuando levanté la mirada de mi propia tarea, pude ver a los

hombres cavando con tal vigor que una nube fina de arena les encerraba. Una línea de niños corría de aquí para allá, entre los excavadores y el lejano vertedero, vaciando sus cestas y volviendo a llenarlas otra vez.

Paramos para descansar y tomar una comida ligera a las nueve treinta, y estábamos a punto de reasumir el trabajo cuando uno de los hombres gritó y señaló. Alguien se acercaba. El recién llegado era europeo, por su ropa, y venía a pie, cruzando el desierto desde el norte.

Emerson dijo:

—Maldición. —Odiaba que los visitantes interrumpieran su trabajo—. Ocúpate de ese hombre, Peabody —gruñó, apartándose rápidamente del camino—. Me he prometido que esta temporada no sufriré las intrusiones constantes de turistas ociosos.

—No parece un turista —dije—. Sus andares son bastante inestables, Emerson, ¿no crees? Me pregunto si puede estar intoxicado.

—Umm —respondió Emerson—. De hecho, me parece familiar. ¿Quién es, Peabody?

El semblante, cuyos rasgos se volvían más reconocibles cuanto más se acercaba, era uno que ya había visto antes, pero era incapaz de recordar el nombre que iba con ese rostro. Era un joven de apariencia agradable, de mediana altura y constitución tiesa. La única cosa inusual era la tez, que era de un extraño verde grisácea.

Nos saludó por nuestro nombre y agregó con indecisión:

—No conocimos el año pasado en El Cairo. Mi nombre es Quibell.

—Por supuesto —dije—. ¿Se unirá a nosotros, señor Quibell? Sólo le puedo ofrecer huevos duros y tostadas frías...

—No, gracias. —Quibell se estremeció y el tinte verdoso de las mejillas se intensificó—. Me perdonará si voy directamente a la razón de haberles molestado...

—Eso sería muy amable —dijo Emerson—. Creía que estaba con Petrie este año.

—Lo estoy.

—Pero Petrie está en Tebas.

—Empezó en Sakkara y nos dejó a algunos de nosotros para terminar con la tarea de registrar las tumbas privadas —explicó

Quibell—. Cuando oí que usted estaba en Dahshoor, me tomé la libertad de venir para pedirle un favor. Conozco la reputación de la señora Emerson como médico...

—Ja —dijo Emerson.

—Perdón, ¿Profesor?

—Nada —contestó Emerson.

—Ya. Pensaba que había dicho... Bien, no es por poner buena cara pero estamos más bien cortos de tiempo en este momento y pensé que podría rogarle a la señora Emerson alguna medicina. Lo que necesito, creo, es una cantidad de ipacanana.

—Ipecacuana —corregí.

—Oh. Sí. Gracias, señora Emerson.

—¿Cuál es la naturaleza de su dolencia? —preguntó Emerson. Una sospecha de la verdad ya se le había ocurrido, la delicia que surgió en su cara no le daba crédito.

—Eso es evidente, Emerson —dije—. La resistencia del señor Quibell a tomar alimento y el peculiar tono de su tez indican una alteración del tracto digestivo.

—Intoxicación alimenticia —dijo Emerson, ahogándose de risa —. Es intoxicación alimenticia, ¿verdad, Quibell? La gente de Petrie siempre enferma de intoxicación alimenticia. Abre una lata y se come la mitad del contenido, dejando el resto en alguna tumba antihigiénica, y luego espera que sus empleados terminen el material... ¡Ja, ja, ja!

—De verdad, Emerson —exclamé indignadamente—. Deberías avergonzarte de ti mismo. Aquí está el pobre señor Quibell, verde guisante por la indigestión...

—Guisantes —jadeó Emerson—. Sí, comprendo que Petrie es especialmente aficionado a los guisantes en lata. Muy bueno, Peabody

[1].

Quibell salió lealmente en defensa de su jefe.

—No es culpa del Profesor Petrie. Usted sabe que opera con fondos limitados y nunca tiene el más mínimo problema con...

—No, el hombre tiene la digestión de un camello —estuvo de acuerdo Emerson, luchando por controlarse—. Le ruego me disculpe, Quibell; mi risa ha sido de muy mal gusto. Pero las

excentricidades de Petrie son una fuente de gran diversión para un tipo sencillo y directo como yo.

Los grandes ojos de Quibell se movieron de Emerson, sin sombrero bajo el sol abrasador a mí, y luego a Ramsés, que le estaba dando a la gata Bastet su lección diaria.

—De pie, por favor —estaba diciendo y la gata cayó inmediatamente detrás de él.

Pero, como he dicho, pese a sus modales bruscos, Emerson tiene el más amable de los corazones. Después de que Selim trajera la botella de ipecacuana y otros pocos artículos que pensé que podrían ser útiles, Emerson le dijo a Quibell que nos visitara si lo necesitaba e insistió en prestarle un asno y una escolta para el viaje de vuelta.

—Petrie piensa que una caminata de casi diez kilómetros no es nada —dijo, palmeando al joven en la espalda con tal énfasis amistoso que se tambaleó—. También yo, por supuesto. Lo hago todo el tiempo. Pero en su condición debilitada... ¿Está seguro que no necesita descansar antes de regresar? A la señora Emerson le encantaría ponerlo en la cama y medicarlo.

—Gracias, Profesor, pero debo volver inmediatamente. No soy la única víctima y los otros aguardan ayuda,

—¿No he oído que había una señorita con el Profesor Petrie este año? —Pregunté.

El rubor se extendió a través de las mejillas del señor Quibell. La adición de rosa al verde produjo un tinte notable, un tipo de morado moteado.

—Hay tres señoras, de hecho —contestó—. Mi hermana y... eh... otras dos. Es principalmente por su... por ellas que he venido.

Quibell se alejó trotando, acompañado de uno de nuestros hombres. Parecía realmente enfermo, y después de que hubiera desaparecido de la vista le dije a Emerson.

—Quizás debería ir a Sakkara. Cuando pienso en las señoritas solas y enfermas...

—No seas tan entrometida, Amelia —dijo mi cariñoso marido.

A la vista de los hechos actuales, la visita del señor Quibell fue uno de esos incidentes casuales que a menudo acontecen a personas en nuestra situación. Pero tuvo consecuencias de la naturaleza más dramática, y el mismo Quibell, el instigador inocente de algunas de ellas, se hubiera sorprendido tanto como cualquiera de nosotros de

lo que resultó.

Las consecuencias susodichas no ocurrieron hasta media tarde. Habíamos terminado la excavación por ese día. Emerson estaba más decidido que nunca a que él y yo deberíamos acampar cerca de la pirámide en vez de permanecer en la casa. Sus argumentos fueron persuasivos, y había regresado con él al sitio después del té para inspeccionar el hoyo que había encontrado.

En el Alto Egipto, donde el río ha cortado un profundo canal a través de la arenisca de la meseta, muchas tumbas son excavadas en los laterales de los precipicios. Limpiadas y barridas apropiadamente, las cámaras vacías se convierten en unos alojamientos admirables. Hablo, por supuesto, de las cámaras altas de las tumbas, de ésas que sirvieron como capillas; ya que las cámaras de enterramiento estaban lejos de los precipicios, a veces en el fondo de túneles profundos. Aquí en el norte, la mayoría de las tumbas eran del tipo conocido como mastabas, tras los bancos de piedra cuya forma se parecía a la de las superestructuras. Cuando las superestructuras sobrevivieron, pudieron ser convertidas en moradas bastante atractivas, pero aún no habíamos descubierto nada de ese tipo. El hoyo que Emerson había descubierto era simplemente eso, un hoyo desagradable en el suelo.

Sin embargo, disfruté de vagar con Emerson cogidos de la mano a través de la llanura árida. Mi humor afable solo se estropeó ligeramente cuando Emerson siguió insistiendo en que todo lo que necesitábamos era un pedacito de lona estirada sobre su hoyo despreciable. Por lo menos, requeríamos tiendas, y tiendas estaba decidida a tener. Si no se podían conseguir los materiales en Menyat Dahshoor, simplemente tendría que hacer un viaje a El Cairo.

Habíamos subido a un risco para conseguir una mejor vista y quizás para distinguir en las formas de las sombras alargadas alguna característica del paisaje que no había sido visible bajo los rayos directos del sol. Como siempre, mis ojos fueron atraídos al oeste, donde las pendientes de las pirámides se habían vuelto de un color bronce contra la puesta del sol. Nada se movía en la vasta llanura, y no se oía otro sonido que el de nuestras voces, las cuales, me temo, se alzaron a un tono considerable durante nuestra discusión sobre las tiendas. Cuando paramos de hablar, no fue porque nos hubiéramos puesto de acuerdo, sino porque ambos nos dimos

cuenta que no llegaríamos jamás a algún acuerdo. Tan penetrante fue el silencio subsiguiente que asustaba en extremo tener que romperlo con el sonido de una voz humana.

Nos giramos como uno (para hablar) y contemplamos, parada inmóvil al nivel del suelo del risco, la forma de una mujer. La sombra azul grisácea emborronaba los rasgos pero por un sobresaltado momento sentí como si estuviera viendo mi propio reflejo en un espejo polvoriento. La oscura masa de flojo cabello tenía el mismo tono que el mío, las altas botas y las prendas de vestir inferiores eran como las mías, la misma forma del cuerpo, apretado con fuerza en torno a la cintura e hinchándose hacia arriba y debajo de esa constricción, era la imagen de mi forma.

Recordé la vieja leyenda del otro yo, ese doble misterioso, cuya aparición augura la muerte venidera, y confieso que un estremecimiento momentáneo de terror me congeló los miembros. A Emerson le afectó igualmente. Un bajo «maldición» expresó la profundidad de sus emociones y el brazo me sostuvo cerca de su lado, como desafiando a la Parca a que me alejara de él.

La forma oscura de abajo se tambaleó y tembló como cuando uno tira una piedra a una piscina de agua oscura. Lentamente se hundió hacia adelante y yació inmóvil.

El hechizo se rompió. No era un espíritu lo que había visto, sino una mujer viva, viva, por lo menos, hasta ese momento. Aunque cómo había llegado hasta allí, y por qué, eran unos misterios casi tan grandes como el último misterio de la vida y la muerte.

Bajé la cuesta tambaleándome, con Emerson cerca detrás de mí, y me arrodillé al lado de la forma caída. El traje de la mujer era ciertamente semejante al mío, pero no había ninguna otra semejanza aparte del color del cabello. A pesar de su palidez mortal, era obviamente algunos años más joven que yo, apenas una chica. Un par de gafas con borde de oro se habían desplazado a un lado por la fuerza de la caída y las pestañas que ensombrecían las mejillas pálidas eran largas y rizadas.

—Esto es demasiado, maldita sea —declaró Emerson con énfasis —. Sabes, Amelia, que soy el más tolerante y caritativo de los hombres; no tengo inconveniente en prestar ayuda al infortunado, pero dos en un día supone un esfuerzo para mi naturaleza amable. Eh... ¿no está muerta, espero?

—Parece haberse desmayado —dije—. Levántale los pies, Emerson, si te parece bien.

Emerson envolvió una gran mano bronceada en torno a los tobillos delgados de la chica y los levantó con tal vigorosa buena voluntad que los miembros formaron un ángulo recto perfecto con respecto a su cuerpo. Corregí este error pequeño, destapé mi cantimplora y rocié la cara de la chica.

—No se revuelve —dijo Emerson, el temblor en sus tonos varoniles traicionaba el lado suave y tierno de su naturaleza que otros pocos aparte de yo misma habían tenido el privilegio de contemplar—. Estás segura que...

—Perfectamente. Su pulso es constante y fuerte. Puedes soltar los pies ahora, Emerson. No, no, no los dejes caer, bájalos suavemente.

Su ansiedad se alivió, Emerson volvió a su manera natural.

—Es realmente demasiado malo lo de Petrie —se quejó—. A él no le importa si sus subordinados caen como moscas; oh no, sabe que vendrán corriendo donde nosotros e interferirán con nuestro trabajo. Tendré unas palabras con él la próxima vez que nos veamos. De todo lo infernal, desconsiderado...

—¿Crees que esta es una de las ayudantes del señor Petrie? —Pregunté.

—¿Por qué, quien más puede ser? Quibell dijo que las señoritas estaban enfermas; sin duda esta chica ha tenido dudas sobre trabajar con ese maníaco de Petrie. Muestra considerable buen juicio de su parte. ¿Por qué no se despierta?

—Creo que está volviendo en sí ahora —respondí. De hecho, estaba segura que la chica había estado consciente durante algún tiempo, y tenía una buena idea de porqué había querido ocultar ese estado.

—Bien. —Emerson escudriñó la cara de la chica, respiraba tan ansiosamente que le empañó las gafas. Se las había colocado después de salpicarle la cara, aunque era dudoso que pudiera sacar algo bueno de ellas, parecían estar hechas de simple vidrio de ventana.

—Naturalmente estoy feliz de ayudar a alguien enfermo —dije, mirando como las pestañas revoloteaban y los pequeños movimientos de los labios, signos de que estaba recuperando el

conocimiento. Ella, realmente lo hacía bastante bien; debía haber participado en varias funciones de teatro domésticas—. Pero confío en que ella no espere quedarse con nosotros. El profesor Petrie probablemente consideraría que hemos atraído deliberadamente a una de sus ayudantes...

—¿Desde cuándo me han preocupado las opiniones absurdas de Petrie? Él piensa lo peor de mí sin importar lo que haga. Esta será su decisión, por supuesto, pero podríamos utilizar un par de manos extra. Y sería agradable para ti tener a otra mujer cerca.

La ridiculez de esta observación me hizo reír entre dientes.

—Apenas soy del tipo que requiere compañerismo femenino, Emerson. Tengo mucho que hacer para eso.

—No, Amelia, tú no. Ese cerebro activo tuyo siempre está trabajando, por eso insistes en meterte en investigaciones policiales y confeccionar teorías absurdas sobre el maestro... sobre conspiraciones criminales. Quizás si tienes a una jovencita a la que entrenar en arqueología, no estarás tan preparada para salir a perseguir asesinos. Buen Dios, nunca he visto que a nadie le llevara tanto tiempo recuperarse de un desmayo. ¿Debería abofetearle las mejillas o las manos?

La chica aceptó la insinuación. Habiendo sentido el vigor del agarre de Emerson, fue lo bastante sabia para anticipar cual sería el efecto de una suave bofetada en su cara. Abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? —dijo, con una falta deplorable de originalidad.

—Sólo donde esperaba estar —exclamó Emerson—. Conmigo y la señora Emerson. Señorita... ¿Cuál es su nombre?

Esperé con considerable interés la respuesta de la joven. No se demoró mucho tiempo; su breve vacilación habría sido imperceptible para alguien que no tuviera motivos para sospechar de sus motivos.

—Marshall. Enid Marshall.

Emerson se sentó en una piedra y le sonrió.

—Bien, señorita Marshall, ha tomado una sabia decisión al dejar a Petrie; es un erudito bastante pasable, los he conocido peores, pero ninguna persona cuerda puede vivir como él vive. Aunque no creo que usted haya mostrado un buen juicio al caminar desde Sakkara en su condición.

—¿Mi-mi condición? —la chica jadeó.

—No importa —continuó Emerson—. La señora Emerson la llenará con azufre e ipecacuana y estará en pie en un santiamén. La llevaré a nuestra casa...

—No, gracias; puedo andar perfectamente bien.

Con mi ayuda, Enid, por darle el nombre que había elegido, se puso de pie. Parecía un poquito aturdida y no es de extrañar; Emerson la había etiquetado, encasillado y explicado sus motivos con tal vigor que incluso una mujer con menos motivos para ocultar su verdadera identidad, habría tenido dudas de quién era realmente. Yo, por supuesto, sabía quién era. Emerson había estado desencaminado, no sólo por el placer de gastarle una jugarreta al señor Petrie, sino por la incapacidad lastimosa del sexo masculino de ver más allá de un vestido con volantes y un toque de color en los labios. Los ojos oscuros que se habían cerrado con risas ahora estaban ensombrecidos y temerosos; los delicados rasgos estaban demacrados y sin color, pero eran, indudablemente, los de la señorita inglesa perdida, la señorita Debenham.

Capítulo 5

El entusiasmo de Emerson se desvaneció rápidamente cuando se dio cuenta de que la llegada de su nuevo ayudante había puesto fin a sus planes de pasar la noche en un hoyo en el suelo.

—Imposible, Emerson —dije, por encima de sus objeciones quejumbrosas—. La señorita Marshall ciertamente debe pasar la noche con nosotros, sea lo que sea que escoja hacer mañana, y obviamente no puede quedarse sola en la misma casa con un joven del otro sexo. Sabes, querido, que nadie desprecia las convenciones sociales sin sentido más que yo, pero algunos límites de la propiedad no pueden ser ignorados.

—Bah —dijo Emerson—. Pero, Amelia, Ramsés estará en la casa...

—Y también nosotros, Emerson. Te prometo —agregué, sonriéndole por encima de la cabeza inclinada de la chica—, que la primera cosa que haré mañana será dar los pasos para asegurarme de que no pasemos otra noche en la casa.

—Umm —dijo Emerson. Pero lo dijo más alegremente que la primera vez.

La joven no dijo nada. Andaba entre nosotros con la cabeza inclinada, pero con pasos que eran firmes y estables. Tuve que alabar su rapidez; debía estar en un grado considerable de confusión en cuanto a lo que se suponía que era su preciso estatus, pero tenía el buen sentido de callarse y no decir nada que desafiara la suposición de Emerson.

Emerson es una persona exaltada por naturaleza; sus ataques de genio son breves y tan pronto como terminan mira el lado positivo inmediatamente. Éste fue el caso del momento presente.

—Por mi palabra, Peabody, estoy complacido acerca de eso —declaró—. En caso de que Nemo no convenga, tenemos un substituto a mano. Sin duda, la señorita Marshall no tendrá objeción en echarnos una mano con Ramsés. Es notable cómo de pulcramente se arreglan las cosas.

—Concuerdo bastante, Emerson. Es notable.

Para obtener tiendas, sería necesario que hiciera un viaje a El Cairo. Entonces tendría la oportunidad de hacer mis propias indagaciones sobre el asesinato de Kalenischeff. Había pensado hacer esto más adelante, pero ahora tenía una excusa razonable.

—Bastante notable —dije.

Las sombras de la noche caían rápidamente cuando alcanzamos el complejo. Los hombres se habían retirado a sus cabañas; a pesar de su educación superior, ninguno permanecía fuera en la oscuridad si podían evitarlo, ya que, como cada egipcio sabía, la noche era cuando los demonios salían con toda su fuerza. Encontramos a Ramsés sólo en el salón, excepto por la compañía de su siempre presente felino. Había estado escribiendo en la mesa, pero estaba claro que nuestro acercamiento no había sido inadvertido, ya que apartó sus artículos de escritura cuando entramos y se levantó sin ningún signo de sorpresa.

—Buenas noches, mamá; buenas noches, papá; buenas noches, señorita...

—¿Dónde está el señor Nemo? —pregunté.

—Estaba aquí hace un momento. Presumo que se ha ido a su cuarto. —Ramsés dio un paso adelante con la mano extendida—. No hemos tenido el placer de conocernos, creo. Permítame presentarme. Soy el señor Walter Peabody Emerson.

—Más comúnmente conocido como Ramsés —dijo Emerson, riéndose—. Es la señorita Marshall, hijo. Es una prestigiosa arqueóloga, así que la debes tratar con respeto.

—Apenas distinguida, Profesor —dijo la chica rápidamente—. Soy una mera principiante. Entonces éste es su hijo. ¡Qué pequeño tan majo!

Tomó la mano de Ramsés. El labio curvado de Ramsés expresó su opinión por esa descripción; sintiendo mi mirada fija sobre él, mantuvo esa opinión para sí mismo, diciendo en vez de eso:

—Estaba ignorante de sus calificaciones académicas, señorita.

¿Puedo preguntar en qué instituciones de aprendizaje ha estudiado?

—No, no puedes —dije—. ¿Enciendes la estufa, Emerson? Estoy segura de que a la señorita Marshall le gustaría una taza de té. Mientras el agua se calienta, le mostraré su cuarto.

—Tengo miedo de ponerla en problemas —empezó la falsa señorita Marshall. Terminó con un chillido y saltó hacia atrás. La gata Bastet, que había estado enrollando su forma sinuosa alrededor del tobillo de la chica, emitió un maullido censurable y golpeó la cabeza peluda contra una de las pequeñas botas gastadas.

—Es sólo la gata de Ramsés —dije.

—La gata Bastet —detalló Ramsés—. Parece que ha quedado prendada de usted, señorita. Eso es inusual, y en mi opinión debería estar halagada por esa atención, ya que los animales, como es bien sabido, tienen un sexto sentido que les da...

—Cállate, Ramsés —dije. La chica había levantado una mano temblorosa a la frente y me tomé la libertad de poner un brazo alrededor de ella para sostenerla—. La señorita Marshall está agotada y no puede ser molestada con tus teorías poco ortodoxas. Vamos al otro cuarto, querida. Cuando vea sus alojamientos, no se disculpará por incomodarnos, se lo aseguro.

Sólo una cortina separaba la pequeña cámara adyacente del salón y el único mobiliario eran unos pocos cajones vacíos. Ayudé a la señorita a llegar a uno de ellos y la senté.

—No estará tan cómoda aquí como en el salón —dije en voz baja—. Pero pude ver que sus nervios estaban a punto de ceder y creí que estaría mejor a solas.

—Es usted muy buena. Por favor no permita que la mantenga lejos de su familia...

—Oh, no tengo intención de dejarla. —Tomé asiento en otro cajón—. Hay varios asuntos que debemos discutir sin tardanza, si espera continuar su mascarada.

El cuarto estaba iluminado sólo por la luz de la luna. La chica se había encogido en las sombras más oscuras, pero oí su brusco jadeo. Hizo un esfuerzo valiente por recobrarse.

—¿Qué quiere decir, señora Emerson?

—Mi marido, aunque es el hombre más intelectual que conozco, es singularmente ingenuo acerca de algunas cosas —dije—. ¿Pero sin duda usted no supondrá que podría engañarme a mí, verdad

señorita Debenham?

Durante unos pocos segundos ni siquiera su respiración rompió el silencio. Luego un largo suspiro tembló por el aire.

—Sabía que nunca podría sostener el engaño, señora Emerson. Esperaba solamente un respiro de varios días, para decidir si lanzarme a su misericordia o huir otra vez. Cuando el profesor asumió que era otra persona, sentí que el destino había aprobado mi aventura.

Su voz era fatigada pero tranquila, sin ninguna huella de la histeria incipiente que había demostrado antes. Obviamente era el esfuerzo del engaño lo que la había desconcertado; su alivio al encontrarse libre de hablar sinceramente me demostraba que era en esencia una persona honorable.

—Leyó mi carta, entonces —dije.

—Sí. Debo admitir, señora Emerson, que mi primera reacción al leerla fue ira. Soy una persona muy testaruda y terca. Demasiado mimada por padres seniles que no hicieron ningún intento por limitar mis defectos de carácter; soy impaciente a las críticas y también decidida a hacerlo a mi manera. Es un grave defecto...

—Lo que una persona llama «testarudo» otra puede llamarlo «decidido». La fuerza de carácter no es un defecto. Suena como si citara a alguien, señorita Debenham...no, perdone, debo acostumbrarme a llamarla señorita Marshall.

—¿Entonces... entonces significa que me permitirá continuar mi mascarada? ¿Está dispuesta a engañar a su marido?

—Oh, en cuanto a eso, yo nunca engañaría deliberadamente a Emerson. Si él elige engañarse, sería una falta de tacto en extremo que yo le corrigiera su malentendido, especialmente desde que hay una clara posibilidad de que en el calor del momento quizás sea impulsado a acciones y o expresiones precipitadas de las que se arrepentiría luego. Pero, por mucho como disfrutaría de discutir las complejidades del matrimonio, un tema sobre el cual tengo decididas opiniones, no debemos permanecer aquí demasiado tiempo o mi querido Emerson comenzará a preguntarse por qué continuamos sentadas en la oscuridad. Y Ramsés... le advertiré acerca de Ramsés con el tiempo. Primero es esencial que me diga, tan breve pero tan exactamente como sea posible, qué sucedió la noche del asesinato.

—Cené con el Príncipe Kalenischeff —dijo la chica calladamente —. Fuimos a ver la luz de la luna sobre las pirámides...

—La vi allí. ¿Y después?

—Volvimos al hotel. El príncipe me dio las buenas noches en la puerta de mi habitación...

—¿No lo invitó a entrar?

—Supongo que merezco eso —dijo, después de un momento—. No, señora Emerson, no lo hice.

—Continúe, por favor. Y sea sucinta.

—El safragi me había entregado su carta. La leí mientras me cepillaba el cabello y como he dicho, me enojé...

—Puede omitir sus reacciones emocionales excepto las que tuvo que soportar en los acontecimientos de esa noche.

—Gracias. Tiré la carta. Me preparé para la cama. Me acosté. Dormí. Más tarde algo me despertó. Quizás fue el sonido de la puerta abriéndose, o pasos. Una forma oscura entró en mi campo de visión. Reconocí al príncipe. Se movió silenciosamente hacia la cama. Salí de la cama. Caí al suelo. Perdí el conocimiento. Cuando me desperté la primera luz del amanecer aclaraba la ventana y vi al príncipe muerto y tumbado en la cama. Fui a mi guardarropa. Cogí...

—Sólo un momento, por favor. Sé que le dije que fuera sucinta, pero eso es llevarlo un poco demasiado lejos. Volvamos a su despertar en mitad de la noche. ¿Cómo se sintió usted entonces? ¿Alerta y completamente consciente, o débil y soñolienta de forma poco natural?

—Apenas tuve fuerza para salir rodando de la cama, lejos de él. ¿Cómo lo ha sabido?

—Asumo que fue drogada, por supuesto. ¿Comió alguna cosa o bebió algo antes de retirarse?

—Bebí de la botella en la mesilla de noche. El aire seco hace que uno tenga tanta sed...

—Eso pensé. ¡Esas deplorables cantimploras! Uno pensaría que han sido inventadas para la conveniencia de ladrones y asesinos. Algún bondadoso ángel custodio la despertó a tiempo... Pero no habría importado, nunca estuvo en ningún peligro de ese tipo.

«Kalenischeff fue atraído a su cuarto por un mensaje que pretendía provenir de usted. ¿Le había hecho avances? No, no debe

contestar, estoy segura que sí, era un hombre vano con una opinión desmesuradamente alta de su atracción hacia el otro sexo. No sospecharía de una petición para una cita.»

«El asesino le esperaba. Afortunadamente para usted, su despertar fue breve e incompleto, puesto que estaba horrorizada de ver a Kalenischeff; y si hubiera visto como cometían el acto, el asesino habría sentido necesario deshacerse de usted también. O usted es excepcionalmente resistente a las drogas o no bebió mucha agua; su ángel de la guarda, todavía en servicio activo, otra vez la despertó antes de que tuviera que despertarse. Si el asunto hubiera ido según lo planeado, usted habría sido descubierta con el cadáver de su presunto amante, y habría sido arrestada. Como fuera, tuvo tiempo de vestirse y arrastrarse fuera del hotel sin ser vista. El safragi había sido sobornado para dejar su puesto, posiblemente por el mismo Kalenischeff. Era por la mañana temprano, y si evitó los salones públicos, pocas personas la verían, o reconocerían a la frívola y siempre a la moda señorita Debenham bajo el disfraz que actualmente lleva. Entonces se escondió, no importa dónde, puede contármelo más tarde, y recordando mi oferta de ayuda, se decidió a buscarme. Le alabo su aplomo, señorita Marshall. Pocas mujeres habrían tenido la fuerza de carácter para comportarse tan prudentemente después de un golpe tan espantoso. Gracias. Ha contado su historia muy bien.»

—Pero... pero...

—Calle. No tenemos tiempo para más.

Tenía razón. Un sonido detrás de la cortina precedió por no más de unos pocos segundos la aparición de Ramsés.

—Papá desea que te diga que el agua ha hervido. También desea saber qué, omito la frase calificativa, dado que es una de las que has prohibido específicamente que repita, estáis haciendo aquí dentro sin una silla, ni una mesa o una lámpara. Confieso mi propia curiosidad en ese punto.

—Probablemente nunca será satisfecha —dije, levantándome. Me permití esa pequeña broma, dado que estaba de excelente humor. Los asuntos estaban yendo muy bien—. Ya vamos, Ramsés.

La chica agarró mi mano.

—Pero, señora Emerson —cuchicheó—. ¿Qué voy a hacer? Usted me cree...

—Sí.

—¿Cómo puede confiar en mí? ¡Ni siquiera me conoce!

—Es muy sencillo —murmuré—. Sé quién es el verdadero asesino.

—¿Qué? —Su grito sonó.

Ramsés se giró. Perfilado al trasluz del cuarto contiguo, sus delgados miembros y la mata de cabello, y la inclinación curiosa de la cabeza, le hizo parecer exactamente como un buitre demasiado grande.

—Más tarde —siseé y escolté a la señorita Marshall a la silla que Emerson había puesto para ella y a la taza de té que había preparado. Los talentos de Emerson, aunque diversos, no se extienden a las artes culinarias.

Revisar nuestros arreglos para dormir era más complejo de lo que había anticipado. No podría enviar a Ramsés a dormir arriba a la azotea: quizás decidiera bajar por la pared e irse a algún recado raro suyo. Ramsés rara vez desobedecía una orden directa, pero tenía una facilidad diabólica para encontrar una laguna legal en mis órdenes.

Emerson y yo no podíamos dormir en la azotea y dejar a la señorita y al joven abajo. Emerson pensó que era inusitadamente mojigata y lo dijo. No me molesté en explicar mis verdaderas razones, ya que ellas le habrían irritado aún más. Por una combinación fortuita de circunstancias, la señorita Marshall había eludido al Maestro Criminal. Apenas la podía dejar a merced de un hombre de quién sospechaba fuertemente que era el teniente del MC.

La misma objeción se aplicaba a tener a la señorita Marshall durmiendo en la azotea. La única solución era que Emerson y yo colocáramos nuestros colchones en el salón, el cual estaba contiguo a la pequeña cámara que había asignado a la señorita Marshall. Nadie la podría alcanzar sin dar un paso sobre nuestras formas recostadas, ya que la única puerta se abría al salón y la ventana era demasiado estrecha para permitir que cualquiera entrara.

Estos arreglos no fueron concluidos sin una cantidad considerable de ruido. Emerson está demasiado bien educado para jurar en presencia de una dama, pero su estado de ánimo encontró expresión en exclamaciones fuertes y frecuentes gritos de «¡Buen

Dios!». Mi primera preocupación fue conseguir que Enid se acomodara tan pronto como fuera posible; estaba claramente al borde del desplome total, una reacción normal al encontrar santuario después de horas de esfuerzo nervioso y agotamiento físico. Un catre de campamento y mantas, una lámpara y artículos básicos de lavabo le fueron suministrados fácilmente (yo siempre equipo mis expediciones adecuadamente). No fue hasta que esto se logró y Enid estuvo metida en la cama que me di cuenta que no había sabido nada del señor Nemo. Un individuo normalmente curioso habría salido para ver qué sucedía. Fui a su cuarto, pero supe lo que encontraría.

No había cerradura en la puerta de madera sin barnizar, pero Nemo había procurado levantar barricadas con las cajas de embalaje que le servían como mesa. Las personas a menudo subestiman mi fuerza física. Sólo mido metro sesenta y soy más bien delgada (en la mayoría de las áreas), pero me mantengo en forma; cuando puse el hombro contra la puerta, no tuve dificultad en empujar y quitar la caja de en medio.

Nemo yacía de costado, de cara a la puerta. Una sonrisa leve y dulce le curvaba los labios; la llama de la lámpara diminuta en el suelo delante de él se reflejaba en sus ojos impasibles.

Había traído el instrumento vil de su destrucción con él. Me reproché por haber descuidado el registro de sus pertenencias, aunque de hecho no había visto que tuviera alguna. Pero habría sido fácil para él ocultar la pipa y el opio en los pliegues de la túnica. Los encontré casi inmediatamente; inmerso en la euforia de la droga, él no había pensado en ocultarlos otra vez. La pipa estaba tumbada a su lado, donde había caído de la mano laxa. Cerca de ella había una pequeña caja de estaño medio llena con una sustancia negra parecida a la melaza y un delgado cucharón metálico, que se utilizaba para sacar una pequeña cantidad de opio. El cucharón y el opio se sostenían luego sobre una llama hasta que la sustancia se cocinaba y se reducía, después de lo cual se dejaba caer en la cazoleta de la pipa.

Supe que era inútil intentar hablar con Nemo. Estaba muy lejos, vagando en campos de ilusión. Recogí la lata de opio, la pipa y el cucharón metálico; apagué la lámpara y me fui silenciosamente.

El resto de la noche pasó sin incidentes. Emerson roncó. Rara

vez ronca. Cuando lo hace, es generalmente deliberado.

Estuve levantada con el alba, llena de mi ilimitada energía usual. Había mucho que hacer ese día y lo esperaba como un púgil se alegra ante la perspectiva de probar su fuerza contra un adversario digno. Me moví silenciosamente en mis tareas matinales, tratando de no despertar a Emerson, puesto que pensé que sería una buena idea tener su desayuno preparado para cuando despertara. Su genio sería puesto a prueba bastante a menudo en las horas venideras.

La ausencia de tarima de madera era molesta, ya que permitía que la gente se arrastrara sin que uno lo oyera. Mi sexto sentido entrenado, sin embargo, me advirtió que alguien me estaba mirando, esperando ver a mi omnipresente hijo alcé la vista con un ceño y percibí en su lugar el semblante del señor Nemo mirándome cautelosamente a través de la cortina que habíamos instalado para darnos una mínima cantidad de intimidad.

Inspeccionó el cuarto de un rincón al otro, como si esperara ver monstruos acechando.

—¿Saldría conmigo un momento, señora Emerson? —preguntó en un cuchicheo.

Había estado a punto de sugerir la misma cosa. Una conversación larga y seria con el señor Nemo estaba en lo alto de mi lista de actividades del día. Sólo me sorprendió que él no hiciera el esfuerzo de evitar la reprimenda que debería haber sabido que vendría. Pero quizás en vez de pedir perdón tenía la intención de pasar al ataque y exigir el regreso de su abominable aparato de droga. Su expresión seria y el conjunto firme de los labios indicaron determinación más que arrepentimiento.

Una vez fuera, me hizo señas para que lo siguiera al lado del norte de la casa, donde no podíamos ser vistos desde la puerta. Entonces se puso frente a mí.

—Señora Emerson, dejo su servicio.

No se había afeitado esa mañana, ni utilizado un peine ni cepillo en los rizos dorados. (De hecho, hasta donde sabía, no tenía ni peine ni cepillo). Los efectos de la droga mostraban las pupilas encogidas y las mejillas pálidas. Pero meses de degradación no habían erradicado todas las huellas del espléndido joven inglés (o escocés) que había sido una vez. Rasurado y cepillado, vestido con

un traje apropiado, haría que la cabeza de cualquier mujer se girara.

—No, señor Nemo, no lo hará —dije.

Los labios se retorcieron.

—¿Cómo se propone detenerme?

—A la fuerza, si es necesario. —Me incliné contra la pared y crucé los brazos—. Un grito mío traería a diez hombres robustos que han jurado obedecer mi menor orden. No incluyo a Emerson, dado que, aunque su fuerza y devoción excedan a todos los demás, está bastante desorientado cuando es despertado de repente del sueño, y usted podría muy bien eludirle antes de que ponga sus agudezas en orden. Dudo, sin embargo, que pueda luchar contra Abdullah y sus hijos. No —seguí con calma, mientras él daba un paso hacia mí, los puños apretados—. No trate de intimidarme, puesto que sé que es incapaz de colocar unas manos violentas sobre una mujer.

»No va a dejar mi servicio, señor Nemo. ¿Qué le hace suponer que, una vez que he arrimado el hombro y me he matado a trabajar, lo dejaré largarse? He jurado redimirlo y lo redimiré, con su cooperación o sin ella. En principio, simpatizo completamente con el derecho de todo hombre inglés, o mujer, viniendo al caso, de cualquier hombre o mujer de cualquier nación... ¿Qué iba a decir?

El ceño de Nemo había sido reemplazado por una mirada en blanco casi imbécil.

—No tengo la menor idea —dijo entre dientes.

—Oh, sí. Creo firmemente en el derecho del individuo de buscar o dejar un empleo siempre que él o ella así lo escoja. Cualquier violación de esa elección constituye servidumbre, y la libertad es el derecho inalienable de la humanidad. Sin embargo, en este caso, su derecho a la libertad debe ser dejado temporalmente a un lado a favor de un bien más elevado.

»Habiendo dejado esto en claro, señor Nemo, continuaré con el siguiente punto. Ponga atención, por favor. Mi intención de sacarlo de las alcantarillas se reforzó anoche cuando lo descubrí en las repugnantes garras de la hierba del diablo. No es lo que usted piensa —seguí, más suavemente cuando él apartó la cabeza, un rubor de vergüenza le cubrió las mejillas sin afeitar—. Ese descubrimiento me demostró que me había equivocado en otra

suposición más importante. Pocas veces me equivoco. En este caso había alguna excusa para mí, dado que las circunstancias eran sospechosas en extremo.

»Sabía perfectamente que el hombre con quien sospechaba estaba usted aliado nunca escogería como ayudante de confianza a un hombre cuya lealtad y eficiencia pudieran ser debilitadas por el opio. Usted había dicho que era adicto, pero de hecho nunca le había visto dándose el gusto con las drogas. Es un pulcro silogismo. Usted es, como sé de primera mano, un consumidor de drogas. El Maestro Criminal no admite drogadictos en su círculo interior. (Hago esta suposición porque sólo un tonto cometería ese error y el Maestro Criminal no es tonto). Por lo tanto usted no es...

—¿El... quién? —balbuceó Nemo.

—El Maestro Criminal. El misterioso individuo que controla el comercio ilícito de antigüedades en Egipto. No me diga que durante su residencia en los barrios bajos de El Cairo nunca oyó hablar de él.

—Un criminal profesional no toma confianzas con un mendigo y adicto a las drogas —respondió Nemo amablemente—. Pero lo que dice es verdad; existe tal hombre. He oído rumores sobre él. Fue... eh... el nombre que usted ha utilizado lo que me ha sorprendido. Ciertamente nunca he oído que le llamaran así.

—¿Tiene nombre, entonces? ¿Cuál es?

—No tiene nombre, sólo una variedad de títulos. Esos a su servicio, creo, se refieren a él como el Maestro. Otros, menos íntimamente asociados con él, le conocen como Sethos.

—¡Sethos! Un nombre curioso. ¿Sabe algo más?

Nemo negó con la cabeza.

—Los hombres que trabajan para el Maestro son la crema de la cosecha criminal. Ser escogido por él es una marca de honor. Incluso los que no están a su servicio le tienen un terror mortal y se dice que su venganza sobre un traidor es rápida y horrible.

—Fascinante —exclamé—. Estoy profundamente en deuda con usted por la información, señor Nemo. Perdóneme por favor por sospechar de usted. Aunque ahora me parece que, en un sentido, ¡le estaba haciendo un cumplido!

Nemo no devolvió la sonrisa.

—No me debe ninguna disculpa. Lo que me ha dicho no cambio

nada, señora Emerson. Tiene razón, yo no tocaría un pelo de su cabeza y sus hombres ciertamente me podrían vencer; pero tendrá que atarme o encarcelarme para mantenerme aquí. Debo y me iré.

—Comprendo, señor Nemo. Sé lo que le ha movido a esa decisión. Es la llegada de la señorita.

Las mejillas bronceadas de Nemo palidecieron.

—Usted... usted...

—Mirando desde la ventana anoche la vio —seguí—. Una flor inglesa, con la gracia y el encanto que logra la más alta perfección en nuestra nación favorecida. Verla debe haberle recordado su vergüenza y lo que ha perdido.

Nemo se llevó una mano temblorosa a la frente.

—¡Es usted una bruja, señora Emerson!

—No, señor Nemo; sólo una mujer, con el corazón de una mujer. Nuestros poderes intelectuales, nunca lo dude, son completamente iguales a ésos del llamado sexo más fuerte, pero tenemos una comprensión más grande del corazón humano. Fue una mujer la que le llevó a esto, ¿verdad?

Una voz amortiguada interrumpió la conversación desde la casa en esta interesante coyuntura. Saqué el reloj del bolsillo y lo miré.

—El tiempo pasa, señor Nemo. Debo ocuparme de mis asuntos. Discutiremos su situación en un futuro. Hasta entonces cuento con que se quede. La señorita se quedará en su cuarto hoy. Usted no tendrá que encararla hasta que se haya arreglado un poco y decidido una historia para contarle. ¿Tengo que su palabra de que no escapará?

—¿Aceptaría mi palabra? —preguntó Nemo con incredulidad—. ¿Después de romperla?

—No la ha roto. Dijo que trataría de no sucumbir. —Otro grito más colérico desde el interior me recordó mis deberes—. Debo irme. Voy a ir a El Cairo. Le veré esta tarde.

Nemo se encogió de hombros.

—Hasta esta noche, entonces. Más allá de eso...

—Eso hará. Sí, Emerson. Estoy aquí, ya voy.

Me apresuré a entrar.

Cuando embarqué poco después de desayunar, iba con el conocimiento sereno de que había tratado con todas las emergencias pendientes. Enid había sido advertida de que debía

fingir debilidad y quedarse en su cuarto. No nos arriesgábamos a exponer su ignorancia sobre arqueología, lo que ciertamente ocurriría a los cinco minutos de que apareciera en la excavación. Al señor Nemo le habían tomado medidas para un traje y lo había enviado con Ramsés, para supervisar la excavación del paso elevado. Emerson había sido apaciguado, alimentado y animado por mi solemne promesa de que esa noche nuestra cama estaría bajo el cielo abierto y las estrellas brillantes del desierto. (Para estar segura, un techo de lona intervendría entre nosotros y el cielo abierto, las estrellas brillantes, etcétera, pero Emerson es especialmente susceptible a las expresiones poéticas de esa naturaleza. Y confieso que yo estaba extrañamente estimulada por la imagen que evocaba).

Había enviado a Abdullah a alquilar un caballo al alcalde de la aldea. Era el corcel más fino del vecindario, una pequeña y encantadora yegua marrón que según se me informó era la niña de los ojos del jeque. Ciertamente el costo de su alquiler lo confirmó, al igual que su brillante pelaje y la confianza con que me saludó. Me enamoré de ella yo misma. Su carácter se emparejaba con el mío, cuando rompió a galopar no hice esfuerzo por refrenarla, sino que me abandoné a las alegrías de la velocidad. Me sentí como uno de los héroes de Anthony Hope o Rider Haggard, precipitándose al rescate. (Sus heroínas, pobres cosas tontas, nunca hacían nada más que sentarse y retorcerse las manos esperando ser rescatadas).

Parecieron sólo unos momentos antes que viera el primero de los monumentos de Sakkara. Algunos especímenes energéticos de la casta de los turistas ya estaban allí. Después de Giza, Sakkara es la excursión más popular en la región de El Cairo. Uno de los guías me dijo donde trabajaban los arqueólogos, y me complació encontrar al señor Quibell en pie con el cuaderno en la mano copiando inscripciones. Después de haberle sermoneado por la indecencia de estar bajo el sol ardiente durante demasiado tiempo, después de su indisposición, le pregunté por las señoritas.

Quibell contestó, con apropiadas expresiones de gratitud, que gracias a mi ayuda todas se estaban recuperando. Esperaban terminar su trabajo en Sakkara dentro de un día o dos, después de lo cual, se unirían a Petrie en Tebas. La señorita Pirie le había pedido especialmente que me expresara las gracias, si era lo

bastante afortunado para verme antes de marcharse. (Otra vez el rubor del joven, al mencionar el nombre de la señorita, me dijo que ella no lo retendría mucho tiempo, si él se salía con la suya).

Estuve aliviada de oír sobre su inminente partida y complacida de haber tenido la previsión de detenerme para recibir los agradecimientos de Quibell, de otro modo quizás se hubiera sentido obligado a visitarnos otra vez, y esto ciertamente habría augurado un desastre para Enid. Me ofrecí, atada por el deber, a examinar a las señoras; Quibell me aseguró, con sinceridad conmovedora, que no había necesidad. Dado que tenía un largo paseo por adelante, no insistí.

Nos separamos con los más amistosos cumplidos y continué hacia el norte a Giza, donde dejé el caballo en Mena House y alquilé un carruaje para viajar a El Cairo. Después de completar mis compras, llegué al Shepheard a tiempo para un almuerzo tardío, que sentí que era bien merecido.

No es que esta pausa en las ocupaciones del día fuera estrictamente para el sustento y la recreación, no, verdaderamente. Mi principal recado en El Cairo todavía no lo había cumplido y como primer paso, debía averiguar lo que el público informado sabía sobre el asesinato. Antes de ordenar mi comida, por lo tanto, le dije al camarero que le pidiera al señor Baehler que se uniera conmigo, a su conveniencia, por supuesto.

El comedor se llenó rápidamente y me divertí mirando a los turistas. Eran un grupo abigarrado, eruditos alemanes robustos y fuertes oficiales ingleses, señoras americanas estridentes y jovencitas chillonas al cargo de mamás de vista aguda. En una mesa cercana había un grupo de jóvenes ingleses, y por el número de «sus señorías» y «milords» que salpicaba su conversación, no fue difícil deducir que el joven pálido y de aspecto afeminado a quien se dirigían era un vástago de la aristocracia. Su ropa era una extraña combinación de fino traje inglés hecho a medida y confección local, una sudeyree de seda a rayas, o chaleco, con pantalones de montar, o un aba bordado en oro sobre un traje de caza de lana. Ninguno de ellos se había quitado los fantásticos tocados, turbantes de cachemir y blancos chales de seda, o un fez con borlas y varios fumaban puros, aunque había señoras presentes.

Me avergoncé de compartir su nacionalidad, pero después de

que salieran pavoneándose pude consolarme con el pensamiento de que los malos modales no están restringidos a un único país; no mucho tiempo después una señora norteamericana de edad avanzada entró en el comedor, y su voz estridente y quejas en voz alza hicieron que todos los ojos se giraran hacia ella. Estaba asistida por una mujer tímida y sencilla, aparentemente una criada o acompañante, y por un joven a cuyo brazo se agarraba más a la manera de un guardia de prisión que de una mujer frágil que requiere ayuda. Era alta y corpulenta, y su voluminoso traje negro y velos estaban pasados de moda. Su antiguo sombrero estaba bordeado de diminutas cuentas de azabache, con cada vigoroso paso una pequeña ducha de ellos caía, zumbando como aguanieve en el suelo.

Por la celeridad con que el jefe de comedor se le acercó decidí que debía ser muy rica o muy distinguida. Recibió poca atención por sus esfuerzos, la anciana rechazó la primera mesa que se le ofreció, exigiendo una más cercana a la ventana, que también sucedió ser la más cercana a la mía. Entonces criticó la limpieza de la vajilla de plata, la temperatura del cuarto y la torpeza de sus asistentes, todo en tonos que resonaron como un gong. Captando mi mirada, gritó.

—Sí, usted está de acuerdo conmigo, ¿verdad, señora?

Le di la espalda y me apliqué a mi sopa y al libro que había traído conmigo, la nueva traducción de la deliciosa versión de Herr Erman de Vida en el Antiguo Egipto. Vagando por los campos de cebada con los campesinos felices, pronto estuve tan absorbida que el señor Baehler tuvo que tocarme en el hombro antes de que fuera consciente de su presencia.

Por una vez, la conversación con este hombre agradable, que generalmente sabía todos los rumores acerca de la comunidad extranjera de El Cairo, resultó una pérdida de tiempo. No sabía más que yo, menos, de hecho, ya que me informó que el paradero de la señorita Debenham era desconocido. Su prometido había llegado...

—¿Su qué? —exclamé.

Estoy segura de que mi voz no fue mucho más alta que su tono normal, pero por alguna razón toda la conversación en el comedor cesó en ese momento. La anciana señora norteamericana gritó:

—¿Qué pasa, señora? ¿Qué pasa, eh?

—Su prometido para casarse —dijo el señor Baehler suavemente.

—Sé lo que significa la palabra, señor Baehler. —Recogí mi cuchara, que había dejado caer en la mesa en el énfasis del momento—. No estaba enterada de que la señorita Debenham estuviera comprometida.

—Tampoco yo, hasta que vino aquí buscando una habitación. Desafortunadamente, no pude acomodarlo con tan poca antelación. Dijo que había estado cazando en Sudán y, al oír las espantosas noticias, se había apresurado a venir al lado de la dama.

—Sólo para encontrar que había desaparecido. Debe estar muy apenado.

—Sin duda —dijo Baehler sin expresión.

—¿Pero es una historia curiosa, no lo piensa usted? Primero deja a su prometida para que retoce sola en El Cairo mientras él se divierte en Sudán. Entonces se apresura a venir para ayudarla, pero sin duda no desde Sudán. Llevaría semanas que las noticias alcanzaran un campamento aislado y que hiciera el viaje de vuelta.

Baehler pareció incómodo.

—Eso ya se me había ocurrido, señora Emerson. Sólo puedo asumir que el caballero estaba regresando o que ya había llegado a El Cairo, cuando supo lo del asesinato.

—Umm. Debo hablar con él. ¿Dónde se aloja?

—Lo envié al D'Angleterre. Si tuvo éxito en obtener alojamientos allí, no puedo decirlo. Y ahora, señora Emerson, si me dispensa...

—La señorita Debenham no es una asesina, Herr Baehler. Y pienso demostrarlo.

Baehler, que se había levantado, me tomó la mano que extendí y la levantó galantemente a los labios.

—Señora Emerson, si usted se propusiera demostrar que el sol sale por el oeste, ciertamente podría convencerme. Debo volver a mis deberes ahora. Mis cumplidos respetuosos a su prestigioso marido y al señorito Ramsés.

Después de que hubo dejado el salón pensé en varias preguntas que había querido hacerle, incluido el nombre del hombre que se llamaba prometido de la señorita Debenham. Sin embargo, por encima de consideraciones adicionales, decidí que sería mejor preguntarle a la señorita Debenham misma y averiguar también por

qué me había engañado. La señorita tenía mucho que explicar si deseaba retener mi buena voluntad.

Recogí mis paquetes, mi parasol y mi bolso. Mientras salía, la anciana señora norteamericana gritó:

—Buenos días a usted, señora. Ha sido un placer hablar con usted. —Al darme cuenta de que debía estar un poco senil, le ofrecí una sonrisa agradable y ondeé mi parasol.

Una vez fuera del hotel, regateé por un coche y sólo había entrado cuando uno de los vendedores me acosó.

—Flores para la señora —gritó, empujando un ramillete en las manos.

—No quiero flores —dije en árabe.

—Son para usted, Sitt —insistió el hombre—. ¿Usted es Sitt Hakim, la esposa de Emerson Effendi? Sí, sí, le conozco; un caballero me dijo que se las diera.

El ramillete de flores era un conjunto encantador de capullos rojos y fragante mimosa, encuadrado en hojas verdes y atado con un lazo de seda. El florista se inclinó y se retiró sin ni siquiera esperar la propina habitual, así que no tuve más elección que guardar las flores, lo cual no era reacia a hacer, puesto que tengo una afición particular a las rosas de ese tono. Decidí que debían provenir del señor Baehler, una muestra de aprecio amistoso y una disculpa por su salida algo brusca. Era el tipo de gestos que un caballero de su refinada cortesía haría.

El carruaje me llevó rápidamente a mi destino, el Edificio de la Administración Local en Bab el-Khalk. Hasta recientemente la policía de El Cairo había estado bajo la supervisión benévola de un Inspector General inglés. Todavía estaba bajo supervisión inglesa; sólo el título del administrador había cambiado, al de Consejero. Sir Eldon Gorst, que era un conocido, ostentaba tal posición; pero cuando pedí verle me remitieron a uno de los oficiales de su personal.

Con algún disgusto por mi parte me encontré en presencia del Mayor Ramsay, el menos inteligente y más incompasivo de los subordinados de Sir Eldon. Con motivo de nuestro último encuentro, en una reunión social en el Consulado, me tomé la oportunidad de corregir algunas de sus opiniones mal informadas sobre las mujeres, su legítima posición en la sociedad y sobre las

leyes injustas que evitaban que asumieran esa posición. Yo nunca acusaría a un oficial inglés de ordinariez, pero las respuestas del Mayor Ramsay se acercaron a esa condición tanto como un oficial inglés pudiera acercarse, y hacia el final de la discusión, Emerson dijo algo acerca de darle un puñetazo a alguien en la mandíbula. Fue sólo uno de los pequeños chistes de Emerson, pero el Mayor Ramsay no tenía sentido del humor. Lamentaba ver, por la sequedad de su saludo, que él todavía me guardaba rencor.

Le expliqué la razón de mi visita. Ramsay me miró severamente.

—Había asumido que venía a corregir o enmendar la declaración que hizo originalmente al oficial a cargo de la investigación, señora Emerson. Sin duda sabe que no puedo discutir el procedimiento de una investigación policial con un miembro del público general.

Me senté más cómodamente en la dura silla y coloqué el parasol en mi regazo.

—Oh, sí, Mayor Ramsay, ésa es una regla admirable hasta donde llegue, pero no se aplica a mí. El profesor Emerson y yo apenas podemos ser llamados miembros del público, mucho menos del público general.

—Usted... —empezó Ramsay.

—Estoy segura de que para ahora ya ha llegado a la misma conclusión que fue inmediatamente aparente para mí; a saber, que la señorita Debenham es inocente. ¿Tiene algún otro sospechoso?

Ramsay se mordió el labio. Su semblante largo y melancólico fue incapaz de expresar las modificaciones sutiles del proceso intelectual (asumiendo que tuviera un proceso intelectual), pero no me fue difícil seguir sus pensamientos. Tenía aversión a contarme algo sustancial, pero al hacerlo esperaba poder obtener información.

El último motivo triunfó sobre el anterior. Frunciendo los labios, como si hubieran probado algo agrio, dijo:

—Buscamos a un hombre que nos ayude con nuestras indagaciones. Un egipcio, un mendigo, de hecho. Quizás usted lo advirtió fuera de Shepheard.

Una premonición desagradable se arrastró sobre mí. Naturalmente no demostré ningún signo de inquietud, pues mi semblante sólo expresa mi proceso intelectual cuando le permito

hacerlo así.

—Un mendigo —repetí, sonriendo irónicamente—. Advertí varias docenas de ellos.

—Más alto que el promedio, firmemente construido; llevaba una túnica azul pálido y un turbante azafranado.

—No puedo decir que recuerde a tal individuo. ¿Por qué sospecha de él?

—No dije que sospecháramos de él, sólo que deseamos interrogarle.

Y eso, estimado Lector, fue todo lo que pude averiguar. Ramsay se negó absolutamente a explicar o añadir algo a su declaración.

Una vez fuera del edificio, me encontré en un estado raro de indecisión. Estuve tentada de ir a visitar a Sir Evelyn Baring, el Cónsul general, y solicitar su cooperación, la cual habría recibido sin duda, ya que éramos viejos amigos. Pero la tarde iba pasando y había malgastado demasiado tiempo con el imbécil de Ramsay. Habría disfrutado de un delicioso paseo a casa bajo la luna del desierto, pero supe que Emerson montaría en cólera si no volvía para la puesta del sol. Emerson es completamente inconsciente en lo que se refiera a su propia seguridad, pero el mero pensamiento de mi persona en peligro reduce al querido hombre a jalea.

Mientras estaba debatiendo conmigo misma, oí a una voz pronunciar mi nombre con acento inquisitivo. Al girarme, me encontré frente a un extranjero. «Frente a la corbata» sería lo más exacto, ya que el hombre era veinte o veinticinco centímetros más alto que yo. Al retroceder para verle la cara, percibí un semblante delgado con una nariz de halcón encima de un cuerpo tieso vestido más bien extrañamente, para ese clima, embozado en un abrigo de tweed. Unas gafas teñidas le protegían los ojos del sol deslumbrante. En la mano sostenía un gorro de tweed.

—Soy la señora Emerson —reconocí.

Los delgados labios se separaron en una sonrisa agradable.

—La he reconocido por las fotos que han aparecido varias veces en los periódicos. Aunque, si puedo decirlo, no le hacían justicia.

—Las fotografías periodísticas rara vez lo hacen. Quizás he visto sus rasgos asimismo reproducidos. Me parecen familiares, señor...

—Gregson. Tobías Gregson. Sí, he aparecido en la prensa popular de vez en cuando. Soy investigador privado, un

investigador privado muy conocido, para citar la misma fuente.

—Eso lo debe explicar. ¿Qué casos ha investigado usted, señor Gregson?

—Muchos de mis casos son de la naturaleza más secreta, implicando sensibles escándalos familiares o negociaciones delicadas del gobierno. Sin embargo, ¿usted puede recordar el asunto de la Sociedad Mendicante para amateurs? ¿O el caso de envenenamiento de Camberwell?

—No puedo decir que lo haga.

—No importa. No quiero retenerla, señora Emerson; me aventuré a dirigirme a usted sólo porque creo que tiene un interés en mi presente investigación.

Lo miré más de cerca.

—¿Ha sido llamado para ayudar a la policía en el asesinato de Kalenischeff?

Gregson sonrió despreciativamente.

—No estoy en buenos términos con la policía oficial, señora Emerson. Los celos profesionales... pero no diré nada más. No, sucede que estaba en Egipto en otro asunto, un asunto relacionado, como ha resultado ser. El caso tiene sus puntos interesantes.

—Sí, los tiene. Sin duda su larga experiencia en asuntos criminales ya le ha dado alguna insinuación en cuanto a la identidad del culpable.

—Obviamente no fue la señorita Debenham —dijo Gregson con serenidad.

—Obviamente. ¿Pero quién?

Gregson miró de un lado a otro y bajó la voz.

—Intento descubrir el paradero de cierto mendigo que fue visto merodeando por el hotel la noche del asesinato.

—Ah —dije, en tono igualmente misterioso—. ¿Un hombre alto y bien construido que llevaba un turbante amarillo?

—Debería haber sabido que la famosa señora Emerson estaría tras el mismo rastro —dijo Gregson, con una mirada de respetuosa admiración.

—En absoluto. Oí hablar de él al Mayor Ramsay.

—Ramsay es un idiota. No sabe lo que usted y yo sabemos.

—¿Y eso qué es, señor Gregson?

—Que el mendigo no es un mendigo, sino un emisario de ese

genio del crimen, ese maestro del engaño...

—¿Qué? —grité—. ¿Cómo sabe usted de él?

—Tengo mis métodos, señora Emerson. Es suficiente decir que sé de este personaje enigmático, a quien usted se refirió, en una entrevista periodística, como el Maestro Criminal. Me he impuesto la tarea de rastrearlo.

—Me he impuesto la misma tarea, señor Gregson.

—Debemos consultarnos, señora Emerson.

—Me gustaría que conociera a mi marido, señor Gregson.

—Yo... ¿perdón?

Sonreí, y le expliqué la aparente conclusión errónea.

—No estaba cambiando de tema, señor Gregson. Emerson y yo somos socios iguales, tanto en nuestras investigaciones criminales como en las profesionales y las actividades maritales; quizás usted puede convencerlo, ya que yo todavía no he tenido éxito, de que capturar al Maestro Criminal es un asunto de suma importancia.

—Ya veo. Por supuesto, estaré honrado de conocer al Profesor Emerson.

—Debo irme ahora o ese mismo Profesor Emerson se apresurará a venir a El Cairo en mi busca. ¿Se aloja en el Shepheard, señor Gregson?

—No. Pero una carta dejada al conserje me llegará.

—Estamos en Dahshoor, por si quiere visitarnos. —Le tendí la mano para despedirme, pero cuando debía devolverla, la retuvo.

—Por favor no se apresure, señora Emerson. ¿No puedo ofrecerle una taza de té o una limonada?

Era una sugerencia tentadora, puesto que estaba ansiosa por saber todo lo que pudiera sobre este individuo notable. Mientras me debatía conmigo misma, mi mirada errante encontró un objeto que me hizo dudar de la evidencia de mis propios ojos. Aparté la mano del agarre cálido del señor Gregson y comencé la persecución; pero mi presa montaba a caballo y se alejó galopando antes de que pudiera hablar con él. Cuando volví de una investigación apresurada en las calles cercanas, el señor Gregson también había desaparecido. Mi carruaje esperaba, le dije al conductor que me llevara a Mena House.

No había conseguido echarle un buen vistazo al jinete, pero un rasgo físico había sido inconfundible, las ondas de cabello dorado

rojizo brillaron al sol como un casco de bronce. No me habría sorprendido, aunque me habría apenado profundamente, descubrir que Nemo había roto su palabra. Sólo era una débil criatura masculina, después de todo. Pero si era sólo una débil criatura masculina, un mendigo y un drogadicto, ¿qué estaba haciendo fuera de la sede de la policía, llevando un traje de chaqueta de los mejores sastres ingleses?

Capítulo 6

A pesar de los mejores esfuerzos de mi noble corcel, las estrellas alcanzaron su plenitud sobre el terciopelo azul del cielo antes de llegar a Dahshoor. La puesta de sol rozaba los laterales inclinados de las pirámides con una inquietante luz rosada, pero el suelo del desierto estaba cubierto por el crepúsculo. Mucho antes de distinguir su forma, oí la entrañable voz:

—¡Peabody! Peabody, ¿eres tú? ¡Contéstame, maldición!

Espoleé a mi caballo al galope. Emerson vino corriendo a mi encuentro y pronto estuve sujeta en su tierno abrazo.

—¿Qué maldita intención tenías al llegar tan tarde? —me exigió —. Estaba a punto de enviar una partida de búsqueda a por ti.

—Por favor, Emerson. Si tienes que gritar, espera hasta tener los labios más lejos de mi oído.

Emerson masculló algo incomprensible dentro del orificio en cuestión. Finalmente la pequeña yegua solicitó educadamente la atención que bien se merecía, al golpearme suavemente con la nariz aterciopelada, y yo le sugerí a Emerson que reserváramos las efusivas demostraciones de bienvenida para un momento y lugar más apropiado.

—Sí, exactamente —dijo Emerson—. Ven y mira nuestro nuevo alojamiento para dormir, Peabody.

—Entonces, ¿ya han entregado las tiendas? Específicamente le pedí a Ali que las enviara inmediatamente.

—No sé si las envió inmediatamente o no, pero llegaron hace unas horas. Tuve a Nemo levantando nuestra tienda...

—¡Nemo!

—Sí, y lo hizo con destreza. ¿Qué piensas?

Por lo que podía ver en el crepúsculo, la estructura parecía estar adecuadamente construida. Acepté la apremiante invitación de Emerson de inspeccionar el interior, y fue sólo después de un intervalo algo largo y minuciosamente satisfactorio que fui capaz de girar mi atención al asunto que tenía intención de hacer en el instante de mi llegada. Emerson educadamente sujetó el faldón de la tienda para mí, y mientras andábamos cogidos de la mano hacia la casa le pregunté:

—Emerson, ¿Cuándo se marchó Nemo?

—Qué, en absoluto, Peabody, a menos que pusiera pies en polvorosa en la última media hora. Lo dejé con Ramsés... ¿Qué dijiste, Peabody?

—Sólo pronuncie una breve exclamación, temiendo por un momento que estuviera en peligro de tropezar con una piedra.

—¿Eh? —dijo Emerson—. ¿Dé que estamos hablando?

—Estaba por decir que deberías haber hecho que el señor Nemo erigiera ambas tiendas.

—Amelia, no tengo intención de que Ramsés duerma en una tienda.

—No es para Ramsés, es para la señorita Marshall.

—Argg, maldición, Amelia, por qué demonios...

—Te lo dije, Emerson. No es apropiado...

Él me interrumpió, por supuesto. Seguimos nuestra discusión mientras andábamos hacia la casa. La conclusión inevitable tenía que ser alcanzada, Emerson se sacudió a sí mismo y dijo con calma:

—Es bueno tenerte de vuelta, querida Peabody. El lugar no es el mismo sin ti. Sólo espero no haber cometido un error al aceptar a esa joven en mi equipo. ¿Puedes creerte que se queda en su habitación todo el día? Temo que no pueda cumplir con el trabajo. Temo que esté enferma. El aire nocturno es malo para las personas enfermizas...

—El aire nocturno es justo lo que necesita para completar la cura. Te lo prometo, mañana estará lista para trabajar.

—Ya —dijo Emerson.

Antes de abandonar Inglaterra, Ramsés me informó que había decido escribir una introducción a la gramática egipcia, los volúmenes disponibles son, en su opinión, completamente inadecuados. Estoy de acuerdo con su evaluación, pero en todo caso

habría fomentado el esfuerzo, ya que esperaba que esto lo ayudara a no meterse en travesuras. Me complació, esta noche, encontrarlo garabateando afanosamente, con la gata Bastet sentada en la mesa actuando de pisapapeles.

—¿Dónde está el señor Nemo? —Pregunté, después del intercambio de saludos.

—En su habitación. Supongo —dijo Ramsés, recogiendo la pluma que había dejado a un lado a mi entrada—, que está fumando opio. Le pregunté si podía participar, pero él...

—¡Ramsés! —exclamé—. ¡No vas a tomar opio!

—No recuerdo que alguna vez me dijeras que no debería, mamá.

—Tienes razón. No hice esa observación. Considérala hecha ahora. ¿Qué te puso tal idea en la cabeza?

Ramsés fijo en mí su amplia y seria mirada.

—Es una cuestión de experimentación científica, mamá. Un erudito no debería estar supeditado a las descripciones de los resultados; a fin de poder evaluarlas completamente debería tener un conocimiento de primera mano de...

—No importa; debería saberlo antes de preguntar. Ramsés, si tú... Te lo prohíbo terminantemente... Oh, por Dios, no tengo tiempo de rebatir tus argumentos maquiavélicos. Debo ver cómo sigue la señorita Marshall. Pero por favor ten en mente... Emerson, te dejo que hables con Ramsés.

«Escuchando a Ramsés» más probablemente; el chico se lanzó a un largo discurso en el cual el débil: «Pero, hijo...» de Emerson, fue tragado como un pedacito de papel en un remolino. Al menos confiaba que mientras siguiera la discusión, podría hablar con Enid sin ser oída.

Estaba tumbada en la cama cuando entré, el rostro vuelto hacia la pared; pero cuando vio quién era se incorporó de un brinco con la energía y la elegancia de una tigresa.

—Me voy a volver loca de aburrimiento —siseó—. Preferiría una celda a esta soledad, este suspense y ese abominable niño dejándose caer para preguntarme cosas sobre los monumentos funerarios de la cuarta dinastía...

—Espero que no intentara responderlas.

—¿Cómo podría? No entiendo ni una palabra de diez. —Tras un instante, la rabia feroz en su rostro se desvaneció y se derrumbó

sobre el delgado colchón, la cara arrugada como una niña asustada —. Perdóneme, señora Emerson. Le debo tanto... pero la inactividad y la ignorancia de lo que está pasando me preocupa.

—Yo me sentiría igual. Su inactividad se acaba. Mañana se unirá a nosotros en la excavación. No se preocupe por traicionar su ignorancia. Actuará como mi asistente, y me aseguraré que no se meta en dificultades. Si Emerson le pregunta algo que no pueda responder, simplemente diga: «el señor Petrie es de la opinión de que Usted no conseguirá nada más» Emerson o la interrumpirá o se irá ofendido de rabia. Si Ramsés le pregunta —lo cual es casi seguro que hará— sólo tiene que preguntar lo que piensa él. La única dificultad entonces será conseguir que deje de hablar. ¿Tiene alguna pregunta?

—¿Alguna? Tengo cien. —Sus ojos destellaron—. Hoy fue al Cairo. ¿Qué ha pasado? Tiene la policía...

—La policía es idiota. Debe permanecer aquí hasta que haya resuelto el caso y hecho lo posible para que reasuma su posición legítima.

—Dijo que sabía...

—Dije que sabía quién era el asesino de Kalenischeff. No dije nada más que la verdad, señorita Marshall. El único problema es, que no sé quién... Déjeme rehacer la frase. Sé quién es: pero no sé... por el amor de Dios, esto es más complejo de lo que pensaba. El asesino es el líder de una red criminal de la cual Kalenischeff era miembro. ¿Me sigue hasta ahora? Bien. Desafortunadamente, aunque conozco al individuo en cuestión, no sé su verdadera identidad. Es un maestro del disfraz.

Enid me miró con incredulidad.

—¿La estoy entendiendo correctamente, señora Emerson? ¿Está diciendo que el asesino es alguna clase de Maestro del Crimen?

—Excelente —grité—. Aplaudo su inteligencia, señorita Marshall. Supe desde el principio que usted y yo estaríamos de acuerdo.

—Gracias, señora. Perdóneme si no parezco estar animada por la información. Por lo que he oído sobre maestros criminales, son genios del crimen y no es fácil llevarlos ante la justicia.

—Bastante cierto. No obstante, puede estar segura que éste genio del crimen será llevado ante la justicia por mí. Aunque puede

llevarme algo de tiempo, así que debe ser paciente. Aquí hay unos cuantos artículos personales que compré para usted en el Cairo. —Le tendí el paquete—. Me disculpo por la escasa calidad de la confección de las prendas de ropa, no es la mejor, pero no me pareció que pudiera entrar en el Shepheard y recoger su equipaje.

—Muy amable de su parte —murmuró, inclinando la cabeza sobre el paquete.

—En absoluto. Tengo la factura y espero que lo reembolse tan pronto como pueda.

Enid alzó la mirada con una sonrisa en sus labios y una lágrima en el ojo, como la poetisa que era. A la vez arrojó el brazo alrededor de mi cuello y ocultó el rostro contra mi hombro.

—Ahora empiezo a entender porqué la gente habla de usted como lo hace —murmuró—. Mi propia madre no habría hecho más por mí...

Mi corazón se compadeció de la chica, pero sabía que una expresión manifiesta de simpatía provocaría el mar de lágrimas que ella estaba intentando valientemente contener. Por consiguiente intenté aliviar la situación con una de mis bromas. Le palmeé la mano y comenté con una sonrisa:

—Dudo que incluso su querida madre pudiera haber sido tan útil en la situación actual; una dama de tan buena cuna como ella no tendría mi extenso conocimiento de criminales insensibles y sus costumbres. Y ahora querida, anímese. Tengo una pregunta para usted. ¿Por qué no me contó que estaba comprometida para casarse?

Levantó la cabeza, el asombro patente en sus rasgos.

—Pero no lo estoy. ¿Quién le dijo eso?

—El señor Baehler, el director del Hotel Shepheard. Su prometido está en El Cairo, deseando ayudarla.

—No lo entiendo... Oh. Por todos los cielos. Debe de ser Ronald. ¡Debería haberlo sabido!

—Me debe una explicación, mi querida niña. ¿Quién diab... quién es Ronald?

—El Honorable Ronald Fraser. Crecimos juntos, Ronald, yo y... —Cerró la boca. Se sentó durante un momento en silencio, como si pensara la mejor manera de explicarse. Luego dijo lentamente—: Ronald es mi primo segundo, el único pariente que conozco. No

tiene otro derecho sobre mí.

—¿Entonces por qué se autodenomina su prometido? ¿O lo malinterpretó el señor Baehler?

Enid zarandeó la cabeza.

—Me pidió que me casara con él. No acepté. Pero parece que Ronald supone que cambiaré de opinión. Tiene la costumbre de creer lo que quiere creer.

—Ya veo. Gracias por su confianza, señorita Marshall. Y ahora pienso que es mejor que se ponga el vestido que le traje y se una a nosotros para una taza de té y un poco de conversación. Después nos retiraremos a nuestras tiendas. ¿Le mencioné que dormiremos en una tienda esta noche? Estoy segura que lo disfrutará. Es mucho más agradable que esta habitación mal ventilada.

Cuando volví a la sala de estar, Emerson todavía estaba intentado explicar a Ramsés los horrores de la adicción al opio. No parecía haber hecho muchos progresos. Ramsés comentó:

—¿Puedo decir, papá, que la conmovedora descripción que acabas de dar raya en lo clásico? No obstante, me permitirás señalar que no hay ningún peligro en absoluto de que sucumba a las tentaciones que tan elocuentemente has descrito, ya que el letargo mental no es uno de mis...

Emerson me lanzó una mirada de ruego desesperado.

—Ramsés —dije—, no vas, bajo ninguna circunstancia en absoluto, a fumar, comer o beber opio de ninguna manera.

—Sí, mamá —dijo Ramsés con resignación.

Luego fui a echarle un vistazo al señor Nemo. No esperaba encontrarle satisfaciendo el pasatiempo que Ramsés tanto anhelaba experimentar, ya que yo tenía su suministro de opio y no suponía que tuviera dinero para comprar más. Lo encontré sin drogar y de muy mal genio. Alzó la mirada del libro que estaba sujetando y me miró enfurecido.

—Me alegro de verle cultivando la mente, señor Nemo —dije alentadora.

Nemo arrojó el libro a un lado.

—No quiero cultivar la mente. No tengo elección. ¿Tiene algo para leer que no sean libros de Egiptología?

—Debería haberle preguntado a Ramsés. Ha traído consigo algunas de sus novelas favoritas, un gusto sorprendentemente malo

para una persona de su erudición. Eso ahora no importa, tengo una tarea para usted. Todavía brilla la luna; ¿puede ver lo suficientemente bien para montar la otra tienda? Querría que la joven dama durmiera allí esta noche.

—Trabajaría en la más absoluta oscuridad si con ello consiguiera alejarla de la casa —dijo Nemo groseramente—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Es arqueóloga, señor Nemo. Ha venido a ayudar con la excavación.

—¿Eso fue lo que le dijo? —Se rió Nemo con severidad—. La ha engañado, señora Emerson... ¡a usted y a todo el mundo! No sabe nada de arqueología.

—¿Conoce a la joven dama?

Nemo apartó los ojos.

—La vi en El Cairo... otra chica de sociedad vanidosa y cabeza hueca. Todo el mundo sabía quién era. Todo el mundo la vio con ese... infame... ese despreciable...

—Ese lenguaje, señor Nemo. Ese lenguaje.

—No iba a acabar la frase. No importa... no me importa nada. Sólo quiero estar a solas. Me cogió mi opio, ¿no? No la culpo; tiene toda la razón. Pero al instante que tenga en mis manos algo de dinero, compraré más. No puedo confiar en mí mismo. Déjeme volver a la alcantarilla de la que me sacó.

No me conmovió su ruego, aunque sabía que provenía del corazón. Los jóvenes se toman sus cosas tan a pecho, pobres cosas, y tienden a expresarlas con un lenguaje teatral.

Me senté en el catre a su lado.

—Señor Nemo, está en más problemas de los que cree. Si vuelve a su alcantarilla, será sacado de ésta inmediatamente por la policía. Francamente, ¿es usted ignorante del hecho de que el infame... ese Kalenischeff fue asesinado anteanoche, y que usted es uno de los principales sospechosos?

La reacción de Nemo acabó con mis sospechas de una vez por todas. Su mirada de abyecta estupefacción tal vez podría haber sido fingida, pero la sangre oscura que inundó sus mejillas demacradas fue un síntoma que superaba la técnica del actor más consumado.

—Sé que no lo mató —dije—. Voy a hacerle una confidencia, señor Nemo. Voy a compartir con usted un secreto desconocido,

incluso por mi marido y... y espero, mi hijo, aunque con Ramsés uno nunca puede estar seguro.

Con un esfuerzo impresionante el señor Nemo logró controlarse.

—Estoy profundamente agradecido, señora. Contarme algo que incluso el profesor no sabe...

—En realidad no tengo elección, señor Nemo, ya que lo sabe... la verdadera identidad de la joven dama. El hombre asesinado fue encontrado en su habitación. Afortunadamente para ella, huyó antes de que la policía pudiera detenerla, pero también es una sospechosa. Tengo razones para creer que tal vez está incluso en un mayor peligro de otra fuente. Hasta que pueda encontrar al verdadero asesino, debe permanecer de incógnito y oculta. La verdad es que su relación con Kalenischeff fue indiscreta, pero estoy convencida de que no es más que eso. Necesita su ayuda; no se merece su desdén. ¿Y entonces?

—Estoy aturdido por la incredulidad —exclamó Nemo—. ¡No sabía nada de esto! Estaba en el hotel esa noche. Seguí, es decir, seguí mis propios instintos... Pero tenía toda la intención de acudir a mi cita por la mañana. Sin embargo, después... después de un rato cambié otra vez de opinión. No es atípico en los drogadictos, ¿sabe? Parecería no tener sentido esperar allí durante horas, y tenía la idea de demostrar mi independencia al hacer por mí mismo el camino a Dahshoor... Pero si le cuento esta historia a la policía...

—Sonaría muy sospechoso —le aseguré.

—Así lo supongo. —Nemo se apartó un mechón de brillante pelo cobrizo de la frente—. Y al mismo tiempo parecía sensato. Se lo juro, señora Emerson, ¡yo no maté al granuja! Y cómo alguien supondría que ella... una chica así... por qué, es incapaz de pisar un escarabajo, ¡mucho menos asesinar a un hombre a sangre fría!

—Sus exclamaciones incoherentes testifican su buen corazón pero por lo demás no ayudan mucho —dije, levantándome—. Nuestra misión es capturar al verdadero asesino de Kalenischeff, de este modo liberarlos a ambos, a la señorita Debenham y a usted de la sospecha. Es el genio del crimen del que hablábamos antes... el hombre conocido como Sethos. ¿Está conmigo?

—¡A cada paso del camino! —Apretó los puños, sus ojos resplandecieron—. Dondequiera que nos lleve. Al peligro, a la muerte...

—No tengo intención de dejarle llegar tan lejos. Primero quiero que monte esa tienda para la señorita Marshall, como ha elegido que la llamen.

El señor Nemo se marchitó.

—No me atrevo a abandonar mi habitación —masculló—. No quiero que me vea. Así no...

—Entonces sugiero que se acerque sigilosamente a las escaleras de la azotea y descienda al suelo. Debería ser fácil para un joven saludable. Una vez abandonemos la casa, puede volver sin peligro. Recuerde, cuento con usted para vigilar a Ramsés esta noche. Dudo que nuestros adversarios se atrevan a entrar en el recinto, pero a Ramsés a menudo se le mete en la cabeza ir a explorar cuando su padre y yo estamos fuera del camino. Le he traído ropas. Báñese, aféitese, cepíllese el pelo (los instrumentos necesarios están en este paquete) y déjeme verle mañana con el aspecto de un caballero inglés.

Lo dejé con el aspecto de un idiota en todo su esplendor, como habría dicho Emerson (aunque Emerson habría utilizado seguramente un adjetivo más colorido). Encontraba que la gente a menudo se quedaba muda de asombro por la rapidez de mi intelecto. Sin embargo, confiaba en que haría lo que le había pedido. Apelando a su galantería para ayudar a una dama en apuros, toqué las cuerdas más profundas de la naturaleza de un caballero inglés y no tuve dudas de que estaría a la altura de la ocasión.

Enid esperó sabiamente hasta que oyó mi voz antes de correr la cortina y unirse a nosotros en la sala de estar. Emerson la saludó con calurosa buena voluntad.

—Me alegro de verla levantada otra vez, señorita Marshall. Si nota cualquier señal de recaída, debe decírselo a la señora Emerson enseguida, así ella podrá hincharla a ipecacuana. La primera cosa que empezaremos a excavar mañana será la base de la pirámide. Tal vez pueda contarme...

Pensé que era prudente intervenir.

—Primero, Emerson, cuéntame los progresos que hiciste hoy. ¿Has descubierto algún rastro de la calzada elevada?

Emerson frunció el ceño.

—Nada excepto unos cuantos ladrillos. No dudo que la calzada

elevada pasara una vez a lo largo de esa vía, pero los saqueadores locales han extraído cada pedazo de piedra. Seguir es una pérdida de tiempo. En cambio empezaré en la pirámide y seguiré trabajando desde allí. Quiero que la señorita Marshall se haga cargo de uno de los grupos de excavadores y...

La consternación alteró la serenidad en la frente de la chica y otra vez acudí al rescate.

—Creo que sería mejor para ella trabajar conmigo durante unos días, Emerson, para cogerle el tranquillo a nuestros métodos, si me perdonas el argot. Propongo echar una mirada a la pirámide secundaria. No debería llevarnos mucho tiempo determinar si dejaron algo en la cámara funeraria. Si es necesario, podemos contratar unos cuantos hombres más.

—No sé, Peabody —empezó Emerson.

Pero no escuché sus objeciones; por el rabillo del ojo había visto a Ramsés cerrar la boca. Su boca estaba normalmente abierta, hablando o intentando hablar; la repentina compresión de sus labios habría pasado desapercibida para un observador casual, pero años de experiencia me habían enseñado a no ignorar el más ligero cambio en ese impasible aunque juvenil rostro. Me prometí que tendría unas palabras con el señorito Ramsés. Sabía algo sobre la pirámide pequeña, seguramente por la excavación ilícita que había hecho en Dahshoor el año anterior.

—Entonces bien, está resuelto —dijo Emerson—. Esto... se está haciendo tarde, ¿no crees?

—No, en realidad no —dije distraídamente, porque todavía estaba pensando en la duplicidad de mi hijo—. ¿Dónde están el resto de las cosas que compré hoy?

Emerson señaló un descuidado montón en la esquina de la sala.

—Bien —dije con un suspiro—, mejor que las pongamos en orden. Algunas tienen que ser llevadas a las tiendas. También traje unos pequeños artículos conmigo en las alforjas. ¿Dónde...?

Al final los encontré en la mastaba exterior, dónde Abdullah las había dejado antes de devolver la yegua a su dueño. Sacudiendo la cabeza, las llevé dentro. Mi pobre ramillete había sido aplastado por el manejo descuidado de Abdullah. Emerson le echó un vistazo cuando lo puse a un lado.

—¿Comprando tus propios ramilletes, Amelia?

—No, que va. Fue el regalo de un caballero —dije bromeando.

No es que quisiera despertar los celos de Emerson, tales ardides son indignos de una esposa afectuosa. Sin embargo, un poco de provocación no hace daño a un marido.

Emerson sólo gruñó.

—Baehler, supongo. Ese francés...

—No es francés, Emerson. Es suizo.

—Es lo mismo.

—De hecho, no estoy segura de la identidad del amable donante. Las flores me fueron entregadas por un vendedor cuando abandoné el hotel. Pobrecitas, eran tan bonitas... Ven, Emerson, huele la fragancia.

Se las tendí bruscamente con impetuosidad juguetona, de modo que la parte inferior de su rostro quedó cubierto por las flores marchitas. Los ojos de Emerson se le salieron de las órbitas. Con un grito me golpeó la mano. Las flores cayeron al suelo y Emerson empezó a saltar encima de ellas.

La señorita Marshall brinco de la silla y se refugió en la esquina más alejada de la sala, mirando fijamente. Conociendo a Emerson, no compartí su alarma, pero consideré exagerada su reacción, y no dudé en decírselo.

—Emerson, el señor Baehler sólo quería hacer un gesto cortés. En realidad deberías...

—¿Cortés? —Emerson me fulminó con la mirada, y con un sobresalto de horror vi que su mejilla bronceada estaba desfigurada por un rastro de sangre—. Un gesto cortés, ¡caramba! —gritó—. ¡Poniendo un insecto venenoso o un áspid dentro del ramillete! —Continuó saltando sobre las flores. Si un suelo de tierra golpeado pudiera retumbar, éste lo hubiera hecho—. ¡Cuando mi cara (porrazo) se vuelva negra (porrazo) recuerda (porrazo) que di mi vida (porrazo) por ti!

—Emerson, ¡mi queridísimo Emerson! —Corrí a su lado e intenté aferrarme a él—. ¡Para de saltar; la actividad física violenta incrementará la rapidez del desplazamiento del veneno por tus venas!

—Ummm —dijo Emerson, quedándose quieto—. Es un buen argumento, Peabody.

Mi corazón latía con profunda agitación mientras le giraba el

rostro hacia la luz. La herida no era más que un arañazo y ya había parado de sangrar. Poco profunda e irregular, no se parecía en lo más mínimo a la picadura de un reptil venenoso o un insecto. Aunque mi sensible ansiedad no estuvo enteramente aliviada hasta que oí a Ramsés observar con calma:

—Aquí no hay vida animal de ninguna clase, papá. Creo que este trozo de metal debe haberte arañado. Parece extremadamente poco probable...

Emerson se lanzó hacia Ramsés.

—¡Cállate de una vez, hijo!

Ramsés lo eludió con la sinuosidad de una anguila.

—Estoy seguro que no hay peligro, papá. El objeto es... o era, hasta que lo pisoteaste bajo los pies, una baratija de alguna clase. El material parece ser oro.

¡Oro! ¡Con qué frecuencia en el curso de la historia de la humanidad esa palabra ha vibrado por el aire, levantando las pasiones más fuertes! Incluso nosotros, que habíamos aprendido en el curso de nuestros esfuerzos arqueológicos que el trozo más pequeño de cerámica rota podría ser más importante que los tesoros de joyas... incluso nosotros, digo, sentimos acelerar nuestras pulsaciones.

Ramsés sostuvo el pedazo cerca de la lámpara. El reflejo sensual de luz a lo largo de la superficie demostró que tenía razón.

—No me gusta que lo sujetes, hijo —dijo Emerson nervioso—. Dáselo a papá.

Ramsés obedeció, comentando mientras lo hacía:

—Tus temores por mi bienestar no tienen, te le aseguro papá, fundamento. Es más, los venenos misteriosos desconocidos por la ciencia son escasos; de hecho, creo estar seguro al afirmar que sólo existen en la ficción sensacionalista. Incluso las sustancias más virulentas de la farmacopea requieren dosis de varios miligramos para asegurar un resultado fatal, y si te detienes a considerar el asunto por un instante, estarás de acuerdo que sería imposible para un pedazo de metal de este tamaño contener bastante...

—Ya has expuesto tu opinión, Ramsés —dije.

Emerson giró el metal retorcido sobre los dedos.

—Parece ser un anillo —dijo con voz queda.

—Creo que tienes razón, Emerson. ¡Qué extraño! Espera... gíralo

de esta manera. Capto algo...

—Hay algunos signos jeroglíficos todavía descifrables —dijo la voz aguda de mi exasperante prole—. Están acuñados sobre el bisel del anillo, que tenía la forma de cartucho utilizado para adjuntar nombres de reyes. El jeroglífico alfabético para la n estaba al final; por encima se ve la forma de un dios con la cabeza de un animal, seguido por dos signos de juncos. El nombre es incuestionablemente el de Sethos, ya fuera el primer o el segundo faraón con ese nombre, y conjeturo...

—¡Sethos! —grité—. ¡Dios mío... puede ser... pero debe ser! Que se haya atrevido... que haya mostrado tal consumado... tal increíble descaro... que... que...

Emerson me cogió por los hombros y me sacudió con tanto vigor que cantidades de horquillas volaron de mi cabeza.

—Estás histérica, Peabody —gritó—. ¡Cálmate, estate quieta, para de gritar! ¿De qué hablas? ¿Quién diablos es Sethos?

Me di cuenta que Emerson no había estado presente cuando el señor Nemo me contó lo de ese pseudónimo. Tan pronto como pude persuadirle que dejara de zarandearme, le di las explicaciones necesarias. El efecto de la exposición sobre mi marido fue terrible de contemplar. La alteración de sus normalmente atractivos rasgos fue tan espantosa que Enid huyó en la noche y Ramsés fue inducido a exclamar:

—Tal obstrucción de los vasos sanguíneos puede significar una apoplejía, mamá. Algo de agua fría arrojada al rostro de papá...

No pude hacer nada para evitar la aplicación de su remedio, Ramsés actuaba incluso mientras hablaba, y debo admitir que tuvo un efecto saludable. Emerson petardeó y juró, pero su tez exaltada remitió varios grados y su aguda inteligencia triunfó sobre su cólera. Permaneció en silencio durante un momento, chorreando. Luego dijo en voz baja:

—¿Nemo está seguro del nombre?

—No es un nombre que se inventaría, Emerson. No sabe nada de egiptología. ¿Y qué nombre sería más apropiado? Set, por lo que sé, era el malvado adversario del noble Osiris, y tal vez calificado como el Satán egipcio. Aunque parece que durante algún periodo de la historia, fue lo suficientemente bien considerado para actuar como protector de la casa real. El nombre Sethos significa «hombre de

Set», o «seguidor de Set». Recuerdas, estoy segura, la inscripción de Kadesh de Ramsés II, que exalta al faraón comparando sus poderes con los del dios:

«Señor del temor, grande en fama, en los corazones de todas las tierras. Grande en terror, rico en gloria, como lo es Set sobre su montaña. (...) ¡Como un león salvaje en un valle de cabras!»

—¡Qué maravillosamente encaja la misma comparación con el enigmático personaje que ha asumido el sobrenombre de Sethos!

«Extendiéndose a voluntad entre sus víctimas indefensas, como el rey de las bestias...»

—Sí, sí —dijo Emerson—. Pero el nombre tiene otro significado que parece habérsete escapado.

—Sethos I fue el padre de Ramsés II —chilló nuestro hijo con el mismo nombre.

Su padre le ofreció una mirada de puro desagrado, una de las pocas veces que había visto a Emerson contemplar al chico con desaprobación.

—¿Qué diablos tiene eso que ver? —exigió.

—Nada en absoluto —dije—. ¿Dónde quieres llegar, Emerson?

—Has olvidado, Peabody, que Set era un dios pelirrojo.

Sin duda alguna, incluso en la mente escéptica de mi marido, esa señal de flores y joya provenía de ese villano, el Maestro Criminal. Sólo él habría pensado en insultarme al entregarme uno de los tesoros antiguos que había robado de una tumba real, ya que apenas es necesario decir, los anillos con cartuchos reales no son fáciles de adquirir.

Emerson y yo todavía estábamos discutiendo el asunto mientras dábamos un paseo a través del desierto plateado hacia la Pirámide Inclinada. La señorita Marshall seguía tímidamente nuestra estela, cargados como íbamos con los artículos de aseo, mantas y etcétera. Sabiendo que la pobre chica debería estar completamente perpleja, le pedí a Emerson hacer un breve resumen de nuestro encuentro con el Maestro Criminal durante la temporada anterior. Rehusó, con un grado de dureza incluso mayor que la mención del nombre de esta persona producía normalmente, así que me hice cargo de la tarea.

—Sabe, por supuesto, señorita Marshall, sobre el deplorable comercio de antigüedades ilegales. Debido al vasto numero de

tumbas y ciudades sepultadas, es imposible para el Departamento de Antigüedades protegerlas a todas, especialmente dado que las localizaciones de muchas no son conocidas. Excavadores sin experiencia, nativos y extranjeros, atraídos por los precios elevados de dichas peticiones de antigüedades, perpetran excavaciones por su cuenta, a menudo descuidando mantener los cuidadosos registros que son esenciales si...

—Si ya lo sabe, ¿por qué se lo estás contando? —exigió Emerson —. Los hechos son conocidos por todo colegial, no digamos por un excavador experto como la señorita Marshall.

Me reí ligeramente.

—Muy bien, Emerson. He pronunciado el sermón tan a menudo a los turistas y a otros ignorantes que me olvidé.

—En todo caso, señorita Marshall, descubrimos que el comercio ilegal se había incrementado cien veces más, y deducimos que algún genio del crimen se había hecho cargo del negocio. Estas deducciones fueron triunfalmente confirmadas cuando nos encontramos con dicho cerebro. Nuestras investigaciones, detalles de las cuales no contaré ahora mismo, aunque están plagadas de incidentes interesantes, pusieron un palo en la rueda de este hombre; nos secuestró y encerró en una pirámide, de la cual escapamos por los pelos justo a tiempo de detener al genio del crimen...

—En general, Amelia —dijo Emerson con voz reflexiva—, creo que prefiero incluso el atroz termino de Maestro Criminal a genio del crimen.

—Muy bien, Emerson, tiene poca importancia.

—Como iba diciendo, señorita Marshall, robamos a Sethos sus adquisiciones mal conseguidas, pero desafortunadamente logró escapar. Está allí fuera, en algún lugar, acechando en las sombras de los bajos fondos y, sin duda alguna, ardiendo en venganza. Las flores fueron un recordatorio de que sus ojos ocultos están sobre nosotros y su mano oculta puede descender en cualquier momento.

La señorita Marshall inspiró un largo aliento de sorpresa.

—Me quita la respiración, señora Emerson. ¡Qué historia tan emocionante!

Le di las gracias y Emerson gruñó.

—El estilo retórico de la señora Emerson, me temo, está

influenciado por su gusto por los romances de tercera. Te dejaste todos los detalles importantes, Amelia. El audaz rescate de Ramsés...

—Daré más detalles en otro momento, Emerson. Ya llegamos a nuestro pequeño campamento; espero, señorita Marshall que estará cómoda.

Emerson se animó cuando vio que la segunda tienda más pequeña había sido colocada a cierta distancia de la nuestra.

«Fuera del alcance del oído» fue, creo, su frase exacta. Acomodé bien a la chica y volví con mi esposo, que ya se había retirado. El interior de la tienda estaba completamente oscuro; pero cuando le pedí a Emerson volver a encender la lámpara, se negó en tales términos que decidí no continuar con el tema.

—No puedo ver nada, Emerson —dije, acercándome lentamente hacia el lugar dónde creía que estaba él.

—Tampoco puedo verte pero puedo oír tu tintineo —dijo la voz de Emerson. Una mano se cerró en los pliegues de mis pantalones y me arrastró hacia abajo.

—¿Ves? —dijo Emerson, tras un rato—. El sentido visual no es necesario para las actividades que he planeado para esta noche. Incluso alguien sostendría que es una interferencia.

—Muy cierto, mi querido Emerson. Solamente, si no te importa, preferiría quitarme sola la red, la peineta y las horquillas del pelo. Me acabas de poner el dedo en el ojo.

Cuando estos y otros impedimentos para la confraternización conyugal fueron eliminados, Emerson me atrajo a sus fuertes brazos. Sin desear desalentar las sensaciones de intenso cariño que había empezado a desarrollar, discretamente liberé una mano lo suficiente para arrastrar una manta sobre nosotros. Una vez se pone el sol, las noches en el desierto son frescas. Además, no había cerrado el faldón de la tienda. Sin embargo, seguro que la señorita Marshall había cerrado el suyo; Emerson mencionó al menos cuatro veces que debería asegurarse de hacerlo, por temor al aire nocturno.

Como he tenido ocasión de comentar anteriormente en las páginas de este diario, no comparto la remilgada actitud de algunos autoproclamados guardianes de la rectitud referente a las relaciones entre personas casadas. Me regocijo —no, disfruto— de la

profundidad de la consideración que Emerson y yo tenemos el uno por el otro. El hecho de que Emerson se sienta atraído por mis características físicas como lo está por mi carácter y mis cualidades espirituales debería, en mi opinión, ser fuente de orgullo en vez de vergüenza.

Por lo tanto diré, francamente y sin reservas, que noté un cambio sutil en su comportamiento esa noche. Fue tempestuoso y a la vez extrañamente indeciso. Esto puede sonar contradictorio. Fue contradictorio. No puedo explicarlo, sólo puedo decir que así fue.

Más tarde, después de ponernos cómodos en nuestras habituales posiciones para dormir —Emerson de espaldas con los brazos cruzados sobre el pecho como un faraón egipcio momificado, y yo de lado con la cabeza contra su hombro— lo oí suspirar.

—Peabody.

—Sí, ¿mi querido Emerson?

—Hay, si no estoy equivocado, una convención estúpida conocida como el lenguaje de las flores.

—Creo que no vas errado, Emerson.

—¿Qué significan las rosas rojas en el lenguaje de las flores, Peabody?

—No tengo ni idea, Emerson. Como tú, soy completamente indiferente a los convencionalismos estúpidos.

—Aunque creo que puedo adivinarlo —masculló Emerson.

—Emerson, no puedo imaginar porqué deberías preocuparte por tal asunto trivial y sin sentido cuando tenemos tantas otros asuntos importantes que discutir. Hoy pasaron varias cosas que quiero contarte. Conocí a un caballero —un individuo muy interesante y atractivo...

Emerson rodó y me agarró en un feroz abrazo.

—No me hables de caballeros interesantes, Peabody. ¡No hables de nada!

Y procedió a dificultar, si no imposibilitar, que lo hiciera, incluso si hubiera estado inclinada, lo cual en ese momento en particular no lo estaba.

Capítulo 7

Cuando regresamos a la casa al día siguiente, encontramos otro grupo de aspirantes a trabajadores esperando pacientemente fuera de las puertas. Ramsés avanzó resueltamente hacia Enid, y ella huyó hacia su habitación. Nemo no estaba a la vista, pero yo había observado el aleteo de una andrajosa túnica en el quicio del establo de los asnos, así que fui tras él.

Dado que parte del tejado había desaparecido, no tuve problema en observar que Nemo solo había obedecido parte de mis órdenes. Estaba lavado y afeitado, y olía a jabón Pears, su cabello había sido peinado y alisado atrás con agua, aunque algunas hebras secas se curvaban alrededor de su cuello y cejas. Me recordé a mi misma que no debería olvidar hacerle un corte de pelo.

Pregunté porque no se había puesto su nuevo traje. En lugar de responder él contestó con otra pregunta.

—¿Hay alguna razón por la que no deba vestir con la ropa nativa, señora Emerson? Estoy acostumbrado ahora y es mucho más cómoda.

—Puede vestir como quiera, siempre que esté limpia. No toleraré desaseados en mi expedición. ¿Es esa su única túnica? Bien, entonces la lavaremos esta tarde, y mientras se seca le cortaré el pelo.

El señor Nemo hizo una mueca, como un muchachito cuando va a recibir una medicina, pero había aprendido la futilidad de discutir conmigo.

—Me pregunto si podría pedirle un par de lentes azules, señora Emerson. El brillo del sol es demasiado molesto para mis ojos.

—No intente engañarme señor Nemo. Sé por qué quiere los

lentes... encontrará un par en la tercera caja del segundo anaquel del salón. Se avergüenza de que la joven dama lo vea. Pueril, señor Nemo, muy pueril. Tendrá que enfrentarla antes o después.

—No si puedo evitarlo —murmuró Nemo—. Señora Emerson, todo este alboroto sobre lavar y cortar el pelo es una perdida de tiempo. ¿No deberían dirigirse todos nuestros esfuerzos a encontrar al criminal que mencionó? Seguramente podríamos tener una mejor oportunidad para pillarlo en El Cairo. Podría volver a mis viejas guaridas y...

—No, no, señor Nemo. Usted no tiene la más ligera idea de cómo proceder. Déjemelo a mí y siga mis órdenes incondicionalmente. ¿Algún alboroto esta noche?

—No, todo ha estado tranquilo, pero esa noticia parece defraudarle, señora Emerson. ¿Estaba esperando otro ataque contra su hijo?

—Estoy defraudada, estaba esperando un ataque... aunque no necesariamente contra Ramsés ¿No ve, señor Nemo, que no tenemos esperanza de encontrar al hombre que queremos entre los muchos miles de El Cairo? El tipo es un maestro del disfraz, podría ser cualquiera. Nuestra mejor posibilidad es esperar a que venga a nosotros.

—Usted quiere decir que debemos sentarnos y esperar... ¿indefinidamente?

—No indefinidamente. No demasiado, de hecho. Antes o después nos visitará; él ya ha planificado sus intereses; y yo tengo unas pocas ideas sobre cómo atraer su atención. No, no me pregunte en que consisten; solo déjemelo a mí. Ahora debo irme. Recuérdelo... ¡vigile a Ramsés!

—Con todo respeto, señora Emerson, no puedo imaginar por qué habla sobre el muchacho como si fuera alguna clase de monstruo. Parece un chico decente... la mar de prolijo... No creo que nunca haya oído a alguien utilizar tantas condenadas palabras polisílabas. A pesar de eso, él parece bastante normal ¿Hay algo que usted no me haya dicho? ¿Sufre él, perdóneme, ataques de locura hereditaria?

—Odiaría pensar que es hereditario —dije—. No, señor Nemo, Ramsés está bastante cuerdo... terrible y fríamente cuerdo. Por eso es peligroso. Déjeme hacerle un breve resumen... No, no tengo

tiempo. Incluso un breve resumen llevaría demasiado tiempo. ¡Solo vigílelo!

Cuando nos dirigimos a la excavación poco tiempo después, Nemo se mezcló con los hombres. Habíamos tomado una docena adicional o algo así de excavadores y un número similar de niños para portear las cestas, que estaban trabajando conmigo. Separamos nuestras fuerzas, Emerson lideró su equipo hacia la Pirámide Inclinada, y yo continúe hacia la más pequeña.

Esta estructura estaba a unos cincuenta metros al sur de su vecina más grande y era obviamente parte del mismo complejo. La función exacta de las pirámides secundarias aún estaba siendo debatida. Había tres pegadas a la Gran Pirámide de Giza, y otras en otros lugares. Por mi parte, estaba segura de que habían sido construidas para las esposas principales de los reyes que estaba enterrados en las pirámides principales. Si pudiera encontrar una marca o inscripción que mencionara el nombre de una reina, podría probar mi teoría.

Estudié las pequeñas y encantadoras ruinas, intentando decidir por dónde empezar. No podía determinar su altura, no sólo por la alta arena acumulada alrededor de su base, sino por la eliminación de las piedras de recubrimiento que una vez habían cubierto su superficie, como el escarchado de un pastel al que se había dejado derrumbarse como una dama con sobrepeso después de que se hubiera quitado sus corsés. Lo primero era retirar la arena y limpiar las cuatro caras hasta el nivel del suelo.

Enid seguía detrás de mí como un perro asustado de perder a su dueño. Mientras yo avanzaba, le explicaba qué estaba haciendo y por qué.

—He decidido empezar por la cara norte, ya que es más probable que la capilla funeraria estuviera en la cara más cercana al monumento principal. Aquel hueco hacia el oeste será nuestro basurero. No queremos cubrir ninguna otra tumba, y no veo evidencia de algo parecido allí. Aquí, sobre este plano, el cual ha sido trazado y medido, estoy indicando el área que estaremos excavando. Está marcado en cuadrados de tres metros por tres... Señorita Marshall, no está prestando atención. Se delatará usted misma tarde o temprano si no aprende a hacer ruidos como un Egiptólogo.

—¿Por qué no temprano, entonces? Esto es imposible, señora Emerson. Quizás lo mejor para mí fuera entregarme. ¿Qué estoy haciendo de bueno aquí?

—Un corazón débil nunca triunfa... en nada, querida mía —dije, corrigiendo la cita como la situación requería—. Estoy sorprendida de verla ceder tan pronto.

—¡Pero es imposible!

—No del todo. Kalenischeff, ¿he mencionado esto?, era miembro del equipo del Maestro Criminal. Fue asesinado, si no por la mano de aquél hombre, sí por sus órdenes. Todo lo que tenemos que hacer...

—Es encontrar a este hombre... el cual, según su propio reconocimiento es un maestro del disfraz y cuya identidad es desconocida incluso para usted, ¡y obligarlo a confesar! Usted tiene sus propias obligaciones señora Emerson... su esposo, su hijo, su trabajo...

—Mi querida señorita Marshall, usted me subestima si piensa que no puedo encargarme de dos o más actividades a la vez. Es verdad que estoy tratando de resolver el misterio de esta pequeña pirámide, pero eso no quiere decir que al mismo tiempo no pueda poner mi mente a resolver un misterio de otra clase. Tengo varios proyectos en mente...

—¿Qué?

Era la segunda vez que alguien me había preguntado aquella cuestión, y tuve que admitir que era una buena pregunta.

—Cuanto menos sepa, más segura estará —dije—. Confíe en mí.

—Pero señora Emerson...

—Llámeme mejor Amelia. La formalidad es absurda bajo estas circunstancias.

—Mi nombre es Enid. Mi nombre de verdad —añadió con una sonrisa arrepentida—. Cuando elegí mi nombre de guerra, tuve la oportunidad de retener mi verdadero nombre. Es difícil responder, con facilidad instintiva, a uno que no es familiar.

—Bien pensado. Lo ve, usted tiene un talento para el engaño que merece la pena cultivar. Pero por favor no lo emplee cuando me hable de su primo.

Enid estalló con violencia.

—¿Quién?

—Su pariente. Ronald... olvidé su otro nombre ¿Es el tipo de persona que podría ayudarnos en nuestra investigación?

—¿Ronald? Le pido perdón; nunca pensé en él como un primo, ya que la relación es tan distante. No. Ronald es la última persona de quién dependería en tiempos difíciles. Es un joven afable y casquivano que nunca ha trabajado un día en toda su vida, o ha empleado su cerebro para nada más exigente que sumar sus deudas de juego.

—Suena como una persona poco atractiva.

—No —dijo Enid—. Físicamente es bastante apuesto, tiene una forma de ser atractiva y puede ser el acompañante más divertido del mundo.

—Pero usted no quiere que le diga dónde se encuentra... ¿tranquilizándolo sobre su seguridad?

—Cielos, no. Estoy segura de que Ronald está preocupado por mí... al menos tanto como es capaz de estar preocupado por alguien más que él mismo. Pero estoy igualmente segura de que no se apresuraría a salir de El Cairo. Ha estado en Egipto varias semanas, de... de negocios... Los cuales abandonó para ir a cazar a Sudan.

Un indefinible pero inconfundible cambio en su voz y apariencia me hizo sospechar que estaba manteniendo algo escondido. Más tarde los acontecimientos probarían que yo tenía razón, pero francamente tengo que admitir, aunque el candor es una virtud que valoro, y ya que mis errores de juicio son tan infrecuentes que no merecen ser mencionados, que estaba equivocada sobre la causa de su reticencia. Las damas jóvenes siempre abusan de un caballero en quién tienen un intenso interés personal. Asumí que la señorita Debenham estaba enamorada de su primo y le avergonzaba reconocerlo porque lo consideraba indigno de su afecto.

La delicadeza, por tanto, me impedía insistir sobre el tema, y Enid lo hizo incluso más difícil para mí al recordarme que los hombres estaban esperando mis órdenes para empezar a excavar. Después de varias horas, interrumpimos para refrescarnos. Sentándonos ante nuestras tiendas nos dedicamos con buen apetito a los huevos, el té y el pan fresco del pueblo. El humor de Emerson había mejorado gracias al descubrimiento de algunos bloques de piedra tallada que presagiaban algún tipo de estructura.

Ramsés, por supuesto, tenía que expresar su evaluación.

—En mi opinión, papá, hemos encontrado señales de dos períodos diferentes de construcción. Puesto que el culto al dios Sneferu era popular en el período ptolemaico, es probable...

—Ramsés, tu papá es perfectamente consciente de eso —dije con irritación.

—Sólo deseaba sugerir que debemos tener extremo cuidado en relación a descubrir...

—Otra vez, Ramsés, permíteme recordarte que no hay excavadores en el campo hoy en día cuyas habilidades igualen a las de tu papá.

—Gracias, querida-dijo Emerson, sonriendo satisfecho—. ¿Estás disfrutando de tu pequeña pirámide?

—Sí, gracias Emerson.

Antes de que pudiera respirar para continuar, Ramsés se dirigió a Enid, solicitando su opinión sobre lo que habíamos logrado hasta ahora. Debería haber sido sólo un cortés intento de incluirla en la conversación. Pero yo dudaba que lo fuera.

Enid lo distrajo cogiendo a la gata, la cual estaba husmeando alrededor de sus tobillos. Me sorprendió que la aristocrática criatura le permitiera tales libertades. Estaba en buenos términos conmigo y tenía cierto afecto tolerante por Emerson, pero Ramsés era la única persona cuyas caricias fomentaba activamente.

La distracción probó ser efectiva, ya que Ramsés le preguntó entonces a Enid sobre sus mascotas... habiendo deducido, como explicó más tarde, que ella debía haber poseído un gato o no habría conocido los puntos precisos para rascarla. Cuando Enid replicó que había tenido varios perros y una docena de gatos, muchos de los cuales habían sido abandonados por sus crueles propietarios, el semblante de Ramsés asumió una mirada de aprobación bastante agradable.

Mientras se sentaba en el suelo junto a ella con las piernas cruzadas, su cabeza rizada ladeada a un lado y los ojos negros brillando interesados, cualquiera lo habría tomado por un muchachito normal... en tanto mantuviera la boca cerrada.

De repente, Emerson se puso de pie de un salto, tirando su pan con mantequilla (la mantequilla hacia abajo, por supuesto) sobre la alfombra. Se protegió los ojos con la mano y miró al este, hacia el sol naciente.

—¡Caramba! Amelia, creo que es un grupo de malditos turistas. Y vienen en esta dirección.

—Eso a duras penas es una sorpresa, Emerson —repliqué, tratando de raspar la mantequilla de la alfombra, que era una preciosa y antigua Bokhara—. Sabes que es uno de los inconvenientes de trabajar en Dahshoor. Aunque no es tan popular como Giza y Sakkara, se menciona en las guías.

—¿Has visto nunca tipos tan absurdos? —exigió Emerson—. Sombrillas verdes, alas de tela sobre las cabezas...

Comparados con Emerson, parecían ridículos. Sin sombrero, su bronceada garganta y brazos desnudos, estaba a tono con lo que lo rodeaba como pocos extranjeros en Egipto podían estarlo. Por otro lado Emerson es un hombre extraordinario. Nunca ha padecido una insolación, quemaduras solares o siquiera un catarro, aunque él rechaza absolutamente el cinturón de franela, el cual, como todo médico sabe, es la única precaución segura para tan común afección.

La pequeña caravana se nos aproximó. Ninguno de los jinetes estaba acostumbrado a montar en asno; rebotaban arriba y abajo como marionetas de sus cuerdas. Emerson se levantó las mangas hasta los hombros.

—Simplemente iré y los expulsaré.

—Espera, Emerson... —Pero lo hice demasiado tarde. Las largas piernas de Emerson lo llevaron con prontitud hacía el enemigo.

Su mano levantada detuvo la procesión. Un robusto caballero se cayó de su asno y fue puesto de pie por un par de sonrientes muleros. Siguió una animada discusión. Yo no podía descifrar las palabras, excepto por un ocasional improperio de Emerson, pero los gestos de los participantes no dejaban duda sobre su estado mental.

Enid se reía entre dientes.

—Me recuerdan a la tía Betsy, en la adorable novela de Dickens —dijo ella.

—Como la tía Betsy, Emerson prevalecerá —dije, untando con mantequilla otro trozo de pan.

Efectivamente, después de un tiempo la caravana dio la vuelta, encaminándose a la Pirámide Norte, y Emerson volvió, refrescado y entusiasmado por el encuentro. Todos nosotros retornamos al trabajo excepto la gata Bastet, que bostezó y entró en la tienda para

hacer una siesta.

No esperaba que los descubrimientos de aquel primer día fueran de gran trascendencia, y no lo fueron... solo los fragmentos de cerámica habituales y fragmentos de objetos funerarios. Toda la zona era un vasto cementerio... una ciudad de los muertos cuya población excedía de lejos la de algunas metrópolis, modernas o antiguas. Le mostré a Enid el procedimiento adecuado para lidiar con semejantes hallazgos, ya que nosotros guardábamos escrupulosamente precisos registros de cada objeto, no importaba cuán mediocres fueran.

Aún así era poco para ocupar mi mente de manera que era capaz de dedicar parte de mi atención a encontrar una respuesta a la pregunta que la gente me hacía. ¿Cómo iba a atraer la atención del Maestro Criminal? Yo simpatizaba con la poca disposición del señor Nemo a sentarse con las manos cruzadas hasta que el caballero decidiera hacer su próximo movimiento. Táctica y psicológicamente sería ventaja nuestra tomar la iniciativa y alentar un ataque. Lo que necesitaba era un tesoro... una pieza de joyería real como el que había atraído el interés del M.C. el año anterior. Ramsés había encontrado una de tales piezas en Dahshoor (de hecho, estaba bastante segura de que había encontrado dos; el tesoro de la Princesa Khumit, el cual el señor De Morgan había presentado con tanta fanfarria al final de la temporada, habría sido su recompensa por prometer cedernos el sitio. No había interrogado a Ramsés sobre el asunto y no tenía intención de hacerlo, puesto que la confirmación de mis sospechas levantaría delicadas cuestiones éticas y no estaba preparada para lidiar con ellas).

Ni tenía intención alguna de ir, sombrero en mano, a interrogar a mi propio hijo y pedirle ayuda para encontrar antigüedades. Incluso había rechazado la idea de interrogar al muchacho sobre la pirámide secundaria. Había decidido llevar a cabo mi excavación de acuerdo con los estrictos principios científicos... pero lo que quería de verdad era encontrar la entrada. Anhelaba retorcerme por aquella entrada y buscar la cámara de enterramiento, y no me habría sorprendido en lo más mínimo descubrir que Ramsés sabía dónde estaba localizada exactamente. Tenía un instinto diabólico para esas cosas. Sin embargo, por grande que fuera el placer de entrar en la pirámide, el placer de encontrarla sin la ayuda de

Ramsés sería incluso mayor, y mientras la mañana pasaba sin signos de una apertura, empecé a pensar que había sobreestimado al muchacho. Los hombres todavía estaban extrayendo arena, y ni siquiera Ramsés, seguramente ni siquiera Ramsés, podría haber localizado una entrada oculta enterrada bajo toneladas de escombros.

Pensar en la pirámide me había distraído. Volví mis pensamientos al otro problema. En lugar de un tesoro ¿qué atraería al Maestro Criminal? Pronto me llegó una respuesta; pero aunque yo tenía total confianza en la habilidad de Ramsés para librarse de los aprietos comunes, no parecía justo utilizarlo como un señuelo para capturar a un asesino. Había otra forma, exactamente tan efectiva y menos expuesta a las críticas en el terreno del afecto maternal.

El sol se elevó más alto y la temperatura subió con él. Ocupada con mi trabajo y mis planes, no fui consciente del paso del tiempo o sentí el calor hasta que, observando a Enid, vi que estaba roja y brillante por el sudor.

—Harías mejor reuniéndote con Bastet en la tienda —le dije, tomando la libreta y el lápiz de sus manos—. Olvidé que no estás acostumbrada al sol.

Ella afirmó su voluntad de continuar con su obligación con valentía, pero yo superé sus escrúpulos. Ella se marchó, y yo estaba a punto de reasumir mis labores cuando vi una nube de arena en el horizonte por el norte. ¡Otro grupo de condenados turistas! Viniendo de la dirección de Sakkara esta vez, y a caballo. Los más jóvenes y más aventurados viajeros preferían esta aproximación.

Cuando vi que los jinetes no se detenían en la Pirámide Norte sino que venían directo hacia nosotras, dejé a Selim al cargo de los excavadores y me apresuré hacia Emerson. Una vez, él había sacado de una tumba el cuerpo de una pequeña y anciana señora que había resultado ser la ex Emperatriz de los franceses. El consiguiente escándalo internacional había tardado bastante en desaparecer.

Él estaba enrollándose las mangas. Lo agarré firmemente y esperé los acontecimientos. Poco después reconocí, en el grupo de hombres montados, a los mismos jóvenes ingleses que había visto el día anterior en el Shepeard.

Todavía vestían las fantásticas e inapropiadas piezas de

vestimenta árabe que habían adquirido en los bazares. Sin embargo, eran expertos jinetes... lo que no era sorprendente en personas que tenían poca ocupación en la vida salvo el deporte y la diversión vana. Las armas que colgaban de las sillas o llevaban sobre el brazo eran del último y más caro diseño.

Gritando y riendo, se detuvieron junto a la tienda, y el joven que iba primero se preparó para desmontar. Viéndome, se detuvo a mitad, un pie aún en el estribo, el otro sobre el lomo del caballo. El caballo eligió aquel momento para enseñar los dientes, y el parecido a su jinete, cuyos dientes eran casi tan prominentes, fue tan absurdo que tuve que reprimir la risa.

—Caramba, es una señora —exclamó el joven—. ¡Oíd, tíos! ¿Qué demonios se supone que está haciendo ella aquí en medio de ninguna parte? ¡Cóm'ta, madame!

Se despojó rápidamente de su turbante. Emerson no se apaciguó con el gesto. Refunfuñó.

—Cuide su lenguaje, jovencito. La señora Emerson no está acostumbrada a la vulgaridad.

—¿La señora Emerson? Entonces usted debe ser el señor Emerson. —El tipo sonrió como si estuviera orgulloso de su brillante deducción

—Profesor Emerson —corregí—. ¿Y usted, señor?

Uno de sus compañeros se precipitó a su lado.

—Permítanme presentarles a su señoría el vizconde Everly.

Emerson gruñó.

—Ahora que lo ha presentado, puede llevárselo. Ésta es una expedición arqueológica, no un club de haraganes acaudalados.

—¿Arqueología? ¿Es eso? ¡Caramba! Creo, profesor, que podía mostrarnos los alrededores un poco. O mejor, déjenos a su media naranja ¿eh? Siempre se debe agarrar una bonita mujer cuando puedes conseguirla ¿no es verdad, viejo? —Palmeó a Emerson en el hombro y enseñó tanto sus dientes que temí pudieran caerse de su boca.

No escuché la réplica de Emerson, lo cual está bien. Había visto algo que atrajo mi atención y despertado mis más intensos instintos detectivescos.

Otro del séquito del vizconde se había adelantado. Cuando se quito su tocado, un turbante de asombrosa altura y aliento, su

cabeza parecía como si se hubiera prendido fuego. Los rasgos bajo los bucles cobrizos eran apenas menos asombrosos. Me costó una segunda mirada convencerme de que no eran los del señor Nemo. Un examen más detallado indicaba que la semejanza no era, de hecho, tan cercana como yo había supuesto, era el inusual color de cabello compartido por ambos lo que daba una impresión engañosa. Este hombre, indudablemente la misma persona que había viso en el Edificio de la Administración, era más ligero y débil, desde los delicados rasgos tallados hasta las manos rollizas y con manicura.

Sintiendo mi mirada fija, el joven se movió de un pie a otro y sonrió con inquietud.

—Buenos días, madame.

En mi sorpresa había olvidado mi obligación hacia mi indignado esposo, pero afortunadamente Ramsés había intervenido a tiempo de salvar al vizconde de daños físicos. Aparentemente él había admirado el último caballo, para cuando devolví mi atención a los otros, llegué a tiempo de escuchar a Everly reírse tontamente y comentar.

—Sí, jovencito, es deslumbrante, correcto. ¿Quieres probarlo?

—Ramsés —grité—.Te prohíbo absolutamente...

Pero Ramsés ya estaba en la silla, y si me escuchó, lo que creo que hizo, pretendió que no.

Ramsés no era un jinete inexperto, pero parecía muy pequeño encaramado en lo alto del gran semental blanco. Emerson se quedó mirándolo con una mirada insensata, medio sonriendo de orgullo, medio frunciendo el ceño de exasperación, mientras el muchacho ponía al animal al paso. Yo le sujeté el brazo.

—Emerson, páralo. Ordénale que desmonte.

—No se preocupe, madame —dijo su señoría, con otra risita imbécil—. Cesar es tan manso como un gatito.

Nuestros hombres se habían reunido alrededor para observar. Estaban sonriendo ampliamente con orgullo, y Abdullah dijo en árabe:

—No se hará daño. Podría montar a un león si quisiera.

Las palabras apenas habían salido de su boca, cuando estalló un arma, prácticamente en mi oído. El semental se encabritó y se desbocó. Ramsés se agarró a su lomo como una lapa, pero yo sabía que se caería; sus pies estaban a unos buenos veinte centímetros de

los oscilantes estribos, y sus brazos no eran lo bastante largos para sujetar las riendas.

Ensordecidos por el sonido del disparo y aturdidos por el horror, nos quedamos helados durante varios segundos. Emerson fue el primero en moverse. Nunca he visto a un hombre correr tan rápido. Era un esplendido esfuerzo, pero por supuesto sin sentido, ya que un hombre a pie nunca podría esperar alcanzar a un caballo al galope.

Su señoría reaccionó con más rapidez de lo que yo habría esperado.

—No se preocupe, señora, yo salvaré al muchacho —gritó, y corrió hacia los otros caballos, que estaban esperando a cierta distancia con un par de mozos atendiéndolos. Antes de que los alcanzara, una forma flotante chocó contra él y lo envió rodando. El recién llegado se colocó de un salto en la montura más cercana. Con un grito, y un relincho de respuesta, salieron, hombre y equino moviéndose como uno solo. Las flotantes ropas del jinete levantándose tras él como grandes alas.

Nuestros hombres empezaron a correr tras Emerson, gritando y agitando los brazos. Tras alguna confusión, el vizconde y sus seguidores montaron y se alejaron al galope persiguiéndolo. Los dos mozos se miraron el uno al otro, se encogieron de hombros y se sentaron en el suelo a mirar.

Fuera por accidente o porque Ramsés se las había arreglado para recuperar algún control sobre el caballo, había girado en un amplio círculo. Si esto fue ideado por Ramsés, era un serio error por su parte, el corcel estaba aproximándose rápidamente a uno de los wadis, o cañones, que cortaban a través del desierto del oeste. Yo no podía ver qué profundo era, pero parecía tener sus buenos tres metros de ancho. El caballo podría ser capaz de saltarlo. Sin embargo, yo estaba razonablemente segura de que Ramsés no sería capaz de permanecer sobre él si lo hacía.

Como el Lector puede suponer, mi estado mental no era tan calmado y sosegado como la descripción previa implica; de hecho «paralizada de horror» sería una trillada pero relativamente acertada descripción de mi estado en aquel momento.. No obstante, no podía hacer absolutamente nada excepto mirar. Ya había bastante gente corriendo y montando como locos a través del

campo.

Su Señoría se había adelantado a sus hombres. A pesar de sus otros defectos, y estoy segura de que eran considerables, montaba como un centauro. Incluso así, estaba lejos tras el primer perseguidor, que se estaba acercando con rapidez al enorme caballo y su pequeño jinete. Como cualquiera habría esperado, Emerson estaba a considerable distancia detrás, con el resto de nuestros hombres siguiéndole en fila como los corredores de una carrera.

El jinete desconocido, de cuya identidad, no obstante yo no tenía duda; solo podía ser Nemo, en una repentina explosión de velocidad cortó enfrente del caballo desbocado y lo hizo girar en el mismo borde del wadi. Durante unos pocos y paralizantes momentos los dos corceles galoparon atronadoramente lado a lado. El de Nemo pareció estar galopando sobre el liviano aire, tan cerca estaban sus cascos del borde del barranco que se desmoronaba. Entonces el valiente esfuerzo del rescatador dio fruto. La montura de Ramsés giró, redujo la velocidad y por fin llegó a detenerse. Ramsés se cayó del caballo, o fue arrancado, no podría decirlo; pero fue inmediatamente envuelto en los ondeantes pliegues de la túnica de Nemo. Desde aquella distancia era difícil ver si Nemo estaba abrazando al chico en un delirio de alivio o sacudiéndolo violentamente en otra clase de delirio.

Para entonces los otros perseguidores se habían dispersado sobre el terreno, en sus esfuerzos por seguir el cambiante curso del caballo desbocado. Debieron ser los fuertes instintos paternales de Emerson los que le permitieron ser el primero en llegar a la escena, ya que nadie podía haber predicho dónde se detendría al fin el animal. Todos los demás convergieron en el lugar y antes de mucho los protagonistas del drama fueron tragados por una multitud de aullantes comparsas y ocultados por agitados paños azules y blancos.

No fue hasta aquel momento que me di cuenta de la mano que presionaba mi hombro, aunque la presión era lo bastante fuerte como para dejar (como descubrí más tarde) cardenales visibles. La sujeción se relajó y me volví a tiempo para sujetar a Enid, mientras, con un tembloroso gemido, ella se desplomó desmayada al suelo.

Arrastré a la chica dentro de la tienda y la deje allí. La intensidad del drama era suficiente excusa para su reacción, pero yo

sabía que Emerson se enfadaría si descubriera que ella había sucumbido. Él tenía una pobre opinión de las hembras que se desvanecían.

El vizconde y su séquito fueron los primeros en volver. La mayoría mantuvo la distancia, pero su señoría reunió el coraje suficiente para hacerme frente. No obstante, fue lo bastante prudente para quedarse sobre el lomo de su caballo mientras tartamudeaba sus disculpas.

Las corté rápidamente.

—No lo considero completamente responsable, ya que Ramsés tiene el hábito de meterse en aprietos; no obstante, creo que haría mejor quitándose de en medio antes de que el profesor Emerson llegue aquí. Me niego a ser responsable de sus acciones cuando está bajo una intensa tensión emocional, como supongo que estará en este momento.

Los caballeros tomaron nota de mi aviso. Estaban en completa retirada cuando Emerson se acercó tambaleante, con Ramsés apretado contra su pecho. Después de que Ramsés finalmente hubiera convencido a su padre de que era capaz de mantenerse en pie, Emerson corrió tras los jinetes, maldiciendo y exigiendo que volvieran y lucharan como hombres. Habiendo esperado una demostración de ese tipo, fui capaz de ponerle la zancadilla, y para cuando estuvo de pie otra vez y se hubo sacudido la arena de su sudoroso semblante, estaba relativamente calmado.

—No se hizo daño —dijo enérgicamente—. Pero si ese idiota vuelve a mostrar su cara por aquí otra vez...

Le alcancé mi cantimplora de agua, ya que era evidente que su lenguaje estaba entorpecido por la arena

—Quizá haríamos mejor dejándolo por hoy —sugerí—. Es más de mediodía, y todos estamos cansados de todo ese correr de aquí para allá.

—¿Parar el trabajo? —Emerson me miró con asombro—. ¿En que estás pensando, Peabody?

De manera que volvimos a nuestro trabajo. Los excavadores volvieron a él con renovado vigor, escuché a uno de ellos remarcar a otro que él siempre disfrutaba de trabajar con el Padre de las Maldiciones, dado que seguro que ocurría algo divertido.

Naturalmente nosotros buscamos a Nemo para expresarle

nuestro aprecio y admiración, pero no se encontraba por ningún lado. Ya que todavía vestía su túnica egipcia y turbante, no era difícil para él ocultarse entre los cincuenta excavadores e incluso después de que hubiéramos terminado el trabajo y retornado a la casa, fui incapaz de localizarlo. No necesito decirle al Lector que mis razones para desear hablar con él eran no solamente aquellas de gratitud maternal. Tenía un buen número de preguntas para aquél joven, y esta vez estaba decidida a conseguir respuestas.

Había, por supuesto, explicado a Ramsés que su comportamiento era absolutamente inexcusable. No toda la culpa del incidente podía atribuírsele a él, ya que la descarga accidental del arma de fuego había sobresaltado al caballo y hecho que se desbocara. No obstante, si Ramsés no hubiera estado sobre el caballo, el peligro no habría existido.

Increíblemente, Ramsés no había intentado defenderse, sino que escuchó en silencio, su estrecha cara incluso más inexpresiva que de costumbre. A la conclusión del sermón le ordené ir a su habitación, no tanto un castigo, ya que pasaba la parte más cálida del día trabajando en su gramática.

Emerson y yo nunca habíamos sucumbido al perezoso hábito de la siesta de la tarde, lo cual es común en Oriente. Siempre hay gran trabajo que hacer en una expedición arqueológica, además de excavar en si. Sabía que Emerson estaría ocupado aquella tarde, ya que como él admitía, la estratificación de las construcciones en ruinas en la base de la pirámide era en extremo compleja. Sus copiosas notas y esbozos tendrían que ser clasificados y copiados de forma más permanente.

Estaba frunciendo el ceño y quejándose sobre esta tarea cuando empecé a poner en marcha el plan que había ideado aquella mañana.

Encontré a Enid yaciendo sobre su catre; sus grandes ojos miraban ciegamente el cielorraso y no volvió la cabeza cuando entré, tras hacer la enfática tosecita que era el único sustituto posible para una llamada... no existiendo, como el Lector puede recordar, puerta sobre la que llamar.

Comprendía la causa de su letargo, y la desesperación de la cual era el signo externo, y estaba tentada de mitigarla asegurándole que iba a tomar medidas. Decidí que no podía arriesgarme; ella podría

haber intentado disuadirme del curso que consideraba. El subterfugio era necesario, aunque deploraba en los más fuertes y posibles términos la más ligera desviación de la conducta honrada, hay ocasiones en las que la moral debe rendirse a la conveniencia.

—Le he traído algo para leer —dije alegremente—. Entretendrá, espero, las horas con más efectividad que el *Geschichte des Altertums* de Meyer. —Tal era el volumen que ella había tirado.

Un ligero atisbo de animación caldeó sus pálidas mejillas, aunque imaginé que era más cortesía que genuino interés. Cogió los libros y examinó los títulos con curiosidad

—Por qué, Amelia —dijo, con una pequeña sonrisa—. No habría sospechado tan deplorable gusto en literatura en usted.

—Sólo el libro del señor Haggard es mío —le expliqué, tomado asiento en el cajón de embalaje—. Los otros pertenecen a Ramsés... una colección de lo que se llama, creo, historias de detectives.

—Son historias muy populares. ¿No le resultan atractivas?

—No, en mi opinión fuerzan la credibilidad del lector hasta un grado poco razonable.

Estaba complacida de ver que nuestra pequeña discusión literaria había animado a la chica: sus ojos centelleaban mientras decía:

—¿A un grado mas irracional que los romances del señor Haggard? Creo que sus argumentos incluyen estratagemas tales como las minas perdidas de Rey Salomón, hermosas mujeres de cientos de años...

—Se delata usted misma, Enid. ¡No debería estar tan familiarizada con las estratagemas si no hubiera leído los libros!

Su sonrisa se desvaneció.

—Conozco... conocí a alguien que las adoraba.

¿Su primo Roland? Él no me había parecido, desde que había oído hablar de él, un hombre que leyera. Estuve tentada de preguntar por qué el recuerdo traía una especie de mirada de pesar a su cara, pero decidí que debería posponer más aquellas cuestiones, ya que sólo tenía un tiempo limitado en el cual poner mi plan en marcha.

—Las historias del señor Haggard —expliqué— son pura fantasía y no pretenden ser nada más. Por muy racional que sea la mente, y la mía es extremadamente racional, requiere períodos de descanso,

cuando los vientos insustanciales de la fantasía pueden agitar las quietas aguas del pensamiento y estimular aquellas suaves y más espirituales meditaciones sin las cuales ningún individuo puede dar lo mejor de sí. Esas así llamadas historias de detectives, por otra parte, pretenden exhibir estrictamente las cualidades intelectuales. De hecho, no hace bajo ningún concepto, por lo poco que he leído, que el detective llegue a sus soluciones por medio del inexorable progreso del verdadero razonamiento, sino por descabelladas conjeturas que resultan ser correctas sólo por la construcción de las tramas por el autor.

El ensimismado murmullo de Enid probó que yo había perdido su atención; y ya que los libros habían sido sólo el pretexto para mi visita, estuve bastante contenta de cambiar de tema a uno que podría parecer —como yo confiaba que sería— incluso más frívolo que aquel de la literatura, pero el cual estaba, de hecho, en la raíz de mi plan.

Empecé a contarle cuánto había admirado su vestido de tarde gris-verdoso, y a preguntarle dónde lo había obtenido. Emerson había sido escuchado asegurar que la discusión sobre moda distraería a cualquier mujer de cualquier otro asunto, incluyendo su propio e inminente fallecimiento. Sin suscribir esta exagerada valoración, estoy obligada a admitir que hay cierta verdad en él y se probó con la respuesta de Enid. Discutimos sobre casas de modas y tejidos y el horroroso coste de la costura, y entonces me acerqué a mi propósito sutilmente.

—El traje que vestía el día que llego me intrigó bastante —dije.

—Oh, pero eso es la última moda —explicó Enid—. Se llama vestido de ciclista. ¿No ha oído hablar de él? Estaba segura de que lo había hecho, ya que su propio vestido es similar en diseño... aunque no en color.

—Oh, sí, bastante, intento mantenerme *au courant* con los últimos estilos, aunque aquí lo práctico se valora más que la belleza. Eso es lo que me sorprendió... que una joven dama a la moda incluyera tal indumentaria en su equipaje de viaje.

—No soy tan frívola como mi reciente conducta puede haberle dejado creer —dijo Enid con una sonrisa irónica—. Di por supuesto que botas y faldas cortas serían útiles para explorar ruinas y descender a tumbas. Y desde luego que lo son, aunque no en el

sentido que había esperado. Cuando me desperté de mi sueño o desmayo aquella espantosa mañana, mi primera idea fue escapar. Sabía lo que la gente estaba diciendo. Sabía lo que la policía creería si me encontraban con el cuerpo muerto de mi supuesto amante. Para empeorar las cosas, habíamos reñido la tarde anterior, y varios empleados del hotel podían testificar ese hecho.

Yo habría intentado indagar los detalles de la trayectoria de Enid en otro momento. Ahora ella me los estaba confesando voluntariamente, sin el firme interrogatorio que yo había pensado que sería necesario. El momento no era el que yo hubiera elegido, pero temí perder su confianza si le daba largas, así que me acomodé, con un grado de interés que el Lector bien puede imaginar, a escuchar su historia.

Ella continuó con un tono abstraído, como si estuviera hablando consigo misma y exorcizando la ansiedad de aquella espantosa experiencia al revivirla en la memoria.

—Encuentro difícil de creer que pude haber actuado tan rápida y fríamente. La conmoción, se me ha dicho, tiene algunas veces ese efecto; me vestí, seleccioné un vestido apropiado para los apuros físicos que esperaba tendría que resistir. Tenía la ventaja adicional de ser uno que no había vestido antes, de manera que no sería reconocida. Deje mi habitación por medio del balcón del exterior de mi ventana, descendiendo por una fuerte enredadera que había entrelazada en el muro. Unos pocos turistas se habían reunido ante el hotel, aunque apenas estaba amaneciendo. Tomé un carruaje, le dije que me llevara a Mena House, puesto que algunos de los otros iban a Giza. Para cuando alcancé el hotel, la reacción había empezado, estaba enferma y temblando y no tenía idea de qué hacer a continuación. Sabía que no podía continuar sin ser descubierta mucho más, ya que una mujer sin acompañante provocaría preguntas... y algo peor.

»Estaba tomando el desayuno en el comedor cuando un caballero me preguntó si era una de las arqueólogas que trabajaban en la zona. Eso me dio la idea, y también me recordó su carta. No tenía a nadie más a quien recurrir y decidí dirigirme a usted. Fue un caso de desesperación.

—No del todo. Fue una decisión sensata. ¿Pero cómo se las arregló para no ser descubierta aquella noche y durante todo el día

siguiente?

—No fue fácil. Dado que, como usted sabe, los emplazamientos arqueológicos están infestados de guías, pordioseros, y similares, que lo siguen a uno como nubes de moscas. Al final me di cuenta de que las únicas personas que pasan desapercibidas son las mujeres árabes de las clases más pobres. Adquirí una túnica de una de ellas, la adopté en la privacidad de una tumba no ocupada, y empecé a caminar. Nadie me prestó la más mínima atención, y pasé la noche acurrucada en una grieta en la roca en algún lugar entre aquí y Sakkara. No puedo decir que durmiera muy bien... Cuando llegué aquí la tarde siguiente estaba al borde del colapso. Sólo tuve la fuerza suficiente para quitarme mi disfraz y ocultarlo, con los pocos y pequeños objetos que había llevado conmigo, antes de darme a conocer a usted y el profesor.

—Bien —dije juiciosamente— permítame decirle, Enid, que demostró una tenacidad e inventiva que dicen mucho a su favor. ¿Entiendo que el abrigo de su vestido de ciclista estaba entre los objetos que escondió?

—Sí. La idea de disfrazarme como una dama arqueóloga estaba todavía en mi mente cuando, desde el escondrijo, la vi hablando con el profesor. Intenté ajustar mi vestido para igualar el suyo. Usted no estaba usando abrigo, así que me quité el mío. Y había decidido intentar engañarla a usted también...

—No necesita disculparse, querida. Yo habría hecho lo mismo. Haría mejor en recuperar sus pertenencias para usted. ¿Puede describirme el lugar donde las escondió?

Así lo hizo, con tal precisión que me sentí segura de poder encontrar el lugar.

—Pensaba recogerlas la pasada noche —continuó—. Pero cuando levanté los faldones de la tienda, el desierto era tan frío y sobrecogedor... Y escuché ruidos extraños, Amelia... tenues gritos y quejidos...

—Chacales, Enid. Chacales. Sin embargo —añadí con aire pensativo— debe prometerme que no dejará la tienda por la noche, sea lo que sea lo que pueda escuchar.

Cuando la dejé, me llevé la falda de su vestido de ciclista, explicándole que la haría limpiar y cepillar. Emerson todavía estaba dibujando planos con tenacidad. Había una gran salpicadura de

tinta en la pared, así que deduje que había encontrado un tropiezo y lo había atravesado, como siempre hacía, arrojando su pluma a través de la habitación.

Dije en tono alentador

—Persevera, Emerson; persevera, querido.

Luego subí las escaleras hasta la azotea.

Tras la protección de la pantalla me cambié por la falda pantalón de Enid, y me quité mi cinturón. Me costó una punzada dejarlo detrás con sus útiles herramientas, y abandonar mi parasol; pero sabía que nunca podría ser confundida con otra mientras las llevara. Después me puse lentes tintadas y me sujeté un casco blanco en la cabeza, había hecho todo lo que podía para completar el parecido. Mejor que pasar a través del salón y provocar las preguntas de Emerson, descendí de la azotea por medio de los agujeros y grietas de la pared.

Aunque el sol se estaba poniendo, el pueblo ya estaba dormitando en la somnolencia de la siesta de la tarde. Crucé los brazos despreocupadamente sobre el pecho, las dimensiones de esta región eran la diferencia más obvia entre la figura de Enid y la mía, e imité su andar más lento y oscilante.

No había recorrido más de cien metros desde el campamento antes de que sintiera unos ojos vigilándome. No se movía nada en el accidentado espacio del desierto que se derramaba por delante, no se veía ninguna criatura viva, salvo los eternos buitres girando en lentos y gráciles círculos en el cielo. Aún así yo sabía que estaba siendo observada... lo sabía con el seguro instinto descrito tan bien por el señor Haggard y otros escritores de ficción. Es un sentido desarrollado por aquellos que son siempre objeto de caza por sus enemigos, y desde luego nadie ha sido más perseguida que yo.

Andaba con un paso regular, pero los cabellos de mi nuca estaban erizándose. (Emerson probablemente habría afirmado que la sensación se debía a la transpiración, y admito que el casco blanco era condenadamente caliente. Sin embargo, Emerson habría estado equivocado.) La sensación de unos ojos fijos y observadores se incrementó hasta que no pude resistir más el suspense y me giré en redondo.

La gata Bastet se sentó y me devolvió la mirada con una de amistoso interés.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

Naturalmente ella no replicó. Continué

—Vuelve a la casa ahora mismo, si te complace.

Ella continuó mirándome, así que le repetí la solicitud en árabe, después de lo cual la gata se levantó de una manera relajada, apoyó la pata trasera a su oreja, y se marchó.

El picor en la parte de atrás de mi cuello no disminuyó mientras seguía adelante. Aunque barrí el terreno con ojos atentos, volviéndome de vez en cuando para mirar detrás de mi, no vi forma viviente. Bastet había abandonado su caza, no habían sido sus ojos lo que había sentido fijos sobre mí. Como le había dicho a Emerson, estaba segura de que Sethos nos había tenido y nos tenía bajo constante observación. Estaba segura de que golpearía de nuevo, que había seleccionado a Enid como cabeza de turco para su repugnante crimen y se esforzaría por entregársela a la policía... estaba igualmente segura de eso. Animada y estimulada por la confirmación de mis sospechas, en la forma de aquella significativa y hormigueante sensación, seguí mi camino.

No fue difícil encontrar el lugar donde Enid había ocultado sus pertenencias. No las había enterrado profundamente, y de hecho un pliegue de tejido negro sobresalía de la arena como una bandera negra.

Cavé en la parcela, echando furtivos vistazos alrededor mientras pensaba lo que Enid debería hacer bajo aquellas circunstancias, y esperando al asaltante que esperaba hiciera su próximo movimiento sin demora. Había muchos lugares cercanos donde tal persona podría estar oculta, puesto que, como creo haber mencionado, la rocosa meseta estaba marcada por innumerables crestas y grietas.

Nada ocurrió, sin embargo. Continuando con mi papel, recogí el fardo en mis brazos y volví con él a la tienda de Enid, donde pude examinarlo con tiempo.

Los desgastados *tob* y *burka* eran de la peor calidad, y lamentablemente usados... usados continua y frecuentemente, a juzgar por el olor que los impregnaba. Deberían haber sido lavados —hervidos de hecho— antes de poder ser usados de nuevo, pero puse las ropas a un lado. Una nunca sabía cuándo podría ser útil un disfraz.

La túnica había sido enrollada alrededor de una pequeña bolsa

de mano dentro de la cual había una penosa colección de cachivaches, obviamente agarrados al azar en el pánico de aquella horrorosa mañana. Una pequeña caja de polvos perlados, un bote de pintura de labios, una brocha de mango de marfil y un elegante pañuelo eran los objetos que ella habría tenido ya en el bolso. Apelotonadas arriba había unas pocas piezas de joyería, incluyendo un reloj de oro y un guardapelo del mismo material precioso, adornados con perlas. El objeto más interesante, sin embargo, era un gran fajo de billetes de banco. El total estaría sobre las quinientas libras.

La chica había sido descrita como una heredera, y los nombres de los modistos que había mencionado confirmaban la suposición de que tenía abundante riqueza a su disposición. Con todo era un asombroso montón de dinero para que una joven mujer lo llevara encima. Pensativamente devolví el dinero y el reloj al bolso. Existían profundidades insondables en esta joven; podrían o no tener que ver en su presente dilema, pero yo estaba determinada a averiguar los hechos de manera que pudiera decidir por mi misma.

A tal fin me permití otra violación de la propiedad. Abrí el relicario.

Fue con una sensación de inevitabilidad que vi un rostro familiar encerrado allí. El marco del relicario cortaba la parte de abajo del mentón, y el color del cabello estaba reducido a un soberbio gris. Conocía el color, sin embargo, así como conocía los rasgos.

¿Era aquella la fotografía de Nemo, o del otro hombre que se le parecía tanto? ¿Era uno, ambos, el primo de Enid, Roland? Y si uno era Roland ¿cuál? ¿Y quien, cualquiera de los dos, era Sethos?

Confieso que por un momento mis pensamientos giraron como un remolino. Pero ¿estaba distraída de mi propósito por esta alarmante novedad? ¡Nunca lo crea, Lector! Me colgué el relicario alrededor del cuello. Sacudí el abrigo de Enid, el que había sido enrollado alrededor del bolso. Me estaba bastante ceñido alrededor del pecho... de hecho, los botones no abrocharían. Esto era bueno, sin embargo, ya que yo quería que el relicario fuera visto.

Acomodándome en la cima de un promontorio algo distante de las tiendas, me dispuse a esperar. No tenía la seguridad de que algo interesante ocurriera aquel día, pero antes o después mis esfuerzos darían fruto. Nada escapaba a la atención de aquél desconocido

genio del crimen, él debía saber de la presencia de Enid en Dahshoor. No le habría engañado su mascarada más de lo que me había engañado a mí. Todo llega a quién espera, como dice el refrán, y yo no tenía duda de que aquel asalto y o secuestro llegaría a mí.

Me sentía horriblemente desnuda sin mi cinturón y mi parasol. No obstante, la presión de mi pistola en el bolsillo de los pantalones era tranquilizadora, aunque incómoda. Una vez pensé que había visto moverse algo, junto a una roca situada a alguna distancia, y con la esperanza muy alta en mi corazón, deliberadamente le di la espalda. Pero nadie vino.

No estaba aburrida. Una mente activa nunca puede estar aburrida, y yo tenía un gran asunto sobre el que pensar. Entre meditar sobre la posible localización de la entrada de mi pirámide y mis planes para lavar la túnica de Nemo (y a Nemo) aquella tarde, consideraba los medios para mantener a Enid segura aquella noche. Me vi forzada a admitir que mi plan inicial, tener a Enid durmiendo en una tienda cercana a la nuestra, no era satisfactorio. Había omitido considerar el hecho de que mi obligación marital (lo cual es también, déjenme apresurarme a añadirlo, mi placer) me distraería hasta un grado que sería incapaz de escuchar, mucho menos prevenir, que se produjera un ataque sobre la persona de la chica. Al final concluí que sería mejor para Enid quedarse en la casa aquella noche. Una carabina adecuada, aunque importante, tenía que ceder en este caso a temas más vitales, tales como la supervivencia de Enid, y Emerson y mi felicidad conyugal.

Mientras el sol bajaba por el oeste, los cambios de luz a lo largo de las inclinadas caras de la pirámide producían fascinantes cambios estéticos, y me encontré reflexionando sobre el monarca muerto hacía mucho cuyos restos momificados habían descansado una vez en la ahora desolada cámara de enterramiento. Con aquella pompa y circunstancia había sido llevado a su tumba; ¡con aquel brillo de oro y resplandor de piedras preciosas había sido adornada su petrificada forma! Una progresión natural de ideas me llevó a recodar a otro Faraón... aquel cuyo nombre había sido tomado por el terrible hombre a cuyos emisarios esperaba incluso ahora. La tumba del gran Sethos, Faraón de Egipto, yacía más al sur en el Valle de los Reyes en Thebas. Había sido descubierta en 1817 y

estaba aún entre las más destacadas atracciones del área. Las magnificas esculturas y pinturas de la más espléndida de todas las tumbas reales sugerían que el equipamiento funerario de Sethos debía haber excedido a todos los otros; ¡ay de la vanidad humana! Miles de años atrás, el monarca había sido despojado de sus tesoros y sus restos mortales habían sido ignominiosamente introducidos en un humilde agujero en las colinas, con otros de sus iguales, para salvarlos de la destrucción. El alijo de momias reales había sido encontrado unos pocos años antes, y los restos ahora descansaban en El Cairo, donde yo los había visto. Los marchitos rasgos de Sethos aún retenían el sello de la realeza y el orgullo de la raza. En su día fue un líder de hombres y un individuo extraordinariamente bien parecido... como su hijo Ramsés, un león en un valle de cabras. Me pregunté si el Sethos de los días actuales había contemplado siquiera los rasgos encogidos y todavía nobles de su antiguo homónimo. ¿Fue aquella momia lo que le había empujado a seleccionar su nombre de guerra? No demasiado rocambolesca esa idea para un hombre que ya había demostrado una imaginación poética y considerable capacidad intelectual. Yo sentía por él una cierta afinidad renuente, ya que tengo las mismas cualidades.

Las sombras alargadas me recordaron que la tarde casi había pasado y que Emerson estaría queriendo su té. Decidí esperar cinco minutos más, y cambié mi posición hasta que encaré el nordeste. Podía ver el verde de los campos cultivados y los árboles que medio ocultaban el minarete de la mezquita del pueblo. Una bruma de humo desde los fuegos para cocinar colgaba sobre el pueblo como una neblina gris.

Un ruidoso estrépito detrás de mí me hizo ponerme de pie. Girándome, vi una nube de polvo y arena levantándose desde la base de la pirámide pequeña. Aparentemente nuestras excavaciones de aquella tarde habían debilitado la piedra que se desmoronaba, y la cara norte se había hundido.

Afortunadamente no había ocurrido cuando nuestros hombres estaban trabajando debajo. Ese fue mi primer pensamiento. Mi siguiente reacción fue de excitación. Con seguridad había algo visible en la cara norte que no había visto antes... un cuadrado de sombra demasiado regular para ser algo más que hecho por el hombre. ¿Había revelado la entrada oculta el fortuito accidente?

Olvidando mis deberes detectivescos y mis responsabilidades maritales, empecé a bajar la ladera con entusiasmo. En la oleada de fiebre arqueológica había olvidado mi razón para estar allí. Un rebaño de antílopes podría haber bajado sobre mí sin que los advirtiera.

La persona que me atacó no hizo el más mínimo ruido. No fui consciente de su presencia hasta que un brazo, nervudo como cuero trenzado, me levantó del suelo. Un trapo doblado, desprendiendo un olor que hizo que mis sentidos dieran vueltas, fue presionado contra mi cara. Luché por sacar mi pistola del bolsillo. Podía sentirla contra mi cuerpo, pero no pude alcanzar la maldita cosa. El voluminoso tamaño de los pantalones frustró el intento. No obstante, Amelia P. Emerson no deja de luchar hasta que entra en coma, y continué hurgando en los interminables pliegues de terciopelo marrón, aunque mis ojos estaban empañándose y mis dedos estaban entumecidos.

Capítulo 8

De repente hubo una violenta agitación. Me encontré sobre manos y rodillas, mirando vertiginosamente lo que parecían ser veinte o treinta pies bailando enérgicamente alrededor mío. Unas cuantas inhalaciones de bendito oxígeno aclararon mi cerebro; los pies se redujeron a cuatro.

Cuando gané la suficiente fuerza para sentarme, los combatientes se estrecharon en un apretado abrazo. En sus sueltos trajes se parecían absurdamente a dos damas realizando el ritual social dictado por la cortesía. Sólo las miradas de atormentada agonía en sus rostros delataban la ferocidad de la lucha. Uno de ellos era Nemo. Su turbante había sido arrancado, y su cabeza desnuda ardía ante los rayos del sol poniente. El otro era un hombre al que nunca había visto antes. La oscuridad de su cutis sugería que era oriundo del sur de Egipto.

En una frenética ráfaga de telas los hombres se apartaron. Ninguno sostenía un arma. La mano del egipcio se movió en un borroso y desconcertante movimiento. Nemo gruñó y se tambaleó hacia atrás, sus manos presionaron su vientre. Era un golpe terrible; pero mi defensor no fue desalentado. Recuperándose, derribó a su oponente con un hábil gancho a la mandíbula, y cayó sobre él.

Fue horrible contemplar la lucha. Sólo puedo perdonar mi vacilante demora indicando que los vapores del narcótico todavía nublaban mi mente, y que aún intentaba encontrar mi bolsillo. Cuando lo hice, Nemo definitivamente necesitaba ayuda. Su atacante tenía ambas manos sobre la garganta de este, y su rostro se volvía negro.

Con mi nerviosismo me olvidé de mí misma, y grité una frase

que había aprendido de un amigo americano:

—¡Manos arriba, indeseable! —Dudo que el sinvergüenza entendiera, pero el tono de mi voz fue lo suficientemente vehemente para llamar su atención, y cuando captó la visión de la pistola que yo sostenía tuve el efecto deseado.

Lentamente se levantó de la forma postrada de Nemo. La furia de la batalla se había desvanecido de su rostro, para ser sustituida por una mirada de tranquila resignación, tan falta de carácter como la máscara de cartonaje de una momia. No había nada distintivo en sus facciones o túnica descolorida; ellas eran similares a las de miles de sus compatriotas.

Nemo se giró y tambaleante se puso de pie. Jadeaba sonoramente, en contraste con su oponente, cuyo pecho estaba tan calmado como el de un hombre orando. Marcas blancas que muy pronto se volverían contusiones marcaban el rostro de Nemo, y una mancha brillante en su manga rasgada me dijo que la violencia de la lucha había vuelto a abrir su herida. Se me acercó de refilón, girándose para mantenerse fuera de la línea de fuego.

—Espléndida, señora E., espléndida —jadeó él—. ¿Por qué no me da la pistola ahora?

—¿Y arriesgarnos a que este compañero escape mientras hacemos el intercambio? No, señor Nemo. Puede cuestionar mi buena voluntad para dispararle a un ser humano y mi habilidad para darle si es que lo hiciera, pero apostaré a que él no tiene dudas. ¿Ahora me reconoces, no es así, amigo mío? Cometiste un error. No soy la dama por la que me tomaste, sino sitt Hakim, la esposa del gran mago Emerson, el Padre de Maldiciones y no menos peligrosa para los malhechores que el mismo Emerson. Mi ojo es tan agudo como el de esos buitres en las alturas y como ellos acecho esperando a los criminales.

Por supuesto, me había dirigido al hombre en árabe. Es una lengua que se presta a vanagloriosos auto aplausos, lo cual en efecto es el estilo que los egipcios admiran. El pequeño discurso tuvo efecto. En la misma lengua el hombre dijo suavemente:

—Te reconozco, sitt.

—Entonces sabes que no dudaré en usar esta arma, no para matar, sólo herir. Quiero que vivas, amigo mío, que vivas y hables para nosotros. —Incapaz de controlar mi entusiasmo más tiempo,

añadí en inglés—: Buen Dios, Nemo, ¿te das cuentas quién es este hombre? Es el primer compinche del Maestro Criminal al que he logrado capturar. A través de él podremos alcanzar a su pavoroso maestro. Acércate a él, con cuidado por favor, y átale las manos con tu turbante. ¿Estás demasiado herido para hacer eso?

—No, por supuesto que no —dijo Nemo.

El hombre levantó la mano. Había tal dignidad en el gesto que esto detuvo a Nemo. El egipcio dijo quedamente:

—He fallado a mi amo. Sólo hay un destino para aquellos que le fallan; pero no siento vergüenza en perder ante sitt Hakim, quién no es una mera mujer, sino una que tiene el corazón de un hombre, tal como me habían dicho. Te saludo, sitt. —Y movió la mano desde el pecho a la ceja y luego a los labios, en el gesto respetuoso de su pueblo.

Estuve a punto de responder a ese elegante elogio cuando un cambio espantoso se produjo en la cara del hombre. Sus labios retorcieron en una horrible sonrisa; puso los ojos en blanco hasta sólo mostrar el blanco de los globos oculares. Sus manos volaron hacia su garganta. Cayó hacia atrás y quedó inmóvil.

Nemo se precipitó hacia él.

—No vale la pena —dije, bajando mi pistola—. Estaba muerto antes de golpear el suelo. Ácido prúsico, sospecho.

—Tiene razón. Se percibe el distintivo olor de las almendras amargas. —Nemo se enderezó, sus labios estaban blancos—. ¿Qué clase de gente son? Tomó el veneno en vez de...

—Déjese de cuestionar eso. ¡Maldición! Debería haber tomado medidas para atarle las manos inmediatamente. Bien, estaré preparada la próxima vez.

—¿La próxima vez? —Nemo levantó una mano temblorosa hasta su ceja. Su manga estaba empapada con sangre y dije, sacándome de mi disgusto:

—No es usted mismo, señor Nemo. La pérdida de sangre lo ha debilitado y debemos atender sus heridas sin demora.

Aturdido y agitado, Nemo permitió que le vendara el brazo con una tira rasgada del dobladillo de su túnica.

—Esto detendrá el sangrado —dije—. Pero la herida requiere ser limpiada y vendada. Volvamos a la casa inmediatamente.

—Que hay de... —Nemo gesticuló.

Miré al muerto. Parecía que sus ojos vacíos miraban atentamente la bóveda del cielo mientras oscurecía. Los buitres ya empezaban a reunirse.

—Gírelo —dije bruscamente.

Nemo cambió su mirada de mí a las aves que volaban en círculo. Silenciosamente hizo lo que le pedí.

Cuando regresamos, las puertas estaban abiertas y Abdullah nos esperaba de pie.

—Sitt —comenzó, tan pronto como estuvimos dentro del campo de audición—, Emerson ha estado preguntando...

—Me lo imagino. —Podía oír a Emerson andando por la casa hecho una furia, gritando mi nombre. Había cultivado la inocente esperanza de que aún estuviera absorto con su trabajo; pero ahora que ésta se había extinguido, nada quedaba salvo admitir al menos parte de la verdad.

—Hubo un accidente —le expliqué a Abdullah, quien contemplaba la manga sangrienta de Nemo—. Por favor toma a Ali o a Hassan y ve inmediatamente a la elevación detrás de las tiendas de campaña. Encontrarás un cadáver allí. Tráelo aquí.

Abdullah golpeteó la mano contra la ceja.

—No un muerto, sitt. No otro muerto... —Un parpadeo de renovada esperanza regresó a su afligida cara—. ¿Se está refiriendo a una momia, sitt? ¿Un muerto antiguo?

—Me temo que es uno muy fresco —confesé—. Deberías hacer una litera o algo de ese tipo para trasladarlo. Encárgate de eso, por favor; no puedo estar aquí parloteando contigo, ¿no ves que el señor Nemo necesita asistencia médica?

Abdullah se apartó anonadado, retorciéndose las manos y murmurando unas palabras inteligibles:

—Otro cadáver. Todos los años es lo mismo. Todos los años, otro cadáver...

—¿Debo entender que tiene el hábito de descubrir cadáveres? —preguntó Nemo.

Lo llevé hacia la casa.

—Claro que no, señor Nemo. No busco tales cosas; ellos me encuentran, por decirlo así. Ahora deje de hablarme, si puede. A Emerson no le va a gustar esto.

Antes de que alcanzáramos la puerta, Emerson llegó en un

estallido. Se detuvo en seco al vernos. La sangre huyó de su rostro.

—¡No otra vez! —gritó él—. Te advertí, Amelia...

—Sssh. —Llevé un dedo a mis labios—. No hay necesidad de hacer tal alboroto, Emerson. Alarmarás...

—¿Un alboroto? ¿Un alboroto? —La voz de Emerson se elevó hasta un tono que rara vez había oído, incluso de él—. ¿Qué demonios has estado haciendo? Desapareces durante horas, luego vuelves despeinada y llena de arena, acompañada por un puñetero...

—¡Emerson! ¡Esa lengua!

—Ese adjetivo

[2] debe interpretarse literalmente —explicó Emerson—. ¿Señor Nemo, debo entender que otra vez debo agradecerle el salvar a un miembro de mi familia de la fatalidad y la destrucción?

—Te lo explicaré todo, Emerson —dije dulcemente—. El señor Nemo en efecto merece tu agradecimiento, y la primera expresión de nuestra gratitud debería ser la atención de las heridas que valientemente ha obtenido a nuestro servicio. ¿Serías tan amable de traer mi equipo médico? Creo que actuaré al aire libre, donde la luz es mejor y donde él no manchará con sangre mis alfombras.

Silenciosa y siniestramente, Emerson hizo lo que le pedí y yo llevé Nemo a la parte trasera de la casa, donde había establecido un área primitiva pero eficiente de abluciones. Era incluso posible bañarse detrás de un modesto arreglo de mamparas tejidas, sobre una zanja que servía como desagüe para el agua. Emerson y Ramsés lo hacían diariamente, Emerson por su propia voluntad, Ramsés porque estaba obligado; pero ya que el ejercicio implicaba tener a un sirviente echándote jarras de agua desde arriba, no consideré conveniente para mí el emularlos.

Cuando Emerson se reunió conmigo, había persuadido a Nemo para que se deshiciera de su andrajosa túnica. Esta estaba más allá de la reparación, y le ordené a uno de los hombres, quienes se habían agrupado alrededor, que trajera una de las de él, prometiéndole, por supuesto, sustituirla. Bajo su traje Nemo usaba los habituales calzones de algodón, que le llegaban a las rodillas y que se aseguraban a la cintura con un cordón. El brillante rubor de vergüenza que se extendió hasta su pecho desnudo me aseguró que

no había perdido tanta sangre como me temía.

Me apresuré a tranquilizarlo.

—Le aseguro, señor Nemo, que la piel desnuda no es ninguna novedad para mí. He atendido muchas heridas y he visto muchos pechos desnudos... y no tiene nada de qué avergonzarse del suyo. De hecho, su desarrollo pectoral es completamente admirable.

Un gruñido me recordó la presencia de mi furioso cónyuge, y me apresuré a añadir:

—Aunque no tan admirable como el de Emerson. Ahora, Emerson, mientras trabajo te informaré del último acontecimiento...

Pero esa oferta tuvo que esperar. Por el anillo de curiosos espectadores irrumpió una ligera forma, con ojos salvajes y agitados. Nemo hizo un movimiento brusco como para girar, pero se detuvo.

Durante un momento ellos se encararon el uno al otro en un silencio lleno de emoción, sus rostros competían entre sí por su nívea palidez. Enid levantó una delicada mano hacia su garganta.

—Tú —jadeó ella—. Tú...

Dije bruscamente:

—Durante un momento no podemos entretenernos con ninguna noción de desmayo, Enid. No puedo ocuparme de ambos.

—¿Desmayo? —El rubor regresó al rostro femenino. Ella se precipitó adelante. Levantó la mano... ¡y golpeó a Nemo de lleno en la cara!—. ¡Puñetero idiota! —gritó.

Incluso yo me quedé desconcertada. Tal comportamiento y lenguaje impropio de una señorita me dejaron momentáneamente incapaz de hablar. Fue mi querido Emerson quien actuó como la ocasión lo merecía. Enid se dio la vuelta y corrió, con las manos sobre el rostro. Los hombres le cedieron el paso, pero no Emerson; su fuerte brazo se extendió y rodeó su cintura, levantándola limpiamente. Cuando ella colgó dentro de su abrazo, dio varios puntapiés y juró —lamento decir esto último—. Emerson comentó tranquilamente:

—Esto ha ido demasiado lejos. Me he resignado a ser el títere de esos vastos poderes impersonales que dirigen los destinos de la humanidad; pero que me maldigan si me rendiré a ser manipulado por meros mortales, y mantenido en la ignorancia incluso por la persona a la que creía unida a mí por lazos más fuertes que la fe y

el afecto, sin mencionar la confianza.

La elocuencia de su discurso, y sí, la justicia de su queja, ocasionó un desacostumbrado rubor en mis mejillas. Antes de que pudiera responder, Emerson continuó en una vena menos literaria.

—Siéntense —bramó él—. Usted también, señorita... —Y depositó a Enid en el taburete más cercano con un golpe que hizo que dos peinetas y varias horquillas volaran en el aire—. Nadie se mueve de aquí hasta que yo haya recibido un total informe de esta asombroso situación.

—Tienes toda la razón, Emerson —murmuré—. Y me sentaré, en verdad lo haré, en el instante en que termine de lavar...

—Puedes lavar sentada con la misma facilidad —tronó Emerson.

Me senté.

Apaciguado por este gesto de conformidad, Emerson bajó la voz a un nivel bastante soportable.

—Limita tus atenciones a la herida del muchacho, Amelia. Si el resto de él requiere lavado, podrá encargarse de esto por sí mismo.

—Oh, bien, Emerson. Yo sólo...

—Suficiente, Amelia. —Emerson dobló los brazos y nos contempló con un aire dominante. Los hombres se habían derrumbado sobre el suelo en el instante que Emerson dio su orden, y ahora formaban un auditorio fascinado, con las bocas entreabiertas y los ojos muy abiertos. Enid se aferró a los lados del taburete con ambas manos, como si esperara ser arrancada de él; Nemo se sentó con la cabeza inclinada, la marca de los dedos de la muchacha estaba impresa en carmesí en su mejilla.

—Ja —dijo Emerson, con satisfacción—. Esto está mejor. Ahora, señorita, empiece usted. Me dirijo a usted de esa forma aunque estoy seguro que su apellido no es Marshall.

No pude menos que admirar la perspicacia de mi esposo; ya que por su declaración admirablemente serena, desmentía el hecho, como yo creía firmemente incluso hasta ese día, de que él aún ignoraba su verdadera identidad. Sólo el más ligero parpadeo de sus pestañas traicionó su sorpresa cuando ella confesó quién era, y repitió la historia que me había confiado.

—Muy interesante —dijo Emerson—. Claro que la reconocí inmediatamente, señorita Debenham. Yo simplemente... er... me tomaba mi tiempo antes de desafiarla.

Él fijó su severa mirada en mí, donde estaba sentada junto al señor Nemo. Comencé a hablar, pero lo pensé mejor.

—Ja —dijo Emerson otra vez—. De cualquier forma, señorita Debenham, ha omitido algo muy interesante en su historia. Ha omitido, de hecho, todo lo importante. Supongo que conoce íntimamente al señor Nemo aquí presente, o no se habría dirigido a él tan informalmente. ¿Quién es él? ¿Cuál es su relación?

Nemo se puso de pie.

—Puedo contestar a esas y otras preguntas. Si puedo ahorrar a Enid.... a la señorita Debenham... esa vergüenza, al rememorar una historia repleta de...

—No importa la retórica —prorrumpió Emerson—. Soy un hombre paciente, pero hay límites para mi paciencia. ¿Cuál es su nombre por todos los demonios?

—Mi nombre es Donald Fraser.

Lo miré.

—¿Ronald Fraser?

—No, Donald Fraser.

—Pero Ronald Fraser...

La vibración en el hoyuelo de la barbilla de Emerson me advirtió que estaba a punto de rugir. Me detuve, así que Emerson, con una cortesía sumamente exquisita dijo:

—Estaría agradecido, señora Emerson, si se abstuviera de comentar de cualquier forma... absténgase de ser posible incluso de respirar en voz alta... hasta que este caballero haya terminado. Comience por el principio, señor Fraser, al menos por su apellido me siento seguro que lo es, y no se detenga hasta que haya llegado al final.

Conminado de esta forma, el joven comenzó la siguiente historia.

—Mi nombre es Donald Fraser. Ronald es mi hermano menor. Nuestra familia es antigua y honorable; nunca, hasta hace poco, existió una mancha de vergüenza oscureciendo el nombre de los Fraser...

—Humm —dijo Emerson escépticamente—. Permítame dudar eso. Él antiguo escocés fue un camarada sanguinario; ¿no existe alguna historia sobre un antepasado suyo sirviendo la cabeza cortada de un enemigo a la viuda del difunto en una cena?

Tosí suavemente. Emerson me echó un vistazo.

—Muy cierto, Amelia. No deseaba interrumpir. Prosiga, señor Donald Fraser.

—Esto no llevará tiempo, Profesor. La historia es demasiado conocida, me temo. —En un intento de despreocupación, el hombre intentó cruzarse de brazos, pero se estremeció y dejó que los miembros heridos retrocedieran. Durante un instante el rostro de la muchacha reflejó el dolor de Donald y ella hizo el amague de levantarse. Pero casi de inmediato se hundió otra vez en el taburete. Ajá, pensé, pero no hablé en voz alta.

Donald como le llamaré, a fin de evitar que continúe la confusión con su hermano, continuó.

—Siendo el mayor, era el heredero de la propiedad desde la muerte de nuestros padres hace unos años. Nuestra familia no era rica, pero gracias a la dirección prudente de mi padre, nos legaron lo suficiente para mantenernos en modesta holgura. Digo nosotros, porque moralmente, aunque no legalmente, la mitad de lo que yo había heredado era de Ronald.

»Mi padre había comprado una comisión para mí en... en un regimiento de... no hay ninguna necesidad, creo, de mencionar cual. Después de su muerte, mi hermano noblemente se ofreció a asumir la dirección de la propiedad de modo que yo pudiera continuar con mi carrera militar. Yo... incurrí en deudas. Permítame el favor de negarme a especificar su naturaleza; éstas eran... no eran de la clase que a alguien le gustaría mencionar, sobre todo ante...

Miró fijamente a Enid. Me sentí tan intrigada por el intercambio silencioso entre ellos como por ese discurso inconcluso. Ella nunca lo miró, él nunca posó los ojos en los de ella; y el aire entre ellos chisporroteó con emoción. Cuando su voz vaciló, ella se puso de pie. Sus mejillas ardían.

—¡Mientes! —gritó ella—. Despreciable, tontamente...

Emerson puso una de sus grandes manos bronceadas sobre su hombro y suave pero inexorablemente la devolvió a su asiento.

—Guarde silencio, señorita Debenham. Tendrá su oportunidad de objetar. Señor... termine su historia.

—No hay mucho más que decir —refunfuñó Donald—. El regimiento fue enviado a Egipto. Al necesitar fondos, falsifiqué una firma en una cuenta. Mi delito fue descubierto. La persona a quién

había intentado defraudar, un compañero oficial, fue generoso. Me dieron la opción de renunciar a mi comisión y... y desaparecer. Así lo hice. Es todo.

Llegó al final, pero tan repentinamente, que Emerson y yo nos quedamos mirando. Asumiendo que la prohibición de mi marido había dejado de tener efecto, exclamé:

—Caramba, señor Fraser, esa es una narración muy concisa. Creo, sin embargo, que puedo rellenar algunos detalles que usted ha omitido. Su hermano está en Egipto...

—Lo sé. Lo vi ayer.

—Supongo que vino para encontrarlo y extender la mano de un hermano con perdón y afecto.

La cabeza gacha de Nemo se hundió aún más. De Enid, quien se retorcía bajo la mano de Emerson, llegó una risa desdeñosa. Me di la vuelta hacia ella.

—¿Y usted, señorita Debenham, también vino aquí en una misión de piedad y redención, para salvar a su antiguo compañero de juegos?

—Vine a decirle lo que pensaba de él —gritó la muchacha. Se retorció liberándose del agarre de Emerson y se puso de pie de un salto—. ¡Es un tonto estúpido que se merece todo lo que le ha pasado!

—Sin duda —dijo Emerson, estudiándola con interés—. Pero si me disculpa, señorita Debenham, estoy decidido a seguir obstinadamente adelante, contra la oposición de todos los presentes, hasta entender algo de los hechos por sí mismos. ¿Es por esto cómo se vio involucrada con Kalenischeff? Porque le doy el crédito de suponer que tiene mejor gusto que trabar amistad con semejante villano por su propio bien.

—Tiene toda la razón —dijo Enid—. No había estado ni dos días en El Cairo antes de que Kalenischeff se me acercara. Me ofreció su ayuda, a un precio, por supuesto, para descubrir a Donald, quien, me aseguró Kalenischeff, se escabullía como un perro callejero apaleado y se escondía entre la baja escoria de El Cairo.

Donald se estremeció y se cubrió la cara con la mano. Enid continuó despiadadamente:

—No tenía ninguna esperanza de entrar en ese asqueroso ambiente o acercarme a sus habitantes. Kalenischeff me persuadió

que deberíamos pretender estar... estar interesados el uno en el otro a fin de ocultar mi verdadero objetivo y calmar a Donald y sus socios criminales...

—Fue bastante crédulo por su parte —dijo Emerson críticamente —. Pero no importa. ¿Interpreto de eso que no asesinó al bribón en un ataque de despecho o en defensa de su virtud? No, no, no pierda su temperamento; una simple negación de la cabeza bastará. Nunca creí que una mujer pudiera asestar tal golpe, penetrando los músculos del pecho y entrando en el corazón...

—¡Emerson, cómo puedes! —grité indignadamente—. Me dijiste...

—Entendiste mal —dijo Emerson, con tal sublime indiferencia a la verdad que me dejó muda por la indignación. Él agravó el insulto agregando—: Bien, bien, estamos en una situación confusa aquí, pero no es nada nuevo; y al menos la historia de estos dos jóvenes idiotas, mis disculpas jóvenes, acaba con tu teoría de que Sethos sea el responsable de la muerte de Kalenischeff. No hay ninguna prueba...

—Pero pronto las habrá —le aseguré—. Abdullah y Hassan están trayendo el cuerpo de uno de los secuaces del Maestro Criminal, muerto por su propia mano después de haberle fallado a su terrible maestro en su tarea de secuestrarme. Es decir, él no sabía que yo estaba disfrazada como Enid, y él...

—¿Estabas disfrazada —repitió Emerson lentamente—, como la señorita Debenham?

Me expliqué. Emerson escuchó sin interrumpir una sola vez. Entonces se giró hacia a Nemo... o Donald, como debo llamarlo.

—¿Usted, señor, estuvo presente, cuando estos notables acontecimientos ocurrieron?

—¿Emerson, dudas de mi palabra? —exigí.

—En absoluto, Amelia. La única cosa de la que dudo es de qué alguien pudiera confundirte con la señorita Debenham.

—Donald lo hizo —declaré triunfalmente—. ¿No es verdad, Donald? Usted me siguió, creyendo que era Enid. Sin duda trataba de encontrar el coraje suficiente para revelarse.

Pero lo inviable de esta suposición fue aparente tan pronto como la expresé, ya que Nemo había permanecido oculto durante una hora y media sin dar a conocer su presencia. El profundo rubor de

la vergüenza que tiñó sus viriles mejillas traicionó su verdadero motivo. Él la amaba... sin esperanzas, profunda, desesperadamente, y su única alegría era adorar su delicada forma (o la que él creía que era la de ella) desde lejos.

Discretamente cambié de tema.

—Las pruebas llegarán pronto, Emerson. Creo oír a Abdullah acercándose.

En efecto era Abdullah, con Hassan cerca de sus talones.

—¿Dónde has puesto el cuerpo? —pregunté.

Abdullah sacudió la cabeza.

—No había ningún cuerpo, sitt. Encontramos el punto que describió; había señales de lucha, y manchas de sangre sobre la tierra. Buscamos minuciosamente y en una amplia zona, pensando que el hombre podría haberse recuperado y alejado lentamente...

—¿Recuperarse de la muerte? —exclamé—. ¿Abdullah, crees que no conozco a un cadáver cuándo lo veo?

—No, sitt. Pero muerto o vivo, se ha ido. Sin duda estaba muerto, como usted dice, ya que oímos a su fantasma gritando con una voz alta y aguda, como hacen los espíritus.

Hassan cabeceó en enfática confirmación.

—Nos escapamos entonces, sitt, ya que no queríamos que el muerto nos confundiera con sus asesinos.

—Ah, buen Dios —dije con molestia—. No era un fantasma lo que oísteis, hombres tontos. Esas cosas no existen. Debe haber sido un ave, o un... o un...

—No importa, Peabody, haré mi exorcismo habitual —dijo Emerson. El uso de ese nombre en vez de «Amelia» me indicó que estaba olvidando su molestia conmigo ante la agradable anticipación de la teatral interpretación a la que se había referido. A menudo habían visitado a Emerson para que realizara exorcismos. Egipto, en opinión de sus ciudadanos, es un país particularmente invadido por demonios. Él tiene una auténtica reputación como mago y está merecidamente orgulloso de ello.

—Emerson —dije, interrumpiendo su descripción de cómo pensaba realizar el ritual—. ¿Emerson... dónde está Ramsés?

Buscamos en la habitación de Ramsés, puramente como cuestión de forma; yo sabía, como lo hacía Emerson, que si él hubiera estado en alguna parte de esta, habría venido a ver cuál era el escándalo,

hablando e interrumpiendo, haciendo preguntas y comentarios...

Fuimos en masa a la Pirámide Inclinada. Emerson pronto nos superó, pero Donald no estaba lejos de él. La apariencia del hombre de demacrada culpa fue tan conmovedora que no tuve corazón de reprocharle el haber descuidado su deber. El amor, como filosóficamente creo, tiene un efecto corrosivo en el cerebro y los órganos de responsabilidad moral.

Ya que no había mencionado a Emerson el colapso de la pirámide subsidiaria, no tenía ni idea de dónde comenzar a mirar; cuando llegué a la escena él se precipitaba como un perro tras un rastro y hacía que la noche fuera espantosa con sus estentóreas repeticiones del nombre de Ramsés.

—Guarda silencio un momento —pedí—. ¿Cómo puedes oír su respuesta si sigues gritando?

Emerson asintió. Entonces se dio la vuelta como un tigre hacia el pobre Abdullah y lo agarró por el cuello de su túnica.

—¿Desde qué dirección oíste que venían los gritos?

Abdullah gesticuló inútilmente y giró los ojos, encontrando que hablar le era imposible debido al estrangulamiento de la tela alrededor de su garganta.

—Si me perdonas, Emerson, esa fue una pregunta tonta —dije—. Sabes cuán difícil es determinar el origen de un grito débil en esta región estéril. Tengo, creo, información más pertinente que explicaré tan pronto como estés lo suficientemente tranquilo para oírla. Mira allí, Emerson. Mira la pequeña pirámide.

Un vistazo era todo lo que ese ojo entrenado requería. Su mano cayó lasa de la garganta de nuestro fiel reis a causa del horror; sus ojos se movieron con temor y deliberación a la vez sobre los nuevos escombros caídos en la base de la pequeña estructura. Nadie sabía mejor que él los peligros de un ataque descuidado contra la inestable masa.

Fue el joven Selim quien emitió un grito angustioso y se arrojó sobre los escombros, donde comenzó a cavar frenéticamente. Emerson esquivó una lluvia perfecta de piedras rotas y levantó a Selim por el pescuezo.

—Así no, mi muchacho —dijo él con voz amable—. Tirarás el resto de los escombros sobre tu cabeza si no tienes cuidado.

Al contrario de la opinión popular, los árabes son personas muy

tiernas y no sienten vergüenza al demostrar emoción. El rostro de Selim estaba mojado por las lágrimas, que se mezclaban penosamente con la arena formando una máscara fangosa. Le acaricié en el hombro y le ofrecí mi pañuelo.

—No creo que esté allí abajo, Selim —dije—. Emerson, llama otra vez. Sólo una vez, querido y luego espera una respuesta.

Apenas los ecos del conmovedor grito de Emerson habían muerto en el silencio cuando hubo una respuesta, alta, débil y lejana, bastante fácil de confundir por personas supersticiosas con el llorar de un espíritu perdido. Abdullah comenzó.

—Eso era, o Padre de Maldiciones. ¡Esa fue la voz que oímos!

—Ramsés —dije, suspirando—. Ha encontrado la entrada, maldición... quiero decir, bendito. ¿Emerson, ves esa sombra a tres metros y medio sobre los escombros y ligeramente a la derecha desde el centro?

Una breve y, según mi criterio, racional discusión de la situación llegó a la conclusión de que la apertura en efecto podría ser la entrada oculta durante tanto tiempo, y que sería posible que la alcanzáramos si mostrábamos una cantidad razonable de cuidado. Emerson siguió interrumpiéndome con gritos de «¡Ramsés!» y Ramsés siguió contestando, con ese gemido extraño. Finalmente acabé con el procedimiento recordándole a Emerson que los gritos consumían oxígeno, un elemento que a Ramsés en efecto podría escasearle, si en efecto, como cualquiera podría asumir, estaba encerrado en un lugar del que nadie lo apartaría sin ayuda. Emerson inmediatamente guardó silencio, y debo decir que encontré mucho más fácil reflexionar sin sus bramidos.

Como las pirámides de piedra más grandes, esta versión más pequeña había sido construida con bloques que ascendían como una gigantesca escalera de cuatro peldaños. Sin embargo, esta estructura, como habíamos comprobado, era mucho menos estable que la de su vecina; sería necesario subir con extrema precaución, probando cada bloque antes de asentar todo el peso de una persona sobre este. Emerson insistió en mostrarnos el camino. Como él correcta (pero tristemente, en mi opinión) había indicado, si el bloque no sostenía su peso, yo sabría que no era seguro andar sobre ese.

Por fin alcanzamos el nivel de la apertura y descubrimos que en

efecto era la entrada —o, al menos, una entrada— al interior. Sólo la oscuridad se mostraba desde el interior. Emerson respiró hondo. Lo detuve con un suave recordatorio.

—Incluso las vibraciones de un grito fuerte...

—Humm —dijo Emerson—. En verdad, Peabody. ¿Crees qué está allí?

—Estoy segura.

—Entonces entro.

Pero no pudo. La estrecha apertura no admitiría la anchura de sus hombros, los retorciera o girara como pudiera. Esperé hasta que él estuvo exhausto antes de mencionar lo obvio.

—Mi turno, Emerson.

—Bah —dijo Emerson; pero no dijo más. Una exclamación de angustia llegó del otro cuarto. Donald nos había seguido; había observado la habilidad con la que se movía por la superficie desigual, y deduje que debía haber hecho un poco de montañismo. Ahora él dijo suavemente:

—Profesor, seguramente no tendrá intención de permitirle...

—¿Permitirle? —repitió Emerson—. Nunca permito que la señora Emerson haga algo, muchacho. De vez en cuando intento impedir que realice sus suposiciones más irreflexivas, pero nunca he tenido éxito en hacer algo semejante.

—Soy más estrecho de hombros que usted —insistió Donald—. Seguramente soy el único...

—Tonterías —dijo Emerson bruscamente—. No tiene ninguna experiencia. La señora Emerson tiene afinidad con las pirámides.

Mientras ellos hablaban del asunto, me quité el abrigo y encendí una vela. Después de descubrir que Ramsés no estaba en su cuarto (y antes de dejar la casa) me había lanzado a la azotea para recuperar mi cinturón y mi parasol. Éste último tuve que dejarlo necesariamente en el suelo, pero el cinturón y sus equipos habían demostrado otra vez su utilidad.

—A bientot

[3], Emerson —dije, y metí primero la cabeza en el agujero.

No hubo ninguna respuesta, pero una caricia subrepticia sobre la parte de mi cuerpo aún expuesto era pruebas suficientes de sus emociones.

Me encontré en un callejón estrecho delineado con piedra. Era suficiente alto para mantenerme erguida, pero en vista del ángulo escarpado en el que este descendía consideré mejor seguir a rastras. No había ido lejos antes de divisar algo extraño. La oscuridad delante estaba interrumpida por un remiendo irregular de brillo. La luz se incrementó cuando me moví lentamente hacia adelante, y encontré que se filtraba por un estrecho agujero producto de un enorme deslizamiento de piedra y ladrillo que había bloqueado el paso. Con cautela asumí una posición recta y coloqué mi ojo en el agujero.

Sentado en un gran bloque de piedra, con la espalda contra la pared del pasaje, estaba Ramsés. Había pegado una vela en la piedra con su propia grasa, y estaba garabateando afanosamente en una libreta. Aunque sabía que debía haber oído mi involuntario jadeo de alivio al descubrirlo ileso, no dejó de escribir hasta que terminó la oración y hubo colocado un enfático punto con su pluma. Entonces alzó la vista.

—Buenas noches, mamá. ¿Papá está contigo, o has venido sola?

No, querido lector, la interrupción de la narración en este punto no es un intento por proteger sus oídos (u ojos) de las palabras que le dije a mi hijo. No osé gritarle por miedo a perturbar el delicado equilibrio de las piedras que me rodeaban. De hecho, fue Ramsés quien habló, describiendo con detalle cansino el método con el que deberíamos remover los escombros caídos a fin de liberarlo. Incluso cuando me marché. Mi cabeza apenas había surgido por la entrada cuando fui alzada por Emerson. Entre una lluvia de besos en mi cara, más o menos al azar, me hizo varias preguntas que no pude oír debido al hecho de que sus manos cubrían mis oídos.

Me sentí complacida, y sorprendida; las demostraciones de afecto de Emerson, aunque exultantes en privado, no se muestran frecuentemente frente a un auditorio. Y en efecto, si él hubiera visto la sonrisa de Donald Fraser, habría desistido de inmediato.

Habiendo solucionado el problema auditivo, expliqué la situación.

—No pude mover las piedras, Emerson; son demasiado pesadas para mí. Creo que tendremos que aprovechar la oferta del señor Fraser después de todo.

—¿Está Ramsés bien? ¿Mi querido muchacho está herido? —

preguntó Emerson ansiosamente.

—Está trabajando en un manuscrito que presumo debe ser su gramática egipcia —contesté bruscamente—. ¿Señor Fraser? Si es tan amable.

Donald me siguió al pasadizo. A la vista de la obstrucción él soltó un suave silbido. Ante la débil llama de la vela que sostenía, tenía el aspecto de los antiguos trabajadores agachados sobre manos y rodillas ante la cámara de enterramiento en la que había dejado a su amo real escondido (como él esperaba vanamente) para toda la eternidad.

Dije suavemente:

—Estudie la situación, señor Fraser, se lo pido, antes de tocar cualquier piedra. Un movimiento descuidado...

—Entiendo —dijo Donald.

Luego oímos una voz delgada y alta.

—Le sugiero, señor Nemo... o señor Fraser, cualesquiera que corresponda... que procure localizar el punto fundamental en el que la masa relativa del derrumbe está equilibrada; ya que según mis cálculos el peso total de parte de la pirámide sobre nuestras cabezas es de aproximadamente dieciocho toneladas con 300 kilos, añada o reste cien...

Me encuentro totalmente incapaz de recordar el resto de la conferencia de Ramsés. Esta fue acompañada por una monótona ráfaga de maldiciones de Donald Fraser, por las cuales, debo decir, apenas podía culparlo. Él respondió bien, en particular en esas exasperantes circunstancias, y pronto tuvo éxito en ampliar la apertura por la que había visto la luz de la vela de Ramsés. Tan pronto como fue bastante grande, el rostro de Ramsés apareció en el hueco, siniestramente sombreado por la vela que sostenía. Su cara delgada se parecía de modo alarmante a la momia de su tocayo y aún ofrecía sugerencias.

—Señor Nemo... si me permite seguir usando ese seudónimo hasta que sea formalmente presentado bajo su nombre apropiado... le solicito encarecidamente que no quite nada del lado izquierdo... el cual sería su derecha... del presente agujero. Mi valoración de la situación...

El discurso terminó con un graznido cuando Donald, conducido más allá de su resistencia, capturó a su carga por la garganta y lo

arrastró por la abertura. Fue algo arriesgado, pero no tuvo ningún efecto nocivo salvo en la parte inferior de la anatomía de Ramsés, que, como descubrí después, fue violentamente marcada por los ásperos bordes de las rocas cuando pasó rápidamente bajo ellas.

—Precédeme, Ramsés, por favor —dije con frialdad.

—Sí, mamá. Prefiero hacerlo así, ya que tengo la clara impresión, debido a la fuerza del apretón del señor Nemo, que se encuentra bajo un estado de excitación emocional que me hace preferir tener un obstáculo entre él y yo...

Le di un empujón a Ramsés. Él dijo más tarde que le había dado un coscorrón, pero eso no es cierto. Simplemente lo empujé a fin de que se apresurara. Lo que ciertamente tuvo ese efecto.

Nuestro regreso a casa se efectuó en absoluto silencio. Cuando llegamos estaba completamente oscuro, y Hamid, el cocinero, nos informó indignadamente que la comida se había quemado hasta crujir porque no le habíamos dicho que llegaríamos tarde.

Después de que los arreglos requeridos a nuestras dolencias físicas y de vestimenta hubieran sido efectuados, y hubiéramos consumido una comida notablemente inferior, nos reunimos en el salón para un consejo de guerra.

Sintiendo que los trastornados nervios también requerían ser restaurados, ofrecí whisky a todos, excepto a Ramsés, por supuesto. Él y la gata obtuvieron leche y Enid optó por una taza de té. La bebida cordial (me refiero en este caso al whisky) tuvo el efecto deseado, aunque en el caso de Emerson la mejora de su espíritu se debía en gran parte al alivio de recuperar a su hijo más o menos sin mácula, y al hecho de que estaba a punto de admitir mi error. Como él dijo, durante un breve momento de intimidad mientras me quitaba mi desaliñado traje (o el de Enid):

—Tanto como deploro tus dementes aventuras, Peabody, me resiento incluso más si soy excluido de ellas.

Aunque, como ya he explicado una vez nos reunimos alrededor de la mesa en el salón, había un pequeño detalle que él no sabía, ahora que las identidades de los dos jóvenes habían sido desenmascaradas. Él no podía culparme por no haberle informado del verdadero nombre de Enid, dado que declaraba haberla reconocido desde el principio.

Ramsés, por supuesto, también sostuvo que él había penetrado

el disfraz de Enid.

—La estructura ósea es inequívoca. Un estudiante de fisonomía nunca puede ser engañado por cambios superficiales de aspecto como los que ocasionan la vestimenta, los ornamentos o los cosméticos. Lo cual me recuerda, señorita Debenham, que en alguna ocasión futura me gustaría hablar con usted sobre los dispositivos que usan las damas a fin de cambiar su aspecto natural, por uno mejor como ellas sin duda asumen, o no recurrirían a tales cosas. El colorante de labios y mejillas me recuerda al pueblo de Amazulu, que a menudo se pintan amplias rayas...

Sofocamos a Ramsés, figuradamente hablando, aunque Donald se viera como si le hubiera gustado hacerlo literalmente. Él me había informado que comenzaba a entender mis advertencias acerca de Ramsés.

—El muchacho no necesita un guardaespaldas, señora Emerson, necesita un ángel de la guarda... o posiblemente una cuadrilla de ellos.

El hombre vestía su nueva camisa y pantalón, y por primera vez se parecía al caballero inglés que yo sabía que era. Se sentó con ojos abatidos y labios fuertemente presionados. Enid también estaba callada. El esfuerzo concertado que ambos hacían para evitar tocarse o mirarse era en mi opinión muy significativo.

Emerson fue el primero en romper el silencio.

—Parece que lo quiera o no, me he visto involucrado en el pequeño asunto del asesinato de Kalenischeff. Déjenme decir que desde un inicio no puedo menos que creer que existe alguna conexión entre ese acontecimiento y los asuntos domésticos que el señor Fraser ha bosquejado. Es demasiada coincidencia que un tercero haya decidido eliminar al bandido, por mucho que se lo mereciera, justo en el preciso momento en que la señorita Debenham lo había contratado para ayudarla a encontrar a su pariente ausente.

—Las coincidencias ocurren, Emerson —dije—. Sé que prefieres eliminar la consideración de que el individuo cuyo nombre me abstengo de mencionar...

—Ah, diablos —refunfuñó Emerson—. No puedes mencionar su nombre, Amelia, ya que no sabes cuál es. Llámalo como te guste, mientras sea un apelativo peyorativo.

—Como sea que lo llamemos, sería una locura negar que él está implicado. Nos ha favorecido con comunicados en no menos de cuatro ocasiones. En primer lugar, el intento de rapto de Ramsés; segundo, la devolución de las vasijas de comunión robadas; tercero, el obsequio de las flores y el anillo; y por último, el ataque de hoy. Sólo una mente sin esperanzas e irrevocablemente perturbada —con cuidado me contuve de mirar a Emerson, pero oí que gruñía—, negaría que esos cuatro eventos portan la firma de Sethos.

—Con tu perdón, mamá —dijo Ramsés—. Coincido con tus conclusiones con respecto a los tres últimos incidentes, pero con el primer caso...

—¿Quién más querría secuestrarte, Ramsés?

—Un gran número de personas, si nos ponemos a pensar —dijo Emerson—. Generalmente estaría de acuerdo con tu premisa, Peabody... de que no puede haber muchos individuos en Egipto que anhelen largarse con Ramsés... pero como he aprendido para mi disgusto, atraemos a los criminales como un perro atrae a las pulgas. Debería sentirme herido si sólo tuviéramos menos de cinco o seis asesinos tras nosotros.

—Habla irónicamente —le expliqué a Donald, cuya expresión desconcertada ponía de manifiesto su fracaso para entender—. Sin embargo, hay algo de verdad en su declaración. En verdad atraemos a criminales, por la simple razón de que amenazamos con destruirlos a ellos y a sus viles actividades.

—Sí, pero maldición, no estamos amenazando a nadie en este momento —gritó Emerson—. Al menos... ¡Ramsés! Mira a papá a los ojos y responde con sinceridad. ¿Eres una amenaza para algún criminal en estos tiempos?

—Según mi mejor entendimiento, papá...

—Sólo contesta sí o no, hijo mío.

—No, papá.

—¿Has desenterrado algún tesoro sepultado o antigüedades que hayas omitido mencionar a tu madre y a mí?

—No, papá. Si me permitieras...

—No, Ramsés, no permitiré que entres en detalles. Por una vez en mi vida tengo la intención de dirigir el curso de una discusión familiar y decidir un curso prudente de acción.

—Volviendo, entonces, al tema del asesinato. Encuentro difícil

de creer que la policía haya considerado a la señorita Debenham como un serio sospechoso. Si ella debiera entregarse...

Donald se paró abruptamente de la silla.

—¡Nunca! —exclamó él—. Incluso si fuera absuelta del crimen, la vergüenza... la notoriedad...

—Tranquilícense un momento —dije—. Emerson, creo que subestimas la fuerza del caso contra ella. Déjame jugar al abogado del diablo y declarar los hechos como aparecen ante la policía. Punto: la señorita Debenham y Kalenischeff eran íntimos conocidos... amantes, para decirlo sin rodeos. (Donald, insisto en que permanezca tranquilo.) Ellos se pelearon durante la noche del asesinato. Él fue encontrado muerto en su cama, y ella estaba con él en el cuarto cuando el ruin hecho sucedió. Sola con él, y en ropa de cama, así lo dicen las pruebas. Su historia de un intruso de medianoche que la dejó indefensa por medio de algún narcótico será rechazada como una invención muy inteligente. Puedes estar seguro que nadie más vio rastro del tipo.

—La manchada reputación de Kalenischeff, sus conexiones criminales... —empezó a decir Emerson.

—Sus conexiones criminales no son más que meras sospechas por lo que concierne a la policía. ¿En cuanto a su reputación, verás, Emerson, eso podría funcionar en contra de la señorita Debenham? Para decirlo de la forma más delicada posible, Kalenischeff era un hombre al que le gustaban las damas. ¿No son los celos un motivo para el asesinato?

Emerson adoptó un aspecto grave.

—¿No existe ningún otro sospechoso?

—Er... sí —dije—. De hecho, hay dos.

Emerson me apresuró.

—¿Quién?

—Ambos —dije—, están en este lugar.

Los ojos de Emerson se movieron, muy a su pesar, estoy segura, hacia Ramsés.

—Ah, vamos, Emerson —dije con impaciencia—. ¿Si una mujer no puede asestar semejante golpe, cómo podría un muchacho de ocho años? ¡No! ¿Quién es el hombre con músculos de acero y un carácter formidable, a quién en numerosas ocasiones se le ha escuchado describir a Kalenischeff como un bandido, un bribón y

quien ha declarado que su misma presencia era una afrenta para cualquier mujer decente?

Una modesta sonrisa se extendió sobre el rostro de Emerson.

—Moi —dijo él.

—La gramática, Emerson, por favor. Pero tienes razón. Tú eres la persona a quien me refería.

—En mi opinión, Peabody, vaya si es una ingeniosa maldición —exclamó Emerson—. Si no supiera que no lo he hecho, sospecharía de mí. ¿Bien, pero quién es el otro sospechoso?

—Se refiere a mí, profesor —dijo Donald, evitando con cuidado el error gramatical que Emerson había cometido—. Estaba en el hotel esa noche. Me dijo que lo encontrara allí...

—Pero no lo hizo —dijo Emerson.

—No. Yo... yo estaba en un estado de ánimo extraño. Apreciaba su confianza y aunque resentido por su interferencia... vagué la mitad de la noche intentando decidir qué hacer.

—Creo que puedo entender, señor Fraser. Pero el hecho de que estuviera entre la variopinta muchedumbre en las afueras del hotel no lo hace un sospechoso. Estuvo allí otras noches, usted y docenas de otros indescriptibles nativos. ¿Supongo que no entró en el hotel?

—¿Cómo podría? —preguntó Donald con una sonrisa sardónica —. Un andrajoso mendigo como yo no podría ser admitido en esos recintos.

—Entonces no veo como puede ser sospechoso.

Ramsés había estado intentado por algún tiempo conseguir la palabra.

—Papá... si la verdadera personalidad del señor Fraser se conoce...

—Es lo que estaba a punto de decir —comenté, mirando ceñuda a Ramsés—. El señor Donald Fraser podría tener un motivo para matar a Kalenischeff que un andrajoso mendigo no tendría. Además, conozco de hecho que es sospechoso.

—¿Quién te lo dijo? —exigió Emerson—. ¿Baehler?

—No, fue...

—Fuiste a la oficina central de policía el día en que estuviste en El Cairo —dijo Emerson de modo acusador—. Me engañaste, Amelia. Prometiste...

—No prometí nada, Emerson. Y de hecho los policías fueron de

poca ayuda. No puedo pensar por qué nuestro amigo sir Eldon tiene a semejantes incompetentes como sus ayudantes. El comandante Ramsay es un perfecto tonto, y además no tiene modales. La persona que estuve a punto de mencionar es un famoso detective privado. Te estaba contando sobre él anoche antes de que tú... antes de que nosotros...

—Por favor sigue con tu historia, Amelia —dijo Emerson ceñudo.

—Claro que sí, Emerson. Sólo mencioné la... er... interrupción porque no quiero que me acuses de ocultarte información.

—Tu explicación es anotada y aceptada, Peabody.

—Gracias, Emerson. Como estaba diciendo, me encontré con ese caballero a las afueras del Edificio de la Administración. Él me reconoció y se dirigió a mí... muy cortésmente, podría añadir... y fue él quien me informó que cierto mendigo con un turbante azafrán era sospechoso. Su nombre es Tobias Gregson. Él ha solucionado casos famosos como el envenenador de Camberwell...

No me permitieron continuar. Todos los miembro del grupo, a excepción de Bastet, quién sólo parpadeó con sus amplios ojos dorados, brincaron e intentaron hablar. Enid gritó:

—¡Ronald está detrás de esto! Como pudo...

Donald declaró su intención de entregarse inmediatamente. Emerson hizo comentarios incoherentes sobre la vileza moral de los detectives privados y me dijo que yo debía saber que era mejor no hablar con hombres extraños. Ramsés siguió exclamando:

—Pero, mamá... pero, mamá... Gregson es... Gregson es... — como un loro a quien sólo le han enseñado unas frases.

Hablando todos a la vez, desistieron de su objetivo, y cuando la algarabía murió, aproveché la oportunidad para continuar.

—El señor Gregson no importa; no hablemos de él ya que ha causado semejante conmoción. Es inadmisible que Donald y Enid se entreguen. El caso de Donald es tan desesperado como el de Enid, incluso peor, ya que estoy segura que las autoridades preferirían detener a un hombre, en lugar de a una dama. No; debemos sentarnos a repartir, como uno de mis amigos americanos dijo una vez, en relación, creo, con alguna clase de juego de cartas. Nuestro juego es peligroso, y debemos sostener nuestros naipes cerca de nosotros. He intentado que Sethos salga de su escondrijo; propongo

continuar por esa vía mañana...

Otra clamorosa protesta me hizo callar, interrumpiéndome, como el monótono tañido de una campana, por los reiterados «pero mamá» de Ramsés. Emerson esta vez sobrepasó a los demás, por la pura fuerza de su volumen de voz.

—En vez de permitir que repitas ese imbécil y arriesgado experimento, Amelia, te ataré de manos y pies. ¿Por qué debes asumir esas cosas tu misma? ¿Puedes dejar que yo me encargue de ahuyentar al bandido?

—No puedo porque soy la única que puede pasar por Enid. ¿O propones ponerte ropas de mujer y caminar con elegantes y ligeros pasos?

La misma idea ultrajó a Emerson tan profundamente que se quedó momentáneamente mudo. Fue Enid quien dijo tímidamente:

—Pero, Amelia... ¿está absolutamente segura que es a mí a quién quería ese hombre? Quizás fuera usted la víctima intencional desde el principio.

—Por Dios —exclamó Emerson—. De las bocas los niños y... em. Perdóneme, señorita Debenham. Exactamente ese el punto que habría hecho notar si se me permitiera hablar sin estas constantes interrupciones.

—Tonterías —dije—. Mi disfraz era perfecto. Donald aquí presente fue engañado...

—Yo no —dijo Ramsés rápidamente—. Sabía que eras tú. Mamá, hay algo que debo...

—Ajá, ves —exclamó Emerson triunfalmente.

—Los ojos del verdadero amor no pueden ser engañados —dijo Enid.

Donald la miró y apartó la mirada rápidamente.

Los labios de Emerson se apretaron.

—Eso —dijo él—, es de lo que tengo miedo.

Emerson rechazó explicar ese enigmático comentario; y de hecho ninguno le pidió explicarse, ya que teníamos asuntos más importantes que resolver. Finalmente decidimos esperar otro día o dos para actuar, esperando que algo sucediera. Aunque debo decir que Emerson lo decidió ya que yo estuve en contra de la idea. Él me prometió, sin embargo, que si nada pasaba en los dos días siguientes, iríamos juntos a El Cairo en un esfuerzo por obtener

información.

—Déjame trabajar durante un breve tiempo sin distracción —gimió lastimosamente—. La estratificación de la estructura al lado de la pirámide aún no está clara en mi mente.

Yo sabía lo qué Emerson estaba haciendo. Al igual que yo, no tenía ninguna intención de sentarse con los brazos cruzados a esperar el siguiente movimiento de Sethos. Me estaba engañando, el astuto compañero intentaba hacerme saltar a otro de nuestros afables concursos de criminología. Bien, pensé, sonriendo para mí misma, ¡dos pueden jugar a ese juego, profesor Radcliffe Emerson! Yo tenía algunos ases bajo la manga.

—Muy bien —dije agradablemente—. Esto me dará la oportunidad de explorar el interior de la pirámide subsidiaria.

—Será un esfuerzo en vano, mamá —dijo Ramsés—. La cámara de enterramiento está vacía. En efecto, sospecho que nunca fue usada para un entierro, ya que sus dimensiones son sólo de dos metros por...

—Ramsés —dije.

—¿Sí, mamá?

—¿Acaso en una ocasión anterior no te prohibí entrar en una pirámide sin permiso?

Ramsés apretó los labios pensativamente.

—En efecto lo hiciste, mamá, y te aseguro que no lo he olvidado. Puedo afirmar ya que tú estabas presente, aunque a alguna distancia, que no violé el sentido literal de la orden. Sin embargo, eso sería falso. De hecho, mi posición estaba en el mismo borde de la entrada abierta, por lo que técnicamente no estaba dentro, ni fuera y yo tenía toda la intención de quedarme allí, y así lo habría hecho, pero un movimiento descuidado por mi parte hizo que perdiera el equilibrio y me resbalara por el pasadizo, el cual, si recuerdas, tiene una cuesta de quizás cuarenta y cinco grados quince minutos. Fue mi cuerpo quien golpeó la pared interrumpiendo el delicado equilibrio de la estructura, cuyas piedras habían sido ya...

—Ramsés.

—Sí, mamá. Procuraré ser breve. Una vez que el pasadizo quedó bloqueado y noté que mis fuerzas eran inadecuadas para liberarme, aproveché mi posición para explorar el resto del interior, sabiendo

que pasaría algo de tiempo antes de que mi ausencia fuera notada y una partida de rescate...

—Creo, hijo mío —dijo Emerson con inquietud—, que tu madre te excusará ahora. Deberías acostarte.

—Sí, papá. Pero primero hay un asunto que me siento obligado a atraer a la atención de mamá. Gregson es...

—No escucharé más, desdichado muchacho —exclamé, poniéndome de pie—. Ya he tenido suficiente de ti, Ramsés. Retírate inmediatamente.

—Pero, mamá...

Me dirigí hacia Ramsés, mi brazo en alto, no necesariamente para golpear, ya que no creo en los castigos corporales para los jóvenes excepto en casos de provocación extrema, sino para agarrarlo y llevarlo a su cuarto. Interpretando mal mis intenciones, Bastet se alzó con una prisa fluida y envolvió su cuerpo pesado alrededor de mi antebrazo, hundiendo los dientes y garras en mi manga. Emerson persuadió a la gata de su error y la removió, garra por garra, pero en vez de disculparse, ella decidió sentirse ofendida. Ella y Ramsés se marcharon lado a lado, ambos irradiando ofendida altivez, la gata a través de su rígido andar y con la cola en alto, Ramsés omitiendo ofrecer su usual despedida de las noches. Supongo que habrían cerrado de golpe la puerta si hubiera habido una para hacerlo.

Emerson en ese momento sugirió que nos retiráramos.

—Después de semejante día, Peabody, debes estar agotada.

—En absoluto —dije—. Estoy lista para seguir hablando durante horas si es lo que deseas.

No obstante, Emerson rehusó esa oferta, y después de reunir nuestras pertenencias nos dirigimos hacia nuestra tienda de campaña. Estaba inquieta por dejar a los otros, pero habíamos tomado todas las precauciones posibles, solicitando a Abdullah que cerrara y asegurara las puertas además de poner un guardia. Estaba segura que podía confiar en Donald, no sólo para vigilar a sus protegidos, sino para mantener una distancia respetuosa de una de ellos. Pobre muchacho, se sentía tan intimidado por la muchacha, que apenas se atrevía a hablarle, mucho menos acercarse a ella.

Me prometí que tendría una pequeña charla con él sobre ese tema. Ya que en mi opinión (que está basada en una considerable

experiencia), no hay nada que enfurezca más a una mujer como la adulación y la servil devoción. Esto saca lo peor de las mujeres —y de los hombres, déjenme añadir, porque la tendencia de intimidar al sumiso no se restringe a mi sexo, a pesar de los reclamos de los misóginos. Si alguien se echa y te invita a pisotearlo, serás una persona notable si rehúsas la invitación.

Le dije eso a Emerson cuando paseábamos juntos durante la noche iluminada por las estrellas. Medio esperé que él se mofara, ya que tiene una pobre opinión de mi interés en los asuntos románticos de las personas jóvenes; en cambio dijo pensativamente:

—¿Entonces recomiendas el cortejo de un Neanderthal, verdad?

—Apenas. Lo que recomiendo es que todas las parejas sigan nuestro ejemplo de igualdad matrimonial.

Le tomé la mano. Esta estuvo floja ante mi sujeción durante un momento; pero luego sus fuertes dedos se entrelazaron entre los míos y dijo:

—Aún pareciera que dices que cierto grado de fuerza física y moral...

—¿Te acuerdas haber comentado en una ocasión que habías estado tentado de raptarme a caballo y cabalgar hacia el desierto? —Me reí.

Emerson no; de hecho, su mirada era extrañamente pensativa cuando contestó:

—Me acuerdo haberlo dicho. ¿Insinúas que debiera haberlo hecho?

—No, porque me habría resistido al intento con todas mis fuerzas —contesté alegremente—. Ninguna mujer quiere ser arrastrada contra su voluntad; ¡sólo desea que un hombre quiera hacerlo! Por supuesto, para los viejos compañeros casados como nosotros, tal extravagancia estaría fuera de lugar.

—Sin duda —dijo Emerson malhumoradamente.

—Confieso que un compromiso apropiado entre tierna devoción y fuerza viril es difícil de conseguir. Pero Donald ha ido demasiado lejos en la primera dirección, y tengo la intención de decírselo así en la primera oportunidad que tenga. Él la adora; y creo que ella le corresponde, o lo hará, si la corteja de la manera apropiada. Ella no le diría cosas tan crueles y tajantes si no estuviera...

Al alcanzar la tienda de campaña, Emerson me alzó en sus

brazos y me llevó adentro.

Capítulo 9

Ninguno de nosotros durmió bien esa noche. Mi alocución obviamente había ocasionado una profunda impresión en Emerson, en un sentido que no había anticipado en absoluto, pero al que no puse ninguna objeción.

Incluso después de que la hora de dormir hubiera llegado, Emerson estaba excepcionalmente agitado. Siguió sobresaltándose ante el sonido más leve; varias veces su abrupta salida del lecho marital me despertó, para verlo en cuclillas en la entrada a la tienda de campaña con un pesado bastón entre las manos.

Todos los sonidos fueron falsas alarmas, los lejanos aullidos de chacales merodeando por el vasto desierto, o los movimientos subrepticios de pequeños animales nocturnos que surgían de sus refugios en la relativa seguridad de la oscuridad para buscar fresco y ejercicio. No estaba preocupada por tales ruidos, a los que había aprendido hace mucho tiempo a identificar y reconocer. Pero soñé durante mucho tiempo, lo cual no es habitual en mí. Los detalles de los sueños huyeron tan pronto como desperté, dejando sólo un sentido vago de algo que preocupaba mi mente.

A pesar de su noche agitada, Emerson estaba de un humor excelente a la mañana siguiente. Mientras se estiraba y bostezaba fuera de la tienda, su inmejorable forma destacó en un magnífico contorno contra los primeros rayos del alba. Habíamos traído una lámpara de alcohol, provisiones de comida y agua, así que éramos capaces de hacer una frugal comida matutina. Mientras esperábamos a que los trabajadores llegaran, Emerson dijo:

—Anoche estuviste inquieta, Peabody.

—Tanto como lo estarías tú si alguien te despertara cada hora,

como lo fui yo, por alguien merodeando por la tienda.

—Hablaste dormida.

—Tonterías, Emerson. Nunca hablo en sueños. Es una señal de inestabilidad mental. ¿Qué dije?

—No pude distinguir del todo las palabras, Peabody.

La llegada del equipo acabó con la discusión y no pensé más en ello. Ramsés estaba en el equipo, por supuesto, con Donald junto a él. El hombre me aseguró que no había habido ningún problema durante la noche.

—Excepto —añadió, frunciéndole el ceño a Ramsés, quién le devolvió el ceño con interés—, que descubrí a este muchachito subiendo las escaleras a la azotea poco después de medianoche. Él rechazó decirme a dónde iba.

—No podía salir por la puerta porque Hassan estaba allí de guardia —dijo Ramsés, como si esto fuera una excusa aceptable para su intento de escabullirse.

—No importa —dije, suspirando—. Ramsés, por si omití mencionarlo, te prohíbo dejar la casa por la noche.

—¿Es una prohibición general, mamá? Por ejemplo, qué pasa si se incendia la casa, o es invadida por ladrones, o si el techo de mi cuarto se encuentra en peligro inminente de caerse...

—Obviamente debes usar tu propio criterio en tales casos —dijo Emerson.

Abandoné el sermón. Ramsés siempre podía encontrar un modo de hacer lo que quería, aunque tuviera que incendiar la casa a fin de justificarlo.

—¿Dónde está Enid? —pregunté.

Entonces la vi a cierta distancia, dándonos la espalda.

—Deseaba quedarse en casa —dijo Donald—. Pero insistí en que viviera con nosotros.

—Bien hecho. No puede quedarse sola ni por un instante.

—Además, necesito un par de manos extra —anunció Emerson —. Escúchenme, todos ustedes. Tengo la intención de trabajar sin interrupción hoy. Si todos los poderes del infierno eligieran este momento para iniciar la batalla final del Armagedón, no lograrían distraerme. Si alguno de vosotros siente que una enfermedad mortal le acecha, se marcha y muere a distancia. Ven, Ramsés. Usted también, Fraser.

Y se marchó, llamando a gritos a Abdullah.

—¡Bien! —dije a Enid, que se había acercado a mí—. ¡Hoy está de un humor especial! Necesitamos mejorarle el humor, querida. Tengo un gran trabajo para usted... ¡vamos a explorar el interior de la pirámide!

En vez de reflejar el entusiasmo que esperaba, la cara de la muchacha se alargó.

—Pero Ramsés dijo...

—Mi querida muchacha, ¿espero que no estés sugiriendo que un simple niño posea mi maestría en arqueología? Puede haber muchos signos importantes que Ramsés haya pasado por alto.

Hice que los hombres trabajaran quitando los escombros y ampliando la entrada. Un examen más cercano del techo del pasadizo inclinado me convenció de que no había ningún peligro de colapso adicional, excepto en la sección que inmediatamente lindaba con la que ya había cedido. Se necesitaron unos fuertes maderos para afianzar esa zona; las piedras caídas fueron retiradas; y me permití el placer de ser la primera en penetrar al interior. Perturbamos al usual número de murciélagos, y el advenimiento de estas criaturas inocuas, chillando y agitándose, tuvo un efecto nocivo sobre los nervios de Enid. Rechazó de plano acompañarme un poco más lejos, así que continué sola.

Al final de una serie de pasajes y corredores había una pequeña cámara de aproximadamente dos metros de área, con fino techo abovedado. Estaba completamente vacía. Una breve búsqueda entre los escombros sobre el suelo no reveló nada de interés, y, dejando a Selim examinando cuidadosamente los restos para asegurarnos de que nada había sido pasado por alto, regresé al aire libre, ocultando heroicamente mi desilusión.

Encontré a Enid fuera, apoyada sobre uno de los bloques junto a la pirámide. Con la barbilla entre sus manos, la brisa agitaba su cabello y observaba a los demás reunirse para el receso de media mañana. Le indiqué que estaba lista para unirme a ellos, y cuando bajábamos las piedras a modo de peldaños le comenté:

—Eso no funcionará, lo sabe. No puede continuar para siempre tratándolo como un leproso.

—Puedo y lo haré —dijo Enid con pasión—. A menos que recobre el juicio y admita la verdad.

—Él ha admitido ya una variedad tan asombrosa de pecados, que no puedo imaginar lo que podría ocultar —comenté—. A menos que crea que él es el asesino.

—Me entiende mal. —Alcanzamos el suelo y ella se dio la vuelta para quedar frente a mí—. Fue Ronald —barbotó ella—. No Donald. Él asumió la culpa de la falta de Ronald, como siempre ha hecho.

—¿Perdiendo su comisión, su honor, y su fortuna? Vamos, Enid, no puedo creer que cualquier hombre (ni un hombre) fuera tan tonto. La nobleza y el sacrificio son las cualidades más altas de las que la humanidad es capaz, pero cuando llegan a la exageración, no son tanto admirables como idiotas.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Enid, con una risa amarga—. Pero no conoce a Donald. Quijotesco es una palabra demasiado suave para él. Ronald siempre fue el mimado de su madre... el más joven, pequeño y débil de los dos.

—El renacuajo de la camada —dije pensativamente.

—¿Perdón?

—Es una expresión coloquial, y una muy sustancial. Cuán frecuente he visto a una madre apreciar a algún desdichado niño tullido, descuidando a los otros niños de la familia. La debilidad saca lo mejor en nosotros, Enid, y debo decir...

—Sí, no tengo duda de que en teoría es una noble cualidad. Pero en este caso produjo un daño terrible a ambos hermanos. Ronald nunca tuvo la culpa, nunca fue castigado. En vez de ofenderse por este trato injusto, Donald intentó ganar la aprobación de su madre designándose el defensor de Ronald y su cabeza de turco. Cuando Ronald hacía algo incorrecto, culpaba a Donald, y Donald sufría la paliza. Cuando Ronald provocaba a un matón grande y pesado, Donald era quien peleaba. Las últimas palabras de la madre de Donald para él fueron: «Ama siempre y protege a tu hermano». Y ha hecho exactamente eso.

—De niños, quizás. ¿Pero cómo puede estar segura de que Donald asumió la culpa de su hermano esta vez? Una paliza es una cosa; admitir la responsabilidad por unas deudas en las que no se ha incurrido...

—No sería la primera vez —dijo Enid—. Donald ha pagado varias deudas de Ronald en el pasado. Esta vez la situación fue más seria. Ronald habría sido deshonrado en público y quizás enviado a

prisión si el caballero cuya firma había sido falsificada hubiera decidido presionar el asunto. Permitió dejar ir a Donald más benignamente debido al respeto y afecto que todos los que conocen a Donald sienten, una consideración que sin duda no habría sido ampliada a Ronald. Por esta razón Donald consintió en tomar la culpa. Estoy tan segura de ese hecho como de que estamos aquí de pie, pero no puedo demostrarlo. Los únicos quiénes saben la verdad son los mismo hermanos. Ronald no se delatará a sí mismo, y Donald está decidido a jugar al mártir... Por eso tuve que venir a Egipto. Ronald había partido ya, aparentemente para encontrar a Donald y traerlo a casa. Yo sabía que él no presionaría la búsqueda, y por supuesto tenía razón. Cuando llegué a El Cairo me enteré que Ronald se había marchado hacía poco en un viaje de placer. Era mi tarea el localizar a Donald y pedirle... amenazarle...

—¿Sobornarle? —Pregunté delicadamente.

Un rubor profundo cubrió las redondas mejillas de la muchacha.

—Él nunca ha dado la más leve señal de que una oferta de la clase a la que usted se refiere influiría en él.

—Ya veo. Bien, los hombres son criaturas extrañas, Enid; se requiere de una experiencia como la mía, la cual se extiende sobre muchas naciones y dos continentes separados, para entender sus debilidades. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que Ronald haya podido tomar medidas para impedirte encontrar a Donald?

—Tal sospecha me pasó por la mente —murmuró Enid—. Incluso me pregunté si Kalenischeff no podría haber sido enviado para despistarme. Pero no puedo creer eso, incluso de Ronald....

—Créelo —dije firmemente—. Kalenischeff sí lo era; me dijo que tenía la intención de dejar Egipto, y nunca abandonaría un lucrativo plan hasta haber reunido primero cada penique posible. Él pensaba timar a alguien, estoy segura de eso. ¿La única pregunta es... a quién? Bien, mi querida, has levantado varias interesantes y provocativas cuestiones, las cuales debo ponderar. Ahora deberíamos reunirnos con los demás. Creo que oigo a Emerson llamarme.

No había duda sobre eso, de hecho. La voz de Emerson, como he tenido la ocasión de comentar, es notable por su calidad de propagación.

Ramsés fue el primero en saludarnos. Me preguntó si había

encontrado algo de interés dentro de la pirámide.

Cambié de tema.

Casi habíamos terminado nuestros alimentos cuando el sonido de voces desde lejos nos advirtió que se acercaba otra partida de turistas. La absurda pequeña caravana vino trotando hacia nosotros, y después de una mirada a la formidable figura que encabeza la procesión, Emerson se zambulló precipitadamente en la zanja que había sido cavada. Después del episodio con la emperatriz, él tenía cuidado con las damas ancianas.

Mandé a los demás a trabajar y avancé para encontrar a los intrusos, esperando poder atajarlos y liberar a mi pobre Emerson. El jinete sobre el asno principal me pareció familiar, y noté que en efecto era la anciana dama americana que había visto en el Shepheard. Sus voluminosas faldas negras prácticamente se tragaban al pequeño asno. Sin embargo, éste avanzaba con un trote enérgico que hacía que la vieja dama se bamboleara peligrosamente de un lado a otro. Dos muchachos se turnaban empujando la espalda de la anciana en la silla.

Al verme, ella cambió su curso.

—La conozco —dijo ella, con una penetrante voz nasal—. La vi en el hotel. ¿Amiga de Baehler? Más que impropio, una dama cenando sola.

—No estaba cenando, almorzaba —le recordé, y luego me presenté a mí misma.

—¡Eh! —dijo la vieja dama—. ¿Y quién es este, entonces?

Señaló con su parasol. Me di la vuelta.

—Permita que le presente a mi hijo —dije—. Ramsés, regresa...

—¿Ramsés? —bramó la vieja dama—. ¿Qué tipo de nombre es ese? El niño parece enfermizo. No durara mucho tiempo en este mundo.

—Gracias por su preocupación, señora —dije con glacial cortesía —. Le aseguro que es injustificada. Ramsés, si gustas...

La vieja dama me distrajo al desmontar. En efecto, el proceso habría alarmado seriamente a alguien de un temperamento nervioso, acompañado como fue por gritos enfurecidos y la salvaje agitación de su parasol. Pensé que iba a caerse sobre uno de los pequeños muchachos de los asnos y triturarlo contra el suelo. Sin embargo, la acción fue finalmente completada y la vieja dama,

enderezándose las faldas y el velo negro, se dirigió a mí otra vez.

—Muéstreme la pirámide, señora. He hecho un largo trayecto para verla, y así lo haré. La señora Axhammer, de Des Moines, Iowa, no hace las cosas a medias. Tengo una lista.... —La arrancó de su bolsillo y la agitó como una bandera—. Y no me iré a casa antes de que haya visto todo lo que haya que ver allí abajo.

—¿Y sus compañeros? —pregunté. Ambos habían desmontado. El hombre pálido se apoyó débilmente contra su asno, mientras se restregaba la frente. La mujer había colapsado en el suelo, su rostro era tan verde como las palmeras al fondo.

La señora Axhammer, de Des Moines, Iowa (dondequiera que el bárbaro lugar pudiera estar), emitió la risa más diabólica que hubiera oído jamás.

—Déjelos sentarse. Pobres bichos enclenques, no pueden seguirme los pasos... y tengo sesenta y ocho años, señora, ni un día menos. Éste es mi sobrino, su nombre es Jonah, lo llevó a todas partes así puede ocuparse de algo, pero no es digno de un centavo mal acuñado. Cree que será excluido de mi testamento si no me es agradable. No sabe que ya está excluido. Contraté a aquella tonta mujer como dama de compañía, pero tampoco se mantiene firme. Sin embargo, una dama tiene que tener una acompañante. ¿Por qué me está mirando fijamente ese muchacho? ¿No le enseñó modales?

—Me aventuro a decir —dijo Ramsés, en su manera más pedante —, que la mayoría de personas olvidarían sus modales cuando se enfrenta a alguien con un aspecto tan notable como el suyo. Sin embargo, no deseo que ningún oprobio embargue a mi madre. Ella ha procurado corregir mi comportamiento, y si el resultado no es como debería de ser, la culpa es mía, no suya.

Fue difícil tasar el efecto de este discurso en la señora Axhammer, ya que el velo emborronaba sus rasgos. Personalmente, creí que era un esfuerzo galante. Ramsés avanzó y extendió la mano.

—¿Puedo escoltarla, señora? —preguntó él.

La vieja dama blandió su parasol.

—Aléjate, aléjate, joven bribonzuelo. Conozco a los muchachos como tú; que te engatusan, y luego ponen arañas sobre una.

Ramsés empezó a decir:

—Señora, puedo asegurarle que no tenía ninguna intención...

—¿Ahora cómo podrías ser de alguna utilidad para mí? —demandó la vieja dama irasciblemente—. Una pequeña criatura endeble como tú.... Aquí, señora, tomaré vuestro brazo. Es pequeña, pero parece fuerte.

Ella me agarró por el hombro. Usaba finos mitones negros de encaje, pero no había nada delicado en su mano, era tan pesada como la de un hombre. Sin embargo, le permití la libertad. La cortesía a los ancianos es un rasgo que procuro infundir en mi hijo... y el apretón de la dama era demasiado fuerte para ser fácil el deshacerme de él.

Mientras caminábamos lentamente hacia la pirámide, la señora Axhammer me subyugó en un inquisitivo e impertinente interrogatorio. Me preguntó qué edad tenía, cuán mayor era cuando me case, cuántos hijos tenía, y si me agradaba mi marido. Devolví la gentileza tan pronto como pude pronunciar una palabra, preguntándole cuánto le gustaba Egipto.

Después de una larga diatriba sobre las costumbres paganas y hábitos antihigiénicos del egipcio moderno, añadió en un tono igualmente sarcástico:

—No es que la gente civilizada actúe mucho mejor, señora. Los escándalos que oí en El Cairo harían ruborizar a una dama, se lo aseguro. Ya que, había una joven damita inglesa que asesinó a su amante hace unos días; le cortó la garganta de lado a lado, según dicen, en su misma habitación.

—Lo he escuchado —dije—. No puedo creer que alguna señorita hiciera algo así.

Una ráfaga de viento torció el velo de la señora Axhammer, exponiendo unos grandes dientes blancos cuya perfección delataba su falsedad.

—No hay dudas en mi mente —prorrumpió ella—. Las mujeres son peligrosas, señora, mucho más peligrosas que el varón. Veo que tiene a una aquí con usted. No apruebo a las mujeres que asumen el trabajo de hombres. Deberían quedarse en casa y atenderla.

Siendo consciente de que no conseguiría otra cosa de la maliciosa y vieja criatura que ignorantes maldiciones sobre su propio sexo, decidí terminar mis deberes y deshacerme de ella. No prestó ninguna atención a mi conferencia, la que, si puedo decir, era de una calidad admirable, y se resistió a mis esfuerzos por

llevarla a las excavaciones.

—Hay un hombre blanco allí abajo con todos esos nativos —exclamó ella crispadamente—. ¿Es ese su marido? ¿Acaso no tiene ningún sentido de la dignidad? Hola, allí, usted... —e hizo como si fuera a pinchar con su parasol a Emerson, quien estaba de espaldas.

Como un relámpago saqué mi propio parasol, interceptando al de la señora Axhammer con una habilidad digna de un maestro esgrimista. El tintineó de acero sobre acero sobresaltó a Emerson, pero no se giró.

La vieja dama se echó a reír y fintó festivamente ante mí con su parasol.

—¿Instrumentos útiles, verdad? Nunca viaje sin uno. Oye, allí...

Ella se giró; y cuando sus ondulantes ropajes se asentaron, vi para mi consternación que estas habían ocultado a una pequeña figura arrodillada.

—¡Ramsés! —Exclamé—. ¿Qué haces?

—Hurgando en mis faldas —aulló la vieja dama—. Déjemelo, señora, déjeme al pequeño bribón. Ha sido demasiado suave con él, señora; necesita una buena paliza, y la señora Axhammer, de Des Moines, Iowa, es quien se la dará.

Mientras entretenía a la agitada anciana con un animado intercambio de empujones y escapes, Ramsés se apartó con prisa.

—Simplemente examinaba sus pies, señora —dijo él indignadamente—. Son muy grandes, sabe usted.

Este comentario puede haber sido un intento por amainar la cólera de la señora Axhammer, pero como era previsible, tuvo exactamente el efecto contrario. Esta salió tras Ramsés, y, al comprobar que él no tenía ninguna dificultad en procurar una buena distancia de ella, los seguí a un paso más pausado. Al menos la terrible falta de modales de Ramsés había tenido éxito en apartar a la señora Axhammer de Emerson, y afectuosamente esperé que una vez lejos, no volviera. Tal como probó ser el caso. Temblando de indignación, la señora Axhammer montó su asno y la caravana se alejó al trote.

Cuando volvimos a la casa esa tarde, Emerson expresó su satisfacción por el trabajo de la mañana.

—Creo que ahora lo tengo claro en mi mente, Peabody. Hay rastros de al menos tres niveles de ocupación, la última adición

quizás fue hecha en la era Ptolemaica. El plan es complejo, sin embargo, y apreciaría tu ayuda, si has terminado harta de tu pirámide.

Pasando por alto el tono despectivo, le aseguré que estaba a su disposición.

—No hay nada dentro, Emerson. Dudo que fuera usada alguna vez para un entierro.

—Es lo que dije, mamá —comentó Ramsés.

Después del almuerzo, Enid se retiró a su habitación con su libro de novelas policíacas. No le había dicho una palabra a Donald, y la mirada sombría de él testificaba su ánimo deprimido. Estaba a punto de sugerir que tuviéramos una pequeña conversación cuando Emerson dijo:

—¿Qué pensarías de un paseo a Mazghunah esta tarde, Peabody? Las vasijas de comunión deberían ser devueltas a la iglesia.

—Una idea excelente, Emerson —contesté, preguntándome lo que había detrás de esta sugerencia.

—¿Llevaremos a Ramsés?

—Preferiría que no —dije sinceramente.

—Y yo —dijo Ramsés—, preferiría hacer un poco de ejercicio ligero, como pasear por el pueblo y sus alrededores.

—Ejercicio ligero en efecto —exclamé—. Has tenido mucho ejercicio ya, siendo perseguido por ancianas damas enfurecidas. Quédate aquí y trabaja en tu gramática.

—No importa, Peabody —dijo Emerson con una sonrisa—. No podemos mantener a un chaval activo como Ramsés encerrado en casa todo el tiempo. No pasa nada si da su paseo mientras el señor Fraser lo acompaña.

Ni Ramsés ni Donald parecieron sentir cariño por esa idea.

—Tal arreglo dejaría a la señorita sin protección —protestó Ramsés.

Donald asintió vigorosamente su acuerdo.

—Ella tiene gruesas paredes y fuertes hombres para protegerla —contestó Emerson—. Y la luz del día es plena, y no nos demoraremos. Mazghunah está a sólo diez kilómetros de aquí, y concluiremos nuestros asuntos fácilmente.

Entonces se arregló. Tomando a dos de los asnos, Emerson y yo

montamos hacia el sur. No vimos a nadie, salvo turistas y nativos igualmente resguardados en la sombra. Apenas tengo que decir que Emerson y yo nunca nos refrenamos del camino del deber por las condiciones climáticas, y yo disfruté del paseo.

El camino, apenas perceptible para la mayoría salvo para un ojo entrenado, conducía a través de los restos rocosos de la meseta, pasando por los restos caídos de las tres pirámides de ladrillo de Dahshoor. Habían sido construidas mil años después de sus grandes vecinas de piedra, pero el menor paso del tiempo no las había tratado amablemente. Alguna vez estuvieron cubiertas con piedra, imitando a las tumbas más antiguas y más grandes, pero se habían derrumbado en masas informes de ladrillo tan pronto como las cubiertas de piedra fueron removidas.

Dominando a las otras ruinas estaba la gran mole de la Pirámide Negra, la tumba de Amenemhat de la Duodécima Dinastía. A causa de su posición en la parte más alta de la meseta, aparenta desde algunas posiciones ventajosas ser aún más alta que sus vecinas de piedra del norte, y su siniestra reputación es justificada por su aspecto. Conozco el interior de esa monstruosa estructura demasiado bien, ya que estuve en su cámara de entierro inundada y sumergida cuando Emerson y yo fuimos arrojados por un truhán quien supuso que nunca saldríamos vivos de allí. Sólo las más heroicas proezas de ambos (con alguna ayuda de Ramsés) nos permitieron escapar de peligros que habrían destruido a seres inferiores.

Aunque me hubiera gustado explorar la Pirámide Negra otra vez, y visitar las ruinas del monasterio en las que nos asentamos el año anterior, no teníamos tiempo para la nostalgia ese día. Nos dirigimos directamente al pueblo.

En comparación con Mazghunah, Menyat el Dahshoor es una verdadera metrópoli. El antiguo pueblo está habitado principalmente por coptos (cristianos egipcios), pero salvo por los característicos turbantes color índigo, son indistinguibles de otros egipcios, y las espantosas pequeñas casas se asemejan a las de cualquier pueblo musulmán. El copto antiguo, el último remanente de la lengua de los faraones, ya no es practicada excepto en unas remotas aldeas al sur, pero sobrevive en el ritual de la Iglesia Copta.

El pueblo parecía desierto. Incluso los perros habían buscado

refugio del sol, y nada se movía excepto algunos pollos que picoteaban bichejos. Los forasteros son tal rareza en estos sitios primitivos, sin embargo, que nuestra llegada fue prontamente reconocida y la gente comenzó a salir a cuenta gotas de sus casas. Nos detuvimos cerca del pozo, el cual es el centro de la actividad comunal. Frente a nosotros estaba la iglesia, con la casa del sacerdote junto a esta.

Los hombres se reunieron alrededor de Emerson, exclamando saludos y preguntas. Las mujeres se acercaron a mí, muchos llevaban bebés enfermizos. Esperaba eso y había venido preparada; abriendo mi botiquín, comencé a dispensar ipecacuana y colirio.

El jeque el Beled (el alcalde del pueblo) había notado nuestra llegada tan pronto como los demás, pero la dignidad exigía que tardase un rato antes de presentarse. Finalmente, hizo su aparición; cuando Emerson le informó que las vasijas de comunión perdidas estaban a puntos de serles devueltas, las lágrimas llenaron los ojos del pequeño hombre, y cayó de rodillas, besando los pies de Emerson y balbuceando las gracias.

—Humm —dijo Emerson, sin verme. La honestidad exigía que rehusáramos tomar el crédito de algo que no habíamos conseguido; pero por otra parte, no había ninguna necesidad de explicar una situación que era inexplicable incluso para nosotros.

Mientras las noticias se extendían por la muchedumbre, estalló una escena de completo pandemónium. Las personas lloraban, gritaban, cantaban y se abrazaban entre sí. También abrazaron a Emerson, un gesto que él soportó sin entusiasmo.

—Ridículo —me gruñó él sobre la cabeza de una señora muy gorda, cuya cara velada estaba presionada contra su pecho. Ella estaba, creo, lloviéndole besos en esa zona, manteniéndole en un apretón del que no podía escapar.

—Ves, Peabody —continuó él—, el efecto degradante de la superstición. Esta gente se arrastra como si le hubiéramos conferido la salud y la inmortalidad en vez de devolver unos potes deslustrados. Nunca entenderé... er... auch... —Se escapó cuando la señora se puso en puntillas y le plantó un ferviente beso en su barbilla.

Finalmente calmamos a la muchedumbre y, escoltados por el alcalde, continuamos hacia la iglesia. Sobre el peldaño, con las

manos en alto en acción de gracias, estaba el sacerdote, y fue muy raro contemplar su fuerte figura y cordial rostro en lugar del gran (en todos los sentidos salvo en el moral) Padre Girgis. Todos se dirigieron en tropel a la iglesia, incluso los asnos, y cuando las preciosas vasijas fueron devueltas al altar, estalló tal griterío que las mismas vigas se estremecieron —lo cual no era sorprendente, ya que eran muy viejas y frágiles. Con lágrimas de alegría cayendo por su cara, el sacerdote anunció que habría un servicio de acción de gracias al día siguiente. Luego invitó al alcalde y a nosotros a unirnos con él en su casa.

Así que otra vez entramos en el edificio donde una vez fuimos recibidos por el mismo Maestro Criminal en persona. Tan penetrante era la presencia y el recuerdo de ese gran y malvado hombre que medio esperé verlo entre las sombras, acariciando su enorme barba negra y sonriendo con su enigmática sonrisa. Es un hecho extraño e inquietante que el mal pueda parecer a veces más impresionante que la virtud. Con seguridad el Maestro Criminal había sido un hombre de Dios más imponente que su sucesor. El padre Todorus era treinta centímetros más corto y varios centímetros de circunferencia más amplios en el medio; su barba era escasa y tenía un toque de gris.

Sin embargo, era un anfitrión agradable. Nos ubicamos en el diván con sus cojines descoloridos de cretona, y el sacerdote nos ofreció refrescos, que por supuesto aceptamos, ya que negarse habría sido grosero en extremo. Esperaba café espeso y dulce, la bebida común; imaginad mi sorpresa cuando el sacerdote regresó de una habitación interior con una bandeja en la que descansaba una botella de cristal y varias copas de arcilla. Después de que Emerson tomara un sorbo cauteloso del líquido, sus cejas se elevaron.

Seguí su ejemplo.

—Es coñac francés —exclamé.

—El mejor coñac francés —dijo Emerson—. ¿Padre, dónde consiguió esto?

El sacerdote ya había vaciado su copa. Vertió otra medida generosa y contestó inocentemente:

—Estaba aquí en mi casa cuando regresé.

—Hemos estado ansiosos por oír su aventura, Padre —dijo Emerson—. Cuán bien recuerdo la cólera de mi distinguida esposa

principal, la sitt Hakim aquí presente, cuando se enteró de que el sacerdote de Dronkeh no era quién pretendía ser. «¿Qué ha hecho con el verdadero sacerdote, usted hijo de camello?», gritó ella. «¡Si ha dañado a ese buen y excelente hombre, le extraeré el corazón!»

La versión de Emerson no era una interpretación muy exacta de lo que yo había dicho, pero en efecto había preguntado por el sacerdote ausente, y bien que recordaba la cínica respuesta del Maestro Criminal: «Él disfruta de los placeres mundanos que ha evitado y el único peligro que corre implica a su alma».

Después de agradecer mi preocupación, el Padre Todorus se lanzó a su historia. Estaba claro que sólo había estado esperando que preguntáramos, y que la constante repetición había formado su versión en una narrativa bien ensayada de la clase que los egipcios pueden escuchar repetidas veces. Lamentablemente, había menos información que estilística elegancia en la larga e incoherente historia; despojada de la verbosidad innecesaria, podría haber sido dicha en unas cuantas oraciones.

El padre Todorus se había acostado una noche como de costumbre, y despertado en un lugar extraño, sin la menor noción de cómo había llegado allí. El cuarto en efecto estaba elegantemente, incluso lujosamente amueblado (la descripción de sus cortinas de seda y suave canapé, la tintineante fuente y los suelos de mármol ocuparon el grueso del discurso). Sin embargo no vio a nadie salvo a los asistentes que le traían deliciosos alimentos y exóticos licores con frecuencia, y ya que las ventanas tenían barrotes y postigos, no podía ver nada que le diera la pista más leve sobre la ubicación de su paradero.

Su regreso fue llevado a cabo de la misma forma misteriosa; despertó una mañana en el mismo catre estrecho del que había sido alejado, y al principio apenas podía creer que todo el episodio no hubiera sido un largo y vivido sueño. Los sorprendidos gritos de sus feligreses por su reaparición, y los informes que le dieron de lo que había pasado durante su ausencia, demostraron que su experiencia había sido real. Pero el inocente hombre francamente confesó que se sentía inclinado a atribuir todo el asunto a los espíritus malignos, quiénes eran conocidos por torturar a los hombres santos tentándolos con los placeres de este mundo.

—¿Así que fue tentado, verdad? —preguntó Emerson—. Con

deliciosas viandas, finos vino y licores...

—No están prohibidos por nuestra fe —se apresuró a comentar el Padre Todorus.

—No, pero otras tentaciones están prohibidas, al menos al clero. ¿Eran los asistentes que lo atendían reverendos hombres o mujeres?

La culpa en el rostro del pobre hombre fue suficiente respuesta. Emerson se rió entre dientes, al necesitar continuar con el tema intervine.

—Sería más puntual, Emerson, pedirle al Padre Todorus una descripción más detallada del lugar en que estuvo encarcelado. Puede haber oído o visto algo que nos dé una pista en cuanto a su posición.

Hablé en inglés, y Emerson contestó en la misma lengua.

—Si ese cerdo de Sethos es tan inteligente como parece que crees, habrá abandonado ese lugar hace mucho. Ah, muy bien, no hará daño preguntar.

El padre Todorus se vio visiblemente aliviado cuando, en vez de regresar al incómodo tema de sus tentaciones, Emerson le preguntó sobre su prisión. Como tantas personas, el sacerdote era un pobre observador; preguntas específicas sacaron a luz hechos que había omitido, no intencionadamente, sino porque nunca había pensado en ellos. No había sido capaz de ver por las ventanas, pero había oído sonidos, aunque amortiguados y lejanos. Cuando se sumó dos más dos, los ruidos que mencionó hicieron evidente que había estado, no en un pueblo o aislado en una villa aislada, sino en el corazón de una ciudad.

—El Cairo, Emerson —grité.

—Asumí eso desde un principio —dijo Emerson represivamente —. ¿Pero en qué parte de esa prolífica colmena de humanidad?

Siguiendo con el interrogatorio dejamos sin contestar esa importante pregunta. Cuando nos levantamos para despedirnos, apenas si sabíamos más que cuando habíamos llegado. El padre Todorus, quien había consumido dos copas de brandy, nos acompañó a la puerta, reiterando sus gracias y asegurándonos que nos mencionaría en sus plegarias, un cumplido que Emerson recibió con una mueca y un gruñido.

Cuando caminamos hacia los asnos dije:

—El Padre Todorus ciertamente es generoso con su coñac.

Supongo que Sethos se marchó con tal prisa que no pudo llevarse las comodidades que se había proporcionado, pero a juzgar por la forma en que está siendo consumido debe haber dejado una cantidad considerable.

Emerson se detuvo.

—¡Ah! —gritó él—. Sabía que algún detalle persistía en mi mente, pero no podía imaginar cual. Buena idea, Peabody.

Con lo cual regresó corriendo a la casa del sacerdote, conmigo, apenas tengo que decirlo, siguiéndolo. Cuando el Padre Todorus respondió a su golpe perentorio, todavía sostenía su copa. Al ver a Emerson, él sonrió beatíficamente.

—Ha regresado, Oh, Padre de Maldiciones. ¡Entre, con la honorable sitt vuestra esposa, y... hip! Tengo más brandy.

—No se lo privaría, Padre —dijo Emerson con una sonrisa—. Ya que seguramente su suministro debe ser limitado.

La cara del pequeño hombre se alargó. Uno podría haber pensado que Emerson le había acusado de robo y algo peor, y Emerson dijo aparte, en inglés.

—Realmente, Peabody, es demasiado fácil confundir a este tipo; no tiene más talento para disimular que un niño.

—Menos —dije significativamente—, que algunos niños.

—Humm —dijo Emerson. Volviendo al árabe, se dirigió al sacerdote—. ¿Su suministro ha sido rellenado, Padre... no es verdad? ¿Con qué frecuencia y de qué modo?

El sacerdote gimió. Comenzó a retorcerse las manos; al recordar que todavía sostenía la copa, rápidamente la acabó. Con un vistazo a los curiosos espectadores, refunfuñó:

—Eran los demonios, Oh Padre de Maldiciones. Le pido que no deje que estas personas lo sepan; podrían apelar al patriarca en busca de ayuda contra los poderes de mal, y le aseguro, se lo juro, que puedo vencer a los demonios, estoy constantemente en oración...

Emerson lo tranquilizó y el pequeño hombre encontró el coraje para hablar. Había habido dos entregas de coñac por los demonios desde su milagroso regreso del encarcelamiento. En ambas ocasiones había encontrado las cajas junto a su cama cuando despertó por la mañana. Él no se había molestado en buscar señales de intrusión, ya que era conocido que los demonios, al ser

incorpóreos, no dejaban huellas.

Con más aseveraciones de nuestra buena voluntad, nos despedimos. El sacerdote desapareció en su casa, sin duda a fin de librarse del demoníaco regalo de la forma más apropiada.

—Qué cosa tan curiosa —exclamé, cuando salíamos al trote del pueblo—. Este hombre, este genio desconocido del crimen, es una mezcla extraña de crueldad y compasión. Botellas de fino coñac francés no son mi idea de una disculpa y compensación de un trato tan grosero, pero...

—Ah, usa la cabeza, Peabody —gritó Emerson, con el rostro rojo —. ¡Una disculpa y compensación y un cuerno! Nunca oí semejante tontería.

—Por qué más iba...

—Para completar la corrupción del sacerdote, por supuesto. Un extraño y pervertido sentido del humor, nada de compasión, es el motivo para estos regalos.

—Oh —dije—. No había pensado en eso, Emerson. Buen Dios, no es sorprendente, que tales consumadas profundidades de depravación estén más allá de la comprensión de cualquier persona normal.

—No están más allá de mi comprensión —dijo Emerson, con un vicioso chirrido de dientes—. Asalto ordinario, rapto e intento de asesinato por lo que puedo nombrar; pero este villano ha ido demasiado lejos.

—Concuerdo del todo contigo, Emerson. Gastarle semejante broma al pobre Padre Todorus...

—Grrr —dijo Emerson—. Peabody, me sorprendes.

—No sé lo que quieres decir, Emerson. ¿Crees que hay alguna esperanza de abordar a los repartidores de coñac?

—No, no lo creo. Sethos puede cansarse de su broma y detener la entrega, y si continua, no tenemos ni idea de cuándo ocurrirá la siguiente visita. Sería una pérdida de tiempo mantener vigilada la casa del sacerdote, si es lo que estabas a punto de proponer.

—No lo estaba. Había llegado a la misma conclusión.

—Me alegro de escuchar eso, Peabody.

Llegamos a casa para la hora del té, e inmediatamente empecé a preparar esa bebida, asistida por Enid. Ramsés y Donald no habían vuelto; me atrapé a mí misma buscando sonidos de disturbios y

furiosa persecución, tal como frecuentemente acompañaba la partida de Ramsés de la casa. Sin embargo, aparte de los ruidos normales del despertar a la vida del pueblo, los únicos sonidos desafortunados eran distantes disparos. Incluso éstos eran demasiado habituales, ya que los disparos eran uno de los entretenimientos favoritos de los turistas más ignorantes, y las áreas pantanosas entre el canal y el río daban abrigo a una gran cantidad de desafortunadas aves a las que estos «deportistas» eran aficionados a masacrar.

Las sombras se alargaron, y aún así los vagabundos no habían regresado. Emerson marcaba el paso de arriba abajo por el patio mirando alternadamente su reloj y las puertas cerradas, cuando por fin un grito anunció el acontecimiento anhelado. Abdullah abrió las puertas y entraron cabalgando en el complejo, Donald justo detrás de Ramsés.

De inmediato Ramsés se deslizó de su asno y empezó a dirigirse a la casa, intentando, supongo, aparentar como si estuviera ansioso por un baño. Donald extendió la mano y lo agarró por el cuello. Sosteniéndolo por esa incómoda pero conveniente forma, dirigió al muchacho hacia nosotros.

—Profesor y señora Emerson, les entrego a su hijo. Ha conseguido un grado de suciedad que alguna vez creí imposible, incluso después de mis propios experimentos juveniles en esa misma línea, pero está intacto, como lo recibí. Les aseguro que mantenerlo en esa condición no fue una hazaña insignificante.

Era evidente que habían estado cerca al río, debido a que la sustancia que cubría a Ramsés era barro seco. Partes de éste se habían desconchado, dándole un extraño aspecto antiguo, como una momia pútrida.

—Me lavaré inmediatamente, mamá —jadeó él con dificultad—. Si eres tan amable de ordenarle a esta... esta persona que me suelte.

Pero para ese momento yo había observado el pequeño detalle que Ramsés estaba tan decidido en ocultarme. Este, en efecto, era un pequeño... agujero de un centímetro de diámetro que taladraba con esmero un lado de su salacot. Dando un paso a un costado, observé un segundo agujero, ligeramente más grande, opuesto al primero.

Emerson observó estos extraños rasgos al mismo tiempo, y, con

un grito de consternación, arrebató el sombrero de la cabeza de Ramsés. Lo lanzó a tierra y comenzó a recorrer con los dedos el cabello del muchacho, completando el total desaliño de esa zona.

—Es la señal de una bala, Peabody —gritó él—. ¡Una bala ha atravesado totalmente el sombrero de Ramsés! ¿Ramsés, querido muchacho, estás herido?

—Ah, para con eso, Emerson —dije—. Si Ramsés hubiera estado llevando el sombrero cuando el tiro fue disparado, la bala habría atravesado directamente su cráneo y no tendrías ninguna dificultad en notar el resultado.

—No llevaba el sombrero —dijo Donald—. Lo sostenía en su mano. Esto puede aliviar su aprehensión, Profesor, pero en mi opinión aún exige un castigo. Si este jovenzuelo fuera mi hijo, lo pondría sobre mis rodillas y le daría una buena azotaina.

Ramsés volvió lentamente la cabeza y dio a Donald una mirada que habría hecho que un hombre más sabio se retractara de su amenaza. Los rizos negros del muchacho se alzaban como una maraña arbórea de un guerrero Masai, y su expresión no era más afable.

Emerson ignoró el comentario de Donald, no era la primera vez que había escuchado sugerencias de esa naturaleza, pero Enid dio un grito indignado.

—No me sorprende oír sentimientos tan crueles de esa fuente —exclamó ella, colocando un brazo protector alrededor de Ramsés—. ¡Pobre niño! Después de una experiencia tan espantosa, ser maltratado y maldecido...

—Te confundes, Enid, no lo maldije —protestó Donald—. Estuve tentado, pero no lo hice.

Enid le dio la espalda y tiró a Ramsés cerca de ella.

—Ven con Enid, pobre chico, ella te cuidará y protegerá de este matón.

El rostro de Ramsés fue presionado contra, hasta ese momento, su impoluta chaqueta, pero debo aclarar... que pude ver su mejilla y una esquina de su boca. El último rasgo se curvaba en una insoportable sonrisa satisfecha. Él dejó que lo alejaran, con toda la apariencia de disfrutar de la clase de abrazo por el que generalmente habría protestado.

Mostrando unas manos casi tan asquerosas como las de Ramsés,

Donald también fue a lavarse. Si esperaba abogar su caso con Enid, esta no le dio ninguna oportunidad, ya que regresó casi inmediatamente, aferrando la mano de Ramsés. Su rostro y manos al menos estaban limpias, y demostrando que únicamente la inmersión total le devolvería una apariencia de decencia, le permití que tomara su té con nosotros, previniendo que se sentara a alguna distancia de la mesa. Debido a los nutrientes contenidos en éste, el barro del Nilo tiene un olor particularmente acre y penetrante.

Donald tampoco se demoró en su aseo. Había estado llevando un traje árabe sobre su camisa y pantalón; al quitarse la túnica removió lo peor del barro y se había tomado el tiempo para pasar un cepillo sobre sus agitados bucles. Después de unirse a nosotros le invité a contarnos lo que había pasado y proveernos del nombre de la persona que había intentado matar a Ramsés.

—Como debe saber, por su tono tranquilo, señora Emerson, fue un accidente —contestó él—. Provocado en gran parte por el mismo señorito Ramsés en persona. Habíamos bajado al canal y hablábamos con las mujeres que lavaban la ropa... al menos Ramsés lo hacía. A propósito, su hijo tiene una familiaridad espantosa con ciertas locuciones árabes... Mientras estábamos allí, escuchamos disparos a poca distancia. Antes de que pudiera detenerlo, Ramsés había montado sobre su asno y se fue pitando, suplico su perdón, cabalgando rápidamente en la dirección de donde habían venido los tiros. Lo alcancé al poco tiempo y le expliqué que era poco aconsejable acercarse por los tiros perdidos. Tuvimos una pequeña discusión. ¡Él me persuadió... tonto de mí!... de acercarnos, a fin de observar los disparos. Nosotros... umm... nosotros hicimos bastante ruido, y no dudé que los cazadores conocían nuestra presencia, pero a fin de estar absolutamente seguro grité otra vez. Una gran bandada de palomas revoloteaba, preparándose para asentarse; estaba claro que los rifles apuntarían en esa dirección, y ya que nos acercábamos desde el oeste, pensé que había tomado todas las precauciones posibles...

—Suena como si así lo hubiera hecho —observé, sirviéndole otra taza de té—. Supongo que Ramsés se interpuso en la línea de fuego.

Donald asintió.

—Gritando a todo pulmón y agitando el sombrero. Naturalmente las aves notaron la alarma y se alejaron volando...

—Lo cual era exactamente mi intención —exclamó Ramsés—. Conoces mis sentimientos por los deportes sangrientos, mamá; matar por alimento o en defensa propia es una cosa, pero asesinar a fauna indefensa para simplemente contar el número de caídos en el proceso es algo que no puedo...

—Tus sentimientos sobre el tema me son conocidos, Ramsés —dijo Emerson—. Pero, querido muchacho...

—No le reprenda —pidió Enid—. El pequeño y galante compañero no pensaba en su propia seguridad. ¡Su acción fue imprudente, pero noble! Yo podría haber hecho lo mismo si hubiera estado allí, ya que comparto su aborrecimiento por los hombres que encuentran un placer perverso en matar.

Esta declaración estaba obviamente dirigida a Donald, quien enrojeció dolorosamente. Él no consiguió ninguna posibilidad de defenderse, ya que Enid siguió elogiando y admirando a Ramsés, cuya expresión satisfecha era suficiente como para agotar la paciencia de un santo. En un típico acto Ramsésiano por mostrar su apreciación por la calurosa defensa, le ofreció darle a ella una lección de jeroglíficos, el elogio más alto que podía dar, y ambos entraron en la casa de la mano.

Donald posó la taza en su platillo con tal fuerza que esta se rajó.

—Renuncio, señora Emerson. Me he enfrentado a enemigos armados y fieras bestias, pero Ramsés me ha derrotado.

—¿Ramsés? ¿Quiere decir Enid, verdad? Tenga más pan y mantequilla, Donald.

—No quiero ningún maldito... Perdóneme, señora. Sólo quiero que me dejen en paz.

—¿Sólo con su pipa y su opio? —dijo Emerson—. Déjelo, muchacho. No podrá eludir a la señora Emerson; ha decidido reformarlo, y así lo hará, le guste o no. Perdóneme; creo que entraré y trabajaré en mis notas.

—Emerson es tan discreto —dije, mientras la fiel forma de mi marido desaparecía en la casa—. Sabe que deseaba una charla confidencial con usted, Ronald... perdóneme, Donald. No, no se vaya, si lo hace, haré que Abdullah lo traiga de regreso y lo haga sentarse hasta que yo termine. ¡Dioses, la terquedad del sexo masculino! Enid me lo ha dicho todo, Donald.

El joven se hundió en su silla.

—¿Todo?

—Bien, casi todo. No dijo con tantas palabras que lo ama, pero no fue difícil para mí el verlo. Me siento realmente sorprendida...

Donald saltó sobre sus pies.

—¿Me ama?

—... por la incapacidad de los hombres de ver lo que está justo bajo sus narices. Y usted la ama...

—¿Amarla? ¡Amarla!

—Suena como un loro. Siéntese y deje de gritar, o hará que todo el mundo venga para ver qué está pasando.

Lentamente Donald se hundió en su silla, como un hombre cuyos miembros ya no lo sostienen. Sus ojos estaban abiertos como platillos, y el azul como el mejor turquesa egipcio, estaban fijos en mi rostro.

Continué.

—¿Pero por qué ella le perseguiría e intentaría persuadirle a defenderse? ¿Por qué se rendiría a las repugnantes atenciones de un hombre como Kalenischeff, sino para ayudarle? ¿Por qué está tan furiosa con usted? Guarde mis palabras, una mujer no llega a esos extremos por una vieja amistad. ¡Lo ama! Pero también lo desprecia, y con razón. No le hace ningún favor a su hermano al tomar el castigo de él sobre sus hombros, y si es lo bastante tonto como para rendirse a la vergüenza y desgracia por alguna noción absurda de galantería, no tiene ningún derecho a hacer que aquellos que lo aman sufran. Proclame su inocencia y la culpa de su hermano; ¡tome la posición que es justamente suya, y reclame a su novia!

—No puedo creerle —refunfuñó Donald—. Ella me desprecia. Ella...

—Bien, por supuesto que lo hace. Esto no tiene nada que ver con su amor por usted. Ahora escúcheme, Donald. No puede abandonarnos. Soy incapaz de explicar esto a Emerson, ya que se vuelve tan irrazonable a la mera mención del nombre del Maestro Criminal que comienza a gritar, pero usted, me atrevo a esperar, entenderá. Enid está en grave peligro, no de la policía, sino de ese genio misterioso del delito. Él pensó que ella sería acusada y condenada por el asesinato de Kalenischeff. ¿Por qué más habría seleccionado su habitación como la escena de la carnicería?

—Posiblemente —suspiró Donald—, porque Kalenischeff estaba en su guarida todo el tiempo y sólo era vulnerable de atacar cuando creía que había sido convocado a una cita romántica.

—Mi pregunta era retórica —dije bruscamente—. Se lo aseguro; Enid no está a salvo. Quién sabe, ella puede haber visto u oído algo durante esa fatídica noche que pondría en peligro a Sethos, podría, pero no lo recuerda. Déjela abusar de usted e insultarlo, pero no la abandone cuando ella lo necesita. Y, mientras estoy en el tema de insultos y abusos, déjeme informarle que su aceptación abyecta de los insultos de Enid no va a mejorar su opinión de usted. Estaría contenta en darle uno o dos consejos...

Otra vez Donald se puso de pie, tan impetuosamente que su silla volcó.

—Le pido, señora Emerson, que me ahorre los detalles. Sus argumentos me han convencido; nunca abandonaré a la señorita Debenham mientras necesite de protección. ¡Pero no puedo... no puedo soportarlo, oh, Dios!

Con lo cual se abalanzó a la casa.

Capítulo 10

Abdullah había descuidado cerrar las puertas. Me senté en la extraña y agradable soledad, escuchando las voces distantes de Ramsés y Enid hablando en egipcio antiguo (o mejor dicho, la voz de Ramsés dando una conferencia a Enid sobre el egipcio antiguo) y disfrutando del esplendor de la puesta del sol. La magnífica paleta del cielo estaba rayada por colores que ningún pintor terrenal podría conseguir, un brillante bronce salvaje y reluciente carmesí, el índigo y el rosa y un suave azul grisáceo. Sabía que la llamativa belleza del cielo se debía a cierta cantidad de arena en la atmósfera, y esperaba que no tuviéramos pronto una tormenta.

Uno de los caminos del pueblo pasaba delante de las puertas, y mi vigilia fue animada por las formas de los fellahin regresando a casa desde los campos con sus burros cargados con madera para el fogón, las mujeres soportaban pesados cántaros negros de agua sobre las cabezas. La eterna procesión de Egipto, pensé para mí en las fantasías poéticas que me embargaban en semejantes momentos.

Una forma ajena irrumpió en el lento desfile, la misma velocidad de su acercamiento era una intrusión. La forma era la de un hombre montado, que cabalgó directamente por las puertas abiertas. Al verme, desmontó, y me saludó exageradamente con su sombrero.

—Señora Emerson, soy Ronald Fraser. Nos conocimos el otro día...

—Lo sé —dije—. ¿Es por casualidad la persona que puso un agujero en el sombrero de mi hijo esta tarde?

—¡No, en efecto! Al menos espero que no. —Su sonrisa le hizo parecerse tanto a su hermano, que miré involuntariamente sobre mi hombro. Donald no estaba en ninguna parte a la vista, pero

Emerson sí estaba. Sus amplios hombros llenaban la entrada abierta y un ceño oscurecía su cara.

—Espera que no —repitió irónicamente—. Yo también lo espero, joven; ya que si fue usted quién cometió ese pequeño error, tendría que responder ante mí

—Es para explicarme y pedir perdón por el incidente que me siento honrado de visitarlo a usted y a su encantadora esposa —dijo Ronald suavemente—. Puedo...

—Puede —dije, indicando la silla que Donald había volcado en su salida precipitada—. Le ofrecería una taza de té, pero temo que está frío.

Ronald enderezó la silla y se sentó en ella. Era una criatura elegante, más elegante y menos viril que su hermano. Conociéndolos como ahora hacía, nunca podría haberlos confundido. El semblante del hombre más joven delataba la debilidad de su carácter; sus labios eran delgados, su barbilla era indecisa, sus cejas estrechas y hundidas. Incluso sus ojos, del mismo azul del mar, eran más pálidos en color. Estos se encontraron con los míos con una clara franqueza que no pude menos que encontrar muy sospechosa.

Con los más encantadores modales rechazó cualquier intención de preocuparme, incluso por la invitación de una taza de té.

—Vine —continuó él—, sólo para asegurarme de que el chaval no hubiera sufrido ningún daño. Salió corriendo frente a nuestras armas, profesor y señora Emerson... les aseguro que así lo hizo. Francamente no sé si fue una bala lo que golpeó el sombrero de su mano. Ya lo había recuperado y alejado antes de que pudiéramos ir tras él. Aunque buscamos durante algún tiempo, no encontramos ninguna señal de él, o de alguien más... aunque creí vislumbrar a otra persona, un árabe, por su ropa...

Terminó en un tono de interrogación, pero no me vi tentada a informarle que la otra persona había sido su hermano. Ni lo estaba Emerson; de hecho, la respuesta de mi marido fue directa hasta el punto de la grosería. Hubo referencias, según recuerdo, a idiotas jóvenes que no podían encontrar nada mejor que hacer con su tiempo que acribillar a aves que no podían devolver los disparos, y que su más sincera esperanza (la de Emerson) era que las pistolas terminarían por acribillarlos a ellos.

La perenne sonrisa de Ronald permaneció en su lugar.

—No lo culpo, profesor; en su lugar yo diría más o menos lo mismo.

—Lo dudo —contestó Emerson arrogantemente—. Si piensa que sus poderes de invectiva pueden igualar los míos, está tristemente confundido.

—Haré cualquier intento de enmienda —insistió el joven—. Un regalo al pequeño... una profunda disculpa...

Había estado preguntándome por qué Ramsés no había hecho su aparición. Era algo sumamente fuera de lo común en él abstenerse de interrumpir. Incluso esa conciliatoria y atractiva oferta no lo sacó de la casa. El silencio más profundo llenaba ese edificio; incluso el murmullo de la conferencia de Ramsés había cesado.

—No es necesario —dije—. Pero gracias por venir.

No tenía ninguna intención de permitirle que se marchara aún, pero no era fácil introducir el tema sobre el que deseaba preguntarle. «¿Falsificó la firma de su hermano? ¿O cree que la señorita Debenham es una asesina?», parecía una abrupta bagatela, sobre todo porque se suponía que yo no conocía la identidad de las personas por quién preguntaría. Sin embargo, el hombre me ahorró el problema con una pregunta casi tan directa como las que había rechazado.

—Tenía otra razón para venir —dijo gravemente—. ¿Puedo hablar, por favor, con la señorita Debenham?

Me repuse inmediatamente, estoy segura, indicando sorpresa por la pregunta.

—¿Señorita Debenham? No creo que conozca...

—No puedo creer que haya tenido éxito en engañarla, señora Emerson, sin importar qué nombre haya asumido. Usted es demasiado astuta para ser timada. Su amable corazón y gentil simpatía es conocida; todos hablan de estos; es imposible pasar más que unos días en Egipto sin conocer su reputación... y, por supuesto, la de su distinguido marido. La recogió, a una indefensa fugitiva, y por eso siempre tendrá mi gratitud. ¿Supone que la traicionaría... yo, quien la adoro sobre todas las criaturas vivas? Sólo déjeme verla, hablar con ella... asegurarme que está ilesa... saber qué puedo hacer para servirla...

De mala gana, impresionada por su elocuencia, escuché sin

confirmar o negar su suposición. No puedo asegurar cuánto tiempo continuó, pero su discurso fue detenido por la misma Enid. Tuvo que empujar a Emerson fuera de su camino; él había estado escuchando con una expresión de incrédula repugnancia.

—Me ves —dijo ella glacialmente—. Estoy ilesa. Sabes lo que puedes hacer para servirme. Esto contesta a todas tus preguntas, creo.

—¡Enid! —Se precipitó hacia ella, volcando la silla por segunda vez esa tarde. Oí un crujido cuando una de las patas cedió.

Enid esperó hasta que él estuvo casi sobre ella, luego levantó una mano con una dignidad solemne que lo detuvo en su recorrido.

—Enid —repitió Ronald, en un tono de suave reproche—. ¿Cómo puedes hacer esto? Si supieras las agonías que he soportado, ignorando tu paradero o hasta donde...

—¿Siempre serán tus agonías? —interrumpió ella, con una curva en su labio—. No sé cómo me has encontrado aquí, pero no tenemos nada que decirnos. A menos que hayas decidido jugar a ser un hombre y admitir lo que hiciste.

—Pero te lo he dicho repetidas veces, Enid, que admitiría de buena gana algo si esto salvara a nuestro querido amigo de su grave situación presente. El cielo sabe que a menudo tomó mis culpas cuando éramos niños; lo menos que puedo hacer...

—¿Es noble admitir un delito que no cometiste? Ronald... estás más allá de las palabras. —Con un gesto de repugnancia, se dio la vuelta para entrar en la casa.

—Espera, Enid. No me dejes así. ¿Qué más puedo hacer?

Ella se volteó, sus ojos centellaban.

—Ve donde el oficial al mando de Donald y confiesa. Pero tendrás que ser convincente, Ronald.

—Mi querida muchacha...

—¡Y no me llames querida!

—Ruego tu perdón. Es difícil que los labios no dejen escapar los sentimientos que nos embargan. Enid, haré lo que me pides... lo juro. Pero primero debo encontrar a mi querido hermano. Lo he buscado noche y día, Enid, en lugares que no querría mencionar en tu presencia. Pero siempre ha huido de mí. Estoy aterrorizado de que pueda hacer algo desesperado... que cualquier día pueda escuchar de un cuerpo varado por el Nilo, o encontrado en alguna

guarida asquerosa....

Su voz se rompió. Se cubrió la cara con las manos.

Enid no se movió. Con frialdad dijo:

—No temas eso, Ronald. No lo esperes, podría añadir. Haz lo que me has prometido... ven a mí con los papeles que demuestran que tu hermano es inocente.

—¿Y luego? —Alzó la cabeza. Las lágrimas llenaban sus ojos—. ¿Y luego, Enid?

El color había desaparecido del rostro femenino, dejándolo tan blanco como una estatua.

—No prometo nada —dijo ella vacilante—. Pero... ven a mí entonces.

La sangre que había abandonado el semblante de Enid se precipitó en el de él.

—Enid —gritó—. ¡Lo haré! Oh, mi querida...

Ella huyó antes que él la alcanzara, entrando en la casa y cerrando la puerta. Ronald habría ido tras ella si no hubiera sido por Emerson que se interpuso en su camino.

—No, no —dijo él, con un cordial gruñido que a veces engañaba a personas poco intuitivas que creían que estaba de un humor afable—. Por si se le ha pasado por la mente, señor Fraser, un caballero no fuerza sus atenciones sobre una dama cuando ella está poco dispuesta a recibirlas. En particular cuando yo soy capaz de evitarlas.

—Ella no está poco dispuesta —dijo Ronald—. No la conoce, profesor. Siempre me ha reprendido e insultado; tomamos la costumbre cuando niños. Sólo es su modo de mostrar su afecto.

—Una forma muy peculiar, debo decir —dijo Emerson escépticamente—. Nunca he oído cosa semejante.

—Apelo a la señora Emerson —dijo Ronald con una sonrisa. Con seguridad era un joven voluble; todo rastro de pena había desaparecido, y una mirada de satisfacción brillaba en su apuesto rostro—. ¿No es verdad, señora Emerson, que algunas damas disfrutan atormentando a las personas que aman? Ella trata a Donald exactamente igual; debe haber observado eso.

—Si hubiera tenido la oportunidad de verlos juntos, en efecto podría haberlo observado —contesté prestamente, ya que me sentí ofendida por su transparente intento de engañarme a admitirlo—.

Sin desear ser inhospitalarios, señor Fraser, sugiero que se marche.

Ronald posó su mirada seria sobre mí.

—Ahora que estoy a gusto sobre la seguridad de Enid, sólo tengo una preocupación. Mi hermano, señora Emerson, mi pobre y sufrido hermano. Enid siempre ha tomado partido por él; siente hacia Donald un cariño de hermana. Él cometió un error, pero ha sido castigado lo suficiente. Quiero encontrarlo y llevarlo a casa. Juntos afrontaremos cualquier problema que el mundo nos envíe. ¡Si sólo pudiera decírselo... hablar con él! Le recordaría los días felices de la infancia, las horas que pasábamos en inocuos juegos, entre los juncos del canal donde yacíamos durante horas mirando a las pequeñas aves planear y...

—Oh, realmente, no puedo soportar más esto —dijo Emerson, medio para sí mismo—. Primero le gime y solloza a la muchacha, ahora dice disparates sobre sus días de infancia... y en el más lacrimógeno, sentimental cliché que haya oído jamás. Buenas noches, señor Fraser. Márchese, señor Fraser.

No había ninguna forma de que ni siquiera Ronald Fraser pudiera convertir eso en una convencional y cortés despedida, pero hizo todo lo posible, inclinándose sobre mi mano y repitiendo su gracias por mi protección de su pobre y delicada querida, como dijo él. La frase fue inoportuna, ya que impulsó a Emerson en abrupta acción. Creo que sólo pensaba agarrar rápidamente al señor Fraser y lanzarlo sobre su caballo, pero el señor Fraser se le anticipó. Después de que se alejara al galope, Emerson bramó a Abdullah para que cerrara y asegurara las puertas.

—Si alguien trata de entrar, dispara a matar —gritó.

Entonces se giró hacia mí.

—¿Cuánto hasta la cena, Peabody? Tengo un hambre voraz.

—Ha sido un día ajetreado —concordé—. Siéntate, Emerson, y toma otra taza de té. Puedo hervir más agua en un instante.

—Creo que tomaré whisky en cambio. ¿Me acompañas, Peabody?

—Sí, gracias. ¿Dónde están todos?

—Fraser... nuestro Fraser... probablemente está escondiéndose en algún lugar en la parte de atrás. —Emerson recogió la silla y la miró críticamente—. Una de las patas está rota. Estos jóvenes son una fuerza de la naturaleza con el mobiliario, Peabody.

—Así lo son, Emerson.

—La jovencita —continuó Emerson—, está, si conozco a las jovencitas, llorando como una magdalena en su habitación. Es lo que las jovencitas hacen cuando están en un estado de confusión emocional. ¿Te he mencionado, Peabody, que uno de los motivos por lo que te adoro es que eres más inclinada a pegar a las personas con tu parasol que caer llorosa en tu cama? Lo último es un hábito muy pesado.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, Emerson. Deberemos cuidar de Enid, entonces. Sólo tenemos que explicárselo a Ramsés antes de sentarnos en una agradable quietud...

—Estoy aquí, mamá —dijo Ramsés, emergiendo de la casa con una botella de whisky y copas en una bandeja. Emerson saltó para tomarlas, y Ramsés continuó—: Escuché todo lo que sucedió por la grieta en la puerta. Consideré que aparecer en escena podría desviar el curso de la discusión, que encontré muy interesante y provocativa. Ahora que estoy aquí, podemos discutir las permutaciones posibles de la revelación más reciente y su relación con el principal problema al que nos enfrentamos. Me refiero, por supuesto, a...

—¿Buen Dios, Ramsés, has añadido el escuchar a escondidas a tus otros delitos de menor cuantía? —exigí—. Escuchar tras las puertas no es correcto.

—Pero es muy útil —dijo Ramsés, extendiendo una copa cuando Emerson servía el whisky. Vivía esperanzado de que su padre se la llenaría por distracción y que yo dejaría por descuido que lo bebiera. La posibilidad de que ambos deslices ocurrieran el mismo día era escasa al punto de ser inexistente, pero como Ramsés me había explicado una vez, no costaba nada hacer el intento.

Este en esta ocasión resultó infructuoso. Emerson me dio mi copa.

—Me pregunto —dijo él pensativamente—, cómo el señor Ronald Fraser supo que la señorita estaba con nosotros. No me causó la impresión de ser una persona de capacidad mental profunda.

—Pudo haberla vislumbrado ayer —sugerí.

—Posiblemente. Bien, Peabody, ¿qué piensas? ¿Cuál es el culpable, Donald o Ronald?

—¿Cómo puedes dudar, Emerson? Enid nos dijo...

—Sí, pero es la palabra de una muchacha que confiesa no conocer los hechos contra ambos hermanos. Con seguridad ellos están en mejor posición para saberlo que ella.

Lógicamente él tenía razón. Pero de otra forma estaba equivocado. No tenía ningún argumento racional que ofrecer, sólo un entendimiento profundo de la naturaleza humana, que es una guía mucho más confiable en situaciones de esta clase que la lógica; pero sabía cuál sería la respuesta de Emerson si lo mencionaba.

—Por muy interesantes y conmovedores que los romances de los jóvenes pueden ser, Emerson, más importante es nuestra búsqueda del Maestro Criminal. Las revelaciones del Padre Todorus pueden contener alguna pista después de todo. O quizás uno de los aldeanos sabe más de lo que él o ella quieren confesar.

Ramsés al instante exigió saber de qué estaba hablando. Siguiéndole la corriente al muchacho, Emerson le contó sobre la tentación del Padre Todorus, omitiendo, apenas tengo que decirlo, cualquier referencia a las otras además de las líquidas tentaciones.

—Hmmm —dijo Ramsés, apretando los labios—. El incidente arroja una luz más intrigante sobre la personalidad del caballero a quien perseguimos, pero no puedo ver cómo puede ofrecernos alguna información útil. Quizás si yo interrogara al sacerdote...

—No sacarías más de lo que nosotros hemos hecho —dije prontamente—. De hecho, el Padre Todorus se sentiría aún menos inclinado a confiarse a una persona con tus tiernos años. Tu padre tiene razón; este genio del delito...

Un espasmo cruzó el rostro de Emerson.

—¿Debes referirte a él por ese elogioso nombre?

—No veo nada elogioso, Emerson. Sin embargo, si este te molesta, me limitaré a llamarlo Sethos. Un muy curioso apelativo, es único; me pregunto qué le incitó a seleccionarlo.

—No —dijo Emerson— puede importarme menos.

—Pero mamá ha mencionado un punto digno de consideración —siseó Ramsés—. Sabemos que este caballero tiene un sentido del humor peculiar y una predisposición a desafiar a sus oponentes. ¿Y si este alias es una broma y un desafío?

—Apenas puedo imaginar eso, Ramsés —dije—. Es mucho más probable que el nombre exprese las cualidades poéticas y creativas

del hombre. La momia de Sethos el Primero es notablemente atractiva (como pueden ser las momias) y la frase que describe a Set es un león en el valle...

—Bah —dijo Emerson—. Qué basura, Peabody.

—Estoy inclinado a concordar con la evaluación de papá, aunque no con el lenguaje en que fue expresada, ya que al usar tal término carecería del respeto filial a los procesos cognoscitivos de uno u otro de mis progenitores, en particular...

—Ramsés —dije.

—Sí, mamá. Estaba a punto de sugerir que el anillo de oro en relación con el cartucho real pueda ser significativo. ¿Dónde obtuvo Sethos tal rareza? ¿Era parte del botín de su primera empresa en el robo de tumbas, y esto le sugirió el nombre por el que ha decidido ser conocido?

—Humm —dijo Emerson pensativamente—. Es bastante posible, mi muchacho. Pero aun si tienes razón, la información nos es inútil. Me parece que mi suposición original está cerca. Maldita sea, ¿y qué pasa con el cabello rojo? No tenemos a uno sino dos hombres pelirrojos. Uno de ellos debe ser Sethos.

La oscuridad había caído. La luna menguante arrojaba una pálida luz a través del patio. En el silencio que siguió a la declaración de Emerson, las voces alegres de los hombres reunidos al lado de la fogata golpearon extrañamente a nuestros oídos.

—Seguramente no —dije—. De hecho, Emerson, tú fuiste quién me informó, cuando hice esa misma suposición, que Donald no podía ser el hombre en cuestión.

—Podría ser cualquiera de ellos —dijo Emerson—. Donald o su hermano.

—Se mantiene la misma objeción, papá —dijo Ramsés—. El color de sus ojos...

—Ah, no importa eso —Emerson y yo estallamos simultáneamente.

Yo añadí:

—Podríamos preguntarle a Enid, que averigüe si uno o ambos hermanos estaban fuera de Inglaterra el invierno pasado.

—Yo iré y se lo preguntaré en este momento —dijo Ramsés, levantándose.

—Creo que no, muchacho.

—Pero, papá, ella sufre una gran angustia. Pensaba en ir antes de esto.

Emerson sacudió la cabeza.

—Tus intenciones te dan crédito, muchacho, pero acepta la palabra de papá en esto: las señoritas en un estado de gran angustia están mejor si se las deja solas, salvo por las personas que ocasionaron dicha angustia.

—¿Es eso cierto, mamá? —Ramsés se giró hacia mí en busca de confirmación.

—Decididamente comparto la opinión de tu padre, Ramsés.

—Aunque yo pensaría —persistió Ramsés—, que una demostración de afectuosa preocupación y quizás una breve conferencia sobre la inutilidad de la emoción excesiva tendría un efecto positivo.

Una terrible premonición se arrastró por mis miembros. No había dejado de observar la tolerancia con la que Ramsés permitía a Enid mimarlo y acariciarlo. Era una libertad que no permitía a extraños a menos que tuviera un motivo ulterior, y yo naturalmente había asumido que tenía un motivo ulterior en relación a Enid, que, en resumen, esperara ganar su confianza pretendiendo ser un muchacho normal de ocho años. Ahora, escuchando el tono serio y deseoso de su voz, comencé a tener horribles dudas. Seguramente era demasiado pronto... Pero si Ramsés resultara ser tan precoz en esta área como en otros aspectos... La perspectiva era aterradora. Sentí una renuencia cobarde a hacer las preguntas que sabía debía formular, pero la tradicional valentía Peabody reforzó mi voluntad.

—¿Por qué permitiste que Enid te abrazara hoy? —pregunté.

—Me alegro que preguntes eso, mamá, porque eso me lleva a un tema que estoy ansioso de discutir contigo. Fui consciente hoy de la sensación más extraña cuando la señorita Debenham me abrazó. De alguna forma esta se pareció a los sentimientos afectuosos que tengo por ti y, en menor grado, por la tía Evelyn. Había, sin embargo, una cualidad adicional. Me encontraba perdido para encontrar las palabras para ello hasta que recordé ciertos versos del señor Keats... me refiero en particular a su poema lírico «La víspera de Santa Inés»

[4], el cual despertó...

—Buen Dios —grité en agónico tono.

Emerson, criatura ingenua, se rió entre dientes divertido.

—Mi querido muchacho, tus sentimientos son completamente normales, te lo aseguro. Son las primeras manifestaciones infantiles de sensaciones que florecerán con el tiempo y maduraran en los sentimientos más nobles conocidos por el género humano.

—Eso conjeturé —dijo Ramsés—. Y por eso deseaba hablar del asunto con vosotros. Ya que son sensaciones normales y naturales, debo saber más sobre ellas.

—Pero, Ramsés —comenzó su padre, tardíamente consciente de a dónde conducía la conversación.

—Creo haber escuchado a mamá decir, en varias ocasiones, que las relaciones entre los sexos eran mal llevadas en nuestra remilgada sociedad, y que las personas jóvenes deberían ser informadas de los hechos.

—Cierto que me oíste decir eso —reconocí, preguntándome qué me había poseído para decirlo en su presencia.

—Estoy listo para ser informado —dijo Ramsés, apoyó los codos sobre la mesa, la barbilla entre las manos, y sus grandes ojos se fijaron en mí.

—No puedo negar la justicia de la petición —dije—. Emerson...

—¿Qué? —comenzó Emerson violentamente—. Ahora, Peabody...

—Con seguridad este es un asunto más conveniente para un padre que para una madre.

—Sí, pero...

—Entonces, te dejo a cargo. —Me levanté.

—Espera un momento, papá —dijo Ramsés con impaciencia—. Deja que saque papel y lápiz. Me gustaría tomar unas notas.

Cuando paseé hacia la cocina oí que Emerson comenzaba a hablar. Su voz era demasiado baja para permitirme distinguir las palabras, pero creí escuchar que decía algo sobre amebas.

La cocina sólo era un fogón dentro de un anillo de piedras, con su grupo de vasijas y cacharros de cocina esparcidos aquí y allá en aparente confusión; pero Hamid sabía dónde estaba todo. Era primo de Abdullah, y debo decir que su aspecto no habría inspirado confianza a un posible patrón, ya que era cadavéricamente delgado, con tristes y mustios bigotes. Si ese hubiera sido el caso, el posible

patrón se habría dejado engañar, ya que la cocina de Hamid era de primera clase. Él alzó la vista de la cacerola que movía y me dijo que la comida estaba lista. Le persuadí a aplazarla por un rato; si Emerson comenzaba con formas de vida unicelulares, probablemente necesitaría bastante tiempo para llegar hasta los homínidos. Encantados por mi visita, los hombres se reunieron alrededor de nosotros y empezamos un refrescante cotilleo.

Al poco tiempo, sin embargo, los bigotes de Hamid se inclinaron aún más visiblemente y sus comentarios se hicieron bruscos y malhumorados. Supe entonces que como todos los grandes chefs, incluso aquellos que llevan turbantes en vez de altos sombreros blancos, él haría algo desagradable si la comida no era servida a tiempo. Por lo tanto le dije que cenaríamos, y fui a reunir a los comensales.

Emerson había desaparecido. Ramsés garabateaba afanosamente bajo la luz de una vela.

—¿La conferencia terminó? —pregunté.

Ramsés asintió.

—Por el momento, sí. No terminé de hacer todas las preguntas que quería, pero papá me informó que no tenía nada más que decir del tema.

—¿Consideras que has sido correctamente educado?

—Confieso —dijo Ramsés—, que me encuentro incapaz de visualizar con certeza los procedimientos. Si no físicamente imposibles parecen muy agotadores. Le pregunté a papá si podía dibujarme un diagrama o dos, pero dijo que no, que no podía. Quizás tú...

—No —dije.

—Papá mencionó que el tema debía ser evitado en una conversación ya que nuestros particulares hábitos culturales lo ven como tabú. Encuentro eso bastante curioso, desde mi conocimiento, otras sociedades no comparten esta actitud. Los valores culturales son relativos...

—Ramsés —dije—. El tópico de la relatividad de los valores culturales debe ser considerado en este momento como una disgresión. ¿Puedes volver tu atención hacia prioridades más inmediatas?

—¿Por ejemplo, mamá?

—Por ejemplo, la cena. Hamid la está sirviendo en este instante y se sentirá seriamente disgustado si dejamos que la comida se enfríe. Ve a por el señor Fraser y la señorita Debenham, por favor, y yo llamaré a tu padre.

Encontré a Emerson en la azotea, meditando silenciosamente bajo la luz de las estrellas como una esfinge de tamaño natural. Le congratulé por su eficiente manejo de un tema tan complejo, a lo cual me contestó:

—Te pido que no lo menciones otra vez, Amelia. Las personas malintencionadas podrían ver cualquier comentario al respecto como un equivalente a echar sal a la herida.

La cena no fue un éxito social. Ramsés siguió echando un vistazo a sus notas y de vez en cuando añadía una palabra o dos, un proceso que puso a Emerson muy nervioso. Enid ignoró a Donald, dirigiéndole la mayor parte de sus comentarios a Ramsés. El kawurmeh era excelente, aunque una pizca sobre sazonado.

Le pregunté a Donald por qué no había revelado su presencia a su hermano.

—Porque seguramente —añadí—, debe haber oído su voz.

—La escuché —contestó Donald prestamente.

—¿Cómo pudo resistir una súplica tan afectuosa?

—Apenas podrá suponer que he invertido tanto esfuerzo en evitarlo para luego cambiar de opinión.

—La cobardía, sabes, no siempre es de la variedad física. El rechazo a encarar la verdad es una forma de cobardía moral, lo cual a mi parecer es aún peor. —Dijo Enid, con ostentación, dirigiendo su comentario a Ramsés.

Declaraciones de esa naturaleza no estaban diseñadas para mejorar el humor de la reunión.

Ni siquiera Emerson fue de ayuda. Por regla general, después de un día exitoso de excavación estaba lleno de alegre conversación sobre sus logros y proyectos para el futuro. Atribuí su silencio al resentimiento irrazonable e injusto en extremo, ya que fue Ramsés quien introdujo el tema en primer lugar, y yo sólo actué como cualquier madre hubiera hecho. Mis intentos para sacar a Emerson de su mal humor preguntándole sobre las ruinas del templo no obtuvieron ninguna respuesta.

Como era de esperar, Ramsés estaba completamente dispuesto a

hablar, y debo decir que su conversación era una mezcla curiosa de sus normales intereses egiptológicos y su nuevo encaprichamiento. Siguió invitando a Enid a ir a su habitación y así poder mostrarle su gramática egipcia.

Al final de la cena Emerson anunció repentinamente que tenía la intención de ir a El Cairo al día siguiente.

—Es el día de descanso para los hombres, así que no desperdiciaré más de lo que lo haría en otra ocasión. Cuento con usted, señor Fraser, para vigilar a Ramsés y a las damas...

—¡Las damas! —exclamé—. Espero que no me incluyas en esa categoría, Emerson. Claro que tengo la intención de acompañarte.

—Lo expresé mal, Peabody. Pido me perdones. Esperaba que tú también te quedaras aquí, de guardia. Vales como mil hombres, lo sabes.

Ese flagrante intento de adulación era tan impropio de Emerson, que sólo pude quedarme mirándolo en silencioso asombro.

—Sobre eso, Profesor, puede estar seguro de que cumpliré mi deber con o sin ayuda de la señora Emerson. Incluso un cobarde moral puede desear morir en defensa del débil e indefenso. —Dijo Donald.

Esa declaración enfureció tanto a Enid como a Ramsés. Enid sugirió que ambos se retiraran, para inspeccionar la gramática, y se marcharon juntos. Bastet los siguió, pero no antes de indicar su lealtad a su joven amo mordiendo a Donald en la pierna.

Se acordó que debíamos pasar la noche en la casa, a fin de estar listos para agarrar el tren temprano. Emerson se aplicó a la escritura de su diario profesional, mientras que yo etiquetaba y clasificaba los artefactos que habían sido encontrados. A veces, sin embargo, cuando alzaba la vista de mi trabajo, lo veía permanecer con manos ociosas contemplando el papel frente a él, como si su mente hubiera vagado lejos de su trabajo. Me acosté temprano. Emerson no subió conmigo, tampoco me despertó, como por lo general hacía, cuando se reunió conmigo más tarde.

El cenit aún era oscuro cuando fui despertada por un sonido subrepticio, pero la débil palidez del cielo del este señalaba que el alba no estaba lejos. Con cuidado avancé lentamente al borde de la azotea y miré hacia abajo.

El sonido que había oído era el de la puerta siendo suavemente

abierta y cerrada. Esperaba ver a una diminuta forma salir sigilosamente en alguna inimaginable diligencia, pero la sombra que se deslizó hacia la puerta era la de un hombre. No tuve ninguna dificultad en darme cuenta que debía ser Donald.

No desperté a Emerson. Cuando es despertado abruptamente de un sueño profundo hace fuertes ruidos y golpea a la gente. Necesité sólo un momento para ponerme la ropa que había dejado lista para la mañana, y agarrar mi fiel parasol. No tomé mi cinturón de instrumentos, ya que temí que su tintineo despertara a Emerson y que la subrepticia persecución que planeaba fuera imposible. Aún así, el parasol atrapó mi pie cuando me descolgaba por la pared e hizo que cayera pesadamente. Por suerte la superficie de tierra amortiguó el ruido seco. Me recordé que en el futuro, si tal descenso se hacía necesario, debería dejar caer el parasol antes de descender yo misma.

Donald había dejado la puerta ligeramente entornada. Deslizándome por esta, lo busqué con la mirada en vano, y temí que me hubiera evitado. Sin embargo, tenía alguna idea de hacia dónde se había dirigido. Mientras me vestía había recordado una declaración de su hermano el día anterior. Ese discurso incoherente, sentimental no había sido tan fútil como había creído en un principio; ya que en la rememoración sobre sus días de infancia, Ronald había sugerido unas reuniones a escondidas, esperando que Donald le escuchara por casualidad. Obviamente sabía que Donald estaba entre nosotros, así como había sido consciente de la presencia de Enid. Cómo había adquirido esa información era un asunto un poco preocupante, pero no perdí tiempo especulando sobre eso. Con algo de suerte, pronto estaría en posición de preguntárselo categóricamente, ya que me sentí segura de que Donald iba a encontrarse con su hermano en el banco de juncos del canal, cerca del lugar donde éste había estado disparando.

El cielo clareó y el círculo del sol creciente asomaba sobre las colinas. Seguí el camino a lo largo del dique que rodeaba al pueblo, ya que supuse que Donald quería evitar ser visto. Los sonidos de actividad y el olor acre al humo de madera de los fogones empezaban a esparcirse, ya que como todos los pueblos primitivos, los aldeanos se levantaban con el sol.

No había ido lejos cuando vi al joven delante de mí. Algunos

otros estaban fuera para entonces, y a primera vista uno podría haberlo confundido por un agricultor laborioso que se dirigía hacia los campos. Era obvio que creía que había dejado la casa sin ser observado, ya que no miró hacia atrás. Sin embargo, tomé la precaución de ocultarme detrás de un pequeño asno cargado con caña de azúcar, que iba en la misma dirección.

Finalmente Donald dejó el camino y se sumergió en la exuberante vegetación entre el canal y el río. Tuve que abandonar a mi asno, pero los juncos y la densa hierba me ocultaron mientras me movía con la espalda inclinada. Por fin Donald se detuvo. Me arrastré hacia adelante y me puse en cuclillas detrás de un grupo de malas hierbas.

Donald no hizo ningún intento de ocultarse. Al contrario, se enderezó en toda su altura y se quitó el turbante. El descarado orbe del sol se había alzado totalmente sobre el horizonte y sus rayos ribeteaban su figura con un filo de oro. Su robusta figura, el agudo contorno de su perfil, y sobre todo el rojo-dorado de su cabello lo hacía un objeto prominente.

No pude menos que recordar la insistencia de Emerson sobre el cabello rojo del dios Set. ¿Había sido engañada después de todo por un actor consumado que simulaba el papel de un joven inglés inocente y dolido? ¡Imposible! Y no obstante... ¿y si Sethos no fuera un hermano, sino ambos? Su aparentemente extraña capacidad de conseguir lo que más que un ordinario mortal podría realizar se explicaría de esta forma.

Pero la otra mitad del personaje (si mi última teoría en efecto era correcta) faltaba de hacer su aparición. Donald estaba tan perplejo por la ausencia de su hermano como lo estaba yo. Se rascó la cabeza y miró de un lado al otro.

Una violenta agitación entre los juncos hizo que se diera la vuelta. Yo no era la fuente de la perturbación; esta venía de alguna distancia detrás de mí. Sin embargo, esto tuvo el desafortunado efecto de que volviera sus ojos en mi dirección, y la pantalla de malas hierbas demostró ser una barrera demasiado frágil para ocultarme. En dos largas zancadas había alcanzado mi escondrijo y me había arrancado de este. No había esperado verme. El asombro torció su cara, y su mano soltó mi cuello.

—¡Señora Emerson! ¿Qué demonios hace usted aquí?

—Podría preguntarle lo mismo —contesté, metiendo la banda de mi camisa de regreso en mi cintura—. Al menos podría si no supiera la respuesta. Escuché y entendí el mensaje de su hermano. Sin embargo, parece que se ha retrasado. ¿Cuál era la hora de la cita?

—A la salida del sol —contestó Donald—. Era la hora en la que estábamos acostumbrados a ir al pantano a disparar. Por favor regrese, señora Emerson. Si él quiere hablar en privado conmigo, no hará notar su presencia mientras que usted esté aquí.

Estuve a punto de asentir, o aparentarlo, ya que por supuesto no tenía ninguna intención de marcharme hasta que hubiera oído lo que los hermanos tenían que decirse. Antes de que pudiera si quiera asentir, una cosa desconcertante pasó. Algo silbó por el aire a unos centímetros sobre mi cabeza con un sonido de bravo zumbido. Una fracción de segundo después oí el sonido de la explosión. Un segundo y tercer disparo llegaron.

Con un grito sofocado Donald se llevó la mano a la cabeza y sufrió un colapso. Estaba tan sorprendida por este desafortunado acontecimiento que fallé en moverme lo suficiente rápido, y caí a tierra por el peso del cuerpo de Donald.

El suelo era suave, pero el impacto expulsó el aire de mis pulmones, y cuando intenté liberarme del peso muerto sobre mí fui incapaz de moverme. Esperé que la figura retórica sólo fuera eso, y no una descripción de un hecho, pero la completa inercia de sus miembros despertó las corazonadas más extremas. Mi aprehensión no fue aliviada por la sensación de algo húmedo y pegajoso goteando por mi mejilla. No sentí ningún dolor, así que supe que la sangre debía ser de Donald.

Intentaba volcarlo cuando escuché el crujido del follaje. ¡Alguien se acercaba! Temí que fuera el asesino, acercándose para averiguar si su asqueroso acto había sido llevado a cabo, y me esforcé por liberarme. Entonces el peso que me dominaba fue retirado, y escuché una voz gritando por la agitación extrema.

—¡Donald! ¡Mi más querido... mi querido... háblame! ¡Ah, Dios, está muerto, lo asesinaron!

Me incorporé a una posición sentada. Enid estaba sentaba en la tierra, totalmente inconsciente del barro que empapaba su falda. Con la fuerza de su amor y desesperación había levantado al hombre inconsciente de tal forma que la cabeza de éste yacía sobre

su pecho. Su blusa y sus pequeñas manos estaban salpicadas de sangre, que fluía copiosamente de una herida en la frente.

—Bájelo, tonta —dije.

Por toda la atención que me prestó, podría no haber estado allí en absoluto. Continuó gimiendo y regando de besos su cabello.

Aún me faltaba el aliento pero me obligué a avanzar lentamente hacia ellos.

—Baje su cabeza, Enid —pedí—. No debería haberla levantado.

—Está muerto —gritó Enid repetitivamente—. Muerto... y todo por mi culpa. ¡Ahora nunca sabrá cuánto lo amo!

Los ojos de Donald se abrieron de golpe.

—¡Dilo otra vez, Enid!

Alegría y alivio, vergüenza y confusión embargaron su adorable rostro, manchado por las lágrimas como una gloriosa salida del sol.

—Yo... yo —comenzó.

—No digas más —exclamó Donald. Con una agilidad que desmentía su rostro manchado de carmesí, se liberó del abrazo, y la tomó en los suyos. Ella hizo un débil intento de resistirse; pero su manera imperiosa venció los escrúpulos femeninos, y cuando los dejé, casi prestamente, no tuve duda de que él prevalecería. Tampoco tuve duda de que mi consejo sobre el tema de la firmeza había tenido el efecto deseado, y me congratulé en traer esta romántica confusión a un final satisfactorio.

No había ido lejos antes de que oyera sonidos indicativos de prisa y alarma. Los sonidos de prisa eran producidos por un cuerpo pesado que se estrellaba contra los juncos; los sonidos de alarma eran de una voz muy querida que se elevaba a su grado más alto, el cual, como he tenido la ocasión de comentar, es considerable.

Contesté, y Emerson pronto estuvo cara a cara conmigo. Se había vestido con tal prisa que su camisa estaba mal abotonada y colgaba fuera de sus pantalones. Al reconocerme, se precipitó hacia adelante, tropezando con sus cordones sueltos, y me levantó en sus brazos.

—¡Peabody! ¡Buen Dios, es como me lo temía... estás herida! ¡Estás cubierta de sangre! No intentes hablar, Peabody. Te llevaré a casa. Un doctor... un cirujano...

—No estoy herida, Emerson. No es mi sangre la que ves, sino la de Donald.

Emerson me puso sobre mis pies con un ruido sordo que hizo que mis dientes chocaran dolorosamente.

—En este caso —dijo él—, puedes bien malditamente caminar. ¿Cómo te atreviste, Peabody?

Su voz enojada y ceño furioso me afectaron no menos de lo que su tierna preocupación había hecho, ya que sabía que eran guiadas por el mismo afecto. Tomé su brazo.

—También podemos volver a la casa —dije—. Donald y Enid nos seguirán cuando les convenga.

—¿Donald? Ah, sí. Supongo que no está seriamente herido, ya que si lo estuviera, lo atenderías, vendarías y generalmente lo llevarías a la locura.

—Supongo que seguiste a Enid —dije—. Y ella me siguió, y yo seguí a Donald.... ¡Cuán ridículos debemos haber parecido!

—Puedes llamarlo ridículo —refunfuñó Emerson, sosteniendo mi mano fuertemente en la suya—. Yo lo llamaría de otra forma, pero no puedo encontrar palabras lo suficientemente fuertes para expresar mi opinión de tu insensible indiferencia para cada responsabilidad matrimonial básica. ¿Cómo supones que me sentí cuando desperté para encontrar que te habías marchado, y ver una forma femenina atravesar la puerta? Creí que eras tú. No podía imaginar la razón de que debieras arrastrarte de mi lado a menos... a menos...

La emoción lo venció. Comenzó a jurar.

—Debes haber notado que sólo la necesidad más extrema podría haberme impulsado a realizar tal paso, Emerson. Habría escrito una nota, pero no había tiempo.

—Pero había tiempo para despertarme.

—No, porque las explicaciones habrían sido necesarias, retrasándome aún más tiempo.

Procedí a rendir explicaciones. El rostro de Emerson se iluminó una pizca mientras escuchaba, pero sacudió la cabeza.

—Fue muy temerario de tu parte, Peabody. Por todo lo que sabías, estabas caminando directamente a una reunión de criminales desesperados. Ni siquiera te llevaste tu cinturón de herramientas.

—Tenía mi parasol, Emerson.

—Un parasol, aunque un arma admirable, como he sido

privilegiado en observar, no es una gran defensa contra una pistola, Peabody. Lo que oí fueron disparos de pistola.

—Lo eran, Emerson. Como sabes, el sonido es completamente diferente del de un rifle o escopeta. Y Donald puede agradecer al cielo que fuera un arma de mano, ya que desde tan cerca sólo un tirador muy pobre podría haber fallado con un rifle.

Emerson se detuvo y miró hacia atrás.

—Así que ellos han llegado... positivamente a un abrazo tan efusivo, caramba. Supongo de esto que han llegado a un entendimiento.

—Fue de lo más conmovedor, Emerson. Creyéndolo muerto o mortalmente herido, Enid admitió el profundo cariño que había estado ocultando... aunque, no es necesario decir, que no de mí. Es un gran alivio ver que todo está en su lugar.

—Diría que está lejos de estar en su lugar —comentó Emerson —. A menos que puedas limpiar a la señorita de un cargo de asesinato y al joven de la malversación, fraude o falsificación, o lo que sea que pueda haber hecho, sus esperanzas de pasar juntos una vida larga y feliz no parecen prósperas.

—Pero eso es exactamente por lo que vamos a El Cairo hoy. Apresúrate, Emerson, o perderemos el tren.

Gracias a mis talentos organizativos no perdimos el tren, pero estuvimos cerca, y no fue antes de habernos acomodado en el vagón que tuvimos la oportunidad de hablar de los interesantes acontecimientos de la mañana. Para mi asombro me enteré de que Emerson no compartía mi creencia en cuanto a la personalidad del tirador oculto.

—Pero no hay otra explicación posible —insistí—. El Maestro Criminal todavía busca una cabeza de turco para el asesinato de Kalenischeff. Además, Donald ha frustrado en varias ocasiones sus ataques contra nosotros. Naturalmente, Sethos estará resentido por su interferencia. O... aquí está otra idea atractiva, Emerson... quizás no era a Donald, sino a mi humilde persona a quien la bala apuntaba.

—Si esa es tu noción de una idea atractiva, me estremezco en pensar a lo que llamarás horrible —se quejó Emerson—. No fuiste el objetivo del asesino, Amelia. De hecho, todo el asunto es inexplicable. No tiene sentido.

—Ajá —exclamé—. Tienes una teoría, Emerson.

—Naturalmente, Peabody.

—Excelente. Tendremos una de nuestras pequeñas afables competencias para ver quién puede adivinar... deducir, quise decir... la solución de este en extremo misterio. Ya que estoy segura —añadí, con una sonrisa afectuosa—, que nuestras opiniones no coinciden.

—Nunca lo han hecho, Peabody.

—¿Te gustaría revelarme tu interpretación del asunto hasta el momento?

—No lo haré. —Emerson meditó en silencio, su fuerte perfil me recordó al de los héroes byronianos tan populares en algunas formas de literatura. El cabello oscuro caía sobre sus cejas, el ceño fruncido, el severo juego de su boca era extremadamente impactante. Al menos estos me impactaban, y si no hubiera estado allí una anciana dama hosca compartiendo el compartimiento con nosotros, podría haber demostrado mis sentimientos. Tal como estaban las cosas, tuve que contentarme con mirarlo.

Emerson continuó meditando y finalmente decidí romper el silencio, que se hacía monótono.

—No entiendo por qué encuentras los acontecimientos de esta mañana tan desconcertantes, Emerson. Es obvio hasta para el menos inteligente que él... que Sethos usó una pistola en vez de un rifle porque esperaba hacer que la muerte de Donald pareciera un suicidio. Donald habría sido hallado con el arma en su mano, y una nota de suicidio en la otra... ya que sin duda ese genio del delito podría reproducir su letra.

—Ah, sí —dijo Emerson amargamente—. No estarías sorprendida si le vieras brotarle alas como a un murciélago y aletear por todo El Cairo, escupiendo una poesía lírica mientras vuela.

—¿Poesía lírica? —repetí, verdaderamente perpleja.

—Simplemente un vuelo de mi imaginación, Amelia. Tu teoría de un falso suicidio se desmorona por un hecho simple. Estabas allí.

—Suicidio y asesinato, entonces —dije puntualmente—. Sethos no se vería frustrado por un pequeño problema de ese tipo, y estoy segura que no derramaría ninguna lágrima por mi muerte.

Otra vez Emerson sacudió la cabeza.

—Me sorprendes, Peabody. Puede ser posible que falles en ver... Bien, pero si la verdad no ha alboreado en ti, no quiero poner ideas en tu cabeza.

Y no diría más, le preguntara lo que le preguntara.

Capítulo 11

Emerson fue más comunicativo cuando le pregunté precisamente qué pensaba hacer en El Cairo.

—Está muy bien —agregué—, hablar vagamente de ir tras el rastro de Sethos, pero sin ninguna pista de por dónde comenzar, será difícil encontrar el rastro, mucho menos seguirlo.

Mi tono fue algo mordaz, pero la negativa de Emerson a confiar en mí me había herido profundamente. Pareció no advertir mi molestia, ya que contestó amistosamente:

—Estoy contento de que hayas hecho esa pregunta, Peabody. Tengo dos enfoques en mente. Primero, debemos preguntar a fuentes oficiales qué saben sobre este canalla. Tenemos una razón legítima para pedir información, dado que tenemos causa para suponer que estamos amenazados por él.

»Tengo esperanzas más grandes, sin embargo, de mi segundo enfoque, es decir, mis conocidos en los bajos fondos de El Cairo. No me sorprendería descubrir que incluso los tenientes principales de Sethos ignoran su verdadera identidad; sin embargo, juntando pedazos, pedacitos y trozos, podremos poder construir un indicio.

—Bueno, Emerson. Precisamente el enfoque que estaba a punto de sugerir.

—Umm —dijo Emerson—. ¿Tienes alguna otra sugerencia, Peabody?

—Apenas podría mejorar tus ideas, Emerson. Sin embargo, se me ha ocurrido comenzar por el otro lado, por decir algo.

—No te sigo, Peabody.

—Quiero decir que en vez de reunir más información, debemos seguir los pocos hechos que ya tenemos. Estoy convencida que fue

el mismo Sethos quien trajo las vasijas de comunión a nuestra habitación. Y sabemos que él o uno de sus asesinos a sueldo estuvo en el hotel la noche del asesinato de Kalenischeff. Propongo preguntar y, si es necesario, sobornar o amenazar, a los sirvientes que estuvieron de turno en esas ocasiones.

—Por supuesto que sabes que la policía les ha interrogado ya.

—Oh, sí, pero no habrán dicho nada a la policía. Hay una renuencia en todos los países, entre la gente de esa clase, a cooperar con la policía.

—Cierto. ¿Otra cosa?

—Sí, otra cosa. ¿Se te ha ocurrido que si Ronald Fraser no es Sethos, puede estar implicado con la banda?

—Extrañamente, se me había ocurrido —contestó Emerson, toqueteándose el hoyuelo del mentón—. O, si no Ronald, entonces Donald. Malditas personas —agregó—, ¿por qué no pueden tener nombres distintivos? Sigo mezclándolos.

—Estoy segura que podemos eliminar a Donald, Emerson. Estaba conmigo esta mañana, y fue un milagro que no lo mataran.

—¿Qué mejor coartada podría haber? —preguntó Emerson—. Si es Sethos, podría instruir a un aliado para que le disparara y fallara, como verdaderamente hizo.

—No podría saber que yo me despertaría y le seguiría, Emerson.

—Eso no es por lo qué quieres eliminarlo, Peabody —se quejó Emerson—. Tienes una debilidad perniciosa hacia los jóvenes amantes.

—Tonterías, Emerson. Elimino a Donald por motivos estrictamente lógicos. Ambos oímos a Ronald Fraser pedirle a su hermano que se encontrara con él, como Donald me explicó, la referencia era un lugar donde acostumbraban a encontrarse de niños. ¿Cómo supo Ronald el paradero de su hermano, y el de Enid, a menos que esté en contacto con ese personaje misterioso que lo sabe todo y lo ve todo? ¿Y cómo supo Sethos que Donald estaría junto al río al amanecer a menos que Ronald se lo dijera?

—¡Maldición, Peabody, tienes un auténtico don para dejar pasar lo obvio! Es porque estás obsesionada con este canalla. ¡Le ves por todas partes y le das el crédito de poderes casi sobrenaturales!

—Realmente, Emerson...

—La explicación más sencilla y más obvia —continuó Emerson

con enojo—, es que Ronald trató de matar a su hermano. ¡Un acto de maldad estrictamente privada, Peabody, sin ningún Maestro Criminal a la vista! Por qué Ronald odiaría a Donald no lo sé, pero hay varias posibilidades, una herencia, o la rivalidad por la mano de la señorita, por ejemplo. La gente mata la gente por las razones más ridículas.

—En cualquier caso —contesté con igual calor—, nos conviene aprender más acerca de Ronald Fraser. Por lo menos puedo establecer si estuvo en Egipto el último invierno. Tendría que entrar el país con su nombre verdadero, y probablemente se habría alojado un tiempo en el Shepheard. El señor Baehler me puede decir si ese fue el caso.

—Tus generalizaciones generales son, como de costumbre, sin fundamento; pero no puede hacer ningún daño preguntar —gruñó Emerson—. Aquí estamos, Peabody; pon tus trampas.

El tren entró en la estación principal. Emerson abrió la puerta del coche y se giró con una benévola sonrisa para ayudar a la anciana que había sido nuestra única compañera durante el viaje. Había estado sentada en el extremo del asiento mirándonos con los ojos abiertos de par en par y cuando Emerson le ofreció la mano dejó salir un chillido.

—¡Fuera! —chilló—. ¡Asesino, criminal, loco, déjeme, monstruo!

Mis tentativas por tranquilizarla sólo la enfurecieron más y fuimos forzados a abandonarla. Parecía que le faltaba el juicio, pobre criatura.

Fuimos primero a la sede de la policía, en la Plaza Bab el-Khalk. El mayor Ramsay fue lo suficiente grosero para mantenernos esperando unos buenos diez minutos, y me atrevo a decir que habría sido más si no fuera por Emerson, que con su impetuosidad habitual, apartó al empleado que protestaba a un lado y abrió la puerta de la oficina interior de golpe. Le siguió un brusco cambio, en el cual no intervine ya que sentí que las críticas de Emerson estaban completamente justificadas. Durante la discusión Emerson me ofreció una silla y él también se sentó, así que Ramsay por último se resignó a lo inevitable.

Emerson no malgastó más tiempo en cumplidos.

—Usted estará al corriente, Ramsay, del asunto de los ladrones de antigüedades que la señora Emerson y yo prendimos la última

temporada.

—Tengo su archivo aquí ante mí —contestó Ramsay agriamente, indicando una carpeta—. Lo estaba examinando cuando usted entró de repente, me ha dado tiempo a estudiar...

—Bien, diablos, hombre, ¿Cuánto tiempo necesita para leer una docena de páginas? —Preguntó Emerson—. Debería saberlo todo de todos modos.

Creí apropiado calmar las aguas revueltas con un comentario calmante.

—¿Puedo sugerir, Emerson, que ahorremos un tiempo valioso evitando los reproches? Estamos aquí, mayor Ramsay, porque deseamos que nos diga todo lo que sepa sobre el Maestro Criminal.

—¿Quién? —exclamó Ramsay.

—Usted lo puede conocer como «el Maestro», que es uno de los nombres con que sus hombres de confianza le llaman. También es conocido como Sethos.

Ramsay continuó mirándome fijamente con una expresión especialmente imbécil, así que lo intenté otra vez.

—El jefe de una banda de ladrones de antigüedades. Si ha leído verdaderamente el informe, sabe que él desafortunadamente nos eludió.

—¡Oh! Oh, sí. —Con desesperante deliberación Ramsay giró las páginas—. Sí, está todo aquí. Las felicitaciones de M. de Morgan del Departamento de Antigüedades, de Sir Evelyn Baring...

—Bien, entonces —dije—. Sin duda la policía se ha comprometido activamente en procurar identificar y localizar a este cerebro del crimen. ¿Qué progreso ha hecho usted?

—Señora Emerson. —Ramsay cerró el archivo y dobló las manos —. La administración y la policía les están agradecidos por sus esfuerzos en clausurar una banda de ladrones locales. Toda esta conversación de maestros criminales con extravagantes aliados es absurda.

Puse una mano en el brazo de Emerson para refrenarlo.

—Saben de Sethos en los bazares —dije—. Cuchichean del Maestro y de la venganza espantosa que sufren los traidores a su causa repugnante.

Ramsay levantó una mano para ocultar la sonrisa.

—Nosotros no ponemos atención a los rumores de nativos,

señora Emerson. Son un montón de supersticiosos e ignorantes; porque, si seguimos cada rumor, no tendríamos tiempo de hacer nada.

De los labios separados de Emerson salieron sonidos burbujeantes, como los una tetera hirviendo.

—Por favor, no diga tales cosas, Mayor —supliqué—. No puedo garantizar su seguridad si continúa con esa actitud. Desde que llegamos a Egipto hace menos de una semana, hemos sido atacados varias veces por este hombre, cuya existencia usted niega. Hubo una tentativa de secuestrar a nuestro hijo, y sólo esta mañana un disparo hecho en emboscada falló por poco en alcanzarme e hirió a Don... eh... a uno de nuestros ayudantes.

Ramsay era demasiado obtuso para advertir mi momentánea confusión. La sonrisa había desaparecido de su cara.

—¿Ha informado de esos crímenes, señora Emerson?

—Pues, no. Verá...

—¿Por qué no?

Emerson se puso en pie de un salto.

—Porque —bramó—, la policía son unos tontos consumados, por eso. Venga, Amelia. Este mequetrefe sabe menos que nosotros. Vámonos, te le suplico, antes de que patee su escritorio hasta hacerlo astillas y perpetre ultrajes sobre su persona de los que quizás me arrepienta luego.

Emerson todavía barbotaba cuando salimos del edificio.

—No es de extrañar que no se haga nada para detener el comercio ilegal de antigüedades —gruñó—. Con un tonto como ése al cargo...

—Emerson, cálmate. El mayor no tiene nada que ver con antigüedades. Tú lo dijiste, no tenías grandes esperanzas en saber nada de él.

—Eso es verdad. —Emerson se enjuagó el sudor de la frente.

—Desearía que no hubieras sido tan apresurado, Emerson. Quería preguntar cómo progresa la investigación de la muerte de Kalenischeff.

—Bastante correcto, Peabody. Es todo culpa de ese maldijo idiota de Ramsay por distraerme. Volvamos y preguntémosle.

—Emerson —empecé—. No creo que...

Pero Emerson ya había comenzado a volver sobre sus pasos. No

tuve más elección que seguirlo. Corriendo tan rápidamente como pude, lo atrapé fuera de la oficina de Ramsay.

—Ah, aquí estás, Peabody —dijo alegremente—. Trata de mantener el ritmo, ¿lo harás? Tenemos mucho que hacer.

Ante la vista de Emerson el empleado huyó por otra puerta, y Emerson continuó a la oficina interior. Ramsay saltó y asumió una postura de defensa, la espalda contra la pared.

—Siéntese, siéntese —dijo Emerson afablemente—. No hay necesidad de ceremonias; esto no tomará mucho tiempo. Ramsay, ¿cuál es el estado de la investigación sobre el asesinato de ese canalla de Kalenischeff?

—Eh... ¿qué? —farfulló Ramsay.

—El hombre es muy lento —me explicó Emerson—. Uno debe tener paciencia con tales desventurados. —Levantó la voz y habló muy lentamente, como hacen las personas cuando se dirigen a alguien que es duro de oído—. ¿Cuál...es...el...estado?

—Le comprendí la primera vez, Profesor —dijo Ramsay, respingando.

—Hable más alto, entonces. No tengo todo el día. ¿Está la señorita todavía bajo sospecha?

Creo que Ramsay había llegado a la conclusión de que Emerson era alguna especie de loco, y debía ser complacido por temor a que se volviera violento.

—No —dijo, con una sonrisa tensa—. Nunca creí que fuera culpable. Es imposible que una dama educada con delicadeza haya cometido tal crimen.

—Eso no es lo que usted le dijo a mi esposa —declaró Emerson.

—Eh... ¿no lo hice? —Ramsay transfirió la sonrisa tiesa a la esposa del loco—. Ruego su perdón. Quizás entendió mal.

—No importa, Mayor —dije—. ¿De quién sospecha usted, entonces?

—De un cierto mendigo que está a menudo en el exterior del Shepheard. Uno de los safragis declara haberle visto dentro del hotel esa noche.

—¿Y el motivo? —Pregunté con calma.

Ramsay se encogió de hombros.

—Robo, sin duda. No tengo mucha esperanza de encontrar al hombre. Todos parecen iguales, ya sabe.

—Sólo a los idiotas e ignorantes —dijo Emerson.

—Oh, exactamente, exactamente, Profesor. Eh... quiero decir que, todos se mantienen unidos; nunca conseguiremos una identificación de los otros mendigos. Uno de ellos tuvo el descaro de decirme que el hombre era inglés. —Ramsay se rió—. ¿Puede imaginárselo?

Emerson y yo intercambiamos miradas. Él se encogió de hombros despreciativamente.

—Y qué hay de la señorita Debenham —pregunté—. ¿Ha encontrado rastro de ella?

Ramsay sacudió la cabeza.

—Temo lo peor —dijo portentosamente.

—¿Qué está muerta?

—Peor que eso.

—No veo que podría ser peor que eso —observó Emerson.

—Oh, Emerson, no seas irónico —dije—. Se refiere al destino clásico peor que la muerte, una evaluación hecha, apenas debo agregar, por hombres. Mayor, ¿es usted realmente lo bastante ingenuo para creer que la señorita Debenham ha sido vendida en la trata de blancas?

—La esclavitud no ha sido erradicada —insistió Ramsay—. A pesar de nuestros esfuerzos.

—Lo sé, por supuesto. Pero los desventurados que sufren este destino, y estoy de acuerdo que es un destino horroroso, son niños pobres de ambos sexos, muchos de los cuales son vendidos por sus propias familias. Los comerciantes de ese comercio indecente no se atreverían a secuestrar a una inglesa fuera de los muros del Hotel Shepheard.

—Entonces, ¿qué ha sido de ella? —preguntó Ramsay—. No podría permanecer oculta durante mucho tiempo, una mujer sin ningún conocimiento del idioma, las costumbres...

—Subestima a nuestro sexo, señor —dije, frunciendo el entrecejo—. La próxima vez que nos encontremos puede tener causa para enmendar su opinión, y yo esperaré una disculpa.

Después de que dejáramos la oficina oí la vuelta de la llave en la cerradura.

—Tanto para eso —dijo Emerson mientras, por segunda vez, salimos a la calle—. ¿No muy útil, verdad?

—No. Bien, Emerson, ¿lo siguiente?

Emerson llamó a un carruaje y me lo entregó.

—Te veré más tarde en Shepheard —dijo—. Espérame en la terraza si terminas tu interrogatorio antes de que llegue.

—¿Y adónde vas?

—A los bazares, para seguir el curso que mencioné.

—Iré contigo.

—Eso sería desacertado, Peabody. Las negociaciones que tengo intención de seguir son de la naturaleza más delicada. Mis informantes serán reacios a hablar; la presencia de un tercero, aunque seas tú, quizás les silencie.

Su argumento no podía ser contradicho. Emerson tenía un raro, quizás debo decir extraordinario, acercamiento con egipcios de todas variedades y clases sociales, proviniendo de su elocuente invectiva, su formidable fuerza, su dominio coloquial del idioma, y, me aflige admitirlo, su completo desprecio por la religión cristiana. Para estar seguro, Emerson era tolerante e igualmente despreciativo hacia el Islam, el budismo, el judaísmo y todas las otras religiones, pero a sus amigos egipcios sólo les importaba la religión que equiparaban con la dominación extranjera sobre su país. Otros arqueólogos declaraban tener buenas relaciones con sus trabajadores, Petrie, siento decirlo, siempre se jactaba acerca de ello, pero su actitud siempre estaba templada con la condescendencia de la «raza superior» hacia una casta inferior. Emerson no hacía tales distinciones. Para él un hombre no era un inglés o un «nativo», sino sólo un hombre.

Veo que he divagado. No me disculpo. La compleja nobleza del carácter de Emerson es digna de una digresión más larga.

Sin embargo, me sentí segura de que había otra razón por la que prefería que no le acompañara. En sus días de soltero, antes de que le encontrara y lo civilizara, Emerson tenía un vasto número de conocidos en ciertos círculos que no estaba ansioso de que yo conociera. Respetando sus escrúpulos y su derecho a la intimidad, nunca procuré imponerme en esa parte de su pasado.

Sintiendo que tenía derecho a la misma consideración de él, no sentí necesario informarle que tenía asuntos propios en la parte vieja y que si él esperaba que me sentara sumisamente en la terraza de Shepheard hasta que él se dignara aparecer, estaba

lamentablemente equivocado. Primero, sin embargo, estaban mis indagaciones en el hotel, así que permití que el conductor del carruaje siguiera las indicaciones de Emerson.

Sin embargo, el señor Baehler fue una triste desilusión. Se negó absolutamente a permitirme examinar los registros del hotel del invierno anterior. Ante mi insistencia, estuvo de acuerdo finalmente en consultarlos él mismo, y me aseguró que el señor Ronald Fraser no había sido huésped del hotel durante ese período. Me decepcioné pero no me descorazoné; Ronald quizás se había alojado en otro hotel.

Entonces pregunté el nombre del safragi que había estado de turno en el momento del asesinato de Kalenischeff. Como había esperado de un hombre de la eficiencia del señor Baehler, sabía los nombres y los deberes de cada empleado del hotel, pero otra vez me encontré con un freno. La persona en cuestión, cuya tarea había estado en el ala del tercer piso, ya no estaba al servicio del hotel.

—Tuvo un poco de buena suerte —dijo Baehler con una sonrisa —. Un pariente anciano murió y le dejó una gran suma de dinero. Se ha retirado a su aldea y he oído que vive como un pachá.

—¿Y qué aldea es? —Pregunté.

Baehler se encogió de hombros.

—No lo recuerdo. Está lejos, al sur, cerca de Assuan. Pero realmente, señora Emerson, si es información con respecto al asesinato lo que desea, pierde el tiempo buscándole a él. La policía lo interrogó a fondo.

—Ya veo. Comprendo que la policía se ha fijado en algún mendigo anónimo como el asesino, y que la señorita Debenham ya no está bajo sospecha.

—Eso creo. Si me disculpa, señora Emerson, espero una gran fiesta...

—Una cosa más, señor Baehler, y no le retendré más. El nombre del safragi que estuvo de turno en nuestra parte del hotel mientras estuvimos aquí.

—Espero que usted no sospeche de maldad —exclamó Baehler —. Es un hombre responsable que ha estado con nosotros durante años.

Le tranquilicé y tras asegurarme que el hombre en cuestión estaba todavía en su puesto, me despedí del señor Baehler con un

gracias y subí las escaleras.

Recordaba bien al safragi, un hombre delgado y con canas de mediana edad, con una voz tranquila y rasgos agradables estropeados sólo cuando sonreía por un conjunto de dientes rotos y marrones.

La sonrisa del hombre sin embargo no era astuta y contestó mis preguntas fácilmente. Ay, no podía recordar nada excepcional acerca de los mozos que habían entregado nuestros paquetes. Hubo varias entregas de diversas tiendas diferentes; algunos de los hombres eran conocidos, otros no.

Le di las gracias, le recompensé y lo dejé para que echara una pacífica siesta que mi llegada había interrumpido. Estaba convencida que él no sabía nada. Su comportamiento era el de un hombre inocente, y además, si hubiera sido consciente de la identidad del repartidor, habría sido jubilado, como el otro safragi, quién era, estaba segura, el mismo que había declarado haber visto a Donald dentro del hotel. Sethos recompensaba a sus leales ayudantes liberalmente.

Ya que algunas de mis indagaciones se habían demostrado frustrantes, me encontré con tiempo de sobra para llevar a cabo mi otro negocio, y decidí continuar con él en vez de parar a almorzar. Emerson estaría ocupado durante varias horas más, y si me daba prisa, podría regresar al hotel antes de que llegara.

Estaba cruzando el vestíbulo cuando el conserje me interceptó.

—¡Señora Emerson! Esta carta fue dejada para usted.

—Qué extraordinario —dije, examinando la escritura, la cual no me era familiar. No había duda del error, sin embargo en mi nombre completo: Amelia Peabody Emerson—. ¿Quién fue la persona que la dejó?

—No reconocí al caballero, señora. No es huésped del hotel.

Le di las gracias al conserje y me apresuré a abrir el sobre sellado. El mensaje de dentro era breve, pero las pocas líneas hicieron que mi pulso saltara.

«Tengo información importante. Estaré en el Café Orientale entre la una treinta y las dos.

Firmado T. Gregson».

Casi me había olvidado del famoso detective privado, como quizás usted también, estimado Lector. Aparentemente me había

visto entrar en el hotel. Pero, ¿por qué había escrito una nota en vez de hablar conmigo personalmente?

Consulté mi reloj. El tiempo no podría haber sido mejor. Podía visitar la tienda de Aziz antes de acudir a la cita con Gregson.

No suponga, Lector, que era inconsciente de la peculiaridad del arreglo. Había una oportunidad de que estuviera entrando en una trampa. El señor Gregson no podía ser Sethos; los ojos no eran negros, sino de un suave castaño aterciopelado. Pero podía ser un aliado de ese canalla enigmático, u otra persona que quizás había utilizado su nombre para atraerme a sus garras.

En general, esto parecía improbable. Conocía el Café Orientale; estaba en el Muski, en un vecindario respetable muy frecuentado por la comunidad extranjera. Y si mi sospecha era correcta, si Sethos estaba esperándome, estaba preparada para él. Estaba alerta y en guardia, tenía mi parasol y mi cinturón de herramientas.

Sin embargo, sentí conveniente tomar una precaución. Entrando al cuarto de escritura, le escribí una breve nota a Emerson, diciéndole a dónde iba y le aseguraba, en conclusión, que si no volvía se consolara con el conocimiento de que nuestro amor profundo y tierno había enriquecido mi vida y, confiaba, la suya.

Al volver a leer esto, lo encontré un poquito pesimista, así que agregué una posdata.

«Mi querido Emerson, no supongo que el M.C. me mate sin consideración, dado que sería más de su carácter mantenerme presa para despertar en ti la angustia de la incertidumbre en cuanto a mi destino. Estoy segura que si no puedo escaparme por mis propios medios, me encontrarás finalmente y me liberarás. Esto no es un adiós, entonces, sino sólo un au revoir, tu más devota, etcétera, etcétera».

Dejé el sobre en el escritorio con instrucciones de entregárselo a Emerson no antes de las 5 de la tarde si no lo había recogido yo misma antes.

Sintiendo la necesidad de ejercicio para desahogar la entusiasmada anticipación que se vertía por mis venas, no tomé ningún carruaje sino que partí a pie hacia la tienda. Aziz era un hombre pequeño singularmente desagradable, pero era el único sobreviviente de una familia que había estado conectada íntimamente con el Maestro Criminal. Su padre y su hermano

habían participado en el comercio ilegal de antigüedades; ambos habían encontrado unos finales terribles el año anterior, aunque es verdad que no a manos de Sethos. Aziz había heredado el stock de antigüedades de su padre y quizás (como esperaba) la conexión de su padre con el genio de crimen. Valía la pena intentarlo, de todos modos.

Aziz estaba fuera delante de su tienda, llamando a los transeúntes para que entraran y vieran sus artículos. Me reconoció inmediatamente; su sonrisa fija de tendero se volvió una mirada de consternación y entró como una flecha.

Era un local cursi, las estanterías y mostradores llenos de las cosas baratas para turistas y antigüedades falsas, muchas de ellas hechas en Birmingham. Aziz no estaba a la vista. El empleado detrás del mostrador miraba fijamente la cortina oscilante por la que su empleador había huido presumiblemente. No había clientes; la mayor parte de los turistas estaban almorzando y la tienda pronto cerraría para la tarde.

—Dígale al señor Aziz que deseo verlo —dije en voz alta—. No me iré hasta que salga, así que muy bien podría hacerlo ahora.

Sabía que Aziz estaba en el cuarto interior y podía oír cada palabra que decía. Le llevó unos minutos convencer a su cobarde mente, pero finalmente surgió, sonriendo ampliamente. Las líneas en la cara parecían grietas en el yeso, uno tenía la sensación de que si la sonrisa se estiraba otro medio centímetro, toda la fachada se desmenuzaría y caería.

Me saludó con reverencias y gritos de delicia. Estaba tan feliz de que hubiera honrado su establecimiento. ¿Qué me podía mostrar? Había recibido un embarque de brocados bordados de Damasco, tejido con hilos de oro...

No me importaba mucho el señor Aziz, así que no procuré respetar sus sentimientos.

—Quiero hablar con usted acerca de Sethos —dije.

El señor Aziz palideció.

—No, sitt —cuchicheó—. No, por favor, sitt...

—Usted me conoce, señor Aziz. No tengo nada más que hacer esta tarde. Puedo esperar.

Los labios de Aziz se curvaron en un gruñido lobuno. Girándose hacia el empleado boquiabierto, dio palmadas.

—Fuera —dijo con brusquedad.

Cuando el empleado se hubo ido, Aziz cerró la puerta y corrió la cortina.

—¿Qué le he hecho yo, sitt, que desea mi muerte? —preguntó trágicamente—. Los que traicionan a esta... esta persona mueren. Si supiera algo de esta, esta persona, que no lo sé, se lo juro, sitt, sobre la tumba de mi padre, el mero hecho de que usted haya oído mencionar su nombre en mi tienda sería el fin para mí.

—Pero si usted no sabe nada acerca de él, no está en ningún peligro —dije.

Aziz se iluminó.

—Eso es verdad.

—¿Qué dicen de él en los bazares? No se pone en peligro repitiendo lo que todos los hombres saben.

Según Aziz, nadie sabía realmente nada, los hombres de Sethos no contaban chismes sobre él. Era conocido sólo por sus acciones, e incluso éstas eran oscuras, ya que su reputación era la de que todo crimen exitoso de El Cairo estaba en su puerta. Aziz creía que él no era un hombre, sino un efreet. Se decía que ni siquiera sus propios hombres conocían su verdadera identidad. Se comunicaba con ellos por medio de mensajes dejados en lugares designados; y esos pocos que le habían visto cara a cara eran bien conscientes de que la cara que usaba ese día no era la que llevaría la siguiente vez que le vieran.

Una vez que comenzó, Aziz se calentó y divagó, repitiendo las leyendas que se habían acumulado sobre esta misteriosa persona. No eran más que cuentos salvajes y fantásticos en su mayor parte que se habían convertido rápidamente en parte del folclore del hampa.

—Muy bien —dije, mirando mi reloj—. Creo, señor Aziz, que me ha dicho todo lo que sabe. Sethos nunca reclutaría a un hombre como usted; es demasiado cobarde y habla demasiado.

Me dejó salir y cerró la puerta detrás de mí. Mirando hacia atrás, vi su cara, brillando por el sudor, mirándome temerosamente por una grieta en la cortina.

Esperaba que Emerson lo hubiera hecho mejor, pero temía que no hubiera tenido más éxito que yo. Por una combinación de inteligencia y terror, Sethos parecía haber hecho un excelente

trabajo en borrar sus huellas. Si no hubiera tenido la reunión con el señor Gregson esperando, habría estado algo desalentada.

Era la una y treinta y cinco minutos pasadas cuando llegué al Café Orientale. El señor Gregson no estaba en ningún lugar a la vista, así que me senté en una mesa cerca de la puerta, ignorando las miradas curiosas de los otros clientes. Todos eran hombres. Creo que hay alguna convención absurda contra que las damas frecuenten cafés. O el señor Gregson ignoraba esta regla tácita, o me pagaba el cumplido de darse cuenta de que era supremamente indiferente a tales cosas.

Llamé al camarero con un golpecito de mi parasol y con una orden fría en árabe, ordené café. El señor Gregson llegó antes del café. Había olvidado lo apuesto que era. La sonrisa que iluminó su cara suavizó los rasgos austeros.

—¡Ha venido! —exclamó.

—¿Me lo ha pedido, no?

—Sí, pero apenas osé esperar... No, eso no es verdad. Sé el espíritu ardiente que la mueve. Supe que entraría corriendo donde otras mujeres temen pisar.

—No me he apresurado, señor Gregson, he caminado a un respetable café lleno de personas. El único peligro que encaré fue el del ostracismo social, y eso nunca ha sido una preocupación para mí.

—Ah —dijo Gregson—, pero voy a pedirle que me acompáñeme a un área que no es tan libre de peligro. Se lo digo francamente, señora Emerson...

Se calló cuando el camarero vino con mi orden.

— *Kahweh mingheir sukkar.* -Ordenó bruscamente.

—¿Habla árabe? —Pregunté.

—Sólo lo bastante para ordenar comida y quejarme de que el precio es demasiado alto.

El camarero volvió. El señor Gregson levantó su taza.

—Por el espíritu de aventura —dijo con seriedad.

—Salud —contesté, levantando mi propia taza—. Y ahora, señor Gregson, me estaba contando que francamente...

—Que la misión que estoy a punto de proponer es una a la que razonablemente puede negarse a unirse. Pero pienso que he... persuadido, ¿digamos? a uno de los hombres de confianza de Sethos

para que hable con nosotros. No puedo decir cuánto sabe el hombre pero se le considera tan cercano a ese genio del crimen como nadie, y creo que es una oportunidad que no debemos perder. No la traería a esto, excepto que el hombre insistió en que estuviera presente. Parece tener confianza en su capacidad de protegerlo...

—No diga más —exclamé, levantándome—. ¡Vámonos inmediatamente!

—No ha dudado —dijo Gregson, mirándome con curiosidad—. Confieso que en su posición estaría sumamente sospechoso de tal petición.

—Bien, en cuanto a eso, es bastante entendible que el hombre me seleccionaría como confidente. Usted es un extraño, mientras que, si puedo decirlo así, mi reputación por los tratos justos es bien conocida. ¡El hombre puede ser incluso alguien al que conozca personalmente! Vamos, señor Gregson, no debemos demorarnos ni un instante.

Mientras penetrábamos en lo más profundo del corazón de la ciudad vieja, las estrechas calles sinuosas tomaron el carácter de un laberinto, compuesto de sucias paredes que se caían y ventanas con los postigos cerrados. Los balcones enrejados sobresalían de los pisos superiores de las viejas casas altas, cortaban la luz del sol, así que andábamos a través de una sombra polvorienta. Había pocos europeos o ingleses entre los peatones, algunos de los cuales tropezaban aturdidos por las drogas, los ojos fijos en el vacío.

Ya que las calles (si podían ser llamadas así) giraban y torcían, pude mantener un ojo atento en la espalda. El señor Gregson notó mis miradas.

—Está inquieta —dijo gravemente—. No debería haberla traído. Si prefiere volver...

—Siga caminando —siseé.

—¿Qué es?

—Nos siguen.

—¿Qué?

—Siga caminando, le digo. No gire la cabeza.

—Sin duda se equivoca.

—No. Hay un hombre detrás de nosotros a quien he visto dos veces antes, una fuera del Shepheard y otra vez holgazaneando cerca del café. Un hombre delgado con un gibbeh blanco y un

turbante azul.

—¡Pero, señora Emerson, esa descripción encajaría con la mitad de los hombres de El Cairo!

—Él ha tenido cuidado de mantener la manga de su gibbeh atravesada sobre la parte inferior de la cara. Estoy segura que nos sigue y tengo la intención de capturarlo. ¡Sígame!

Girando bruscamente, me apresuré tras el espía con mi parasol levantado.

Mi ataque repentino agarró a ambos hombres por sorpresa. Gregson dejó salir un gruñido de alarma, y el perseguidor se paró en seco, levantando los brazos en un intento de protegerse la cabeza. En vano, ¡fui demasiado rápida para él! Le golpeé la parte superior de la cabeza con el parasol. Puso los ojos en blanco, sus rodillas se doblaron y se hundió en el suelo en un revoloteo de algodón blanco.

—Le tengo —grité, sentándome en el pecho del hombre caído—. ¡Aquí, señor Gregson, venga inmediatamente, he capturado al espía!

La calle se había vaciado como por arte de magia. Sabía que había observadores ocultos en las puertas y espiando por detrás de las ventanas con los postigos cerrados, pero los espectadores se habían apartado a sí mismos prudentemente de la escena de acción. Gregson se acercó lentamente, sin ninguna de las felicitaciones apasionadas que había esperado.

Entonces una voz amortiguada murmuró patéticamente:

—Sitt Hakim, ay, sitt, me ha roto la cabeza, creo.

Conocía esa voz. Con una mano temblorosa levanté los pliegues del tejido que ocultaba la cara de mi cautivo.

Era Selim, el hijo de Abdullah, el amado benjamín de esa leal familia. ¡Y le había fulminado!

—¿Qué diablos haces aquí, Selim? —pregunté—. No, no me lo digas. Emerson te ha enviado. Viniste con nosotros en el mismo tren, en otro vagón, ¡me has estado espiando desde que Emerson y yo nos separamos fuera del Edificio de la Administración!

—Espiar, no, sitt —protestó el chico—. ¡Vigilándola, protegiéndola! El Padre de las Maldiciones me honró con esta misión y he fallado, estoy deshonrado, el corazón roto y también la cabeza, sitt. Me muero. Despídame del Padre de las Maldiciones y de mi honorable padre, y de mis hermanos Ali y Hassan y...

Me levanté y le tendí la mano.

—Levántate, insensato. No estás herido, los pliegues de tu turbante amortiguaron el golpe y no creo que esté rota ni la piel. Déjame echar un vistazo.

De hecho, la herida de Selim consistía en nada más que un bulto en su cráneo. Tomé una caja de ungüento del conjunto de medicinas de mi colección de herramientas y lo apliqué al bulto, después de lo cual envolví la cabeza de Selim con vendas antes de volver a colocarle el turbante. Ahora era más alto en la cabeza a causa de las vendas, pero eso no podía evitarlo.

El señor Gregson miró en absoluto silencio. Había una ausencia curiosa de expresión en su cara.

—Ruego su perdón, señor Gregson —dije—. Ahora podemos continuar. ¿Le importa si Selim viene o preferiría que le despidiera?

Gregson vaciló. Antes de que pudiera contestar, Selim deja salir un aullido de infortunio.

—No, sitt, no. ¡No me despida! No volveré al Padre de las Maldiciones sin usted. Me escaparía más bien. Preferiría unirme al ejército. ¡Preferiría envenenarme y morir!

—Cállate —dije enojadamente—. ¿Señor Gregson?

—Temo que esta demora haya causado que perdiéramos la cita —dijo Gregson—. Mejor que devuelva a su lagrimoso guardián a su maestro.

—Por favor, sitt, por favor. —Selim, quien verdaderamente lloraba copiosamente, se agarró a mi brazo—. Emerson Effendi me maldecirá y tomará mi alma. Venga conmigo o me cortaré la lengua con mi cuchillo para que no deba confesar mi fracaso; cerraré los ojos por temor a ver su terrible ceño. Yo...

—Buen Dios —exclamé—. No hay remedio, señor Gregson. ¿Vendrá conmigo a conocer a mi marido? Estará muy interesado en cualquier información que le pueda dar.

—Hoy no —dijo Gregson quedamente—. Si voy inmediatamente, puedo alcanzar a la persona de la que hablé y concertar otra cita. Quizás también pueda persuadirle para que permita que el Profesor nos acompañe la próxima vez.

—Excelente —dije—. ¿Cómo nos lo hará saber?

—Le enviaré un mensajero. Puede dejarme una nota en el Shepheard, si tiene noticias; paro allí cada día para recoger mi

correo.

—Muy bien. —Le tendí la mano. El señor Gregson la tomó con ambas manos. Eran manos blancas y bien cuidadas, pero los callos de las palmas y la fuerza de los largos dedos mostraban que era un hombre de acción así como un caballero.

—Pronto nos encontraremos otra vez —dijo.

—Eso espero. Y espero tener en ese momento el placer de presentarle a mi marido.

—Sí, exacto. Hasta entonces.

Se alejó a zancadas, giró la esquina y desapareció de la vista. Con Selim arrastrándose desconsoladamente tras mis talones, comencé a retroceder sobre mis pasos.

De hecho, requirió la concentración combinada de mí misma y de Selim encontrar la salida. No había tomado nota de las vueltas y zigzags, dado que esperaba tener al señor Gregson como escolta en el viaje de vuelta, y Selim había estado demasiado preocupado con mantenernos a la vista para atender por dónde iba. Finalmente, sin embargo, alcanzamos una parte de la ciudad que me era familiar y desde allí había sólo una corta distancia al Muski. Alquilé un carruaje y ordené a Selim que se sentara junto a mí.

—Ahora, Selim —dije—. No quiero ponerte en una posición difícil con el profesor, pero no veo cómo vamos a sortear lo que ha sucedido si contamos la verdad.

El chico levantó la cabeza inclinada.

—Oh, sitt —dijo trémulamente—. Haré todo lo que me diga.

—Yo nunca miento al profesor, Selim.

Selim pareció turbado.

—Sin embargo —dije—, no hay ningún motivo para que no podemos doblar la verdad un poco. Tendremos que justificar ese bulto en la cabeza.

—Podría quitar las vendas, sitt —dijo Selim con ansia—. Fue muy generosa con las vendas. No las necesito.

—No, no debes hacer eso. Lo que propongo es esto. Le dirás al Profesor Emerson todo lo que sucedió hasta el momento que te descubrí. Entonces di simplemente que alguien cayó sobre ti y te atacó, golpeándote con un objeto pesado.

—Alguien lo hizo —dijo Selim.

—Precisamente. No es una mentira. Omite el nombre de tu

atacante; deja que el profesor piense que fue un ladrón ordinario. Al oír el altercado, corrí a tu rescate.

—Es bueno, sitt —exclamó Selim.

—A causa de tu herida sentí necesario volver contigo —continué —. El golpe en la cabeza te dejó mareado y confundido; si el profesor te hace alguna pregunta difícil, puedes decir que no lo recuerdas.

Los suaves ojos castaños del muchacho brillaron con admiración.

—¡Sitt, usted es mi madre y mi padre! ¡Es la más amable y más sabia de las mujeres!

—Sabes cómo odio la adulación, Selim. Tu elogio es innecesario; haz sólo lo que digo y todo saldrá bien. Eh... podrías recostarte e intentar parecer desmayado. Ahí está el hotel y veo a Emerson despotricando en la terraza.

Selim se inclinó y gimió tan exquisitamente que esa vista distrajo bastante a Emerson de la reprimenda que había querido darme.

—Buen Dios —gritó, escudriñando en el carruaje—. ¿Qué ha sucedido? ¿Está muerto? Selim, chico...

—No estoy muerto pero me muero —gimió Selim—. Honorable Padre de las Maldiciones, déle mis respetos a mi padre, a mis hermanos Ali y Hassan y a...

Le pinché subrepticiamente con mi parasol. Selim se incorporó sobresaltado.

—Quizás no me esté muriendo. Creo que me recuperaré.

Emerson subió al carruaje y cerró la puerta.

—A la estación de tren —ordenó al conductor.

—Pero, Emerson —empecé—. No quieres saber...

—Claro que quiero, Peabody. Puedes contármelo mientras vamos hacia allí. Alcanzaremos el expreso de la tarde si nos apresuramos.

Arrancó el turbante de Selim. El chico dio un gañido lúgubre, y Emerson dijo con serenidad:

—Reconozco tu obra, Peabody. Media gota de sangre para este lío intolerable de vendas ¿eh? Cuéntamelo todo, desde el principio.

El cuento fue largo para narrarlo puesto que tuve que empezar con mi reunión con el señor Gregson, y al principio Emerson me interrumpió cada pocas palabras.

—Debes haber estado loca, Peabody —bramó—. Seguir a ese hombre por el corazón de la ciudad vieja con ese cuento chino... ¿Quién es él, de todos modos? ¡Ni siquiera lo conoces!

Perseveré, y cuando alcanzamos la estación le había contado la versión modificada de la verdad que Selim y yo habíamos preparado. El único comentario de Emerson fue un brusco «Bah». Tirando al conductor unas pocas monedas, ayudó a Selim a salir del carruaje con una gentileza que su semblante ceñudo contradecía y nos apresuró hacia el tren. Hubo un pequeño altercado cuando llevamos a Selim con nosotros a un coche de primera clase; pero Emerson calló al conductor con un puñado de dinero y unos pocos comentarios firmes, y los otros pasajeros salieron murmurando... pero no muy fuertemente.

—Ah —dijo Emerson con voz complacida—. Muy bien. Tenemos el vagón para nosotros solos. Podemos discutir tu notable historia a placer.

—Primero —dije, esperando distraerlo—, dime de qué te has enterado en el suk.

Él había descubierto, si pudiera creerle, más que yo. Un conocido, a quién Emerson escogió no identificar por el nombre, declaró que conocía al asesino de Kalenischeff. El criminal era un asesino profesional, que se alquilaba por cualquiera que tuviera el dinero. Se rumoreaba que a veces llevaba a cabo tareas para Sethos, pero no era miembro oficial de la banda. El hombre había abandonado El Cairo poco después la muerte de Kalenischeff, y nadie sabía dónde se le podía encontrar.

—Pero —dijo Emerson, entrecerrando los ojos—, estoy tras su rastro, Peabody. Finalmente volverá, puesto que El Cairo es donde hace sus negocios. Y cuando lo haga, me llegará la noticia.

—Pero eso puede tardar semanas, meses —exclamé.

—Si piensas que puedes mejorarlo, Peabody, tienes mi permiso para intentarlo —dijo Emerson. Entonces se llevó la mano a la boca —. ¡No, no! No he dicho eso. Quería decir...

—No importa, querido Emerson. Mi comentario no fue pensado como crítica. Sólo tú podrías haberte enterado de tanto.

—Umm —dijo Emerson—. ¿Y tú que has estado tramando, Peabody? Nunca me halagas a menos que tengas algo que ocultar.

—Eso es injusto, Emerson. A menudo...

—¿De verdad? No puedo recordar cuándo...

—Tengo el respeto más grande...

—Me engañas constantemente y...

—Tú...

Selim dejó salir un gemido y se desplomó contra el hombro ancho de Emerson. Sacando un frasco de mi cinturón, le administré un sorbito de brandy y Selim declaró que se sentía mucho mejor.

Le entregué el frasco a Emerson, que tomó distraídamente un sorbo.

—Ahora entonces, Peabody —dijo afablemente—. ¿De qué más te has enterado?

Lo conté sobre el safragi y le describí mi visita al señor Aziz. Emerson sacudió la cabeza.

—Eso fue una pérdida de tiempo, Peabody. Yo te podría haber dicho que Aziz no era miembro de la organización. No tiene ni la inteligencia ni... eh... la fortaleza intestinal.

—Precisamente lo que dije a Aziz, Emerson. Entonces parece que no estamos mucho más lejos.

—Hemos hecho un comienzo, de todos modos. No suponía que llevaríamos nuestras indagaciones a una conclusión exitosa en un día.

—Bastante correcto, Emerson. Siempre cortas directamente a lo esencial. Y —agregué optimistamente—, quizás durante nuestra ausencia Sethos ha hecho algo, como atacar el complejo, lo cual nos dará más información.

Capítulo 12

A petición de Emerson el tren paró en Dahshoor lo suficiente para que desembarcáramos. Caminamos penosamente a lo largo del camino, Emerson ayudando a Selim con tal vigor que los pies del chico apenas tocaban el suelo. Después de un tiempo corto Selim declaró jadeantemente que se había recuperado completamente y era capaz de andar por sí mismo.

—Buen muchacho —dijo Emerson, con un campechano golpe en su espalda.

Frotándose alternativamente la espalda y la cabeza, Selim nos siguió.

—Puede haberte salvado la vida, Amelia —dijo Emerson—. ¿No viste al hombre que lo atacó?

—Todo sucedió tan rápido —dije pensativamente.

—El atacante puede haber sido un ladrón común. No debemos ver a emisarios de Sethos por todas partes.

—Creo que tienes razón, Emerson.

Antes de que alcanzáramos la casa supimos que algo iba mal. Las puertas estaban abiertas de par en par y el lugar zumbaba como una colmena. Los hombres se habían reunido en un grupo, todos hablando a la vez. Enid estaba sentada en una silla a la puerta, la cara oculta en las manos; Donald estaba caminando de un lado para otro, tocándole el hombro cada vez que pasaba por delante de ella.

—Qué diablos —empezó Emerson.

—Es Ramsés, por supuesto —dije—. Imagino que se ha ido otra vez.

Tan pronto como aparecimos, todo el grupo se precipitó hacia nosotros y una docena de voces se esforzaron por ser la primera en

dar las noticias. Emerson bramó,«¡Silencio!» y el silencio se hizo.

—¿Bien? —dijo Emerson, mirando a Donald.

—La culpa es mía —lloró Enid—. El pobrecito pequeño quiso darme una lección en egipcio; pero yo... —le dio a Donald una mirada de traición.

—No, la culpa es mía —dijo Donald—. Era mi responsabilidad; pero yo... —miró a Enid.

Emerson se volvió hacia mí y sacudió un dedo bajo mi nariz.

—Ves, Amelia, lo que ocurre con estas tonterías del amor. Las personas afligidas por esa enfermedad no tienen ningún sentido de la responsabilidad, ningún sentido del deber...

—Cálmate, Emerson —supliqué—. Deja que Donald hable.

—Se ha ido, eso es todo —respondió Donald, encogiéndose de hombros impotentemente—. Notamos su ausencia aproximadamente hace una hora, pero hace cuánto tiempo se fue no puedo decirlo.

—¿Se ha ido a pie o en el asno? —pregunté.

—Ninguno —dijo Donald con seriedad—. El pequeño... eh... hombrecito pidió prestado un caballo, no cualquier caballo, sino el amado corcel del alcalde, el mismo que empleó usted el otro día. Digo pidió prestado, pero debería agregar que el alcalde ignoraba el hecho. Ha amenazado con clavar a Ramsés en la puerta de su casa si algo le sucede a ese animal.

—Él no puede controlar un caballo tan grande —exclamó Enid, retorciéndose las manos—. Cómo logró montar y huir sin ser visto...

—Ramsés tiene facilidad con los animales —dije—. No importa eso. ¿Asumo que nadie le vio marcharse y por lo tanto no tenemos la menor idea de qué dirección tomó?

—Eso es correcto —dijo Donald.

Emerson se llevó una mano a la frente.

—¿Cómo ha podido hacer esto? ¿No dejó ningún mensaje, ninguna carta?

—Oh sí —respondió Donald—. Dejó una carta.

—¿Entonces por qué no le ha perseguido? —gritó Emerson, arrebatándole el papel mugriento que Donald le tendía.

—Porque —dijo Donald—, la carta está escrita en jeroglíficos.

Y verdaderamente lo estaba. Me puse de puntillas y leí rápidamente por encima del hombro de Emerson. La mano

jeroglífica de Ramsés era muy elegante, en llamativo contraste con su escritura inglesa, que era prácticamente ilegible. Dudé sin embargo que fuera por eso por lo que había escogido emplear el idioma antiguo.

—Mazghunah —exclamó Emerson—. ¡Ha ido a Mazghunah! Con el propósito de hablar con el cura... Eso es un uso bastante poco ortodoxo del presente del participio, debo decir.

—Puedes estar seguro que Ramsés podrá y justificará el uso si eres lo bastante insensato para preguntarle —dije—. ¿Bien, Emerson, le perseguimos?

—¿Cómo puedes preguntar eso, Amelia? Por supuesto que le perseguiremos, y lo más rápidamente que podamos. Cuando pienso en lo que le puede haber sucedido, solo en el desierto, un niño pequeño en un caballo que no puede manejar, perseguido por canallas desconocidos... ¡Oh, buen Dios! —Emerson corrió hacia el establo.

Una espeluznante puesta del sol glorificó el oeste mientras nuestros pequeños y pacientes asnos trotaban hacia el sur a lo largo del camino que conocíamos tan bien. Emerson era tan incapaz como yo de azotar a un animal, pero instaba a su corcel con súplicas vehementes.

—Tan lejos, tan bien —observé, con la esperanza de consolarle —. Ramsés habrá seguido este mismo sendero; no hemos visto su cuerpo caído, así que probablemente es seguro asumir que logró controlar el caballo.

—Oh, maldición —fue la única respuesta de Emerson.

Entramos en la aldea por el norte, pasando las ruinas de la misión norteamericana, que había sido la escena de algunas de nuestras más emocionantes aventuras el año anterior. Estaba silenciosa y abandonada; la aguja provisional de la iglesia se había desplomado y las casas circundantes estaban inhabitadas. Estaba segura de que los aldeanos rehuían el lugar como embrujado y maldito.

Mientras nos acercábamos al pozo, vimos una multitud de personas. Estaban todos de pie con silenciosa fascinación, frente a la casa del sacerdote, las cabezas inclinadas como si escucharan. Débil y lejano, pero claramente audible, las notas subían y bajaban, el grito del muecín recitando la llamada a la oración. ¡Un sonido

extraño en una aldea cristiana, sin ninguna mezquita a la vista! Más curioso de todo era el hecho de que el sonido venía de dentro de la casa del sacerdote.

Había un silencio breve y expectante. Entonces el adan se repitió, pero más alto y con una voz diferente. El primer había sido de tenor, este fue un brusco barítono. Terminó después de unas pocas palabras, para ser seguido inmediatamente por una tercera voz, distinguible por un ceceo perceptible. Sonaba como si el sacerdote de Dronkeh estuviera entreteniendo o entrevistando a todos los muecines locales.

La multitud se separó como el Mar Rojo antes el ímpetu de Emerson. Sin esperar a llamar, abrió la puerta de golpe.

Los últimos rayos del moribundo sol cortaron como una espada llameante la penumbra interior. Cayeron de lleno sobre la forma de Walter «Ramsés» Peabody Emerson, sentado con las piernas cruzadas sobre el diván, la cabeza tirada hacia atrás, su nuez subiendo y bajando mientras de sus labios separados salía la triste llamada a la oración.

El sacerdote, que había estado sentado en la sombra, se levantó. Ramsés, siendo Ramsés, terminó las cuatro declaraciones iniciales del ritual (Dios es el más grande, etcétera) antes de observar:

—Buenas noches, mamá. Buenas noches, papá. ¿Tuvisteis un día productivo en El Cairo?

Emerson aceptó la copa de coñac que el Padre Todorus le ofreció. Yo la decliné. Requería de toda mi agudeza tratar con Ramsés.

—Puedo preguntar —pregunté, tomando asiento a su lado—, ¿qué estás haciendo?

Odiaba preguntar, puesto que estaba segura que me lo diría, en tediosa extensión; pero estaba tan desorientada por la extraña actuación que no era yo misma exactamente. Era obvio que no sólo la última, sino que todas las otras llamadas del muecín habían provenido de la garganta flaca de mi hijo. Emerson continuó sorbiendo su coñac, los ojos abultados fijos en la nuez de Ramsés.

Ramsés carraspeó.

—Cuando tú y papá discutisteis el desgraciado cautiverio del Padre Todorus, me encontré en completo acuerdo con tu conclusión de que había sido encarcelado en algún lugar dentro de los

alrededores de El Cairo. Vuestra conclusión adicional, que no sería posible estrechar dónde, era la única con la cual me vi forzado de mala gana a discrepar. En mi opinión...

—Ramsés.

—¿Sí, mamá?

—Estaría en deuda contigo si intentaras restringir el uso de esa frase.

—¿Qué frase, mamá?

—En mi opinión.

El coñac había restaurado los poderes de discurso de Emerson. Dijo con voz ronca:

—Estoy inclinado a estar de acuerdo con tu mamá, Ramsés, pero dejemos eso por el momento. Continúa por favor con tu explicación.

—Sí, papá. En mi... Esto es, sentí que aunque el Padre Todorus no hubiera podido ver por las ventanas, probablemente había podido oírles. Verdaderamente, una de sus propias declaraciones corroboró esa suposición. Ahora, mientras el aglomerado de sonidos que pueden ser llamados la «voz de la ciudad» es generalmente confuso, me refiero a tales sonidos como el rebuznar de asnos, las llamadas de aguadores y vendedores, las súplicas gimoteantes de mendigos, el...

—Observo con preocupación, Ramsés, que pareces estar desarrollando un giro de frases literario, por no decir poético. Escribir versos y llevar un diario son excelentes métodos para expurgar estas tendencias. Integrarlos en una narrativa explicativa no.

—Ah —dijo Ramsés pensativamente.

—Continúa por favor, Ramsés —dijo su padre—. ¡Y, mi querido hijo, sé breve!

—Sí, papá. Hay una variedad de fenómenos auditivos que son, por contraste a ésos que he mencionado (y otros que no se me ha permitido mencionar), distintivos y diferenciados. Me refiero, por supuesto, a las llamadas de los muecines de las mezquitas de El Cairo. Se me ocurrió que el Padre Todorus, quien probablemente habría oído estas llamadas ad nauseam, por decirlo de alguna manera, día tras día, podría distinguir entre ellas y quizá recordar su sonoridad. Por lo tanto, he venido para intentar el experimento. Reproduciendo...

—¡Oh, buen Dios! —Grité—. ¿Ramsés, has estado aquí sentado durante más de tres horas repitiendo el adan con voces y tonos diferentes? Emerson, como sabes, yo rara vez sucumbo a la debilidad, pero debo confesar que me siento, me siento más bien débil.

—Ten un poco de coñac —dijo Emerson, entregándome la copa —. ¿Ha sido un éxito el experimento, hijo?

—Hasta cierto punto, papá. Creo que he estrechado el área a aproximadamente un cuarto de kilómetro y medio.

—No puedo creerlo —murmuré, medio para mí misma, enteramente para mí misma como resultó, ya que ninguno me escuchaba.

—Ha sido muy interesante —dijo el Padre Todorus, asintiendo como un juguete de cuerda—. Cuando cierro los ojos puedo imaginarme en esa casa de Satanás, escuchando, como hice a menudo, el llamamiento de los paganos.

—No puedo creerlo —repetí—. Ramsés. ¿Cómo has aprendido a diferenciar estas llamadas? ¡Hay trescientas mezquitas en El Cairo!

—Pero sólo treinta o cuarenta dentro del área que consideraba más probable —dijo Ramsés—. Es decir, la ciudad vieja, con sus caminos oscuros y estrechos y sus antiguas mansiones que se desmoronan y sus... —Captó mi mirada—. Me interesé en el asunto la última primavera —continuó más prosaicamente—. Cuando estuvimos en El Cairo antes de salir para Inglaterra. Estuvimos allí durante varias semanas y tuve una amplia oportunidad de...

—Comprendo —dijo Emerson—. Una idea muy ingeniosa, caramba. ¿No estás de acuerdo, Peabody?

Mi copa estaba vacía. Pensé pedir más, pero mi voluntad de hierro se alzó triunfante sobre la aflicción y la incredulidad.

—Creo que deberíamos regresar a casa ahora —dije—. El Padre Todorus debe estar cansado.

El padre Todorus protestó cortésmente, pero fue evidente que estaría contento de vernos marchar. Sus modales hacia Ramsés cuando se despidió fueron una mezcla de respeto y terror.

Cuando salimos de la casa del sacerdote, uno de los aldeanos vino guiando la yegua, y con un profundo salaam, entregó las riendas a Ramsés.

La excursión de Ramsés en el gran robo se había deslizado por

un momento de mi mente. Recordé haber leído que en el oeste norteamericano, los ladrones de caballo eran colgados generalmente.

Quizás Ramsés recordó eso también. En el acto de montar vaciló y se giró hacia mí. Con la más grande de las sonrisas victoriosas dijo:

—¿Te gustaría cabalgar a Mazeppa, mamá?

—Un pensamiento muy apropiado, Ramsés —dijo Emerson con aprobación—. Estoy contento de ver que muestras a tu querida mamá la consideración que merece.

El alcalde compartía la opinión de los vaqueros norteamericanos con respecto a los ladrones de caballo. Me vi obligada a aplacarlo alquilando el caballo, a unos honorarios asombrosos, durante nuestra estancia en Dahshoor. Dejando a la yegua con su propietario, ya que no teníamos establos dignos de tal parangón, volví a casa.

Mi molestia no fue aplacada por la vista de Ramsés y su padre hundidos en la consulta de un mapa de El Cairo desplegado sobre la mesa, en la cual nuestra cena ya había sido dispuesta. Una punta del mapa estaba manchada con salsa de carne. Ramsés pinchaba el papel con el índice y decía:

—El más audible de los muecines era el caballero de la mezquita de Gamia Seiyidna Hosein. Por un proceso de eliminación y repetición siento que podemos eliminar toda esta región de aproximadamente setecientos y cincuenta...

Muy firmemente y calladamente sugerí que quitaran el mapa y volvieran a colocar los platos. Nos sentamos para disfrutar de la excelente (aunque tibia) comida que Hamid había preparado. Se sentía un claro aire de reserva y durante un tiempo todos comimos en silencio. Entonces Emerson, cuyos motivos son siempre admirables pero cuya noción del tacto es claramente peculiar, dijo brillantemente:

—Confío que el asunto de la yegua se haya resuelto a tu satisfacción, Peabody.

—Se ha resuelto a la satisfacción del alcalde, Emerson. Hemos alquilado la yegua para la temporada, a un precio de cien siclos.

Emerson se ahogó con un bocado de estofado y tuvo que retirarse detrás de su servilleta. Sin embargo, no se quejó del precio.

En su lugar sugirió:

—Quizás debamos comprar el animal. Para ti, Peabody, quiero decir, ¿no te gustaría tenerla? Es una bonita criatura...

—No, gracias, Emerson. Lo siguiente sería que Ramsés estaría pidiendo que la enviáramos de vuelta a Inglaterra con nosotros.

—Eso es bastante erróneo, mamá; tal idea no se me había ocurrido. Sería más conveniente mantener a Mazeppa aquí, para que pueda montarla cuando salgamos cada...

La oración terminó en un jadeo y un sobresalto, ya que Emerson, que se había dado cuenta de que cualquier referencia a la yegua, especialmente de su hijo, no mejoraría mi humor, pateó a Ramsés en la espinilla. Nadie habló durante un rato. Donald no había dicho ni una palabra en todo el tiempo; atribuí su silencio al remordimiento por su fracaso en llevar a cabo su deber, pero como aprendí pronto, había otra razón. Había estado pensando. Como Emerson dice, algo injustamente creo, el proceso es difícil para los ingleses, y requiere toda su concentración.

No fue hasta que apagamos las primeras punzadas del hambre y estábamos mordisqueando rodajas de fruta que el joven se levantó de la silla y carraspeó.

—He llegado a una decisión —anunció—. Esto es, Enid y yo hemos llegado a una decisión.

Tomó la mano que la chica le ofreció, cuadró los hombros, y continuó:

—Deseamos casarnos inmediatamente. ¿Profesor, realizará usted el servicio esta noche?

La locura completa de su petición me asustó hasta el punto de dejar caer mi servilleta. Ésta cayó encima de Bastet, que estaba agachada bajo la mesa, esperando (correctamente) que Ramsés le deslizara golosinas. Ésta se molestó bastante y el resto de la conversación fue puntuado con gruñidos y porrazos mientras Bastet luchaba con la servilleta.

La mandíbula de Emerson cayó. Comenzó a hablar o quizás a reír. Entonces pareció ocurrírsele una idea, ya que sus ojos se entrecerraron y arrastró la mano al mentón.

—Eso ciertamente resolvería algunas de nuestras dificultades —dijo pensativamente, acariciándose el hoyuelo—. La obsesión de la señora Emerson por las carabinas y la conveniencia...

—¡Emerson! —Exclamé—. ¿Cómo puedes considerar tal cosa durante una fracción de segundo? Mi querido Ronald, perdón, Donald, mi querida Enid, ¿qué les ha dado la idea de que el Profesor Emerson está autorizado para casar personas?

—No lo sé —respondió Donald, pareciendo confuso—. El capitán de un buque tiene tales privilegios; pensé que el líder de una expedición en un país extranjero...

—Ha pensado mal —dije.

Enid bajó los ojos. Pero tuve la sensación de que ella había sabido la verdad todo el tiempo y no le había importado. No deseo que se suponga que apruebo la inmoralidad, pero debo confesar que mi opinión sobre la chica aumentó.

—Siéntese, Donald —dije—. Parece muy indeciso ahí de pie rascándose la oreja. Discutamos esto racionalmente. Apruebo completamente su decisión, la cual, por supuesto, tendrá que esperar hasta que las formalidades apropiadas hayan sido llevadas a cabo. ¿Puedo pedirle que se dirija a ello?

Donald continuó sosteniendo la mano de Enid. Ella le sonrió con (no pude evitar pensar) el ánimo apacible de un maestro hacia un niño bastante atrasado.

—Enid me ha convencido —dijo Donald—. No podemos continuar ocultándonos como criminales que tienen algo de lo que avergonzarse. Sin duda ella no está en ningún peligro de la policía; sólo un loco podría considerar la noción de su culpabilidad.

—Ese es de hecho el caso —dije—. Hoy hemos sabido que la policía ha abandonado cualquier idea de que matara a Kalenischeff. Usted, sin embargo...

—Yo —dijo Donald, levantando el mentón—, me enfrentaré a mis acusadores como un hombre. No pueden demostrar que maté al hombre, aunque estuve tentado a menudo de golpearlo hasta dejarlo inconsciente mientras les seguía a él y a Enid por El Cairo y le veía sonreír burlonamente y mirarla de reojo.

—Eso es el tipo de declaración que le aconsejo totalmente que no haga a nadie más —dijo Emerson—. Sin embargo, estoy de acuerdo con usted en que hay pocas evidencias en su contra. Pero no ha explicado esta oleada repentina de galantería. ¿Ha sido el amor, esa noble emoción, la que ha reforzado sus nervios morales?

Su tono satírico se perdió en Donald, que contestó simplemente.

—Sí, señor, lo ha sido. Además, reacio como soy a enfrentarme a la verdad, Enid me ha convencido de que fue Ronald quien trató de matarme esta mañana.

—Bien, por supuesto que lo fue —dijo Emerson—. Ha sido evidente desde el principio que las dificultades con las que ustedes dos se han encontrado son estrictamente domésticas en su naturaleza. Su hermano, señor Fraser, parece ser una persona completamente poco escrupulosa. ¿Fue él, o no lo fue, quien falsificó la firma y le persuadió de aceptar la culpa? Estúpido, señor Fraser, muy estúpido verdaderamente. Ese acto tuvo consecuencias mucho más peligrosas para usted que la mera deshonra. Su hermano esperaba que la desesperación le dirigiera a la muerte por accidente o a la autodestrucción, dándole así el control de su propiedad. Sospecho que tiene un motivo adicional que tiene que ver con los cariños de la señorita Debenham aquí presente. También sospecho que si la señorita Debenham se hubiera contentado con aceptar la vergüenza y desaparición de Donald, por no mencionar la mano en matrimonio de Ronald, Donald (maldición, estos nombres son muy confusos), Ronald, quiero decir, no habría ido más allá. Al perseguir vigorosamente la búsqueda de Donald y negar su culpa, ella puso en peligro la posición de Ronald y él se vio forzado a tomar acciones más directas.

—Empleó a Kalenischeff, no para guiar a la señorita Debenham hacia Donald, sino para despistarla. Pero Kalenischeff habría traicionado a Ronald por un precio, y Ronald tuvo que detenerlo. No es difícil contratar asesinos en El Cairo. Kalenischeff fue atraído al cuarto de la señorita Debenham, no sólo porque era más vulnerable para atacarle allí, sino porque Ronald esperaba incriminar a su «delicado amor», como tuvo la audacia de llamarla, y evitar que presionara en su búsqueda. Sospecho, señorita Debenham, que Ronald se ofendió de su tratamiento despreciativo hacia él y de su proposición de matrimonio, y usted puede dar gracias a Dios de no haber cambiado de opinión, ya que, una vez en su poder, habría pagado por su ofensa con lágrimas y angustia. Es un hombre vicioso y vengativo.

—Asombroso, profesor —exclamó Donald—. Tiene razón en cada detalle; me hace ver dolorosas verdades que no estaba dispuesto a confesar. ¿Cómo ha sabido todo eso?

—Sólo un idiota fallaría en verlo —gruñó Emerson.

—O un hermano, cegado por el cariño fraternal —dije, más caritativamente.

—O —dijo Emerson, fijando en mí un ceño horroroso—, un individuo obsesionado por maestros criminales.

Cuando buscamos nuestra cama en el desierto, no fuimos solos. Para la furia mal ocultada de Emerson, Donald había insistido en que Enid ocupara la otra tienda.

—Ahora, de todas las veces —había dicho, apretando la mano de la chica—, es importante que ni la menor sombra de reproche descanse sobre Enid.

—Bah —dijo Emerson.

Yo misma estaba en contra de la idea, aunque no enteramente por la misma razón. El análisis de Emerson del caso había sido convincente, como sus análisis siempre son. Eso no es decir que fuera correcto. Sentí en los huesos que mis dos jóvenes amigos estaban entrelazados en los hilos invisibles de la obscena red de Sethos. Mis argumentos tuvieron poco efecto, sin embargo. Donald apoyó a Emerson (los hombres siempre se apoyan), y Enid apoyó a Donald. El único que mostró una onza de sentido común fue Ramsés. Su oferta de montar guardia fuera de la tienda de Enid fue rechazada unánimemente, pero cuando ofreció al gato en su lugar, Enid se rió y dijo que estaría encantada de tener una agradable gatita cariñosa acurrucada contra ella.

Miré a la gran gata pinta. Los ojos topacio se habían estrechado hasta ser aberturas y había curvado el labio, como si sonriera despreciativamente ante esa descripción ridículamente inadecuada. Pareció aún más ridículo cuando Ramsés la llevó a un rincón, se agachó frente a ella, y empezó a murmurarle. Fue suficiente para hacer que la sangre de cualquiera se volviera de hielo al verles mirarse a los ojos fijamente, la gata tranquila y concentrada, la cabeza ladeada y retorciendo la cola.

Lo que fuera que Ramsés dijo tuvo el efecto deseado. Bastet nos acompañó cuando salimos de casa. Donald había declarado su intención de escoltar a su amada y verla a salvo en su tienda. Nos siguieron a una distancia discreta, cuchicheando a la luz de las estrellas. Era una noche perfecta para los amantes, como son la mayoría de las noches en Egipto y habría estado contenta de

caminar en un silencio soñador, con la mano de Emerson sosteniendo la mía. Sin embargo, Emerson era terco.

—Si están decididos a ir a El Cairo y entregarse mañana, es esencial que alguna persona responsable los acompañe —insistí.

—Absolutamente no, Peabody. Estaremos faltos de mano de obra una vez se hayan ido, aunque ella nunca ha sido de mucha utilidad, y él está demasiado distraído por ella para llevar a cabo sus deberes. No sé por qué sigues animando a la gente de esa manera. Siempre tienes a algunas de esos jóvenes insípidos perdiendo el tiempo, interfiriendo con nuestro trabajo y complicando nuestras vidas. No tengo nada contra ellos, y les deseo lo mejor, pero estaré contento de verlos partir.

Permití que Emerson despotricara, lo cual hizo, deteniéndose apenas para respirar, hasta que alcanzamos nuestra tienda. Paré para desear buenas noches a los dos bultos en sombras detrás de nosotros. Emerson me tomó la mano y me tiró dentro. Durante mucho tiempo después, los únicos sonidos que rompieron la calma fueron los gritos lejanos de los chacales.

Cuando desperté en la oscuridad previa al amanecer, no fue, por una vez, porque un ladrón o un asesino hubiera perturbado mi sueño. Había soñado otra vez, un sueño tan vívido y claro que tuve que extender la mano hacia Emerson para asegurarme de que realmente estaba en la tienda con mi marido a mi lado. Los contornos de sus rasgos familiares bajo mis dedos trajeron una gran sensación de alivio. Emerson bufó y murmuró entre dientes pero no se despertó.

Podría haber deseado en ese momento que no durmiera tan profundamente. Sentí una necesidad ridícula de consultarle, aunque soy reacia a confesarlo, para consolarme. No fue tanto el escenario del sueño lo que me hizo temblar en la oscuridad, sino, si puedo expresarlo, la atmósfera psíquica que había prevalecido. Cualquiera que ha despertado chillando de una pesadilla sabrá lo que quiero decir, ya que en sueños los objetos más inocuos pueden despertar sensaciones extraordinarias de aprensión. Anhelaba discutir mis sensaciones con Emerson y oír su tranquilizador «¡Tonterías, Peabody!»

Mi mejor naturaleza prevaleció, como espero que siempre haga, y, arrastrándome más cerca de él, busqué cortejar una vez más a

Morfeo. El dios inconstante no se dejó seducir, aunque intenté una variedad de posiciones para dormir. A través de todos mis giros y contorsiones, Emerson yació como un tronco, con los brazos doblados en el pecho.

Por fin abandoné el intento. La luz todavía no penetraba la pesada lona de las paredes, pero una frescura indefinible en el aire me dijo que el alba no podía estar lejos. Levantándome, encendí una lámpara y me vestí. Como aquellos que han procurado realizar esta proeza en los límites estrechos de una tienda pueden testificar, es imposible hacerlo elegantemente o calladamente, pero Emerson continuó durmiendo, sin molestarse por la luz o por mis tropiezos inadvertidos sobre sus miembros, ni siquiera por el tintineo de mi cinturón de herramientas cuando lo abroché. Tuve que golpearle suavemente el pecho y aplicar una variedad de estímulos táctiles en su cara y forma antes de que su respiración regular cambiara de ritmo. Una sonrisa tironeó de las comisuras de su boca. Sin abrir los ojos extendió el brazo y me empujó sobre él.

Como creo que he mencionado, Emerson tiene aversión a los impedimentos de las prendas de vestir para dormir. El vigor de su movimiento llevó mi cinturón y su borde con objetos duros y afilados en contacto repentino con una porción vulnerable de su anatomía, y el aspecto benévolo de su semblante experimentó un cambio espantoso. Le puse la mano sobre la boca antes de que el grito que burbujeaba en su garganta pudiera surgir.

—No grites, Emerson. Despertarás a Enid y asustarás a la pobre chica a muerte.

Después de un rato, la rigidez del pecho musculoso de Emerson se relajó y los ojos recuperaron su aspecto normal. Creí seguro quitar la mano.

—Peabody —dijo.

—¿Sí, mi querido Emerson?

—¿Estamos rodeamos por beduinos hostiles a punto de un ataque asesino?

—No, Emerson, no lo creo.

—¿Se ha arrastrado una figura oscura en la tienda, blandiendo un cuchillo?

—No.

—Una mano momificada, ¿quizás? ¿Deslizándose en el hueco

entre la pared de la tienda y el suelo de lona, tanteando tu garganta?

—Emerson, eres especialmente molesto cuando intentas ser sarcástico. No hay nada malo. Por lo menos nada del tipo que mencionas. Ya es casi mañana, y yo... no podía dormir.

Aparté los codos de su pecho y me incorporé. No dije nada más, pero Emerson entonces me demostró las excelentes cualidades que le habían ganado el cariño incondicional de una mujer que, me aventuro a afirmar, insiste sobre los estándares más altos de un cónyuge.

Una vez más extendió sus nervudos brazos y me atrajo a un abrazo, no exactamente tan cerca, y con algún grado de cuidado.

—Cuéntame, Peabody —dijo.

—Suena tonto —murmuré, descansando la cabeza contra su pecho.

—Te amo cuando eres tonta, Peabody. Es un raro acontecimiento, si por tonto quieres decir suave y abatida, tímida y temerosa...

—Para, Emerson —dije firmemente, tomando su mano—. Yo no soy temerosa; sólo estoy desconcertada. Tuve un sueño muy raro.

—Eso es también un acontecimiento raro. Continúa.

—Me encontraba en un cuarto extraño, Emerson. Estaba decorado con la moda más lujosa y voluptuosa, colgaduras de color rosa cubrían las paredes y las ventanas, un suave sofá con almohadas sedosas esparcidas, alfombras antiguas y una diminuta fuente tintineante. Sobre una mesa baja de ébano y nácar hay una bandeja con fruta y vino, fuentes de plata y vasos de cristal. Un silencio somnoliento llenaba la cámara, roto sólo por el murmullo melodioso de la fuente.

»Estoy tumbada sobre el sofá. Me sentía totalmente despierta y medio soñando, como desorientada por los alrededores. Mis ojos fueron atraídos a las cortinas de flecos y cuentas que ocultaban una puerta. Cómo sabía esto, no lo puedo decir, pero lo sabía y también que algo se acercaba, que la puerta se abriría pronto, la cortina se levantaría y vería...

—Continúa, Peabody.

—Ahí fue cuando desperté, Emerson, desperté con un sudor frío de terror, temblando. Sabes, querido, que no tengo paciencia con la

superstición de que los sueños son presagios de cosas por venir, pero no puedo evitar creer que hay algún significado más profundo en este sueño.

No podía ver la cara de Emerson, pero sentí que los brazos que me sostenían se endurecían.

—¿Estás segura —preguntó—, que la sensación que sentiste era de terror?

—Esa es una pregunta extraña, Emerson.

—Fue un sueño extraño, Peabody. —Se incorporó y me apartó suavemente, sosteniéndome por los hombros y mirándome a los ojos—. ¿Quién era, Peabody? ¿Quién se acercaba a la puerta?

—No lo sé.

—Umm. —Continuó mirándome con esa rara intensidad. Entonces dijo tranquilamente—, creo que puedo identificar el origen de tu sueño, Peabody. Tu descripción suena como la que el Padre Todorus dio de su prisión.

—Por supuesto —exclamé—. Tienes mucha razón, Emerson. Sin duda eso lo explica. Mis emociones son las mismas que las que ese pobre hombre debió sentir.

—Me alegro de haber aliviado tu aprensión. ¿He hecho eso, Peabody?

—Sí, Emerson, y gracias. Sólo, sólo que todavía tengo la sensación del destino acercándose, de que algo acecha en el umbral de nuestras vidas...

—Esa es una sensación a la que deberías estar acostumbrada —dijo Emerson, a su antigua manera sardónica—. No importa, Peabody, nos enfrentaremos al peligro juntos, tú y yo, lado a lado, espalda contra espalda, hombro con hombro.

—Con Ramsés corriendo de aquí para allá estorbando —dije, emulando su tono ligero—. Emerson, me disculpo por molestarte con mis tonterías. Vístete ahora, saldré y encenderé la estufa para hacer algo de té.

Le entregué sus pantalones, sabiendo que nunca podría encontrarlos sin una prolongada y soez búsqueda. Los hombros anchos de Emerson se levantaron en un encogimiento y aceptó la ofrenda.

Me arrastré a la entrada de la tienda. La solapa había sido asegurada por un nudo sencillo, pasado a través de un anillo en el

suelo de lona. Aflojándolo, vi la rendija de luz del día afuera. Ya era por la mañana, aunque todavía muy temprano. Levantándome, aparté la solapa y salí.

Inmediatamente me sentí caer. Había tropezado con algún objeto que yacía ante la tienda. Mis manos extendidas golpearon el duro suelo, pero sentí la obstrucción bajo las espinillas. No fue hasta que me puse de pie que vi lo que era.

Donald Fraser yacía de espaldas. Los miembros habían sido colocados, las manos dobladas sobre el pecho. Un agujero negro como un tercer ojo marcaba el centro de su frente; los ojos azules estaban abiertos de par en par y sus superficies estaban enturbiadas por una ligera capa de polvo de arena.

No chillé, como una mujer normal quizás hubiera hecho, pero un grito fuerte y chillón de sorpresa escapó de mis labios. Sacó a Emerson tan deprisa de la tienda que se requirieron los esfuerzos más arduos por mi parte para evitar que ambos cayéramos sobre el cadáver una segunda vez. Un juramento salió de Emerson; pero antes de que pudiera entrar en detalles sobre el tema, fue distraído por una tercera persona que venía corriendo hacia nosotros.

—El asesino —exclamó Emerson, liberándose de mi agarre y levantando el puño. Cuando reconoció al recién llegado dejó caer el brazo serenamente a un lado y yo misma me tambaleé bajo el golpe de la impresión. Miré de Donald, vivo y en pie, a Donald tumbado y muerto, y luego, con algo con retraso, la verdad se me apareció.

—Es Ronald, no Donald —exclamé—. ¿Qué está haciendo él aquí? ¿Qué está haciendo cualquiera aquí'?

Donald había visto a su hermano. Los rayos del sol calentaban la cara del muerto con un rubor falso de vida, pero no cabía duda en la mente de cualquiera que Ronald ya no lo estaba. Con un grito que envió una sensación de compasión por mis venas, Donald cayó de rodillas al lado del cuerpo.

—No lo toque —dijo Emerson bruscamente—. No hay nada que nadie pueda hacer por él ahora. Ha estado muerto durante horas; la rigidez de los miembros ya está bien avanzada.

Donald quizás no hubiera hecho caso de este consejo sensato, pero el sonido de alguien acercándose le recordó de un deber más importante. Se levantó y corrió para encontrarse con Enid, la tomó en brazos y le sostuvo la cabeza contra el pecho.

—No mires —dijo en tono roto—. Es Ronald, mi pobre hermano, muerto, asesinado obscenamente.

La gata Bastet estaba tras los talones de Enid. Después de una inspección curiosa pero rápida al cuerpo se sentó y empezó a lavarse. Estuve tentada de hablar severamente con ella acerca de sus fallos como gata vigilante, pero bajo una reflexión posterior decidí que no la podía culpar por fallar en avisarnos de la presencia del asesino, si, como asumí, había estado encerrada en la tienda de Enid. Su responsabilidad primaria había sido vigilar a la chica y ese objetivo había sido cumplido, aunque cuánto del crédito era debido a Bastet sólo ella (la gata) y el cielo lo sabían.

Emerson entró a la tienda y volvió con una manta, que tiró sobre el muerto.

—Surge una sospecha de asesinato —dijo seriamente—. Aparte del hecho de que yo no veo ningún arma en la mano, debe haber sido traído a este lugar después de que se cometiera el acto. Duermo profundamente, pero me gusta pensar que una pistola disparada a un metro de mi oreja me habría despertado. Venga, venga, Donald. Su pena es algo absurda, teniendo en cuenta el hecho de que su hermano ha hecho cuanto ha podido para arruinarle. Explique su presencia.

Sosteniendo a Enid en la curva del brazo, Donald se giró. Con la mano libre se limpió las lágrimas de los ojos.

—Me disculpo por mi debilidad femenina —murmuró—. Los momentos de resentimiento se olvidan y miles de recuerdos tiernos de nuestra niñez suavizan el pasado reciente. Profesor, sin duda la muerte de mi hermano lanza una duda sobre su culpabilidad. No puede haberse suicidado.

—Precisamente —dijo Emerson.

Enid, más aguda que su amante, comprendió instantáneamente el significado de Emerson.

—¡Cómo se atreve usted, Profesor! ¿Sugiere que Donald asesinó a su hermano?

—¿Qué? —Gritó Donald—. Enid, querida, no crees...

—No, querido, claro que no. Pero él...

Emerson dejó salir un rugido.

—¡Si oigo una frase sensiblera más o una palabra cariñosa sentimental más, los abandonaré a su destino! Está en un bonito

aprieto, señor Donald Fraser, y tengo la sensación de que tenemos poco tiempo. Contésteme sin tardar. ¿Qué le ha traído aquí a esta hora?

—He estado aquí toda la noche —dijo Donald.

—Ya veo. —El ceño crítico de Emerson se suavizó—. Bien, señor Fraser, debo decir que eso demuestra mejor sentido del que había esperado de usted. La señorita Debenham puede testificar que estuvo con ella...

—Señor —exclamó Donald, las mejillas ruborizadas con indignación—. Lanza difamaciones sobre la más noble, la más pura chica que jamás...

La cara de Enid estaba tan rosácea como la suya.

—Ah, Donald, querido y adorable idiota. Él estuvo conmigo, Profesor. Lo juraré en cualquier tribunal.

Donald protestó, por supuesto, y tomó varios rugidos de Emerson callar a la pareja. Para resumir las declaraciones confusas y vehementes que se produjeron finalmente, parecía que Donald había pasado la noche tumbado sobre una alfombra ante la entrada al dormitorio de su amada. Ella no había sido consciente de su presencia, y ninguno había oído nada fuera de lo común.

Emerson le dio al joven una mirada de desprecio abrasadora.

—Es ese maldito espíritu de escuela pública —murmuró—. De todas las actitudes perniciosas y fatuas... ¿Qué hay de Ramsés, joven tonto irresponsable?

—Me prometió solemnemente que no saldría de casa durante la noche. Sentí que podía aceptar su palabra...

—Oh sí —dije huecamente—. Pero, Donald, la noche se ha terminado.

A través del desierto, desde la salida del sol, galopaba un espléndido caballo, con una pequeña figura encaramada a su lomo.

Ramsés trató de detener la yegua con una parada espectacular. La proeza, por supuesto, estaba bastante más allá de su fuerza; cayó rodando del lomo del animal y golpeó el suelo con un porrazo. Levantándose sobre las manos y rodillas, empezó:

—Buenos días, mamá. Buenos días, papá. Buenos...

Emerson le puso de pie.

—Evita las formalidades, hijo —dijo.

—Sí, papá. Gracias por recordarme que el tiempo es

verdaderamente esencial. Un grupo de oficiales acaba de desembarcar de un barco de vapor del gobierno. No les tomará mucho tiempo averiguar dónde estamos, y por la constitución del grupo y la solemnidad de su comportamiento deduzco que algún asunto grave...

—Cielos —exclamé—. Deberíamos haber anticipado esto, Emerson. El asesino, cuyo nombre, o epíteto, más bien, no debo mencionar, desea que arresten a Donald por la muerte de su hermano. Por supuesto que lo notificaría a la policía.

La última catástrofe había dejado a Donald mudo. Se quedó mirando impotente como Emerson pasaba las manos sobre el cuerpo del joven.

—No tiene armas —observó.

—El arma —grité—. Sin ella la policía no puede demostrar...

—Eso no es necesariamente verdad, mamá —dijo la voz de Ramsés, desde algún lugar cercano.

Al principio no pude decir dónde había ido. Al girarme, descubrí que se había arrastrado hasta la amortajada figura y había levantado la manta. Después de una breve mirada sin emoción dejó que cayera otra vez y se levantó.

—La situación es como suponía —dijo—. Papá, el no encontrar la pistola que disparó el disparo fatal puede no salvar al señor Donald Fraser, puesto que la prosecución reclamará que podría ser ocultada fácilmente en la arena. No me sorprendería, sin embargo, si es encontrada cerca, en un lugar fácilmente descubierto por la búsqueda más rápida.

Con un grito, Enid corrió hacia su tienda. Sabía lo que tenía en mente y me precipité a ayudarla, pues aunque Ramsés tuviera razón (maldito fuera) al decir que la ausencia del arma no libraría a Donald, el descubrimiento ciertamente reforzaría el caso contra él.

Cuando la alcancé, Enid se arrastraba por el suelo, cepillando arena y guijarros en una búsqueda frenética. Sin embargo, fue Ramsés quien encontró la pistola metida en una grieta a unos seis metros de la tienda. Emerson se la quitó apresuradamente.

—Debemos, en justicia, entregarla a las autoridades —dijo.

—Dámela a mí —dije—. La ocultaré en mi bolsa de esponjas.

—Lo que vayáis a hacer mejor que lo hagáis rápidamente —observó Ramsés—. Porque aquí vienen.

La partida era imponente, varios policías, el mayor Ramsay, y no menos que un personaje como Sir Eldon Gorst, el Consejero en asuntos policiales del Ministerio de Interior. El último fue el primero en hablar. Bajándose del asno, se me acercó, la cara seria.

—¡Señora Emerson! Siempre es un placer verla; desearía que nuestra reunión hubiera tenido lugar bajo circunstancias más agradables. Profesor...

—Hola, Gorst —dijo Emerson—. Termina con esto, ¿lo harás? Tengo mucho trabajo que hacer. El cuerpo está allí.

—Entonces es verdad —respondió pesadamente Sir Eldon—. Apenas podía creer... ¿conoce al mayor Ramsay, creo?

—Sí —dije, asintiendo fríamente hacia el mayor—. Acabamos de hacer el trágico descubrimiento nosotros mismos. ¿Puedo preguntar cómo se le ha notificado, hace horas presumo, dado que les llevaría algún tiempo llegar aquí?

Sir Eldon comenzó a hablar, pero el mayor se le adelantó.

—La fuente era irreprochable —dijo, frunciendo el ceño.

—Debe haberlo sido, para enviarle a una caza que podría haber sido de la ceca a la meca —dijo Emerson—. Maldición, insisto en saber quién descargó un cadáver en mi umbral. No soy un hombre con el que jugar, Ramsay.

—Maldita sea, Profesor —empezó Ramsay.

—Querido muchacho, hay damas presentes —exclamó Sir Eldon —. Hablando de damas, ¿tengo razón, señora o no, en asumir que usted es la señorita Enid Debenham, cuyo prolongada ausencia ha causado tal preocupación a mi oficina?

—Sí, lo soy.

—Y yo —dijo Donald—, soy Donald Fraser. Espero, Sir Eldon, que me haya estado buscando también.

Sir Eldon se inclinó. Estaba claro que su informante desconocido le había contado, no sólo la muerte de Ronald, sino la presencia de Donald.

—Es mi deber informarle —empezó.

—Por una vez estoy de acuerdo con el Profesor Emerson —gruñó el mayor—. Acabemos con esto.

Hizo gestos. Uno de los policías se adelantó. Hubo un clic, un gemido suave de Enid y Donald fue esposado ante nosotros.

Capítulo 13

Enid insistió en acompañar a Donald a El Cairo. Sir Eldon trató de disuadirla, pero el mayor Ramsay, que no tenía instintos caballerosos, dijo que también podía ir, dado que tendría que hacer una declaración y tenía muchas preguntas que hacerle. Yo, por supuesto, le aseguré que la seguiría tan pronto como fuera posible. En vez de protestar, como esperaba, Emerson sólo me dio una extraña mirada y no dijo nada.

Dejaron a uno de los policías atrás para buscar el arma. Cuando salí de mi tienda con la bolsa de baño en el brazo, le vi inspeccionando desconsoladamente el terreno vasto y lleno de escombros.

Tuvimos que trabajar con prisas para coger el tren de la mañana. Digo nosotros, ya que para mi sorpresa descubrí que Emerson tenía intención de venir conmigo. Estuve a punto de expresar mi aprobación y mi placer cuando Emerson terminó con ambos indicando que tendríamos que llevar a Ramsés también. Tenía bastante razón, dejar a Ramsés en Dahshoor estaba lleno de demasiadas posibilidades terribles para contemplarlas. Tenía a Abdullah y a los otros hombres completamente bajo su pulgar. Casi ni necesito decir que Bastet también nos acompañó, ya que Ramsés se negaba a ser separado de ella durante cualquier plazo de tiempo.

No podía descifrar qué planeaba Emerson. Para él abandonar su trabajo era casi inaudito, ni siquiera le había dado a Abdullah instrucciones sobre cómo continuar, sólo le dijo que declaraba unas vacaciones.

Tan pronto como tomamos asiento en el tren, empecé mis indagaciones. Pensé que era mejor no preguntar a Emerson a

bocajarro qué tenía en mente, así que procuré en su lugar, llegar a ello con indirectas sutiles.

—Confío —empecé—, que los acontecimientos de esta mañana hayan alterado tu evaluación de la situación y te hayan traído alrededor de mi parecer.

—Lo dudo —dijo Emerson bruscamente.

—Tu creencia de que las dificultades de Donald son estrictamente domésticas en su naturaleza, creo que utilizaste esa frase, ha sido obviamente erróneo. ¿A menos que pienses que Donald mató a su hermano?

—Parece improbable —dijo Ramsés, que había recuperado el aliento después de ser tirado al compartimiento y empujado a un asiento—. El señor Donald Fraser no se distingue por su gran capacidad intelectual, verdaderamente, no puedo evitar preguntarme qué puede ver en él una dama de las cualidades superiores como la señorita Debenham, pero no hay ningún motivo por el que no tendría problemas para llevar el cuerpo a una larga distancia de la escena del asesinato para colocarlo de forma muy llamativa delante de vuestra tienda.

—Umm —dijo Emerson, reconociendo tácitamente la verdad del análisis de Ramsés.

—Además —continuó Ramsés—, si la pistola era suya, debe haberla conseguido en el último par de días, ya que no la tenía con él cuando llegó, y no veo cómo...

—¿Tuviste el descaro de buscar en las pertenencias del joven? —Pregunté indignadamente.

—Él no tenía pertenencias —contestó Ramsés con calma—. Excepto el opio y la pipa que le quitaste. Tampoco hay ningún escondite en su cuarto, excepto bajo el catre, el cual investigué temprano...

—No importa —dijo Emerson, adelantándose—. Lo tomaremos como que Donald no mató a su hermano. Algunas otra persona... Oh, maldición, también puedo admitirlo. Regresamos a tu amigo Sethos, Amelia.

—Lo supe desde el principio, Emerson.

—Bah —dijo Emerson—. Aquí hay algo que apuesto a que no sabes. He llegado a la conclusión de que Sethos nos la ha jugado de la misma manera que nos la jugó una vez antes, que en algún punto

se ha presentado ante nosotros. Disfrazado, apenas debo decir...

—Bastante correcto, papá —gritó Ramsés—. Te has anticipado a mis palabras. Y sé quién es. ¡El caballero que mamá conoció en El Cairo, el supuesto investigador privado!

—No seas tonto, Ramsés —dije—. Ni siquiera has conocido al señor Gregson.

Ramsés se puso rojo con frustración.

—Pero, mamá, he tratado de decirte una y otra vez que Tobías Gregson es el nombre del policía en las novelas de detectives de Arthur Conan Doyle. Te dije que sería típico del extraño sentido del humor del hombre conocido como Sethos seleccionar como seudónimo el nombre del personaje del señor Sherlock Holmes, el investigador privado más famoso de la ficción moderna, despreciado como un chapucero y un tonto. ¿Qué sabes de ese hombre, de hecho? ¿Te mostró sus papeles? ¿Te dirigió a la policía para que comprobaras su posición semioficial? El...

—No permitiré ese tono acusatorio, Ramsés —exclamé—. No te atrevas a hablarme como un profesor sermoneando a un estudiante lento. El señor Gregson trabajaba en secreto. Además... eh... además, tiene los ojos castaños.

Emerson comenzó como si le hubiera picado.

—Estoy sorprendido, Amelia, que debas andar por ahí mirando fijamente a los ojos de hombres extraños.

—Tengo buenas razones para advertir el color de los ojos de un sospechoso —contesté resueltamente—. En cuanto al señor Gregson, espero y creo que lo conocerás próximamente. Él no es Sethos. Pero sé quién es. ¡La señora Axhammer, la anciana señora norteamericana que nos visitó en Dahshoor!

Esperaba que Emerson dijera «bah», o «tonterías» o algo igualmente insultante. Su respuesta me ofendió aún más. Estalló en carcajadas.

—Vamos, Peabody, eso es demasiado absurdo. En qué te basas...

—Varias cosas. Tuvo cuidado de llevar velo, pero no de ocultar el brillo vivo de sus ojos oscuros. ¡Cuando el velo se apartó una vez, observé que los dientes eran firmes y blancos y que el mentón, aunque afeitado, mostraba signos de barba!

—He conocido a ancianas con bigotes y barbas —dijo Emerson, sonriendo—. Ambos estáis equivocados. Sé quién es Sethos. ¡Su

señoría, el Vizconde Everly!

No me dio tiempo a refutarlo, sino que continuó.

—Ronald estaba en su séquito. Fue mientras el vizconde presumido y sus amigos disparaban en Dahshoor cuando ocurrieron los dos incidentes que implicaron armas. Fue su caballo el que se desbocó, poniendo en peligro a Ramsés...

—Pura coincidencia —dije—. Sethos no puede ser su señoría. Es la señora Axhammer.

—El vizconde —gruñó Emerson.

—El señor Gregson —dijo la voz aguda de Ramsés.

Su voz aguda contrastó tan extrañamente con el gruñido de barítono de su padre, que Emerson y yo nos echamos a reír. Ramsés nos contempló altaneramente por encima de su larga nariz.

—No veo el humor en la situación —dijo.

—Es bastante correcto, hijo —dijo Emerson, sonriendo—. Supongo que debemos estar de acuerdo para discrepar. El tiempo dirá cuál de nosotros tiene razón.

—Si no estamos todos equivocados —dije más seriamente—. No puedo sacarme de la cabeza, Emerson, tu recordatorio de que el Dios Set era pelirrojo. Pero apostaré a que soy la primera en enfrentarme cara a cara con su malvado emisario.

—Malditamente mejor que no lo hagas —dijo Emerson, y se negó a disculparse, aunque me había prometido que trataría de no jurar frente a Ramsés.

Cuando entramos al vestíbulo del Shepheard, la primera persona a la que vimos fue a Enid. Estaba sentada leyendo un periódico, aparentemente inconsciente a las miradas curiosas y a los cuchicheos de los otros huéspedes, pero en el momento que aparecimos se puso en pie de un salto y se precipitó a reunirse con nosotros.

—Han venido —susurró, agarrando mi mano—. Tenía miedo de que no lo hiciera. ¡Gracias, gracias!

—Dije que vendría —contesté—. Cuando digo que haré algo, Enid, puede estar segura de que lo haré.

Ramsés la estudió por debajo de las cejas bajadas, y en verdad ella se parecía poco a la arqueóloga recatada de Dahshoor. Llevaba un vestido extravagantemente frívolo, con todos esos volantes, puntillas y encajes, y los labios y mejillas tenían colorete. Me

atrevería a decir que no llevaba más pintura de lo normal, pero debido a la palidez de la cara, los parches rojos destacaban con efecto exagerado.

Reteniendo su fuerte agarre en mi mano, estiró la otra mano hacia Ramsés.

—¿No conoces a tu vieja amiga con este vestido? —preguntó, con un intento valiente de sonrisa.

—Espero que usted no suponga que una modificación superficial de esa naturaleza podría engañar a mi ojo entrenado —contestó Ramsés con evidente disgusto—. Solamente intentaba decidir si prefiero este personaje al otro. En el total...

Me había tomado sólo unos días enseñar a Enid que si alguien no interrumpía a Ramsés, él continuaría hablando indefinidamente.

—No importa mi apariencia exterior, Ramsés, mis sentimientos nunca cambiarán. Soy tu verdadera amiga, y espero que pueda considerarte el mío.

Ramsés se movió. Un observador ocasional quizás no se habría dado cuenta, ya que la única expresión exterior de sus sentimientos fue un parpadeo rápido. Contestó con sus modales más dignos.

—Gracias. Puede confiar verdaderamente en mi amistad, y si en algún momento del futuro necesita mis servicios, ellos están a su disposición, aunque sinceramente confío que nunca se arrepentirá de su decisión de aceptar la mano de una persona que, aunque no enteramente desprovisto de cualidades admirables, no es...

Refrené a Ramsés. Por lo menos había hecho sonreír a Enid; girándose hacia mí, ella dijo:

—Quizás piensa que soy valiente al sentarme aquí a plena vista de todos los chismosos. Pero no voy a esconderme en mi cuarto como si hubiera hecho algo de lo que avergonzarme. Donald y yo somos víctimas, no villanos.

—Comparto totalmente su opinión —contesté con calor—. ¿El señor Baehler le dio sus habitaciones? Me preocupé por eso, dado que la temporada está muy avanzada y el Shepheard está siempre abarrotado.

—Las había reservado durante un mes y pagado por adelantado. Además —agregó Enid, con una sonrisa retorcida—, imagino que tendría dificultades para encontrar a alguien que estuviera dispuesto a ocuparlos en este momento. Confieso que no espero

dormir en esa cama. Si usted se queda en El Cairo durante unos días, quizás Ramsés...

—Estaría más que feliz —declaró Ramsés.

Intercambié miradas con Emerson.

—Pensaremos en ello, Enid. Mientras tanto...

—Mientras tanto, espero que serán mis huéspedes para el almuerzo —dijo Enid—. No tengo bastante valor para entrar al salón comedor sola.

Naturalmente estuvimos de acuerdo. Me excusé para recuperar y destruir la carta que había dejado para Emerson el día antes, y luego me uní a los otros. Apenas nos habíamos sentado cuando el señor Baehler vino a la mesa. Se disculpó por perturbar nuestra comida.

—Pero este mensaje fue dejado para usted y dado que está marcado «Urgente» pensé...

—Ah —dije, alcanzando la carta—. Ha tenido razón al traerla inmediatamente, señor Baehler.

—Está dirigida al Profesor Emerson —dijo Baehler.

—Cuán extraordinario —exclamé.

—¿Qué quieres decir con extraordinario? —Preguntó Emerson —. Tengo muchos conocidos en El Cairo quiénes... —Examinó la carta—. Extraordinario —murmuró.

Baehler partió, y Emerson me entregó la carta. Era, como había sospechado, del señor Gregson.

—Profesor —leí—. Estaré en el Café Orientale a las doce del mediodía en punto. No me falle. Los asuntos se acercan al punto culminante, y si desea apartar el peligro que amenaza a una persona cercana y querida por usted, debe oír lo que he descubierto.

—Lo sabía —dije triunfantemente—. Esto demuestra que te equivocas, Ramsés; si el señor Gregson tuviera algún plan para mí, no invitaría a tu padre a estar presente. Debemos ir inmediatamente; son casi la doce.

Emerson me apretó de vuelta a la silla.

—Tú no estás mencionada en la invitación, Amelia —dijo.

—Pero, Emerson...

—Es una trampa —gritó Ramsés—. Hay algún misterio diabólico en esto; te lo ruego, mamá...

—Por favor, Amelia, no me deje —Enid agregó sus ruegos a los

de los otros—. Había contado con su apoyo para esta tarde, cuando vaya a las oficinas de la policía a hacer mi declaración.

—Te digo, mamá, es una trampa —insistió Ramsés.

—Si lo es, estoy avisado —declaró Emerson—. Amelia, debes proteger a la señorita Debenham. Será especialmente vulnerable cuando deje el hotel. Esto podría ser una treta, para atraernos y dejarla desprotegida.

—No había pensado en eso —admití—. Muy bien, Emerson; tu argumento me ha convencido.

—Pensaba que lo haría —dijo Emerson, levantándose.

—No vayas sólo, Emerson —rogué.

—Por supuesto que no. Ramsés vendrá conmigo.

Eso no era lo que había tenido en mente, pero antes de que pudiera decirlo, Ramsés y su padre nos habían dejado.

—Me sentiría muy mal si pensara que mis necesidades egoístas han causado que descuidara un deber más importante —dijo Enid con preocupación—. ¿Cree que están en peligro?

—No. Si ese fuera el caso, me temo que escogería descuidarla a usted. Para que lo sepa, Enid, mi querido Emerson y yo estamos unidos por lazos de cariño de la clase más fuerte. Sería la primera en correr a su lado si el peligro le amenazara.

—O a Ramsés.

—Oh sí, Ramsés, por supuesto. El hecho de que puedo sentarme aquí y sorber tranquilamente mi sopa —lo cual continué haciendo, el camarero había traído el primer plato mientras hablábamos—, testifica mi perfecta confianza en el señor Gregson. Sólo piense, Enid, cuando Emerson vuelva puede tener en su posesión la evidencia que exonerará a Donald.

Las preguntas ansiosas de Enid me incitaron a explicar más completamente la participación del señor Gregson en el caso. Ella no había oído toda la historia y mientras escuchaba comenzó a ponerse seria.

—Por supuesto soy sólo una chica ignorante, con poca experiencia en tales cosas —dijo con indecisión—. Pero nunca he oído hablar de este señor Gregson. ¿Dijo que era un famoso detective?

—Famoso en sus propios círculos, presumo que quiso decir —contesté—. La gente de esa línea de trabajo tiene razones para pasar

desapercibida.

—Sin duda es verdad —dijo Enid.

El salón comedor se llenó rápidamente. Habíamos sido de las primeras, ya que la cita de Enid con la policía era a la una en punto. Miré a los huéspedes que entraban, preguntándome si la «señora Axhammer» osaría aparecer. No lo hizo, pero enseguida vi otra forma familiar, el vizconde Everly. Estaba solo y por primera vez desde que le había conocido llevaba el apropiado traje matinal en vez de sus extrañas ropas. Sus ojos se encontraron con los míos, y después de un momento de vacilación, cuadró los hombros y se acercó.

—Eh... —empezó.

—No esté nervioso, joven —dije—. Si tiene alguna observación sensata que hacer, hágala.

—Bien, señora, es diabólicamente difícil hacerlo con usted mirando a un hombre como si le hubiera robado el bolso —dijo el vizconde lastimeramente—. Saca de quicio, sabe.

—Intento, su señoría, distinguir el color de sus ojos.

El joven retrocedió, pero no antes de que yo hubiera descubierto lo que quería saber. Los ojos eran de un matiz indeterminado de gris amarronado, con manchas de verde. Habría sido difícil decir de qué color eran, pero por lo menos estaba segura de que no eran negros.

Enid me miró perpleja, pero no se lo expliqué. Debo confesar que a veces disfruto de las pequeñas mistificaciones de esta naturaleza.

—Siéntese, su señoría —dije—. ¿Presumo que desea ofrecer su pésame a la señorita Debenham por la muerte de su pariente?

—Dijo que era su prometido —dijo Everly, tomando una silla.

—Estaba equivocado —dijo Enid secamente.

—Bien, eh... en cualquier caso... lo siento, sabe. Era un buen tipo, disparaba espléndidamente, aguantaba el whisky... no, olvide eso.

—¿Lo conocía desde hace mucho? —Pregunté.

—No lo conocí hasta que vine a El Cairo. Parecía un buen tipo. Me topé con él en el Club Turf.

—¿Y cómo ha sabido que estaba muerto?

Quería atraparlo con la guardia baja, pero contestó con

prontitud y un candor ingenuo.

—Cómo, está por todas partes de la ciudad. Y además, fui yo quien le dije a Gorst ayer que estaba perdido y que temía juego sucio.

—¡Usted! —Exclamé.

—Sí, yo. —El vizconde se inclinó hacia delante y plantó los codos sobre la mesa, torciendo la tela y balanceando mi copa. La atrapó antes de que más de unas pocas gotas se derramaran—. ¿Ha visto eso? —exclamó orgullosamente—. ¡Rápido como un mago! ¿De qué estaba hablando?

—Informó a la policía ayer...

—Oh, correcto. Desapareció a última hora de la tarde, vea. Llamé a su cuarto en Mena House, mientras le esperábamos para que se uniera a nosotros para cenar. Envié un camarero para traerle cuando no apareció; el cuarto era un desastre, las mesas volcadas, los cajones sacados, ¡diabólicamente excitante! Bien, estaba seguro de que había habido una lucha, él no regresaba, y... sucedió que me topé con Sir Eldon más tarde, y se lo mencioné. Pensé que era lo menos que podía hacer.

Mientras escuchaba su declaración medio coherente y estudiaba sus rasgos relajados y mediocres, no podía imaginarme qué había incitado a Emerson a sospechar que era un genio del crimen. Tampoco podía acusarme Emerson de ser descuidada y correr riesgos egoístas al hablar con él, ¿qué podría hacerme un criminal desesperado y brillante en un salón comedor abarrotado, en el hotel más popular de El Cairo?

Pronto lo averigüé.

No hubo síntomas preliminares de advertencia, como mareo o náuseas. Lo único que recuerdo es ver a su señoría, todavía sentado en su silla, de repente alejarse de mí a la velocidad de un expreso, hasta que no fue más grande que un abejorro. Sentí que la barbilla golpeaba la mesa y no sentí nada más.

Soñé el mismo sueño extraño. Cada detalle se emparejaba al primero, el suave sofá en el que estaba reclinada, las paredes drapeadas con seda rosácea, el suelo de mármol, la fuente que tintineaba. Sabiendo que pronto despertaría al lado de Emerson, me tumbé soñolienta disfrutando de la belleza voluptuosa de mis alrededores. El techo encima de mí estaba envuelto en pliegues de

suave tejido como el techo de la tienda de un sultán; de él colgaban lámparas de plata que emanaban una luz suave y tierna sobre la escena. Perezosamente giré la cabeza. Allí estaba, como lo había visto antes, la mesa baja de ébano y nácar, el tazón lleno de naranjas y nectarinas, uvas y ciruelas. Sólo faltaban la licorera de vino y las copas de cristal.

Pensativamente reflexioné sobre el posible significado de un sueño tan periódico. Sugería unos estudios adicionales. Resolví aprovecharme de la prolongación de esta visión para explorar el ambiente más completamente, así que balanceé los pies del sofá y me puse de pie.

Una onda de mareo me envió tambaleante de vuelta a los cojines. Pero no fue esa sensación tan desagradable como el mármol frío contra las suelas de los pies descalzos lo que me trajo la sobrecogedora verdad. Esto no era un sueño. Estaba aquí, en persona, y ¡alguien había tenido la audacia de quitarme las botas!

¡Y mis herramientas! Fueron las primeras cosas que busqué, el mareo había pasado, y estaba completamente alerta y capaz de razonar lógicamente. La lógica rápidamente me informó del horror de mi situación. Cómo me había secuestrado en pleno día de un hotel abarrotado no lo sabía, pero no tenía dudas de su identidad. Sólo Sethos podía ser tan audaz, sólo él podía llevar a cabo un complot tan osado. ¡Y era, debía ser, el vizconde insípido! El pequeño truco con la copa, tan hábilmente realizado, le había dado la oportunidad de drogar mi vino. Emerson había tenido razón y yo había estado equivocada. El único consuelo era que Ramsés había estado equivocado también.

Mi corazón latía demasiado rápido para ser recomendable, pero la emoción que hormigueaba no era tanto temor como intensa determinación, mezclada, confieso, con una curiosidad abrasadora. ¿Iba por fin a encontrarme cara a cara con el enigmático personaje cuyas hazañas habían despertado en mí tanto repugnancia como una cierta admiración involuntaria? Hay, todos los críticos concuerdan, una grandiosidad oscura en el Satanás de Milton; su emisario local no puede sino inspirar el mismo grado de respeto.

Sin moverme de mi asiento, consideré la situación. Ahora comprendía la ausencia de los vasos de cristal y la licorera que había visto en mi sueño. No había ni un objeto en el cuarto que

pudiera ser utilizado como arma. Me habían quitado mis herramientas y mi parasol, mi pistola había sido sacada de su funda, incluso me habían quitado las pesadas botas. No vi espejos, jarrones, ningún objeto de cristal de ninguna clase, cuyos fragmentos rotos podían ser utilizados para golpear a un enemigo o cortar una vena. Una sonrisa cruel, digna de Emerson, cruzó mis labios. Si Sethos temió que intentara autodestruirme para frustrar su venganza, me subestimaba.

La droga me había dejado muy sedienta, pero tenía miedo de probar la fruta deleitable o beber el agua de la fuente, aunque me habían proporcionado una delicada taza de plata. Poniéndome cuidadosamente de pie, me complació averiguar que ya no experimentaba la reaparición del mareo. Un rápido recorrido por la cámara reveló lo que había esperado. Las ventanas, ocultas detrás de las colgaduras diáfanas, tenían los postigos cerrados y candados. Las contraventanas estaban hermosamente talladas en madera, perforadas con un delicado patrón para permitir el paso del aire, pero cuando apliqué el ojo a uno de los agujeros más grandes sólo pude ver una ranura estrecha de luz del día, debido a la curvatura astuta de la abertura. No había bisagras visibles, evidentemente estaban por fuera de las contraventanas.

La única otra salida del cuarto era una puerta pesada detrás de una cortina con flecos de damasco. Su superficie interior no tenía marcas de bisagras ni ojos de cerraduras o picaportes. Puse el hombro contra ella pero no cedió ni una fracción de centímetro.

Volviendo al sofá, reflexioné sobre mis nuevos descubrimientos y me vi forzada a concluir que ofrecían poca esperanza. El cuarto había sido diseñado para un preso, y estaba segura que sabía qué clase de preso. Que ese canalla me insultara al ponerme en un cuarto del harén me hizo rechinar los dientes con rabia. Tampoco se aplacó mi ira cuando descubrí, extendido sobre el sofá, el vestido que llevaban las voluptuosas concubinas favoritas, el shintiyan semitransparente y fluido, o pantalones, y el anteree, o chaleco, que deja la mitad del pecho expuesto. Una mujer respetable llevaría un vestido sobre estas prendas de vestir aún en la intimidad de su casa, pero no habían suministrado ninguno. Tiré el shintiyan y el anteree despreciativamente al suelo.

En ese momento no parecía que hubiera más que pudiera hacer.

Las lámparas estaban demasiado altas para que las alcanzara, la puerta y las ventanas eran inatacables. Probablemente podría retorcer el tejido diáfano de los pantalones para formar una cuerda, pero una cuerda no era de ningún uso excepto para colgarme. Pero la situación no era enteramente desesperada. En su arrogancia consumada, Sethos no se había molestado en cambiar su sede. No es que esperara que saliera nada de la idea ridícula de Ramsés de situar el lugar por medio de las llamadas de los muecines, pero supe que Emerson arrasaría la ciudad de El Cairo hasta los cimientos antes de abandonar la búsqueda. Había esperanza también en la información que el señor Gregson había descubierto. ¡Quizás ahora él y Emerson estuvieron en camino para liberarme!

No puedo decir que el tiempo se arrastrara, ya que estaba completamente ocupada considerando y descartando ideas para escapar (en su mayor parte, confieso, lo último). No tenía intención de tumbarme a esperar ser rescatada. Cuando oí el sonido débil en la puerta con cortina me puse instantáneamente de pie y crucé apresuradamente el cuarto. No tenía gran esperanza de que mi tentativa tuviera éxito, ya que sólo tenía mis manos desnudas para golpear a la persona que estaba a punto de entrar, y también era ignorante de si la puerta se abría para dentro o para fuera, a la derecha o a la izquierda. Aún así, uno debe hacer lo que mejor pueda. Agarrando las manos juntas del modo en que me había mostrado uno de mis conocidos maleantes árabes, tomé mi posición al lado de la puerta.

No vi abrir la puerta o la oí, las bisagras habían sido bien engrasadas. Una ráfaga débil de aire fue la única advertencia que tuve. Fue seguida por el desplazamiento brusco de la pesada cortina cuando un hombre la atravesó. Yo estaba preparada. Bajé las manos unidas con fuerza sobre su nuca.

Por lo menos ahí había planeado golpearlo. Los puños aterrizaron en medio de la espalda y cayó entumecido a mi lado. El hombre medía más de dos metros y sus músculos se sintieron como granito.

Era una figura asombrosa y formidable, una que hubiera podido salir directamente de las páginas de Las Noches árabes. Su única vestimenta era un par de calzones hasta la rodilla, atados a la cintura por una ancha banda carmesí en la que había empujado un

par de largas espadas curvadas, una a cada lado. De otro modo su cuerpo estaba desnudo, desde la coronilla rasurada al diafragma y desde las rodillas a las suelas de los enormes pies. Cada centímetro de la piel expuesta brillaba con aceite y los músculos sobresalían. Sus brazos eran tan grandes como mi cintura.

Me miró con curiosidad. Supongo que debió sentir mi golpe como el roce de alas de una mariposa. Cuando avanzó lentamente hacia mí yo me retiré, paso a paso, hasta que el dorso de las pantorrillas golpearon el sofá y me senté más bruscamente de lo que tenía intención. Eso pareció ser lo que la aparición deseaba que hiciera. Se levantó y entonces se enderezó con rigidez militar cuando la cortina se levantó una vez más para admitir a su maestro.

Lo reconocí, aunque no era nadie que hubiera visto antes. Una barba negra y bigote enmascaraban la parte más baja de la cara; pero a diferencia de los adornos hirsutos que había llevado en su disfraz como el Padre Girgis, esta barba era corta y pulcramente recortada. Las gafas oscuras ocultaban sus ojos, y no tuve dudas de que los mechones negros ondulados eran falsos. Llevaba botas de montar, bombachos y una camisa blanca de seda con mangas anchas, una ropa que resaltaba la cintura estrecha y los hombros anchos, y me hizo preguntarme cómo había representado el papel de joven caballero de pecho hundido y aspecto enclenque.

Con un gesto perentorio despidió al guardia. El gigante se dejó caer al piso en un profundo salaam y salió.

—Buenas tardes, Amelia —dijo Sethos—. ¿Espero que pueda llamarla así?

—No puede —contesté.

—Desafiante como siempre —murmuró—. No me sorprende encontrar su espíritu intrépido y su valor en alto; pero ¿no está al menos un poco curiosa en cuanto a cómo la traje aquí?

—La curiosidad es una cualidad que espero nunca perder —dije —. Pero actualmente la pregunta de cómo vine aquí me interesa menos que la pregunta más importante de cómo huiré.

—Permítame satisfacer la pregunta anterior, entonces —vino la respuesta suave—. Pero primero, pongámonos cómodos.

Dio palmadas. El gigante reapareció, llevando una bandeja que parecía en las inmensas manos la fuente de una muñeca. Lo colocó sobre la mesa y se retiró. Sethos vertió vino en las copas de cristal.

—Sé que debe tener sed —observó—, la droga que me fui forzado a utilizar tiene ese efecto, y observo que no ha probado la fruta ni utilizado la taza. Admiro su cuidado, pero era innecesario; el agua y la fruta están impolutas, como el vino.

—Había esperado coñac —observé irónicamente.

Sethos se echó a reír, demostrando un conjunto de hermosos dientes blancos.

—¿Así que apreció mi pequeño chiste con el buen padre? Algunas personas ignorantes persisten en mirar a mi divino patrón como el Satanás egipcio, siento que debía vivir de acuerdo con la reputación de la que él disfruta. Tentar al pagado de sí mismo y al piadoso, y observar la precipitación absurda con la que caen desde la virtud, me da mucho placer inocente.

—Yo no me divierto —le aseguré—. Fue un gesto infantil e indigno.

—Un día, querida, aprenderá a reírse conmigo de las locuras de la humanidad. Pero le ruego que aplaque la sed.

La vista del pálido líquido en el vaso que me ofrecía hizo que la garganta se sintiera más seca que nunca, pero crucé los brazos y sacudí la cabeza.

—Gracias, no. Nunca bebo con asesinos y secuestradores.

—¿No confía en mí? Mire. —Levantó el vaso a los labios y bebió profundamente antes de ofrecérmelo otra vez. Lo tomé; ostentosamente lo giré para que mis labios no tocaran el lugar donde los suyos habían descansado, y satisfice mi sed. El vino tenía un sabor seco y hormigueante que fue de lo más refrescante.

—Ahora —continuó Sethos, sentándose en un cojín—, ¿le contaré como la capturé?

—Es obvio —dije con un encogimiento de hombros—. Deslizó algo en mi vaso de vino cuando lo agarró para evitar que se derramara. Mi desplome alarmó a mi compañera; quien ayudada por usted, me tuvo que llevar a su habitación. El balcón da a un patio, desde donde no sería difícil transportar un tronco o una bolsa de ropa sucia a un carruaje. ¿Está la señorita Debenham también prisionera o ha agregado usted otro asesinato a su larga lista?

Sethos se ofendió.

—Yo no asesino mujeres —dijo altaneramente.

—Usted sólo las secuestras, las acusa de asesinato...

—La joven nunca estuvo en peligro de ser ejecutada ni encarcelada —dijo Sethos—. Tampoco sufrió daños. Un toque de cloroformo, del que hace mucho se ha recobrado...

—Entonces debe saber que usted es el vizconde, o lo era, o quizás debo decir que el vizconde era usted...

—No importa. Ese personaje no me es útil ahora, ha sido desechado. ¿Nunca sospechó de mí?

—Emerson lo hizo —grité—. ¡No puede engañar a Emerson; está tras su rastro y no escapará a su venganza!

—Emerson —repitió Sethos, con una sonrisa sardónica—. Él no importa, ¿Qué hay de usted?

—Pensé que era la señora Axhammer —admití—. Y Ramsés, recuerda a Ramsés...

—Demasiado bien.

—Ramsés, después de todo, es sólo un chico pequeño, sospechó del detective, el señor Gregson.

—Fui Gregson.

—¡Qué!

—También fui la señora Axhammer. ¡Fui los tres!

Cuando el significado de sus palabras me golpeó, mi ánimo cayó a plomo en las profundidades. Estaba tan cerca de la desesperación como jamás había estado, ni siquiera cuando fui enterrada viva en la Pirámide Negra. Yo que había contado con Gregson para que ayudara a Emerson a rastrear Sethos a su guarida

Impulsada, me puse en pie de un salto.

—Emerson —grité—. Iba a encontrarse con usted... con Gregson, ¿qué ha hecho usted con mi marido?

—Maldito Emerson —fue la respuesta irritada—. ¿Por qué sigue mencionándolo? No le he hecho nada. La cita era una treta, para sacarlo de en medio. Nunca he estado cerca del Café Orientale y espero que todavía esté sentado allí bebiendo café y tambaleándose por la conversación de ese abominablemente locuaz hijo suyo.

—No sé por qué debo creerle.

—No sé por qué no debería. —Sethos se levantó. Lenta y pensativamente dijo—: Radcliffe Emerson es uno de los pocos hombres en el mundo que podría ser una amenaza grave para mí. Un canalla ordinario y poco imaginativo lo habría exterminado; pero ese no es mi estilo. Además, disfruto de un desafío y aprecio a

un adversario digno. Las únicas ventajas que tengo sobre Emerson son, primero, su preocupación por su investigación arqueológica, de la que no se distrae fácilmente, y, segundo, su genio atroz, que le hace actuar sin pensar.

—Aún así —dije—, ha destruido la primera de esas ventajas secuestrándome; si no me devuelve ilesa a Emerson, dirigirá cada gramo de su energía y considerable inteligencia a encontrarle. En cuanto a su genio, es una cosa espantosa de encontrar cuando lo ha despertado. Usted, señor, lo ha despertado.

—Cierto. No suponga que ignoraba los riesgos. Dado que continué con mi plan, debe creer que consideré que el resultado valía los riesgos.

Mientras hablaba, avanzó lentamente hacia mí. Retrocedí, rodeando el sofá, hasta que no pude retirarme más lejos. Sethos continuó, ligeramente como una pantera acechando a su presa.

Puse la espalda contra la pared, preparada para defenderme hasta el final.

—Haga lo peor, monstruo —grité—. ¡Me ha quitado mi parasol y se ha llevado mis herramientas; pero nunca piensa que puede romper el espíritu de una Peabody! Tortúreme, asesíneme...

—¿Torturar? ¿Asesinar? —Jadeó en busca de aliento, las manos volaron al cuello abierto de su camisa—. ¡Señora! ¡Amelia! No me entiende en absoluto. ¡Por qué maté a un hombre ayer y lo dejé tumbado ante su tienda sólo porque se atrevió a arriesgar su seguridad disparando al hombre que estaba con usted!

Antes de que pudiera aceptar este discurso notable, mucho menos responderle, se lanzó, no a mi garganta, sino a mis pies.

—¡La más magnífica de las mujeres, la adoro con todo mi corazón y mi alma! ¡La he traído aquí, no para hacerle daño, sino para colmarla con la ardiente devoción de un alma atrapada desesperadamente en su hechizo! —Y enterró la cara ruborizada en los pliegues de mis pantalones.

Capítulo 14

Aunque el asombroso giro de los acontecimientos me sorprendió bastante, no ofrecía nada de confianza hacia el futuro y mi voluntad indomable rápidamente conquistó mi sorpresa. Sethos seguía jadeando sobre mi rodilla izquierda. El cuello de su camisa se había deslizado hacia atrás, descubriendo la nuca. El ardid había fallado la primera vez; más razón todavía para que lo intentara de nuevo. Juntando las manos con fuerza, golpeé.

Los resultados fueron más gratificantes. Sethos soltó un gruñido y liberó su agarre. Sus rodillas se deslizaron sobre el mármol pulido y la cabeza golpeó contra el suelo cuando cayó hacia delante. La cabeza me habría dado en el pie si hubiera permanecido inmóvil, pero incluso mientras caía corrí hacia la puerta.

Había olvidado que la maldita cosa no tenía pomo. La empujé en vano. Al girarme acorralada, vi a Sethos avanzando hacia mí. Se le habían caído las gafas oscuras.

Sus ojos negros, sus ojos marrones, ¿o eran grises? Fueran del color que fueran, llameaban de lujuria homicida... o tal vez, considerando su reciente declaración, era otro tipo de lujuria. Para ser honesta, no me importaba mucho cuál fuera. Desesperada me pasé las manos sobre los pantalones, esperando contra todo pronóstico algún pequeño instrumento que hubiera pasado por alto: mi navaja, las tijeras, incluso una caja de cerillas. Casi estaba sobre mí cuando un arranque de inspiración iluminó la oscuridad de desesperación. ¡Claro, el cinturón! Tenía cinco centímetros de ancho y hecho de piel gruesa aunque flexible, con una pesada hebilla de acero. Sacándolo rápidamente, lo hice girar enérgicamente.

—¡Atrás! —grité—. ¡Aléjese, o le marcaré de tal modo que

siempre cargará con un estigma inconfundible que ningún disfraz podrá ocultar!

Sethos saltó hacia atrás con ágil gracia. Una sonrisa curvó las comisuras de su boca.

—Esto —señaló—. Esto es lo que me hace amarla, Amelia. Es tan magníficamente desdeñosa con el sentido común y la discreción. El hombre que comparta su vida nunca se aburrirá. Por favor baje eso y sea razonable. Aún si pudiera dejarme inconsciente no podría salir de la casa.

—Lo intentaría —le contesté, seguí girando el cinturón, el cual hacía un agudo sonido cantarín, como el de un insecto enfadado.

—Podría intentarlo. Pero fallaría; y si mis hombres pensaran que me ha matado o herido de gravedad, le harían daño. ¿Estaría más dispuesta si le prometo jurar solemnemente que no la tocaré ni me acercaré a usted de nuevo hasta que me lo pida?

—Eso nunca pasará —le aseguré.

—¿Quién sabe? La vida está llena de sucesos inesperados; eso es lo que la hace soportable. Si no quiere aceptar mi palabra, mírelo de este modo: me conoce por ser... bueno, no diremos vanidoso, sólo diremos que tengo una buena opinión de mí mismo. ¿No parece esto más acorde con lo que usted conoce de mi carácter, que obtendría un placer especial al ganarme su afecto, convirtiendo el odio en amor, el desprecio en admiración, más que recurrir a la fuerza bruta que emplearían hombres inferiores? Desprecio tal crudeza. Y —añadió con otra sonrisa—, estoy seguro que se le está cansando el brazo.

—Para nada —dije resueltamente—. Puedo seguir así toda la tarde. Sin embargo, su argumento tiene su mérito. —No mencioné otro argumento más persuasivo, y debo decir que fue lo bastante cortés para no referirse a él con tan sólo una fugaz mirada. El hecho de que mis pantalones, privados de una gran parte de su sujeción, estaban respondiendo a la inexorable ley de la gravedad.

—Muy bien —dije—. Parece ser un punto muerto, señor Sethos. Le tomaré la palabra, pero que le quede claro, yo no le prometo nada.

Nunca antes había utilizado su nombre. Al oírlo, alzó las cejas y se rió.

—¡Así que ha descubierto mi seudónimo favorito! Deje el

término de cortesía, por favor; suena un pelín absurdo y disipa el aire confidencial que me gustaría ver entre nosotros.

—No, gracias —contesté—. Prefiero mantener tanta formalidad entre nosotros como las circunstancias inusuales lo permitan.

—Pero, caramba —gritó, medio en risa medio en serio—, ¿cómo puedo empezar mi cortejo de frases bonitas y tiernas palabras si debo referirme a usted como señora Emerson?

—Estoy segura que una pequeña dificultad de esta naturaleza sólo será un desafío para usted.

Él tendió la mano. Y restándole importancia le di el cinturón.

—Gracias, señora Emerson —dijo con gravedad—. Y ahora debo pedirle que asuma esas prendas que he dispuesto para usted.

—¡Cómo se atreve, señor!

—Un simple asunto de auto defensa, señora Emerson. Sólo el cielo sabe qué otros objetos punzantes o contundentes ha ocultado en su persona. Hay espacio para todo un conjunto de cuchillos de trinchar en esos pantalones. —Interpretando correctamente mi expresión de motín, añadió—: Aparte de eliminar el arsenal que llevaba en su cinturón y botas, ni mis ayudantes ni yo la cacheamos. Fue en señal del respeto especial que siento por usted, pero si me obliga...

—Una vez más sus argumentos son persuasivos, señor. ¿Confío en que me mostrará la cortesía añadida de dejarme sola mientras acato su orden?

—Desde luego. Dé un golpe en la puerta cuando esté preparada. Pero no pruebe demasiado mi paciencia. —Luego dijo, en un idioma que reconocí como francés, aunque arrastraba las palabras y el acento era raro—. Suéltese el pelo, amada mía, que ese esplendor perfumado sea la única barrera entre su éxtasis y el mío.

Creo que tuve éxito en disimular mi sorpresa ante este comentario extremadamente personal, por lo que pensé que sería mejor fingir que no lo entendí. Aunque una sensación extraña me recorrió, un cosquilleo cálido, si podía existir tal cosa. Los extraordinarios poderes del hombre no se limitaban a los de la mente; su cuerpo era el de un atleta, y su voz —ese extraordinario, flexible y sonoro instrumento— podía cambiar tan repentina y completamente como su aspecto.

Entonces me dejó, y no perdí tiempo en seguir sus órdenes. No

crea, mi querido Lector, que consintiera tan dócilmente como lo hice ni que tuviera un motivo oculto. ¡Lo que menos se imaginaba el villano era que había bailado a mi son! Era una lástima que sólo pudiera lograr mis objetivos con tal dudosa estratagema, pero al ordenarme que me quitara las ropas me había dado una excusa para disponer esas prendas de una manera que él no esperaría. Dijo que no volvería hasta que lo llamara, pero al no saber si mantendría su palabra, tuve que trabajar con rapidez.

Al quitarme los pantalones, desenrollé la faja de franela que siempre llevaba en Egipto y la desgarré a tiras. ¡Cuan a menudo mi querido Emerson se burlaba de mí sobre este artículo de ropa! Era una protección invalorable contra el catarro, como se probaba por el hecho de que nunca había sufrido de esa dolencia. (De hecho, Emerson tampoco la había sufrido nunca, aunque se negaba rotundamente a llevar una faja de franela. No obstante, Emerson hacía lo que le daba la gana.) La faja había probado su utilidad en un buen número de ocasiones; ahora tal vez sería mi salvación. Afortunadamente había comprado un nuevo suministro antes de abandonar Inglaterra, y el vivo color rosa no se había descolorido por los reiterados lavados.

Con algo de renuencia me quité del cuello la cadena, de la cual colgaba mi escarabajo de lapislázuli portador del cartucho de Tutmosis III. Había sido el regalo de bodas de Emerson; deshacerse de él ahora, cuando era mi único recuerdo de él, fue difícil. Pero mis manos fueron firmes cuando anudé la cadena al final de la tira de franela. Qué apropiado sería si el regalo de cariño matrimonial me salvaba de un destino que (se suponía) era peor que la muerte.

Volviendo a la ventana con mi trozo de franela, extraje una de mis horquillas. Aunque de unos buenos cinco centímetros de largo, esos aparatos eran inútiles como armas a causa de su flexibilidad. No obstante, yo contaba ahora con esta misma cualidad. Escogiendo la más grande de las aberturas en la persiana, empujé la faja y la extremidad del escarabajo en el agujero tan lejos como pude alcanzar con el dedo. Entonces entró en juego la horquilla. Hubo un momento de suspense cuando la franela quedó atascada en la abertura exterior y no quería moverse; tras insistir, por fin noté que cedía y el triunfo me embargó mientras empujaba el resto de la tira a través y anudé el extremo para evitar que cayera.

Me aseguré que las persianas cubrieran una ventana que se abría hacía el aire libre. Desde esa persiana ahora colgaba una tira de franela de vivo rosa con un escarabajo de lapislázuli en el extremo. Si, como esperaba, la ventana daba a la vía pública, seguro que alguien al final se daría cuenta de mi señal.

Rasgué el resto de la franela a tiras y anudé los extremos. Ni siquiera Sethos se daría cuenta que faltaba una tira, y podría divertirse especulando cual habría sido mi intención con la tela.

Una vez desvestida y en ropa interior, una prenda de una sola pieza larga hasta la rodilla con adornos de encaje y lacitos rosas, recogí los vaporosos objetos que me había proporcionado Sethos. No eran tan indecentes como había pensado; el corpiño era de corte bajo y sin mangas, pero no transparente, el tejido estaba cubierto con tupidos bordados y pedrería. ¡Pero los pantalones! Había bastante tela en ellos para cubrir las altas ventanas del salón de mi casa, pero ocultaban muy poco. Me los puse sobre la combinación.

«Suéltate el pelo, amada mía...» Ya estaba medio suelto. Tengo el pelo tupido y grueso, y el rudo trato recibido no mejoró la pulcritud de mi peinado. No tenía la intención de parecer responder a la impertinente petición de Sethos, particularmente dado que tenía la intención de conservar mis horquillas si podía. Uno nunca sabía cuándo una horquilla resultaría útil. No obstante, no fue fácil arreglar mis mechones sin la ayuda de un peine o un cepillo y todavía estaba forcejeando con ellas cuando golpearon en la puerta.

—Oh, maldita sea —dije, exactamente como habría hecho Emerson.

Se abrió la puerta y Sethos pasó la cabeza por la cortina. Se hizo a un lado; el gigante bola de billar entró con otra bandeja, ésta cargada de fuentes y platos.

Sethos me inspeccionó y luego señaló con frialdad.

—Espero que no le importe que diga, señora Emerson, que el efecto no es exactamente el que esperaba. No importa, es un comienzo. Esa prenda poco común que lleva es suficientemente ajustada para asegurarme de que no esconde una pistola o un estilete.

Una vez dispuestos los platos sobre la mesa, el gigante se retiró. Apenas desapareció detrás de la cortina antes de que se desencadenaran una serie de ruidos sordos y golpes.

—No se anime —dijo Sethos con una sonrisa—. No es una partida de rescate lo que oye, si no mi sirviente dedicándose un poco a la carpintería. Le ordené una barra para colocar a este lado de la puerta, como una señal de mis respetuosas intenciones y mi alta estima. ¿No va a agradecérmelo?

—¿El qué, agradecer a mi carcelero por abstenerse de asaltarme?

Sethos se rió y sacudió la cabeza.

—Es incomparable, querida... señora Emerson. Por favor siéntese y cenemos.

Levantó una tapa de plata. El delicioso aroma del pollo y las especies me recordó que estaba sumamente hambrienta, mi almuerzo había sido groseramente interrumpido. Necesitaría toda mi fuerza en las próximas horas; así que me senté en un cojín y me serví. Sin embargo rechacé el vino.

—No se preocupe —dijo Sethos, con una de sus peculiares sonrisas—. No tengo la intención de debilitar su resistencia haciendo que se emborrache. Llevará semanas, incluso meses, pero al final aprenderá a amarme por mí mismo.

—¡Meses! No puede tenerme encerrada en una habitación tanto tiempo. Necesito ejercicio, aire fresco...

—No tema. Esto sólo es una parada temporal. Mañana nos iremos a una de mis propiedades en el campo. La he preparado especialmente para usted y sé que lo apreciará. Hay jardines llenos de árboles con sombra y flores exóticas, caminos serpenteantes y fuentes cristalinas, donde será libre de pasear tanto como quiera.

¡Sin duda esto eran novedades! Debería haberlo esperado, pero esto arrojaba una clara sombra sobre mi esperanza de huir. Sabía que Emerson me encontraría tarde o temprano si permanecía en El Cairo; pero incluso Emerson encontraría difícil buscar en cada rincón de Egipto. Tampoco Sethos había dicho que permaneceríamos en Egipto. ¡Su villa tal vez estuviera en algún lugar del Oriente Medio... o del mundo!

Cuanto más pudiera retrasar nuestra partida, mejor para mí, pero no podía pensar en ningún modo de hacerlo. Fingirme enferma no engañaría a Sethos; fingir una repentina e insoportable dolencia sería incluso menos convincente, suponiendo que pudiera simular tal sentimiento. No obstante, no haría daño simular una mínima

tolerancia y animarlo a hablar con la esperanza de que tal vez sin querer, traicionara algo de información que pudiera usar.

—¿Quién es usted en realidad? —pregunté—. ¿Este es su verdadero aspecto?

Sethos sonrió.

—Esa es otra de las cualidades que me gustan de ti, Amelia... disculpe, señora Emerson. No es sutil. Tanto como anhelo confiar en usted, tanto como ardo en venir a usted como yo mismo, la cautela me obliga a preservar el ir de incógnito hasta que estemos verdaderamente unidos. Este rostro que ve sólo es uno de miles que puedo adoptar si lo deseo. Soy, si puedo decirlo así, un maestro en el arte del disfraz. Permítame la satisfacción de alardear un poco: de hacerme parecer digno de admiración ante la opinión de la única que adoro...

—Le ruego que siga —dije, sirviéndome ensalada—. El tema me interesa muchísimo.

—Pero no es un tema en el cual usted destaque. Es mi antítesis, directa donde yo soy sutil, franca donde yo soy astuto e indirecto. Usted va derecha al objetivo, golpeando a la gente en la cabeza con su sombrilla, y yo me deslizo tan disimulada y sinuosamente como una serpiente. El arte del disfraz es esencial en mi negocio, no sólo por razones prácticas sino porque arroja un aura sobrenatural sobre mis actos. Muchos de mis ignorantes ayudantes creen que cambio de aspecto por medios mágicos. Mientras que en realidad es sólo un asunto de maquillaje y tinte para el pelo, pelucas, barbas y vestuario, y algo más sutil aunque igualmente importante, la alteración del comportamiento. Los gestos, el porte, el tono de voz... estos cambios en el aspecto de un hombre son más efectivos que cualquier ardid físico. Puedo ser varios centímetros más alto por medio de zapatos y botas especiales; pero puedo ser más bajo manteniéndome de cierta manera. Si hubiera examinado al vizconde con un medido ojo crítico, hubiera visto que es más alto de lo que su postura encorvada sugiere; que sus hombros inclinados no son tan estrechos como parecen; que su habla indecisa y amaneramientos estúpidos sugieren una debilidad física que sus proporciones reales no respaldan.

—Excepto sus ojos —exclamé, por lo que estaba sinceramente fascinada—. Sin duda el sacerdote de Dronkeh tenía los ojos negros;

y Ramsés me aseguró...

—Ramsés tiene muchísimo que aprender —dijo Sethos—. Hay modos de cambiar el color de los ojos. Ciertas drogas dilatan las pupilas. Pintura aplicada sobre los párpados y pestañas hacen que el iris parezca más oscuro o más claro, especialmente si uno es lo bastante afortunado para tener los ojos de un tono ambiguo entre el marrón y el gris. Algún día le enseñaré mi repertorio de trucos, Amelia; en cada uno de mis escondites tengo un laboratorio habilitado con mi equipo, incluyendo unos cuantos artículos que desarrollé yo mismo. Puede divertirle experimentar con ellos; aunque en su caso sería difícil ocultar estas brillantes orbes aceradas o atenuar su resplandor...

Las miraba fijamente mientras hablaba, su voz cayó a un suave murmullo.

—Prefiero oír la disertación racional a los cumplidos vacíos —dije, aunque fui consciente de la aceleración perceptible en mi pulso.

Él retrocedió.

—Perdóneme. Mantendré mi palabra, aunque usted lo hace muy difícil... contestaré cualquier pregunta que pueda tener... excepto una.

—Su identidad verdadera, supongo. Bien, señor Sethos, tengo una docena más. ¿Por qué lleva esta vida? Con sus aptitudes podría tener éxito en cualquiera de las numerosas profesiones legales.

—Algún día le contaré mi historia, y luego comprenderá los motivos que me impulsaron a éste, hay que reconocerlo, curioso estilo de vida. Pero ahora puedo confesarle uno. No es sólo por el beneficio monetario que robo al muerto y al vivo. Los mejores objetos que adquiero nunca llegan a los sórdidos puestos del mercado. Soy un amante de la belleza; y los objetos más bellos que obtengo, me los quedo para mí —contestó reflexivamente.

Su propósito era obvio, al mirarme de nuevo a los ojos con una expresión de intenso interés. Estallé en carcajadas.

—Ese es un discurso muy bonito, señor Sethos, pero me temo que ha minado su reivindicación de ser un sibarita al secuestrarme. Emerson es el único hombre...

—Por favor hágame el favor de abstenerse de mencionar a esa persona cada pocas frases —interrumpió con ferocidad—. Aunque

tiene razón; el profesor y yo somos más parecidos de lo que él admitiría, y la apreciación de sus encantos es la única cosa que compartimos.

—No puedo dejar de mencionarlo porque está constantemente en mis pensamientos.

Sus ojos se abatieron.

—Tiene el poder de lastimarme —refunfuñó—. Sus risas me hieren profundamente.

—En verdad no creo que le deba una disculpa, señor Sethos. Si hubiera herido su amour-prope, me haría un daño más grave. Esta es la primera vez que he sido raptada por un hombre que alega haber sido inducido a la locura por mi belleza, así que no conozco el modo correcto de comportarme.

Mi pequeño intento de humor no fue bien recibido. Sethos bajó la mirada hacia mí.

—¿Cómo puede haber omitido las atenciones que le presté? —exigió trágicamente—. ¿Cómo pudo suponer, como según parece hizo, que tenía la intención de hacerle daño? Porque no ha pasado un día desde su regreso a Egipto que no haya logrado hablar con usted o al menos admirarla desde lejos. No sólo fui los tres individuos que mencionó: fui un turista, un encantador de serpientes en Muski, incluso un excavador en sus propias excavaciones. Todo lo que he hecho fue diseñado para demostrarle mi profunda pasión...

—¿Como arrojar a Ramsés de la cima de la Gran Pirámide?

—Ese fue un plan que salió mal —admitió Sethos—. Yo era, como seguramente habrá adivinado, el caballero americano que habló con usted en la cima de la pirámide. Mi intención era llevar a cabo un rescate audaz de ese horroroso niño y devolverlo a sus brazos. No obstante, fui frustrado por Donald Fraser, maldito sea.

—Ya veo. Y en otra ocasión, cuando su caballo huyó con Ramsés...

—El mismo granuja interfirió para echar a perder mis planes. —Los labios de Sethos se curvaron en un gruñido lobuno—. Él al menos tendrá la ocasión de lamentar su interferencia. Estaba decidido a matar salvajemente a su más que travieso hermano en el momento que me enteré que había disparado un tiro que tal vez le hubiera dado a usted. Ronald es un tipo pesado de todos modos, y

tan estúpidamente resuelto, que tuve miedo de que siguiera poniéndola en peligro al hacer más atentados sobre Donald. Así que me alejé con él, y me dio una especial satisfacción el incriminar a Donald como lo hice. ¿Seguramente debe haber comprendido por qué me tomé la molestia de llevar su cuerpo toda esa distancia y dejarlo a sus pies? Devolví las vasijas de comunión porque, en una entrevista que leí en un periódico, usted expresó su desaprobación por ese robo en particular. Le envié flores, ¡usted conoce el significado de las rosas rojas en el lenguaje del amor, y del anillo de oro con mi nombre! ¿Cómo podía pasar por alto su significado?

—¡Por el amor de Dios! —exclamé—. ¡Así que es eso lo que molestó a Emerson! Pobrecito mío, debió pensar...

—¡Otra vez Emerson! — Sethos lanzó arriba las manos.

¡Mi pobrecito Emerson! (Seguí el soliloquio en mis pensamientos, ya que no parecía prudente fastidiar más a mi compañero.) Emerson había interpretado correctamente las señales que yo había pasado por alto. No era sorprendente que lo hubiera hecho, mi modestia inherente había nublado mi normalmente inteligencia despejada. Mis pensamientos eran un torbellino, un nuevo y terrible pensamiento invadió mi calma. ¿Era posible que Emerson creyera, que sospechara, que considerara por un solo instante la más leve duda de la sinceridad incondicional de mi devoción? ¿Estaba, en resumen, celoso?

Imposible, gritó mi corazón. Por supuesto Emerson no cuestionaría mi afecto más de lo que yo dudaría del suyo. Pero si lo hacía, si podía, entonces mi desaparición debía levantar dudas... Era un pensamiento más terrible que cualquier otro temor de aniquilación inminente. Creo que mis labios, de hecho, temblaron por un instante. Pero sólo un instante; la necesidad de huir se hizo más apremiante que nunca.

Increíblemente, casi había olvidado mi posición en el interés de la conversación y otro temor se coló en mi mente. El hombre tenía un poder sobrehumano de fascinación. Había estado charlando con él tranquilamente, sin miedo. ¿Podría el tiempo dar lugar al resultado que él confiadamente esperaba?

Otra vez mi corazón respondió con un ferviente ¡Imposible! Pero la duda persistía.

—Cuénteme —dije resuelta—, lo de los hermanos Fraser. ¿Cómo

se involucró con Ronald?

—A través de los canales de comercio habituales —dijo Sethos de buena gana—. Tengo contratados a varios de los asesinos más fiables del Cairo. Se acercó a uno de ellos y a su debido tiempo, me transmitieron su petición. Había contratado a Kalenischeff (cuya reputación era conocida por todo el mundo excepto los ingenuos oficiales del departamento de policía), para distraer a la señorita Debenham cuando llegara al Cairo, empeñada en localizar a Donald Fraser y convencerle que contara la verdad sobre Ronald. Ronald no podía permitírselo; sólo la estúpida lealtad de su hermano se mantenía entre la prisión y él, la deshonra y la miseria. Y tenía buenas razones para temer que Donald cedería a la persuasión de la joven y adinerada mujer que en secreto adoraba. De ahí que Kalenischeff condujera a la chica a descarriarse en vez de ayudarla.

»No obstante, Kalenischeff no era digno de confianza. Lo había descartado como empleado unos meses antes por la misma razón. Habría sido más discreto para mí haberlo matado, pero no soy tan propenso a las masacres innecesarias como usted supone. No estaba en posición de traicionar mi identidad, me cuidé de que nadie estuviera en esa posición, pero si hubiera contado todo lo que sabía, habría arruinado algunas de mis operaciones.

»Por lo tanto lo mantenía vigilado; y cuando me enteré por Ronald Fraser que Kalenischeff estaba a punto de traicionarnos a ambos, me alegré de acceder a su petición de deshacernos de Kalenischeff. El desgraciado había decidido hacer limpieza, reunir tanto dinero como fuera posible y abandonar Egipto definitivamente. Sabía que el Departamento de Antigüedades pagaría una considerable suma por la información sobre mí.

—Y la señorita Debenham ofreció incluso una suma más grande si le ayudaba a encontrar y contar a Donald la traición de su hermano.

—Exactamente. La chica mostró resistencia a la droga que usamos y cometió el error de fugarse. Como le dije, ella nunca estuvo en verdadero peligro; los débiles músculos de una mujer, ni siquiera los suyos, querida mía, podrían haber dado un golpe como el que destruyó a Kalenischeff.

—Pero Donald... ¡pobre Donald! Debió salvarlo. Eso fue un acto indigno, señor Sethos.

—Si le complace —dijo Sethos en voz baja—, veré que suelten a Fraser.

Alcanzó mi mano. Yo la aparté. Él se encogió de hombros, suspiró, sonrió y se reclinó.

—¿Ni siquiera un toque de manos como pago a mi confesión de asesinato? Así sea. Le dije que era un hombre paciente.

»El resto del asunto debería ser claro para usted ahora. Ronald nunca supo mi verdadera identidad. Como el vizconde Everly lo animé a unirse a mi pequeño grupo porque quería vigilar al tipo. Sabía, por supuesto, que la señorita Debenham había huido con usted, al igual que sabía que había tomado bajo su ala a Donald Fraser. No me sorprendió, ya que tiene costumbre de adoptar a cada desdichado inocente con el que se cruza... a la fuerza si es necesario.

—Es el deber de un cristiano ayudar al desdichado.

—También es el deber musulmán. Curioso, como las así llamadas grandes religiones insisten en las mismas virtudes débiles. Incluso los antiguos egipcios alardeaban de haber dado comida al hambriento y ropa al desnudo.

—Es una verdad sublime y universal —contesté—. Lo que usted ve como debilidad es la cualidad que nos hace uno con el Divino: «Y lo más grande de esto es el amor». O —apresuradamente corregí—, como se traduce a veces la palabra, la caridad.

—Una pobre y floja traducción —dijo Sethos en voz baja.

Sus ojos sostuvieron los míos con un poder hipnótico, me sentí hundir profundamente en sus abismos aterciopelados. Luego bajó la mirada y solté un rápido e involuntario suspiro. Sus pestañas eran tan largas, espesas y rizadas como las de una preciosa chica. Me pregunté si eran suyas.

—Siempre he evitado los sentimientos más compasivos —siguió Sethos reflexivamente—. Mis sentimientos por usted vinieron como un huracán, una enorme fuerza de la naturaleza que fui incapaz de resistir. Me habría resistido si hubiera podido. Incluso ahora tengo una extraña premonición...

—¡También las tiene! —exclamé.

Alzó las pestañas; la risa entibió sus marrones, sus grises, sus camaleónicos ojos, antes de que se oscurecieran en sombras pensativas.

—Suelo ver tales premoniciones como la expresión de un instinto desarrollado por aquellos que tienen razones para temer el peligro. Pero ahora me pregunto si no hay un destino superior que guía nuestros caminos. No una deidad benévola; nadie que estudie la crueldad del hombre puede creer en un dios que permita tales atrocidades. Sólo un vasto e impersonal algo, ¡con un retorcido sentido del humor! ¿Sería curioso, no, si la única debilidad en toda una vida fuera mi caída? Tengo la sensación que lo será. Usted puede redimirme, Amelia... usted y sólo usted. Solamente imagine qué podría hacer por el mundo si mis poderes se cambiaran hacia el bien en vez de hacia el mal. Ayúdeme, Amelia. Déme su mano, sáqueme de la oscuridad hacia la luz...

Fue un momento emocionante. Sentí que por fin comprendía a este extraño, brillante y atormentado hombre. Estaba transportada... no, inspirada. Abrí los labios. Mis pechos subían y bajaban. Alargué la mano...

Las yemas de nuestros dedos no se habían tocado del todo cuando los sonidos violentos nos hicieron dar un respingo de los asientos. Las cortinas oscilaron a lo loco mientras se abría la puerta y golpeó contra la pared. ¡Sólo conocía a una persona que abriera una puerta de esa manera! Presioné la mano en mi seno palpitante.

¡Era Emerson! ¡Era él! ¡Pero vaya facha que llevaba! Tenía los pelos de punta, su mejor camisa de vestir hecha jirones; una manga había sido arrancada por las costuras y estaba apiñada en el antebrazo como un guantelete andrajoso. Su rostro estaba desfigurado con manchas enrojecidas y tenía un ojo medio cerrado. La sangre le goteaba de los nudillos por la pelea y en cada mano sostenía una espada desenvainada. ¡En mi vida había contemplado un espectáculo que me conmoviera más! Sentí como si mi corazón palpitante fuera a reventar en los confines de mi pecho.

Antes de que la cortina volviera a caer en su sitio, Emerson se dio media vuelta. Soltó un comentario sobresaltado, dejó caer una de las espadas y cerró de un portazo pero no antes que una forma sinuosa y leonada hubiera atravesado como una centella la entrada. Emerson dejó caer la barra en su lugar justo cuando los paneles empezaron a retumbar bajo un feroz asalto. Luego se giró de nuevo. Su mirada fue directa hacia mí.

—Amelia —exclamó—. ¡Por el amor de Dios, ponte algo de

ropa!

—Emerson —contesté con la misma pasión—. ¡Cuidado!

Emerson se agachó y un pesado bol de plata se estrelló en la puerta, rozándole la despeinada cabeza. La gata Bastet se paseó tranquilamente hacia Sethos. El fuerte y áspero ronroneo se mezcló con los mortecinos ecos del bol lanzado a la puerta. Sethos se quedó estupefacto cuando la gata se enroscó alrededor de sus tobillos, ella era, como creo que ya he mencionado, un animal grande y musculoso. Con agilidad él se alejó de un salto y la gata Bastet, profundamente ofendida, se dirigió a la mesa y al pollo relleno.

Después de echar un vistazo superficial alrededor para asegurarse de que Sethos no tenía otros misiles convenientemente a mano, Emerson me miró otra vez.

—¿Te ha hecho daño, Peabody? Se ha atrevido... él ha... por Dios, Peabody, verte con ese disfraz escandaloso me ha llenado de aprensión y apenas...

—¡No temas, Emerson! Él no ha... no hizo...

—¡Ah! —El pecho de Emerson se hinchó, completando el estropicio de su mejor camisa. Se sacudió los jirones de la manga del brazo y flexionó los músculos—. En ese caso —dijo—, sólo le arrancaré una de las piernas.

Empezó a ir hacia Sethos, que se retiró con tanta delicadeza como Bastet había hecho, con las manos colgando flexionadas, flojas y laxas.

—Emerson —dije.

—Por favor, no me distraigas, Peabody.

—Está desarmado, Emerson. Tu cimitarra...

—¿Cimitarra? Oh. —Emerson miró fijamente y con curiosidad al arma—. La cogí de un tipo de fuera —explicó—. Nunca vi tal cabeza dura en un ser humano. Se levantó y me atacó de nuevo casi a la vez. Aunque espero que ya lo hayan dominado.

Sí, el aporreamiento en la puerta había cesado.

—¿Entonces no viniste solo?— pregunté.

—Desde luego que no. Ramsés...

—¡Emerson!

—Y un regimiento de policías. —Trasladó su mirada hacia Sethos—. Su malvada carrera ha terminado, cerdo. Pero no voy a dejar entrar a la policía hasta que me haya ocupado de usted. Me

prometí esa satisfacción y creo que me la merezco.

Sethos se enderezó en toda su estatura. No era tan alto como Emerson, ni tan musculoso, pero hacían una pareja magnífica mientras se enfrentaban el uno al otro con mutuo rencor.

—Bueno, profesor —dijo en voz baja y arrastrando las palabras —. También me prometí algo de satisfacción, anhelando enfrentarme a usted. Déme la otra espada y pelearemos por ella como hombres.

—Emerson —grité con algo de ansiedad, ya que conocía el temperamento de mi marido demasiado bien—. Emerson, ¡no sabes cómo defenderte!

—No, no sé —admitió Emerson—. Pero sabes, Peabody, no puede ser tan difícil, darse el uno al otro por turnos y...

—Emerson, insisto... No. No, mi queridísimo Emerson... te lo suplico, te lo imploro...

Una sonrisa satisfecha se extendió por el rostro de Emerson.

—Bien, Peabody, ya que lo expones de esta manera... —Y para mi sorpresa arrojó la espada. Dio saltitos por el suelo liso de mármol en una serie de sonidos musicales de repiqueteos. Incluso antes de golpear el suelo, Sethos se movió, no hacia esa espada, si no hacia la primera, la que Emerson había dejado caer en la puerta. Arrancándola, la alzó virando hacia Emerson.

—Ahora, profesor, estamos más a la par —espetó—. Sé algo de boxeo, pero prefiero no encontrarme con usted en ese ruedo. Recoja la espada... le concedo eso.

Emerson se encogió de hombros.

—No me sería de mucha utilidad —observó—. Sin embargo...

Y con la rapidez de un gato que a veces podía convocar, arrebató el decantador de vino y lo bajó estrellándolo contra el borde de la mesa. Bastet, que había estado comiendo el pollo, salió disparada con un maullido de protesta; el decantador se rompió; y la mesa se derrumbó, derramando comida y vidrios rotos. El aire brillaba con los fragmentos de cristal como gotas de granizo transparente.

Emerson arrancó la envoltura de seda del sofá y se la envolvió en el brazo izquierdo.

—Ahora —dijo—. Vamos, bas..., perdóname Peabody, villano.

Ambos dieron vueltas en tenso silencio. Sethos embistió. Con un

rápido giro del cuerpo, Emerson pasó la defensa del otro hombre y le golpeó el rostro con la botella rota. Sethos saltó hacia atrás. Su próximo movimiento fue una cuchillada, de izquierda a derecha; Emerson respondió con un golpe al antebrazo opuesto de Sethos. La hoja pasó silbando su costado. Sethos se retiró de nuevo, dándole a Emerson la oportunidad de levantar la bandeja de plata. Servía de escudo improvisado; con su ayuda tomó la ofensiva, contraatacando cada vez que la espada se aproximaba y golpeando con el decantador.

En mi opinión no hay excusa para la violencia. Es el último recurso de la gente y de las naciones que son demasiado estúpidas para pensar en una manera delicada de arreglar sus diferencias. La visión de dos púgiles haciéndose papilla el uno al otro me ponía enferma; la idea de los chiquillos siendo enseñados a «luchar como hombres» me sublevaba y repelía. ¿Por consiguiente estaba yo asqueada ante la batalla sangrienta que se desarrollaba entre esos dos hombres inteligentes y capaces?

No.

La visión de los músculos de Emerson tensos bajo la piel bronceada, la sonrisa feroz que dejaba al descubierto los fuertes dientes blancos, la gracia y el vigor de sus movimientos, despertaba una respuesta de alegre ferocidad en mi pecho. Respiraba entre jadeos, me ardían las mejillas. Por unos instantes no fui una mujer civilizada y sensible; era una hembra primitiva agachada en su cueva mientras dos bestias salvajes luchaban por poseerme.

Fue una sensación de lo más curiosa e interesante.

Una malintencionada finta y una aún más rápida réplica hicieron a un lado el escudo improvisado. La hoja de Sethos cortó profundo en el brazo de Emerson. Éste gruñó de enojo más que de dolor y embistió hacia delante. Sólo el giro lateral de la cabeza de Sethos le salvó los ojos; el cristal marcó una hilera de cortes bajo la mejilla. Heridos y con la necesidad de un respiro, los combatientes se separaron, ambos chorreando sangre, ambos jadeando, ambos mirándose con odio.

—¡Esto es ridículo! —grité.

Ningún hombre prestó la más mínima atención, pero mi ataque de locura temporal terminó abruptamente ante la visión de la sangre saliendo a chorros de la herida de Emerson. El orgullo

masculino está muy bien y esperaba que Emerson hubiera disfrutado, pero que me maldijeran si iba a quedarme quieta y verle cortado a jirones sólo para que tuviera la satisfacción de morir defendiendo mi honor.

Corrí hacia la puerta. Emerson no apartó los ojos de Sethos, pero me vio.

—Peabody —jadeó—. Si abres... esa puerta... yo-yo... ¡uf! —Oí el sonido de la hoja de Sethos dando en la bandeja de plata. Alcé al vuelo la cimitarra que Emerson había arrojado y me giré para valorar la situación.

Estaba lejos de ser tranquilizadora. Se dio el golpe final mientras me giraba. Demasiado tarde, pensé frenéticamente, demasiado tarde para admitir la ayuda que esperaba en el exterior, demasiado tarde incluso para alcanzar a mi dañado cónyuge y estar lado a lado con él, ¡espada en mano! La hoja de Sethos bajó sobre la bandeja otra vez y la eliminó del agarre de Emerson. Mientras la espada pendía inmóvil por el impacto por una fracción de segundo, Emerson dejó caer el decantador y atrapó el brazo de su oponente con ambas manos.

Permanecían inmóviles con fuerza pareja, los esfuerzos de Sethos por liberar el brazo y los esfuerzos de Emerson por sujetarlo produjeron un equilibrio temporal. Lentamente el brazo de Sethos se torció. La espada temblaba en su mano apretada. Gotas de sudor salieron en la frente de Emerson. La envoltura rosa pálido en su brazo ahora era carmesí pero su agarre no flaqueó.

Luego llegó el final. La espada cayó de los dedos de Sethos y la mano de Emerson, resbaladiza por la sangre perdió su agarre. Tan rápido como siempre, Emerson alcanzó la espada caída. Sethos, igual de rápido, retrocedió de un saltó contra la pared. Me miró.

—¡Amelia... adiós! —gritó... y desapareció.

Emerson dio un salto hacia delante con una serie de juramentos que excedían a todo lo que le hubiera oído decir alguna vez. La losa de mármol a través de la cual Sethos había desaparecido se cerró de nuevo, en la cara de Emerson.

—¡Maldición! —dijo Emerson, golpeando la losa con la cimitarra y luego con el puño—. ¡Maldición, maldición, maldición, maldición!

—Emerson —dije tras un momento.

—Maldición, maldición... ¿Sí, Peabody? ¡Maldición! —dijo

Emerson.

—¿Ya puedo abrir la puerta, Emerson?

—Maldito desgraciado —gritó Emerson, cambiando el tono de su comentario—. Un día... un día, lo juro... —Paró de dar patadas al mármol y me miró—. ¿Qué decías, Peabody? ¿Te oí correctamente? ¿Me pediste permiso para abrir la puerta?

—Sí, me oíste, Emerson. Pero oh, mi querido Emerson, creo que deberíamos dejarles entrar; estás herido querido, y...

—¿En serio quieres dejarlos entrar, Peabody?

—No, Emerson. Al menos... todavía no. ¿Cómo puedes suponer, ni siquiera por un segundo, que quiera a alguien que no seas tú?

—Bien, Peabody, si no hubieras seguido refiriéndote a ese hombre en tales términos de admiración...

—Nunca dejé de pensar en ti ni un instante, Emerson. Nunca perdí la esperanza de que me encontraras.

—Si no hubiera sido por tu rápido ingenio en colgar tus pedazos de franela por el exterior de la ventana, no habríamos tenido éxito, Peabody. Empezamos a buscar en la zona que la búsqueda de Ramsés había indicado, pero era un tanto extensa.

—¿Dónde aprendiste a hacer esto, Emerson?

—¿Esto, Peabody?

—No-no, no... Oh, Emerson. ¡Mi querido Emerson! Estaba haciendo referencia, hace unos minutos, a tu destreza en la lucha con botellas rotas, Emerson. No tenía ni idea de que pudieras hacer eso.

—Oh, eso. Uno va pillando cosas aquí y allí... Algo está sentado en mi espalda, Peabody. O eres tú...

—No, Emerson. Creo que es la gata Bastet. Supongo que se ha acabado el pollo y está señalando que ya está lista para irse. ¿La quito?

—No si eso requiere que te muevas de tu presente y agradable posición, Peabody. La sensación es rara pero no desagradable... Sin la gata Bastet, no habríamos llegado tan pronto. Aparentemente tu idea de que Sethos la había tentado con exquisiteces cuando entregó las vasijas de comunión era completamente correcta. Ella lo recordaba bien; dejó caer el pañuelo en la habitación de la señorita Debenham y su olor era fuerte en él. Bastet lo captó de nuevo en la calle, en el exterior de esta casa.

—¡Qué interesante! Pero sin la señal de mi faja de franela...

—Ese fue el factor decisivo, Peabody.

—Siempre estuviste en mis pensamientos, Emerson.

—Y tú en los míos, Peabody. Me imaginé a ese tipo abrazándote... y pensé que me volvería loco de la rabia.

—Fue muy cortés. Explicó que quería ganar mi amor, no imponerse sobre mí.

—¡Maldito granuja!

—Tenía un extraño encanto, Emerson. No es que hubiera tenido éxito conmigo, pero imagino que muchas mujeres...

—No me gusta el tenor de la conversación, Peabody. Para de hablar.

Antes de permitir entrar a la policía, que estaban haciendo agitados asaltos a la puerta, fue necesario arreglarnos un poco. Después de un refrescante chapoteo en la fuente recuperé mis queridas y familiares ropas. Afortunadamente había a mano un montón de tela, así que fui capaz de vendar el corte en el brazo de Emerson, aunque me prometí que me ocuparía de ello adecuadamente tan pronto como llegáramos al hotel. Luego desatrancamos la puerta.

La antecámara estaba repleta de policías, encabezados por el mayor Ramsay. Sonreía con un placer casi afable cuando nos contemplo ilesos, aunque no feliz del todo al enterarse de la huída de Sethos. Después de satisfacer su curiosidad sobre los sucesos (al menos, la mayoría) que habían precedido a nuestra abertura de la puerta, pregunté con curiosidad:

—¿Dónde está Ramsés?

—Está por alguna parte —contestó Ramsay.

Ramsés vino corriendo de una habitación adyacente, el rostro iluminado con un entusiasmo infantil que raras veces sobresalía de ese rostro saturnino.

—Mamá —gritó—. ¡Mamá, mira aquí!

Se limpió la boca con la mano y luego curvó los labios, mostrando una dentadura marrón y podrida, como la de los viejos mendigos egipcios.

—Son un pelín grandes —explicó indistintamente—, pero con el tiempo...

—Quítatelos de una vez —exclamé indignada.

Ramsés obedeció, todo lo rápido que pudo porque la dentadura era de hecho considerablemente demasiado grande para su boca.

—Allí hay unas cosas fantásticas —exclamó, con los ojos brillantes—. Pinturas para la cara y las manos, almohadillas para las mejillas, pelucas y barbas y... Oh, mamá, ¿puedo quedármelas? ¿Por favor, mamá?

Era difícil para una madre decepcionar a un muchacho, borrándole la alegría reluciente del rostro.

—Creo que no, Ramsés —dije—. La policía querrá esas cosas como pruebas.

(Sin embargo, parece que no; desde que regresamos a Inglaterra, los criados se quejan de haber visto a extraños individuos merodeando por la casa y los terrenos. Una aparición es la de una chiquilla de pelo dorado, y Rose está convencida que tenemos un fantasma.)

Así terminó nuestro segundo encuentro con el extraño y misterioso personaje conocido como Sethos. El segundo, y quizás el último... varios días después de esa batalla de titanes recibimos una carta. Nos fue entregada en Dahshoor, adonde habíamos vuelto después de ver a Ronald —o más bien Donald— y a su futura esposa, libres de todos los cargos y jubilosos por sus próximas nupcias. Como lo expresó Emerson sucintamente:

—Ahora que se han acabado las tonterías, gracias a Dios, puedo volver al trabajo.

¿Pero estaba acabado? Un mensajero oculto había entregado la carta, eludiendo a nuestro vigilante, deslizándose como un fantasma por las puertas cerradas del complejo. Lo encontramos en el umbral una mañana al amanecer. De hecho, fue Ramsés quien lo encontró, ya que normalmente era el primero en levantarse, pero fue la profunda voz de Emerson la que entonó el mensaje en voz alta.

—«Tal vez me haya redimido» —empezaba.

Emerson se detuvo.

—Parece estar dirigido a ti, Peabody —dijo secamente.

—Sigue leyendo, Emerson. Ahora no hay ni nunca ha habido secretos entre nosotros.

—Ya —dijo Emerson. Continuó—: «A partir de ahora, cuando el mundo infeliz se tambalea bajo la desgracia de los golpes con los que debo tratar, recuerde que este sufrimiento está sobre su cabeza.

Mi Amelia... mi querida...» ¡Maldigo la impertinencia del tipo! ¡Estoy a punto de romper este papel a tiras!

—Puedes hacer lo que quieras después de terminar de leerlo, Emerson.

—¡Bah! —dijo Emerson—. Entonces, muy bien... «De ahora en adelante usted y los suyos estarán a salvo de mi mano vengadora. Pueden abstenerse de asaltar a las señoras ancianas de las que sospechen de ser Sethos disfrazado; pueden dejar de tirar de las barbas abundantes de los caballeros sospechosos. Ya no me verán más. Dejo Egipto para siempre. Piense en mí alguna vez, Amelia, como yo pensaré constantemente en usted. ¡Lo que habríamos logrado juntos!»

—Me pregunto si lo dice en serio —dije, mientras Emerson metódicamente convertía la carta en confeti.

—¡Ya! —dijo Emerson.

—En realidad no deseaba que destruyeras esa carta, Emerson. No fue muy delicado.

Las manos de Emerson pararon de moverse.

—¿Qué dijiste, Peabody?

—Estás haciendo un desastre en mi bonito y limpio umbral, y puede ser el caso, espero que no, pero tal vez, que necesitemos una muestra de la letra de Sethos.

—Peabody —dijo Emerson, mirándome con extrañeza.

—¿Sí, Emerson?

—Esta es la primera vez en tres días que me has criticado o reprendido.

—¿Sí? Bien, lo siento, Emerson, pero si insistes en...

—No, no, no lo entiendes. —Emerson me agarró por los hombros y me miró fijamente a los ojos—. Estaba empezando a temer que te hubieras vuelto una de esas féminas aburridas que sólo pueden decir: «Sí, querido», y «Como tú quieras, querido». Sabes muy bien, Peabody, que nuestras pequeñas discusiones son la sal de la vida...

—La pimienta en la sopa del matrimonio.

—Muy acertado, Peabody. Si te vuelves dócil y aquiescente, pondré un anuncio en el Times diciéndole a Sethos que se pase y te recoja. Prométeme que nunca pararás de regañarme, Peabody.

Ramsés y la gata estaban observando con ardiente interés, pero

por una vez no me importó. Puse los brazos alrededor del cuello de Emerson.

—Mi querido Emerson —dije—, creo que puedo prometértelo con toda seguridad.

Fin

[1] Es un juego de palabras con Pea = guisante y el nombre de la protagonista Pea-body. (N. de la T.)

[2] Juego de palabras intraducible a nuestro idioma, ya que en inglés, bloody, significa tanto sangriento como puñetero. (N. de la T)

[3] Hasta pronto. En francés en el original (N. de la T.)

[4] Poema de Keats (1819), inspirado en la leyenda inglesa que dice que las jóvenes pueden encontrar a su futuro esposo o esposa en la víspera de Santa Inés. (N. de la T)

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

21/02/2011